



Pedro Ramos

Tres mil noches con  
Marga



DESTINO

# Índice

[Portada](#)  
[Sinopsis](#)  
[Portadilla](#)  
[Dedicatoria](#)  
[Citas](#)  
[Navidad](#)  
[Heroína](#)  
[Matrimonio](#)  
[Heroína](#)  
[Matrimonio](#)  
[Navidad](#)  
[Heroína](#)  
[Matrimonio](#)  
[Heroína](#)  
[Matrimonio](#)  
[Heroína](#)  
[Navidad](#)  
[Heroína](#)  
[Matrimonio](#)  
[Heroína](#)  
[Matrimonio](#)  
[Navidad](#)  
[Matrimonio](#)  
[Heroína](#)  
[Navidad](#)  
[Matrimonio](#)  
[Heroína](#)  
[Matrimonio](#)  
[Heroína](#)

[Matrimonio](#)

[Heroína](#)

[Navidad](#)

[Matrimonio](#)

[Heroína](#)

[Matrimonio](#)

[Heroína](#)

[Matrimonio](#)

[Navidad](#)

[Matrimonio](#)

[Heroína](#)

[Matrimonio](#)

[Navidad](#)

[Heroína](#)

[Navidad](#)

[Matrimonio](#)

[Navidad](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



## Sinopsis

Marga es una joven bióloga gallega, brillante en su profesión, que trabaja como investigadora en Alaska desde hace seis años. Desde entonces nunca ha vuelto a A Coruña para visitar a su familia, y el vínculo se reduce a las pocas llamadas telefónicas con su madre.

Pero en su última conversación recibirá la noticia de la enfermedad de su padre y, a pesar del miedo a enfrentarse a los fantasmas de su pasado, decidirá regresar de inmediato. El reencuentro familiar abrirá inevitablemente heridas mal curadas, y Marga se debatirá entre contar aquello que la hizo alejarse de todos sin dar más explicaciones o mantenerlo en secreto, y seguir viviendo en un extraño equilibrio entre el sentimiento de culpa y la responsabilidad de amparar a los suyos.

Una novela cautivadora que nos sumergirá en la vida de Marga, sus veranos de juventud y el primer amor, y reconstruirá con la complicidad del lector los años de una familia que tuvo que bregar con el cambio de mentalidad de un país desde finales de los ochenta hasta la actualidad.

Un sorprendente hallazgo literario.

Tres mil noches  
con Marga

Pedro  
Ramos

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1441

*Por y para Lau*

A los gallegos nos gustan nuestros  
vinos. Quizá porque tienen más  
ganas de hablar que nosotros  
mismos, gente lacónica, o porque  
tienen un sabor fugitivo, y  
buscándolo, sentado ante su taza,  
el gallego rememora gentes,  
tiempos, lugares, amores,  
despedidas.

ÁLVARO CUNQUEIRO

*No matter who you are, no matter  
what you  
did, no matter where you've come  
from, you can  
always change, become a better  
version of yourself.*

MADONNA

## Navidad

Nieve. Todo está cubierto de nieve. M avanza con precaución por una carretera helada y oscura. Hay poco tráfico. El poco tráfico de una mañana de diciembre de 2006 en Fairbanks, Alaska. Ya se ha acostumbrado a las escasas horas de luz. Y al frío. Al principio miraba el termómetro antes de vestirse, pero cuando la temperatura media es de veintiún grados bajo cero, poco importa que suba o baje unos grados. De todas formas, es un frío distinto, seco, que no se te queda en los huesos. M no ha nacido en Fairbanks, Alaska y, como todos los migrantes, no puede evitar comparar. Compara con su domicilio anterior, Madrid, aunque tampoco nació en esa ciudad. Ella nació en el extremo noroeste de la península ibérica, bajo la luz de las ciudades sumergidas.

M contempla la pared de pinos que se levanta al final de la recta de asfalto, interminable nieve, mientras calcula. Tiene que sumar los años de la licenciatura, el doctorado, los que estuvo en el Departamento de Biología Marina y el Instituto Oceanográfico. Hasta que le ofrecieron su empleo actual. Y aquí lleva tres años. Eso lo sabe muy bien. M aparca su coche en la zona de profesores de la Universidad de Alaska Fairbanks. Se lo piensa unos instantes antes de salir al frío subpolar y recorrer, rápidamente, los trescientos metros que la separan de la entrada principal.

Dentro, no hay casi nadie. Desde que han empezado las vacaciones de Navidad, sólo se cruza con cinco o seis personas. Los bedeles y otros profesores que como ella intentan avanzar en sus proyectos de investigación. Saluda con rapidez a uno de los ordenanzas, mexicano, con el que M ha hablado un par de veces en español, en voz baja, como si fuera un secreto o estuvieran haciendo algo malo. Quiere llegar pronto a su despacho. Hoy tiene que conseguir dibujar las gráficas. Lleva toda la semana postergándolo. Sólo es un programa de ordenador, no tiene que ser tan difícil. Sin ellas, el artículo está incompleto. Son la explicación de su hipótesis, lo primero que todo el mundo mirará.

M abre la puerta de su despacho y no repara en la montaña de papel que lo cubre todo. Hay libros en las estanterías, su lugar natural, pero hay tantos que se

amontonan unos sobre otros. Hay libros en el suelo, apilados, en un extraño orden que sólo la persona que los ha dejado ahí es capaz de descifrar. Hay libros en la mesa de reuniones, incluso en las sillas, y fotocopias encuadernadas por todos lados. Lo de las fotocopias es nuevo. Son documentos que M no ha podido encontrar editados, y le tuvo que pedir a un becario que buscara en internet. No le gustan los ordenadores y no tiene tiempo de investigar qué es eso de internet. Allan dice que puede encontrarse de todo.

Todo este desorden es invisible para M. Alguna vez ha sido consciente de ello, como cuando entró la señora de la limpieza y vio su cara de pavor, la precaución con la que intentó quitar el polvo hasta que consiguió convencerla de que podía marcharse, que no hacía falta que volviese, que ella se apañaba. Hoy sólo piensa en terminar el artículo. Avanza por el reducido suelo que queda libre, una senda que la lleva directa a su mesa. Ni siquiera sube el estor que cubre la ventana. También se ha acostumbrado a vivir a la luz mortecina de los fluorescentes que tardan en encenderse. Debido al frío. Esos instantes en los que el parpadeo le advierte de que no todo es causa y efecto, de que existe un umbral para la incertidumbre, un margen de error donde nosotros no podemos hacer nada.

M espera que se encienda el ordenador, que arranque el sistema operativo y poder hacer doble clic en el icono de la hoja de cálculo. Tiene que conseguir representar los resultados en una maldita gráfica. Ha perdido la cuenta de las veces que Allan se ha ofrecido, pero quiere hacerlo ella misma. Desde el principio hasta el fin. Por mucho que le cueste. Forma parte de su investigación y eso es asunto suyo. Él lo sabe. Por eso, cuando esta mañana ha visto a M vestirse como otro día cualquiera, no le ha preguntado dónde se dirigía, se ha limitado a advertirle que la mayoría de los seres humanos han hecho una pausa en su calendario laboral para celebrar la Navidad. Allan ni siquiera se ha sorprendido cuando M le ha contestado que todavía faltan cinco días, como si eso fuera todo lo que tenía que decir. Indiferente ante esta o cualquier otra efeméride. Por supuesto, será Allan quien se encargue de todos los regalos y de cada uno de los ingredientes que faltan por comprar para la cena. Ella mostrará su sorpresa, sincera, real, y su agradecimiento porque otra vez habrá olvidado lo que sea que se espera de ella en esas circunstancias. Pero M sabe que a Allan eso no le importa. Ha encontrado un hombre que la quiere como es. Un guerrero que ha dejado las armas por las letras, que disfruta cuidando del castillo. Es él quien trata con la mujer que viene dos veces por semana para limpiar la casa, poner la lavadora y planchar. Es él quien cocina. Y hace la compra. Ella friega los cacharros, le encanta esa palabra. ¿Cómo se dirá en inglés? Le ha enseñado, a Allan, cómo se hace un cocido, lo que recordaba, y tiene que reconocer que él lo

ha ido perfeccionando. Lo que nunca conseguirá es que coma pulpo. Vaya cara que puso la primera vez que lo vio. M casi salta de alegría cuando lo leyó en la carta de aquel restaurante *español*. Eso decía el cartel. Tendría que haber desconfiado. El nombre del plato era «Pulpo de la gallega». Cuando se lo sirvieron, Allan dijo que él nunca se metería eso en la boca. Menos mal que no llegó a probarlo. Lo peor no era el aspecto. Algunas cosas no pueden exportarse.

M conoció a Allan a principios de 2004, al poco tiempo de llegar a Fairbanks. En un *pub* donde había ido, por destino o por azar, con otros compañeros de la universidad. Él era, eso le dijeron, escritor. Y ella se despidió aquella noche diciéndole que le gustaría que la ayudara con la publicación que estaba a punto de terminar. La escritura los unió como a otros les une la música o el deporte. Todavía hoy, ella le pide algún consejo creativo para sus artículos sobre biodiversidad, organismos transgénicos, equilibrio sostenible y otros términos que han empezado a ponerse de moda, mientras él escribe libros que casi nadie lee. Con Allan, M siempre ha tenido la sensación (siempre es desde que conoció a Allan) de que están en la misma trinchera: viven como les gusta, haciendo lo que quieren. Sin necesidad de dar explicaciones. Aunque a veces tenga que pelearse con una maldita hoja de cálculo.

El ordenador es antiguo, lento, está sin actualizar. M revisa una tabla con los índices de predación en las poblaciones autóctonas locales cuando suena el teléfono. Todavía tarda unos segundos en darse cuenta de que es el teléfono lo que está sonando. Arrastrada a la realidad, M contempla, por primera vez desde que ha entrado, su despacho. Espera que el sonido cese, convencida de que se trata de un error, de alguien que quiere hablar con otra persona. Es tanta la pereza que le produce, por mínima que sea, una conversación, justo en este momento, que llega a pensar en no responder. Todo el mundo está de vacaciones. No puede ser nada urgente. Es Navidad, ¿no? Bajo unas fotocopias que ya han perdido su significado, el teléfono vuelve a insistir. M descuelga y, desde el otro lado, le llegan sólo unas pocas palabras, suficientes.

—Hola, hija, ¿qué tal estás?

Una frase corta, descuidada, fruto de la poca convicción que otorga la distancia. M cree estar viendo a su madre ahora mismo en el tresillo del salón, recostada sobre el brazo izquierdo, al lado del cual está la mesita con el teléfono. Y esto la hace sonreír. Justo antes de pensar en la diferencia horaria. Diez horas. Calcula, si aquí son las 14.35, en Coruña, las 00.35. No son horas. Y la certeza de que algo no va bien, de que es posible que el fluorescente, esta vez, no encienda.

—Yo bien, mamá, ¿y vosotros?

—También, claro. ¿Cómo íbamos a estar? Tu padre se compró un coche de

estos grandes, ¿te lo dije? Para subir a la casa nueva es lo mejor que hay.

M no recuerda cuándo fue la última vez que la llamó su madre, pero ahí están resumidos los últimos... ¿cuatro meses?, ¿eso es lo que llevan sin hablar?, de su vida. Le sorprende esa capacidad inconsciente que tiene su madre de concentrar toda la información relevante en una sola frase y, en la próxima, salirse por la tangente. Sobre todo cuando es algo importante. Lo que provoca que sus conversaciones telefónicas duren una hora mínimo. Hasta la extenuación. M no sabe cómo lo hace, pero su madre siempre tiene algo que contar.

—¿Sabes lo que me dijo tu hermana el otro día? —continúa Ana, al otro lado—. Que estaban pensando en vender el piso, que ahora quieren irse a vivir a una casa. Y que ya han estado viendo alguna. Con piscina. Claro que yo le dije que se lo pensarán bien, que ahora todo es muy fácil porque la niña es pequeña, pero pasado mañana, verás, cuando tengan otro, y crezcan. Los hijos lo cambian todo.

—Sí, mamá, supongo. Por cierto, ¿qué hora es allí?

—¿Aquí?

—Sí, ¿dónde va a ser?

—Pues las doce y pico.

—¿De la noche?

—Claro.

Definitivamente, algo no marcha bien. Lo más normal a esa hora sería que sus padres estuvieran viendo la televisión. O en la cama. O las dos cosas. Pero juntos. Y si estuviesen juntos, su madre no se atrevería a llamarla. Mucho menos a hablar de esa manera.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Verás, hija, tú no te asustes, ¿eh?

Y por la mente de M pasan mil y una posibilidades. Todas capaces de asustarla en mayor o menor medida. Pero hay una sobre todas.

—¿Y papá?

M lleva mucho tiempo sin pronunciar esa palabra. Y su madre no puede evitar cierto temblor en el comienzo de la siguiente frase.

—Pues como siempre, ¿cómo va a estar? Bueno, el otro día fue al médico por unas pruebas... —aunque su madre hace una pausa, M no dice nada—. Le habían encontrado un bulto y, como es tan cabezón, tuvimos que convencerlo de que fuera. No te creas que deja de fumar, ¿eh?

M vuelve a imaginarse a su madre: sentada, mirando hacia el pasillo por el que en cualquier momento podría aparecer su marido, bajando la voz para decir:

—... eso no lo consigue nadie. Pero al final fue. Y parece que el bulto es

más grande de lo que parecía.

—Pero no entiendo. ¿Qué pruebas le han hecho?

—Una *bío* algo.

—¿Biopsia?

—Eso.

—¿Y?

—Que sí.

—¿Que sí qué? ¿Ha dado positivo?

—Eso, que sí.

Ahí está. Son este tipo de frases las encargadas de transmitir las noticias importantes. En la familia Durán García, la distancia más corta entre dos puntos no es una línea recta. M tiene que tragar saliva antes de pronunciar la siguiente palabra.

—¿Cáncer?

Luego hay un silencio prolongado. Tanto que M llega a pensar que se ha cortado la llamada. Pero es sólo que su madre tiene que asimilarlo, encajar un golpe que todavía es mayor de lo que parece, volver donde ella quiere llegar.

—Pero en esta operación seguro que lo consiguen —dice.

—¿En esta operación? ¿Ha habido otra?

Primera noticia. M está segura. Es cierto que muchas veces desconecta de la conversación con su madre. A veces, sólo a veces, cuando se pierde en detalles sobre la decoración de la casa nueva o los cambios que ha hecho su hermano Carlos en la empresa y que nunca funcionan como él querría porque es muy exigente, sobre todo, consigo mismo. Pero si su madre le hubiese contado que iban a operar a su padre, de cáncer, lo recordaría.

—Hace un año y pico. Aquel era de pulmón. Dijeron que todo había ido bien, así que no quise preocuparte.

Y M no puede evitar cierto alivio al constatar que no se lo había dicho.

—Era un bulto pequeño. No vieron este. Y ahora va a ser más complicado. Está en un sitio...

Ana empieza a debilitarse. Lleva todo el día pensando en esta llamada. Ha esperado el momento preciso, ha reunido la energía necesaria, se ha levantado de la cama —donde estaba viendo la televisión con Miguel— y ha salido en bata al pasillo. Ha cerrado todas las puertas tras de sí, ha calculado el volumen al que podía hablar sin ser escuchada desde la habitación, con ese tono impostado con el que ha mantenido la conversación. Hasta ahora, que empieza a titubear. Está en la parte más difícil. Y necesita el resto de su energía para llegar hasta el final.

—Y había pensado que... no sé si podrías, sólo si puedes, claro. Sé que tienes mucho trabajo y que no es barato. Podría pagarte los billetes, pero sólo si

quieres, claro.

Lo ha vuelto a hacer. Lo ha dicho sin decirlo. Ana le ha pedido a M que vuelva sin mencionarlo directamente, a base de dar vueltas en círculo alrededor. Así los últimos nueve años.

—No sé si...

Ahora es M quien necesita tiempo. Un nuevo escenario para el que no estaba preparada. ¿Quién se prepara para algo así? De hecho, todavía no es capaz de definir con claridad la situación. Por muy analítica que sea su mente, hay escenarios que los sentimientos pueden llegar a bloquear. Por mucho que intentemos anteponer lo racional, lo emocional sigue ahí. Siempre está ahí. Aunque su instinto de supervivencia le diga Aléjate, su corazón ejerce una fuerza invisible de atracción entre lo que cree que tiene que hacer y lo que tiene que hacer. Peligro *versus* seguridad. Cristal y huesos. M lucha contra su orgullo, contra algo parecido a la culpa. Son los inocentes quienes siempre cargan con ella.

—¿Cuándo lo operan?

—Todavía no lo sabemos. Los médicos dicen que no hay prisa.

Y eso puede significar dos cosas: que los médicos no tienen prisa porque no es grave o que los médicos no tienen prisa porque no hay solución. En el primero de los casos, Ana no habría hecho esta llamada.

—¿Está muy mal?

No hay respuesta. Al otro lado de la línea, M cree oír un sollozo. Después, se escuchan voces. Sin duda, es él.

—¿Con quién hablas a estas horas?

Para M es fácil imaginarse la escena. La ha vivido muchas veces. Su madre se disculpa, le dice que ahora mismo cuelga, que tenía que decirle algo a Julia. Julia no es ella. Julia es su hermana pequeña, treinta años, pero siempre será la pequeña, casada con Fernando. Julia, la hija que ha sido todo lo que ella no fue.

—Pues espera a mañana. No son horas —vuelve a gritar Miguel. Grita fuerte y claro, como si quisiera que lo escucharan al otro lado—. Y vamos a la cama, que no me puedo dormir.

La frase acaba con una tos. Y luego otra. Seca y profunda, de caverna rota.

—Ahora mismo voy —dice Ana.

—He dicho que ahora.

Y empieza a caminar, de regreso, hacia la habitación. Sin esperar a que su esposa cuelgue el teléfono. Seguro de que lo hará en cuanto termine de lanzar el mensaje cifrado.

—Bueno, hija, mañana hablamos. Tú haz lo que veas. A mí me encantaría. Por el dinero que no sea, que las Navidades son para estar en familia y mejor

todos juntos, claro que sí. Con lo que sea, tú me dices.

M, a más de siete mil quinientos kilómetros de distancia, escucha cómo su madre cuelga. Permanece unos segundos todavía en la misma postura, con el teléfono en el aire, reflexionando. Debería haber hecho caso a Allan y no venir a trabajar. Esta llamada nunca habría sucedido. Su madre no tiene el teléfono de casa. M está mucho más tiempo en el despacho. Y, con la diferencia horaria, es más fácil que la localice aquí. Además, si llamase a su casa, podría descolgar otra persona. Y ella no quiere eso. Ahora mismo no sabe qué decisión tomará, pero de una cosa está segura: si vuelve, lo hará sola. Nadie la acompañará. Es ella, primero, quien tiene que enfrentarse a su pasado. Sola, insiste.

Pero ahora mismo no tiene fuerzas para decidir si quiere volver.

M apaga el ordenador, vuelve a guardar el borrador de su próximo artículo en el bolso y sale del despacho. Su padre va a morir. Pronto. Y de ella depende que pasen las últimas Navidades juntos.

Sigue nevando. Nieva como si no pudiese hacer otra cosa.

## Heroína

Donde terminan las casas, empiezan las huertas y luego la arboleda. Una arboleda que sigue el arroyo que atraviesa el pueblo y, en agosto, es un cauce casi seco que una niña mujer —tiene quince años, ¿cómo referirse a ella?, ¿cómo acertar?— consigue atravesar de tres saltos. Tres piedras grandes y planas que han sido usadas por estos niños y por otros que vivieron en el pueblo, cada vez menos, más en verano. Ninguno de ellos añorará este día. La niña mujer tampoco. Mujer cuando mira al chico, también de quince años, que juega a su lado, el de las pestañas largas, algo más fuerte que el resto, Fernando. Fernando vive en el pueblo, no como ella, que está sólo de vacaciones. El padre de Fernando es el alcalde, lo será durante mucho tiempo, como la mayoría de las cosas en este pueblo, tiende a permanecer.

Un día de agosto de 1986, una niña mujer cruza el arroyo de tres saltos. El ecuador de las vacaciones está cerca. Y por eso aprovechan cada instante. Por eso y porque son adolescentes y no existe el mañana. Son pasadas las dos de la tarde cuando la niña mujer mira la hora y se la grita a su hermano, Carlos, dos años menor que ella, larguirucho y flaco, alto como los chicos de la ciudad. Mira el reloj. Es cierto. Deberían estar ya en la casa.

—Nos la cargamos.

Y todo vestigio de mujer desaparece. La niña corre cauce arriba. La vegetación golpea su ropa, una camiseta de algodón y un pantalón corto, pero holgado, de color chillón, pero rosa. La niña corre y corre arroyo arriba. ¿Quién se detiene a pensar cuando tiene quince años? Se vive. Más o menos es a esa edad. La metamorfosis. No hay un día concreto en el que podamos decir que una niña se convierte en mujer. No es un proceso lineal en el que se pueda marcar una fecha. Es, de improviso, una serie de reacciones en cadena y, entonces, ante la orden de siempre, la respuesta a gritos. Una negativa airada. Ante la falta, el error descarado o la más simple de las controversias, ella siempre dirá lo contrario. Pero no son los gritos, ni su oposición. Es la mirada. Es todo eso y que tu hija te mire a la cara y te mantenga la mirada. El silencio. Su silencio. Ningún

padre está preparado para ese momento. Las madres tampoco. No se sabe lo que es tener quince años hasta que no se tiene una hija de quince años. La niña que montaba en patines y se caía y buscaba el abrazo hoy sólo dice a todo que no.

Y corre. Detrás, su hermano. Primero atraviesan todas las huertas y llegan hasta el final del pueblo. Por un camino sin asfaltar, que sube y luego baja, Carlos se pone en cabeza. Ahí comienza un bosque de los de verdad, donde los árboles llegan a juntar sus ramas, árboles mucho más viejos que los niños, anteriores a aquel antepasado suyo que llegó a este enclave donde a nadie antes se le había ocurrido construir una casa, donde sólo había viñedos y una ermita y, eso sí, un río. Un río con todas las letras, encajado en el valle. Una uve cerrada donde las vides, cultivadas en terraza, desafían el frío y la niebla. Igual que hombres y mujeres desafían la gravedad para vendimiarlas. Sucesores de aquellos migrantes que no tenían nada, sólo el trabajo de sus manos, cuando se instalaron en uno de estos montes, poblado de árboles centenarios, y construyeron cuatro o cinco casas de piedra y madera. Dos generaciones después, ahora, reforzadas con cemento.

En una de ellas, delante de la puerta principal, una familia ha improvisado una mesa con tres caballetes y un tablón. Lo han cubierto con un mantel y han sacado todas las sillas de la casa. Una gran cacerola en el centro de la mesa. Y muchos platos. También carne. Costillas, chorizos y pollo, cuartos de pollo, pollos de muslos enormes, duros y a la vez blandos. Los niños ocupan la parte derecha y los mayores, el resto. Los hombres están sentados. Las mujeres van y vienen al interior de la casa. Van con platos vacíos, vuelven cargadas con más comida, botellas de vino de la zona, sin etiqueta, y gaseosa. Todo coordinado por Nina, que no deja que nadie se acerque a sus fogones. Nina es la más vieja de todas, así lo dice ella, *la más vieja*. Tiene cincuenta y nueve años y los galones de haber enviudado en el año setenta. Con cinco hijos, todos varones, se murió su Alfonso. Y han salido adelante. Ahí están José Manuel, Óscar, Miguel, Ramón y Daniel sentados alrededor de la mesa con sus correspondientes esposas e hijos. Desde el mayor hasta el más pequeño.

Y los dos nietos que faltaban llegan ahora corriendo: Carlos y Margarita.

Su padre, Miguel, con voz firme, sin gritar, dice:

—*Ir* ahora mismo y lavaros.

A Miguel, el tercero de los cinco hijos de Nina, le van bien los negocios, una empresa de autobuses en la ciudad, y está pensando comprar unos terrenos en el pueblo, cerca de donde están ahora. Quiere saber qué opinan sus hermanos, sobre todo Óscar, que vive en el pueblo. Está seguro de que esas tierras serán una buena inversión. Orientadas hacia el sur, el viento sólo entra los peores días del invierno. Miguel quiere hacer ahí su propio vino. Un vino distinto a los

caldos ásperos que beben ahora mismo. El terreno ya tiene una bodega, pequeña. Lo único, el acceso y que todavía no sabe si darán la licencia.

—Ese terreno está muy bien —dice Óscar—. Varios ya quisieron comprarlo, pero al final...

—Lo sé, lo sé. He hablado con Santi, uno de ellos, y me ha dicho que no llegaron a un acuerdo. —Miguel frota el dedo pulgar con el índice como si acariciara un billete—. Pasta. Al final, se reduce a eso. Pero yo lo que quiero es saber si a ti te parecen buenas tierras.

—Sí, *ho*. Buenas son, seguro.

Miguel no deja de mirar a Margarita. Carlos, el mediano de sus hijos, hace rato que obedeció y se fue hacia el interior de la casa, pero la primogénita sigue abrazada a su madre, masticando un trozo de pan.

Miguel, hacia Ana, la madre, su esposa, vuelve a decir despacio.

—Lleva a la niña dentro. ¿No ves cómo está?

Y Margarita, de un latigazo, agarra un trozo de chorizo y sale corriendo hacia el interior de la casa. Detrás, el padre.

—Deja a la chiquilla —dice Ramón, el penúltimo de los hermanos. Lo coge del brazo. Apela—: Son cosas de críos.

Miguel lo mira de arriba abajo.

—¿Me vas a decir tú cómo tengo que criar a mi hija?

Virginia, la esposa de Ramón, lo aparta con disimulo. Los hermanos miran para otro lado, las mujeres guardan un breve silencio en la mesa.

Dos horas después, en la cocina de la casa, las mujeres terminan de recoger. Como si no hubiera pasado nada. Pero todas saben lo que pasa. Todas tienen su opinión, más parecida que distinta. Margarita tiene una edad difícil y ha salido un poco rebelde. Carmen, otra de las cuñadas, la de Óscar, dice que los chicos de esa misma edad son muy distintos. Ella tiene dos, Vicente y Julio, y bien difíciles. Sólo Nina, la abuela, está de su parte. Mientras que Fina, la esposa de José Manuel, el primogénito, no dice nada, porque está convencida de que ella, la madre, tiene la culpa. La ciudad, el colegio ese caro al que va de uniforme y la obsesión porque estudie. Una niña. Todas saben que a Ana el pueblo le parece poco, pequeño, y eso también les molesta. Eso no quita que lleguen en verano, de vacaciones, y hablen muy bien de todo. Todo la fascina. Para un verano. Saben que ella nunca viviría allí con ellos. Y eso, en el fondo, les hace parecer inferiores, paletos. Además, ellos no tienen vacaciones. Eso es algo que se han inventado los de la ciudad. En el pueblo, cuando no tienen que ir al trabajo, van a la huerta, reparan la casa, siempre hay algo que hacer. Cuando llueve, con frío

o nieve, también con sol, se tiene que salir al campo, alimentar a las bestias, cuidar el ganado y, si una se ha puesto mala, buscar la manera de que cuadren las cuentas. Hace varios años que no cuadran las cuentas.

—Si los ricos ganan menos, contratan a menos gente. Y eso que nosotros tenemos tierras. Pero con lo que cultivamos, no llega. Y los primos también quieren estudiar. Vicente irá a Santiago. ¿Y cómo vamos a pagarlo?

Carmen habla con la indignación de quien pelea para conseguir una victoria escasa, mínima, que le permita participar en el siguiente combate. Ninguna sabe cómo han acabado hablando de esto. Dinero. Las cuñadas se miran entre sí y sonrían. Llevan media taza de guindas en aguardiente y eso ayuda. La cocina de la casa es pequeña. Rara. Alicatada hasta el techo en azul cielo, con un banco corrido de obra y una pila de mármol. La cocina de gas ha hecho las paces con la *lareira*, que sólo se usa en invierno y poco. Que Nina ya se apaña con el radiador de aceite que le regalaron. Eso fue cuando Miguel y Ana pusieron la calefacción en toda su casa, la de la ciudad, que esta de aquí es la de Nina y lo seguirá siendo. Que para qué quería ella tres radiadores, les dijo. Uno, pudieron dejarlo en el salón y los otros dos, al cobertizo, el cuarto de los trastos. Nadie sabe lo que hay allí, sólo entran las gallinas y los niños cuando juegan a esconderse.

—Son muchas habitaciones para una vieja sola —dice Nina cuando alguien le recuerda lo grande que es la casa.

La cocina, sin embargo, es pequeña. Rara. Pero así son, mejor dicho, eran las casas de aquella época. Uno tiene que adaptarse al terreno, ir improvisando. Y eso fue lo que hicieron Nina y su Alfonso. Nina se siente orgullosa. Esa casa es testigo de cómo ella ha conseguido sacar adelante a sus cinco hijos, todos varones, repite siempre como un estribillo, todos varones, cuando murió mi Alfonso. Pues ya veremos cómo, le contesta a su nuera. Eso fue lo que hizo ella en 1970. No había frigoríficos de esos modernos, por ejemplo. Al pueblo casi acababa de llegar la luz eléctrica. Es un tiempo geológico. Y sus hijos trabajaron en lo que pudieron y ella hizo lo único que sabía: tirar *p'alante*. José Manuel, el mayor, tenía veintiséis y Óscar, veinticuatro. Miguel, veintitrés; Ramón, veintiuno y Daniel, quince, vuelve a decir de carrerilla, porque ha contado la historia tantas veces y porque a ella también las guindas y el aguardiente (algún chupito lleva) le hacen cosquillas en los ojos. Se emociona y ríe y llora cuando recuerda a su Alfonso y repite la historia de cómo aceptó todos los trabajos que le ofrecieron, que en el pueblo para eso sí. Todos sabían que había enviudado y si había algo que hacer, la llamaban a ella y ella iba por lo que fuera, que entonces no se miraba, que una peseta era una peseta y se vivía con lo que había en la casa y no se pensaba en tantos lujos. Lo que ganaban los hijos trabajando se guardaba. Aunque no todos trabajaron igual. Porque Ramón y Daniel, los más

pequeños, siempre pensaron que lo tenían hecho, y cuando Miguel se fue a la ciudad, ellos también, pero no les salió igual que a su hermano y Ramón se volvió pronto y Daniel, al poco, que todavía sigue en la casa con la abuela y soltero. Un hombre de treinta y un años que a veces parece un chiquillo.

Óscar, el segundo, no llegó a irse. Porque se enamoró de Carmen, la prima de la panadera. Desde aquel día que dijo en casa que iba con ella a dar una vuelta, Nina supo que su futuro estaba aquí, a su lado. Todos los demás volaron. Aunque algunos hayan vuelto. Lo piensa y lo sabe ahora en esa cocina pequeña donde su nuera Carmen defiende que sus hijos tienen los mismos derechos que los demás. Nina coge otra guinda y retoma lo que quiere contar. Fue Óscar, tu marido, quien empezó a comprar máquinas, eso era lo que estaba diciendo, cuando pocos lo hacían, porque el alcalde le dijo que eso era buena idea y le prestó el dinero, pero ahora todos saben que lo que quería era que le saliera mal y quedarse con todo, lo poco que tenían. Todo. Y casi lo consigue. Fue Miguel quien evitó aquello. Ya se había ido a la ciudad con José Manuel, el mayor.

—Porque a Miguel la tierra nunca le ha gustado —dice Virginia, la de Ramón—. Tú lo sabes, Ana, aunque ahora diga que quiere comprar un terreno.

—Y para qué lo quiere —añade Nina—, si sólo venís en verano, os podéis quedar en la casa, que sobran habitaciones para una vieja.

Ana asiente.

—Sí, abuela, gracias, pero Miguel dice que esas tierras dan buen vino y que ahí está el futuro.

Y ni la abuela ni las cuñadas saben a qué se refiere. Una cosa es segura: si lo dice Miguel es más fácil que sea cierto. Es bruto y tieso, que tiene a su mujer y a sus hijas más firmes que a los jóvenes en el ejército, pero empezó con un camión y ahora tiene casi diez autobuses. Eso no lo discute nadie, así que Fina, la esposa de José Manuel, que también vive en la ciudad, se interesa:

—Y el alcalde, ¿se lo va a vender?

Las cuñadas ríen.

—Manda *carallo* —contesta Ana—, si no se lo vende al precio que le está pidiendo...

Y vuelven a reír. Y es que todas saben que el alcalde no soporta a Miguel desde que le dio el dinero a Óscar para que saldara la deuda. Que no podía pagar las máquinas y contratar gente con lo que ganaba. Que vinieron dos años peores y sin una cosa ni la otra el negocio no podía seguir. Y fue Miguel quien los salvó de arruinarse. Sin que tuvieran que pedírselo. Porque ni siquiera se lo dijeron. Se enteró por otro del pueblo que fue a la ciudad, y Miguel viajó, al día siguiente, y le dio un maletín lleno de billetes a Óscar.

—Es un regalo —le dijo.

El otro no entendió. Y, cuando vinieron varios años buenos, quiso devolvérselo. Al intentarlo, Miguel volvió a repetir Es un regalo. Y es que podía ser tozudo y muy estricto, pero es de los que piensa, o pensaba, porque de esto hace ya varios años, que la familia era lo primero. E igual que los hermanos mayores habían hecho todo lo que tenían que hacer cuando murió su padre, él en ese momento no tenía que echar cuentas del dinero que se debían. Claro que, por su forma de ser, no explicó ni media palabra. Y Óscar y Carmen no entendieron. Y, como el poder que otorga el dinero no incluye el respeto, los dos se reafirmaron en su pensamiento: Miguel y su esposa se creían más que ellos.

Y lo siguen pensando. No ayuda que ellos siempre vayan por su lado, que los padres de Ana se hayan hecho ricos, como dicen ellos, con una tienda de ropa. Ricos porque ganaron más que suficiente para que su hija fuese al colegio de las niñas bien y las que pretendían serlo. Y se nota en sus manos, finas de no coger una herramienta. Y es que Ana no es del pueblo, como todos se empeñan en recordar. Quizá por eso es la única que ahora mismo contempla la puesta de sol con placidez. Desde la ventana de la cocina, se recrea en el espectáculo de púrpuras y azules. Pocos días hay tan despejados y brillantes, pero uno de ellos justifica las vacaciones.

Nina sigue contando su biografía. En ella, como la mayoría de las mujeres de su generación, cede el protagonismo a sus hijos. Por la diferencia de edad y de carácter, Ramón y Daniel, los pequeños, no llegaron a darse cuenta de lo que supuso la muerte de su padre. Se acostumbraron a que sus hermanos mayores llevaran el pan a casa y eso, en parte —una madre siempre disculpa—, les impidió entender que sin sacrificio no hay recompensa. José Manuel, el mayor de todos, tuvo tres trabajos, a veces cuatro, hasta que ahorró para la licencia del taxi. Que vivir en la ciudad salía demasiado caro.

Miguel aceptó trabajar para su hermano mayor, José Manuel. Cogía el taxi y le echaba horas, siempre le estará agradecido. Incluso le ofreció ser socios cuando compró el primer camión y un remolque. Pero José Manuel no tenía mentalidad de empresario. Miguel, mucho ánimo, kilómetros y kilómetros. Conducía él mismo, llevando mercancías del pueblo, donde tenía amigos y contactos, a la ciudad, donde nunca fallaba una entrega. Madera, piedra, materiales para la construcción y, más tarde, pasajeros. La intuición le hizo explorar esa vía. Con sus pocos beneficios y todo tipo de precauciones, compró dos autobuses a una empresa inglesa que iba a actualizar su flota. Miguel no especulaba. Sólo creía en el trabajo.

Ramón era otra cosa. Había nacido casi en la mitad del siglo, dos años después de Miguel y, a su manera, siempre había intentado seguir los pasos de sus hermanos. Por eso también emigró a la ciudad y también se casó con una

chica de allí. Pero como dos manos distintas no pueden reproducir el mismo gesto, por mucho que Ramón imitara a sus mayores, nunca conseguía los mismos resultados. Entre otras cosas porque, al contrario que ellos, Ramón era un embaucador que sólo buscaba el máximo beneficio económico en el mínimo tiempo necesario. Y, como en la mayoría de estos casos, la biografía de Ramón se redujo a una sucesión de fracasos hasta que su moral y sus avales desaparecieron. En el caso de la compra de los dos autobuses, por ejemplo, Ramón habría comprado directamente la flota inglesa, préstamo mediante. Habría sido su enésimo fracaso. Otro más. Hasta que, cansado, acusando a la mala suerte, decidió regresar al pueblo con su esposa Virginia. También allí volvieron a intentarlo y también allí fracasaron, pero al menos tenían un techo bajo el que vivir. La casa de Nina era modesta, pero con habitaciones suficientes para que, incluso en verano, cuando estaban los cinco hermanos, las cuatro nueras y los siete nietos, cada uno tuviera su espacio.

Además, Óscar y Carmen siempre se ofrecían a alojar a alguien. Pero el único de los nietos que aceptaba era Héctor que, a sus diecinueve años, veía así una forma de escaparse del control familiar. En cambio, Vicente y Julio, sus propios hijos, hacían lo mismo pero a la inversa: preferían dormir en la casa de la abuela que volver con ellos. Adolescentes. Las noches de verano, el salón de la casa de Nina era un mar de colchones donde los seis primos —todos menos Héctor— jugaban hasta que, obligados por el grito de alguno de sus padres, Miguel era al que más miedo tenían, se hacía el silencio que anunciaba el sueño.

El verano de 1986 sería especial por dos circunstancias: Margarita, a sus quince años, conocería el amor y sería el último de Héctor con la familia.

—Sube a buscar a la niña —dice Nina—. Creo que los hombres ya se han ido.

Ana sube a la habitación de Margarita y la encuentra leyendo. Tiene los auriculares puestos y rastros de lágrimas secas en la cara, varios mechones pegados a la frente. Tararea el *Papa Don't Preach* de Madonna mientras su madre intenta hacerle una coleta. Se revuelve.

—Dice la abuela que ya puedes bajar, pero déjame que te peine. ¿Qué lees?

—Un tebeo, ¿te importa?

—¿Ya te los has leído todos? Mañana podemos bajar al pueblo.

—¿Te podrías estar quieta?

Margarita se aleja de su madre. Atraviesa la habitación hasta el otro extremo y se apoya en la ventana. El cielo muestra sus primeras estrellas. Ana sabe que su hija no tiene ningún interés en la astronomía, es sólo que prefiere mirar la oscuridad infinita que mirarla a ella. Se levanta, se estira la falda y respira hondo.

—Cuando quieras, puedes bajar a la cocina.

Margarita ni se inmuta. Con los auriculares puestos, es posible que ni la haya oído. Ana espera un segundo más antes de darse la vuelta y salir de la habitación. Deja la puerta abierta. Sus pasos descienden y se alejan. Margarita sigue escuchando la cinta hasta que termina la cara A. La balada *Live to Tell* siempre la pone triste. Sabe exactamente, se lo imagina, donde estará cada una de las mujeres en la casa. Mujeres que hacen tareas invisibles, que mantienen la casa limpia, ordenada, impecable. Cada una concentrada en lo suyo. Algo fundamental. Su abuela y alguna de sus tías estarán en la cocina. Su madre se ha encerrado en el cuarto de baño. No hay nadie en la entrada. Si consigue bajar sin que la vean, podrá salir sin que nadie lo sepa. Y cree que ese es un buen plan. No pierde un segundo. Lo que tarda en ponerse unos Levi's auténticos y ceñirse la coleta con dos vueltas de goma elástica.

En el arroyo, justo antes de que empiecen las huertas, se lava la cara y continúa hacia la discoteca, donde estarán sus amigos. Sólo tiene que evitar la plaza.

## Matrimonio

La futura doctora Durán termina su exposición y sale del aula para que el tribunal pueda deliberar. La duda está entre sobresaliente o sobresaliente *cum laude*, las dos únicas opciones después de cuatro años impartiendo clases, trabajo de campo, investigación y escritura de una tesis doctoral. Tiempo suficiente para hacerse un hueco en el departamento. Imprescindible. Así la ha calificado su director de tesis durante la presentación. La inminente doctora Durán ha intercambiado una mirada con su madre, sentada entre el público: dos compañeros del departamento y ella, su madre, orgullosa. Después, ha iniciado su exposición. Muy nerviosa al principio. Cuarenta minutos exactos, tal y como había ensayado en la habitación de su piso compartido. Ningún problema con el ordenador. Una de sus mayores preocupaciones. Algún miembro del tribunal ha dado un par de cabezadas, pero ella no tiene la culpa. ¿Qué le puede interesar a un brasileño especialista en arácnidos su trabajo? Cero. Lo mismo que a ella un estudio sobre cualquier grupo de artrópodos. Pero su director de tesis quiere viajar a Brasil. Y espera que este colega, así lo llama siempre que puede, lo invite tarde o temprano.

El director de la tesis doctoral abre la puerta del aula. Está exultante. Vuelve a darle dos besos.

—Enhorabuena, Marga, lo has conseguido.

Junio de 1997, Marga Durán escucha que ha obtenido la máxima calificación por su brillante e imprescindible investigación sobre la influencia de los organismos modificados genéticamente en las especies salvajes, un estudio que amplía las posibilidades de la colaboración entre el entorno académico y el de la empresa privada en un sector, el pesquero, que necesita de toda la dinamización posible para enfrentarse a los retos del futuro. El presidente del tribunal continúa con los halagos mientras la doctora Durán, lo ha conseguido, ya tiene el título, piensa que el discurso habría sido el mismo si la calificación hubiese sido más baja. El tono, el tono sí que habría sido menos pomposo.

El profesor brasileño vuelve a dar una cabezada. Así que no es ella quien le

da sueño, piensa la doctora Durán mientras repasa la situación actual y sus opciones de futuro. El desinterés del Estado en una educación pública de calidad y que las nuevas generaciones opten por carreras más prácticas han provocado que, desde hace un millón de años, no se contraten nuevos profesores en las facultades de ciencias. Afortunadamente, a la doctora Durán sólo le interesa la investigación. La enseñanza es sólo un efecto secundario. Así que sus opciones son el Centro Superior de Investigaciones Científicas o conseguir una beca en cualquier universidad del planeta que acepte a una española con muy buenas calificaciones, las mejores referencias posibles y certificado TOEFL. Su ambiente no es la empresa privada. Prefiere investigar en cualquier universidad, por pequeña que sea, que estar a sueldo de una farmacéutica o de una multinacional veterinaria. Incluso preferiría dar clases en un instituto de secundaria. Tiene casi veintisiete años y, a pesar de su biografía, sigue siendo una romántica. Pero no del tipo de romántica lánguida y nihilista. Ha aprendido que si quieres algo, tienes que pelear por ello y, si perseveras, lo acabarás consiguiendo. Ella no ha nacido para rendirse.

Como cuando, al principio de la carrera, descubrió que Madrid era demasiado caro para la beca que había conseguido: no llamó a casa para pedir dinero. Eso habría significado estar en deuda con su padre, y su relación nunca había sido muy buena. Primero, porque Miguel era machista y, segundo, porque Miguel no quería que ella estudiara Ciencias Biológicas. Entendía que Margarita quisiera irse a *estudiar* lejos, porque pensaba que su hija era una jueguista, pero su futuro tenía que estar en la empresa familiar, a las órdenes de su hermano Carlos.

Aunque su madre le enviaba en ocasiones alguna cantidad de dinero, que Marga se veía obligada a recibir, no era suficiente. Así que aceptó un empleo por turnos en McDonald's hasta que consiguió otro como dependienta a media jornada en una cadena de tiendas de ropa. En su tercer año en la universidad, el Ministerio de Cultura le denegó la beca (según ellos, su renta era suficiente para sobrevivir) y no le quedó más remedio que seguir la senda que ella misma se había marcado. compaginar el trabajo con la facultad no fue tan difícil, al fin y al cabo. Sacrificó su vida social universitaria, pero al mismo tiempo algunas de las compañeras de trabajo se convirtieron en amigas. Siempre ha creído que esta situación tuvo bastante de positivo, aunque le crease fama de empollona y aversión a las hamburguesas. No ha vuelto a comer una desde aquel primer empleo.

El público y el tribunal aplauden el final de la lectura del acta. El director de la tesis doctoral vuelve a abrazar y besar a la autora, que recibe las felicitaciones de los miembros del tribunal y, en cuanto puede, sube los pocos

peldaños que la separan de su madre. Se funde con ella en un largo y tierno momento que lleva deseando desde que la vio entrar, quince minutos antes de que empezara su exposición. No pudieron hablar entonces. Tantos nervios. Fue Ana quien le dijo por teléfono que iría directamente, que no se preocupara por ella, que no quería que estuviera pendiente. Un alivio para Marga. Para Ana, una mezcla de miedo y pudor. Miedo a que le dijera que no quería que estuviera allí, en la exposición, que la pondría nerviosa. Y pudor. Pudor hacia la mujer en la que se ha convertido su hija. A lo que ha conseguido. La mayoría de su discurso no lo ha entendido, pero se siente orgullosa de ella. Igual que el señor ese que ha hablado tan bien. A ese sí que lo ha entendido. Además, Ana nunca volvería a dormir en ese piso compartido donde cuatro chicas comparten un cuarto de baño.

La doctora Durán se limpia las lágrimas y contempla a su madre. Hace más de un año que no se veían. Lo que más le llama la atención es que Ana lleva pantalones. Unos pantalones modernos de raya en medio. Se ha cortado el pelo y se lo ha teñido de rubio.

—Estás muy guapa.

—¿Te gusta? Quería algo especial para este día. Enhorabuena.

—Gracias. Siento no haberte podido ver ayer, pero...

—Quita, quita. No me imagino lo nerviosa que estarías. Ahora tendremos tiempo. Al final, ¿te vienes conmigo?

La llegada del director de la tesis evita que la doctora Durán tenga que responder.

—Con permiso. Marga, me gustaría presentarte a mi colega Paolo Gibre, de la Universidad de Brasilia. Quería felicitarte personalmente por tu brillante exposición y le he dicho que estarías encantada, claro.

La doctora Durán se gira sobre sus diez centímetros de tacón, lanza la mejor y más educada de sus sonrisas y estira la mano para estrechar la de un ser redondo, con la cabeza hundida entre los hombros y unas gafas, también redondas —y diminutas—, al fondo de las cuales se ocultan unos ojos de topo. El doctor Gibre se acaricia la perilla blanca y empieza a hablar en portugués.

—Ah, sí —le interrumpe el catedrático—, le he dicho a mi colega que eres gallega. Lo cual le ha alegrado mucho. El portugués lo entiendes, ¿verdad?

La doctora Durán ni se inmuta. Y con otra gran sonrisa, aprovecha para presentar a su madre, que acaba de llegar de Galicia sólo para asistir a la defensa de su tesis. Los dos catedráticos asienten con gran efusividad ante las palabras de la reciente doctora.

—Ha viajado por primera vez en avión.

El director de la tesis doctoral, por lo menos diez años mayor que Ana, afina más aún la nariz.

—No me diga. ¿De verdad? No sabría decirle cuándo fue mi primera vez.

Y al ver que Marga no hace el mínimo intento, prueba él a traducir al portugués la conversación. A pesar del escaso éxito, el topo escucha con los dedos entrelazados como si comprendiera la frase.

—*Você tem uma filha muito inteligente e bonita. Eu tenho certeza que parece a você...*

Ana sonríe. Ella, como su hija, tampoco habla portugués, pero la intención es tan evidente que hasta el catedrático local se muestra sorprendido.

—Doctor Gibre, me gustaría presentarle a otro investigador. *Doutor Gibre eu gostaria de introduzir...*

Y, cogiéndolo del codo, lo invita a acompañarlo hasta otro grupo, lejos de la doctora Durán y su atractiva madre, donde los miembros del tribunal debaten con dos futuros aspirantes.

Solas, aliviadas, la doctora Durán le dice a su madre que le ha salido un admirador. Ana todavía está ruborizada, sorprendida como una niña mujer de quince años ante su primer piropo.

—Verás cuando se lo cuente a tu padre.

—¿Se lo vas a contar?

—Claro, ¿por qué no? Estas cosas pasan en Madrid, con profesores extranjeros. ¿Tenemos que ir a comer con ellos?

La doctora Durán no puede creer lo que está oyendo. No sabe si su madre lo dice, de verdad, para ir a comer todos juntos y continuar con esa especie de juego que acaba de presenciar o sólo le está tomando el pelo. Seguramente lo último.

—Podemos hacer lo que tú quieras —dice—. ¿Quieres que vayamos con ellos?

—¿Estás loca? ¿Sabías que hay una Penela en Madrid? Hacen la ternera asada igualita. Yo invito.

## Heroína

Los cinco hermanos y el mayor de los sobrinos, Héctor, beben en uno de los bares de la plaza de la Constitución, frente al edificio del Ayuntamiento. El mobiliario, escaso: una barra, unas pocas mesas y sillas, hielo y vasos de tubo para el whisky con coca-cola de cuatro de los Durán García y el vodka con naranja, Kas, para los jóvenes Daniel y Héctor. Nada sofisticado. Bromas y peleas por pagar la ronda entre José Manuel y Miguel, Óscar que se levanta para saludar a alguien y Ramón que insiste en las oportunidades que hay ahí afuera y sus hermanos no saben ver. Es 1986, eso significa la Comunidad Económica Europea: el fin de las fronteras.

—No me digas que no lo has pensado, Miguel. Tú eres un tío con perspectiva —dice Ramón—. Ahora puedes ampliar tu negocio. Como te descuides, se te va a adelantar un portugués, te lo digo yo. Tengo un amigo...

—Pesado eres —le interrumpe Miguel—, ¿no podemos hablar de otra cosa? Llevas todo el verano con lo mismo.

—Qué culo tiene la Sonia. —José Manuel, el primogénito, con la misma camisa blanca de manga corta con la que conduce siete días a la semana el taxi, señala una mujer, pelo cardado, mechas rubias—. Me encantan esos pantalones.

—Son elásticos, papá —dice Héctor—. Le voy a decir a la vieja que te gustan las rubias.

José Manuel coge a su hijo por los hombros, haciéndolo sentir incómodo.

—Vas a decir, vas a decir...

—Serán lo que tú quieras, pero eso tan apretado tiene que doler. ¿La Sonia no estuvo con el de Correos?, ¿cómo se llamaba? —Óscar intenta recordar el nombre, pero su grado etílico empieza a ser demasiado elevado—. Da igual, tiene buen culo, *ho*.

—Vaya viejos verdes que estáis hechos —interrumpe Daniel—. ¿Este es el ejemplo que le dais a vuestro sobrino?

—A saber lo que sabe este. —Miguel le indica al camarero que sirva otra ronda—. Y lo que habrá aprendido en la cárcel...

—Oye, es cierto que allí... —se atreve Óscar.

—¿Te refieres a si te dan por culo?

Héctor tiene diecinueve años y acaba de salir del penal. Entró porque lo trincaron con la bolsa de un amigo. Usando sus propias palabras: si hubiera hecho algo malo no le habrían caído sólo cuatro meses. Ha prometido a sus padres que no lo volverá a hacer, que tendrá más cuidado. Y, aunque está delgado y pálido como un vampiro, quieren creerle.

—Hombre, tu tío no lo quería decir así —rectifica José Manuel.

No están ahí para pelearse. Todo lo contrario, la idea es hacerle ver que puede contar con ellos, que están ahí para lo que necesite.

—Era broma, tío —dice Héctor, y golpea con el dedo índice uno de los hielos de su vodka naranja—. Allí pasan muchas cosas. Algunas chungas que mejor no os cuento, pero otras buenas, es cierto.

Héctor sigue tanteando el terreno, como si caminara por arenas movedizas, porque una cosa es decir las cosas como las piensas y otra hablar demasiado. Él nunca ha hablado demasiado. Ahí está su padre, borracho y medio, que lleva todo el verano preocupado porque no se meta en líos. En más líos. Peleándose por pagar la siguiente ronda. ¿Qué pensarían los carcas de sus tíos si supieran los miles que se ha metido él por las venas? En el ochenta y dos, no había cumplido los quince años, un amigo y él se hicieron su primer súper, medio kilo para cada uno. Les supo a poco. Pillaron varios gramos, robaron un coche y a Santiago. Vieron un banco, entraron con la pistola y un cuchillo. Un millón y medio de pelas. También era la primera vez que se hacían un banco. Descubrieron que estaba chupado. Llegabas, entrabas con la pistola, les decías que te dieran la pasta y te pirabas. Era tan sencillo que llegaron a hacer apuestas sobre quién era más rápido. Los cajeros tenían la recomendación de no resistirse. Fácil. Le encantaría ver la cara que pondrían su padre y sus tíos si les contase la pasta que hicieron aquel año, el año del Naranjito, lo recuerda perfectamente, por la tontería esa del Mundial de fútbol, todo el mundo ahí pendiente, como si les fuera la vida en ello.

José Manuel vuelve a pasar un brazo por encima de los hombros a su hijo.

—Lo que tu tío quiere decir es que eso no es vida, Héctor. Mira tu tío Daniel, él también estuvo metido en líos, como tú, pero ahora es una persona normal.

—Bueno... —aclara su tío Daniel—, yo no estuve en la cárcel, trapicheábamos con dexedrina, pero yo nunca atraqué una farmacia.

Hay soberbia en sus gestos. El menor de los Durán nació en 1955, seis años después de Ramón, cuando ya nadie lo esperaba, y siempre ha sido el más consentido. Ya fuera enredando entre las faldas de su madre o entre los

pantalones de su padre, aquel zagal creció con la falsa impresión de que su sonrisa de diastema podía conseguirle todo lo que se propusiera. Hasta los quince años, cuando murió Alfonso, su padre. Los jóvenes setenta se convirtieron entonces en una época de promesas e inestabilidad, una transición en la que era sencillo que un adolescente encontrara drogas más dañinas que el alcohol o el tabaco. Y Daniel aceptó el refugio de las anfetaminas. Se podían conseguir en las farmacias, sólo tenías que falsificar la receta, sin tener en cuenta las consecuencias. Todos pensaron que con el servicio militar se solucionaría. Y volvió de Canarias, allí lo hizo, más moreno y peor persona. Así que, cuando a los pocos meses, dijo que se iba a la ciudad, Nina, su madre, sólo pudo sentir alivio: el pueblo era demasiado pequeño para tantas noches.

Daniel se fue a vivir con su hermano Ramón y Virginia, su esposa, a un pequeño piso, antiguo y con algunas humedades, pasado el estadio del Deportivo de La Coruña, en 1975. El alquiler era mínimo, pero mientras el nuevo negocio de Ramón terminaba de despegar, el subarrendamiento les permitiría pagar algunos gastos. La convivencia fue tan breve como sus ingresos. El pequeño de los Durán se gastaba todo el dinero antes de acordarse de pagar la habitación a su hermano, mientras la paciencia del matrimonio se consumía con los amigos y amigas, a veces menores de edad, que Daniel llevaba de madrugada para continuar la fiesta en su caja de cerillas sin ventanas, como a él le gustaba llamarla.

Los detalles son confusos; el desenlace, inequívoco: Daniel, como un gato malherido, no tuvo más remedio que seguir los pasos de Ramón y Virginia, aceptar la hospitalidad de Nina y volver a su antigua habitación en la casa del pueblo. Eso fue lo que lo salvó. Daniel tuvo la suerte de saltar justo antes de que la ola de la droga rompiera contra la playa y convirtiese a todos los que iban montados en ella en escombros.

Héctor sigue en esa ola. Y piensa que su tío Daniel, treinta y un años, es un fracasado que todavía vive con su madre. Y que su tío Ramón, tres cuartos de lo mismo. Y Miguel, un cabrón empresario que ha tenido la suerte de casarse con una niña pija. Y Óscar, quizá su tío Óscar sea quien mejor le cae, a pesar de sus cortas miras. Nunca saldrá de este puto pueblo. Y su padre, pues bueno, bastante tiene con estar todo el día sentado en el taxi. Es para lo que vale, piensa. Porque Héctor, lo único que siente por su parentela, ese grupo de hombres que lo miran desde todos los ángulos de la mesa, es pena. Ellos no pueden comprenderlo. Lleva, desde que ha salido de prisión, poniéndose y robando. Cuando estás enganchado no comes nada, no te apetece. Beber el tercer vodka con naranja es como beberse un vaso de agua. Lo único que quieres es algo dulce y yogures. El resto, *ponerse y ponerse*. Tiene que esperar a que estén tan borrachos como para

que lo dejen marcharse a la discoteca. La mezcla de heroína con cocaína en la *chuta* le permite unos siete u ocho picos diarios. El cuerpo le pide cada vez más y cada vez aguanta más. Está todo el día con sensación de bienestar, no *esnuc* como se quedaba al principio con un pico. Su cuerpo no estaba acostumbrado y el jaco de entonces era bueno de verdad. Al principio del todo, en la época de las jeringas compartidas y los robos a coches y supermercados. Te lo metías, le dabas un par de aguas y le pasabas la jeringa al colega. No tenían ni idea del peligro.

A mediados de los ochenta, con la heroína en su cenit, Héctor, el mayor de los sobrinos, carece de dos de los factores determinantes que salvaron a Daniel: una experiencia vital superior a la del resto de su grupo y un refugio llamado familia.

—¿Entendido? —le vuelve a preguntar su padre.

Han salido a la puerta del bar, donde los hermanos Durán seguirán bebiendo y haciendo bromas y peleándose por pagar la próxima ronda. Aburrido de esperar, Héctor le ha pedido permiso para ir a buscar a un colega. Incluso, ha insistido, puede acompañarlo el tío Daniel. Una propuesta un poco temeraria que ha causado el efecto deseado: su confianza.

—Mañana a las diez te levantas conmigo, ¿entendido? —se repite José Manuel, la espalda destrozada de tantas horas en el taxi—. Si sirves para trasnochar, sirves para madrugar como tu viejo, ¿entendido?

—Que sí, papá, que lo he entendido la primera vez, que me estás rallando un poco, ¿no crees?

—Hijo, es que hay veces que creo que no me... Lo único que quiero decirte es que te quiero un montón, que tu madre y yo te queremos un montón y que le estás haciendo mucho daño, joder. Deja la mierda esa, que no sé qué ves en ella, joder.

—Papá, ya te lo dicho, hostias, desde que he salido del trullo no me he puesto ni una vez, de verdad, ¿no me crees?

—Claro que sí, hijo, pero es que estás tan flaco y tan blanco. Si es que no comes una mierda...

—Bueno, ¿qué? ¿Me voy a poder ir esta noche o seguimos con el tercer grado hasta mañana?

—Vale, hijo, vete, vete con tu colega, pero no lo hagas. ¿No te has hecho ya suficiente daño?

Héctor comienza a alejarse de su padre. Sólo tiene una idea en la cabeza: llegar al aparcamiento de la discoteca lo antes posible, coger lo que tienen guardado en la guantera y *metérselo*. Uno pequeño, lo justo para volver a subir esa montaña por la que ha empezado a descender.

Nada ni nadie puede evitar un desastre llamado Héctor.

## Matrimonio

En el restaurante, madre e hija conversan como dos amigas que llevan tiempo sin verse. La alegría de llegar a la meta, y hacerlo de la mejor manera posible, ha provocado que la recién titulada doctora Durán se relaje. Las paredes del local están recubiertas de madera, con grandes cuadrados pintados de violeta y un marco dorado en el centro. Como todos los restaurantes prohibitivos, la decoración es minimalista. En esta ocasión, tan minimalista que el único rastro del origen gallego es olfativo. Ana se encarga de pedir para las dos y sólo deja que Marga escoja el vino. Indecisa, no está acostumbrada a beber vino, su presupuesto no le permite esos detalles, le pide consejo al camarero.

—Un blanco, fresco —dice.

—¿Un godello?

Las dos mujeres brindan. Hablan de las últimas tendencias en ropa, de las que Ana parece estar más informada que Marga. Le comenta en profundidad su cambio de vestuario y que ha empezado a ir a un estilista. Y a la piscina. No había vuelto a La Solana desde que ellos *se hicieron grandes*. Ahora va todas las mañanas. Ella y sus dos amigas hacen *aquagym* y luego sauna. Ventajas de tener a los hijos criados. Ese es su tema preferido. Los tres en la universidad. Carlos, el mediano, ya está con el máster, y Julia, la pequeña, en el último año de una diplomatura. Los dos en Santiago. Y Carlos se casa, como si Marga hubiera podido olvidarse.

Su madre insiste en que coja la última zamburiña.

—Esto no lo hay en todos sitios. ¿No lo echas de menos?

¿La comida? Marga no se lo había planteado. Como si en Coruña se comieran zamburiñas todos los días.

—Suelo comer en la facultad. Si puedo, me llevo un táper y como con el resto de mis compañeros.

—¿Y algún compañero más especial que otro?

Casi se han bebido la botella de vino blanco, fresco, afrutado y Ana no es capaz de sujetar la lengua. La ilusión que le hace que su hija sea doctora es la

misma que le haría que le presentase un novio. La mitad de la que sería si le dijera que se casa. Incomparable a la que sentiría si le dijera que va a ser abuela.

El camarero sirve la carne asada. Las patatas, pequeñas, redondas. Los cachelos, explica el camarero, han sido cocinados en el mismo jugo de la carne. Se resisten al cuchillo, pero están tiernas por dentro. Marga lo saborea con deleite y coge otro trozo de pan, auténtico.

—El pan. Quizá eso sea lo que más echo de menos.

Ana no insiste. Conoce demasiado bien a su hija y sabe lo reservada que es. Si tiene que saber algo, ya se lo dirá. Siempre ha sido así, o la han dejado que lo sea, pero a estas alturas ya no se plantea cambiar nada. Si su padre y ella no quieren hablarse, pues ya está. El problema es lo parecidos que son. Y lo que Ana no quiere reconocer: Marga pertenece al sexo femenino. Si Marga fuera igual que su padre, pero fuera un varón, el primogénito, sería el hijo idóneo para Miguel. Pero tuvo que nacer hembra y, no sólo eso, tan testaruda como su padre. Es un problema que no tiene solución. Sí, Marga podrá vivir su vida, jugar con el peligro, cometer errores, enmendarlos y alcanzar el éxito. Sólo faltaba, pero, por muchos logros que consiga, Miguel no lo va a reconocer. Más que ha intentado que estuviera ahí, con ellas, para celebrarlo. Intentó hasta la baza de que es su hija, de que es su sangre la que corre por sus venas. Y tampoco. Otra cosa sería que Marga fracasara. Ana está completamente segura: Miguel siempre tendrá la puerta abierta para el regreso de su hija. Claro que su primera frase sería Te lo dije.

Marga moja pan en la salsa de la carne asada. Ana no puede evitar una sonrisa. Y mirar alrededor por si alguien se ha dado cuenta.

—Lo siento —dice Marga—, pero no me puedo resistir.

—Es tu día, puedes hacer lo que te dé la gana. ¿Quieres más pan?

Ambas mujeres ríen, tan contentas que están a punto de pedir otra botella de vino, pero al final, en un arrebato de normalidad, sólo piden un variado de postres para compartir. El camarero, no saben si porque lo hace siempre o porque ha notado el acento de Ana, sirve con los cafés un cuenco de guindas en aguardiente.

Ese gesto, un detalle, para Marga no significa nada. En Ana —no son las guindas en sí, es su significado: el punto y final de las comidas familiares, eternas, cada vez menos habituales, menos concurridas— provoca una cascada de recuerdos de los que arrastran emociones y desembocan en llanto. Porque cuando se juega con fuego, siempre existe la posibilidad de quemarse.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Nada, hija, tu madre que es tonta. Estoy tan orgullosa de ti.

—Pues por eso, no llores, que me vas a hacer llorar a mí.

—Ya, pero no puedo evitarlo. Me gustaría tanto que estuviéramos todos... juntos.

El efecto placebo desaparece. Marga dobla la servilleta y la coloca sobre la mesa, a la derecha del plato, en perfecta simetría con el resto.

—No, mamá, íbamos tan bien.

—Lo sé, lo sé, pero no puedo... Es sólo que me he acordado de tus hermanos, de tu padre. Él también se alegra.

—Pues que hubiera venido —Marga le resta acritud a lo que siente.

—No le dijiste nada.

—Pero lo sabe. ¿A que sí?

—Sabes que las cosas no son así. No pueden ser siempre como queremos. Cada uno sois de una manera.

Por mucho que lo intenten, la comida ha terminado. Se ha roto la magia. Aunque dejen de hablar ahora mismo, no serán capaces de volver al punto donde estaban hace, escasamente, un minuto. El pasado siempre está presente. Sobre todo cuando el pasado es una herida abierta que explica nuestra trayectoria. Los puntos de inflexión no existen. Nunca han existido. Hasta que nosotros los creamos. Decimos. Queremos creer. Que tomamos la decisión.

—He pensado que me gustaría que te volvieras conmigo.

Ana vuelve a ser su madre. El espejismo del reencuentro con la amiga que hace mucho tiempo que no ve, la celebración de un punto culminante en su carrera profesional con una persona querida, desaparecen. La comida es, siempre lo fue, una invitación informal a volver. Esta vez el motivo es la boda de Carlos, su hermano mediano.

—Pero falta un mes para la boda. ¿Qué hago yo en el pueblo?

—¿Y aquí? Tú misma lo has dicho, el curso está terminando y necesitas unas vacaciones. Allí puedes leer y escribir, lo que sea que tienes que hacer. Mira, yo me he comprado este libro en el aeropuerto.

Ana saca del bolso una novela. La portada es el dibujo de una pareja abrazada sobre fondo rojo. En la parte superior puede leerse «Premio Primavera de Novela 1997». En la parte inferior, el título y la autora. *La hija del caníbal*. Rosa Montero.

—Y *podías* ayudar a Luisa con la boda...

El curso académico llega a su fin. La doctora Durán ha obtenido la máxima calificación con su tesis doctoral y sus únicas y posibles vacaciones son ayudar a su hermano y su futura cuñada con los preparativos de su boda. Si tuviese algo ahorrado, algo imposible, podría hacer como una de sus compañeras de piso. Una escapada, el sol y la arena de las playas de Cádiz. Su compañera dice que no existe un lugar igual, que todavía no lo han descubierto los guiris. Sol y playa.

Pero Marga no tiene ni para pagarse el *camping*. Necesita unas vacaciones, cambiar de escenario, desconectar de la facultad. Está decidido. La doctora Durán volverá a San Fiz un mes antes de la boda de su hermano.

—¿Hablo yo con tu catedrático?, ¿crees que será necesario?

Ana intenta bromear, que la conversación vuelva al tono distendido de antes de los postres. Pero ha explotado la burbuja. Qué poco dura la felicidad. El camarero deja la cuenta sobre la mesa, junto al cuenco de guindas en aguardiente del que no han tomado ninguna.

## Navidad

El avión desciende hasta atravesar una nube. Y luego el verde. Un verde eléctrico que se desborda por la línea de la costa invade el terreno de las olas, espuma blanca que bate las rocas, un día y otro. M vuelve a casa por Navidad, como en el anuncio de televisión de turrone El Almendro que canta Paloma San Basilio desde hace varias generaciones. El avión aterriza y algunos pasajeros aplauden. La pista es muy corta, la frenada demasiado rápida. Llueve. M guarda la novela que ha venido leyendo en su bolso. Es la última en salir del avión por la puerta delantera. No tiene prisa. No ha dicho a nadie cuándo llegaría. Su plan es alquilar un coche, llegar al pueblo sin prisas. Cero agobios. Le ha pedido a su madre que no diga nada. Sabe que lo cumplirá. No sabe lo que su padre dirá al verla. Le importa.

El viaje ha durado veinticinco horas. Fairbanks, Seattle, Londres, Madrid y A Coruña. A M le duele la cabeza. Todo le resulta demasiado familiar. Se conoce el aeropuerto muy bien. Este y el de Santiago. Son pequeños, manejables, mal comunicados. Como los de todas las capitales de provincia. Intercambiables. Nunca ha entendido esa ansia de los ayuntamientos por tener el suyo propio. Ni le importa. Sólo quiere una cama, que el niño maleducado que no ha parado de chillar desaparezca.

Ella y su maleta se dirigen a la oficina de alquiler de coches. Odia hacer el equipaje. Odia facturar. Odia perder tiempo frente a una cinta transportadora. Está cansada y de mal humor. Quizá debería pasar la noche en Coruña y seguir el viaje mañana. Llegar al pueblo descansada. Por otro lado, ¿para qué postergar lo inevitable? Su padre se muere. Cáncer de páncreas. Sobrevivió al de pulmón, pero, por lo que ha leído, este nadie lo supera. M elige el coche más pequeño. La dependienta, una chica displicente, tiene que ayudarla a rellenar el formulario. Puede elegir entre color blanco o negro. Le da igual. No sabe ni lo que ha marcado. Firma, entrega la tarjeta a la chica para que cargue la fianza y se percata de que ha mantenido toda la conversación en inglés.

Cuando encuentra el lugar donde están aparcados los coches de alquiler,

dispara a varios con el mando a distancia, hasta que uno de ellos responde con un pitido. Un Nissan Micra reluciente y negro. Deja la maleta en la parte de atrás y ajusta el asiento y los espejos. El aparcamiento está medio vacío, no tarda en encontrar la salida e incorporarse a la autopista. A ambos lados, árboles muy verdes. La mediana es una orgía de arbustos, también de un color verde radioactivo. El cielo, una mancha gris infinita. El sol, desaparecido. Ha cambiado el blanco helado por el verde húmedo. M se descubre reflexionando sobre cómo influye el paisaje en el estado de ánimo de los seres humanos. Seguro que hay literatura al respecto. Estudios sobre cómo nos condicionan la genética y el entorno. ¿Se podría tomar el paisaje como una variable del entorno? Tiene más que ver con el desarrollo de la personalidad, no con el estado de ánimo. Desvaría. Lo mejor será parar en la próxima estación de servicio. Si no recuerda mal, había una antes de Cecebre.

M pide un té y un pincho de tortilla. Esta vez sí, en español. Está tan cansada que tiene que esforzarse para traducirse a sí misma. Quizá no sea tan mala idea lo de esperar a mañana. Le pregunta al camarero cuánto se tarda. Hora y media. Lo que recordaba. Mientras espera que se enfríe el té, recuerda el viaje que hizo con su madre nada más doctorarse. Fue hace nueve años, en 1997, un año imposible de olvidar. El año de la boda de su hermano y del secuestro y de todo. La segunda vez que su madre viajaba en avión, sonrío. No ha vuelto a hacerlo. Como ahora, también alquilaron un coche para volver al pueblo. Y, sin embargo, han cambiado tantas cosas en estos nueve años.

Aquel viaje empezó mal y terminó peor. Aunque, ahora, M no cambiaría nada de lo que sucedió. Porque cambiar aquel final, sería cambiarlo todo. Ella pensaba ir a la boda de su hermano, por supuesto, pero fue idea de su madre que volviera un mes antes. Demasiado tiempo. Un exceso de confianza que podría atribuirse al sobresaliente *cum laude* de su tesis doctoral. En aquel momento no lo sabía, pero fue la nota que obtuvieron todos los que se presentaron ese año. Fue más difícil que, cuatro años después, el catedrático le escribiera una carta de recomendación para el Instituto Oceanográfico. Si ella desaparecía del departamento, él tendría que volver a dar las clases de prácticas hasta que consiguiera un nuevo *voluntario*. Había pocas cosas que le gustaran menos a ese viejo verde al que M, a pesar de todo, recuerda con cariño y agradecimiento. Al final lo hizo y Marga consiguió el empleo. Dos años más tarde, la Universidad de Fairbanks se puso en contacto con ella. Una universidad le ofrecía un contrato. El final de los problemas económicos, de una inestabilidad precaria que tenía que renovarse anualmente por una incomprensible necesidad burocrática. Una firma. Sólo tenía que mudarse a Alaska. Incluso aquello le pareció una ventaja. Tenía treinta y dos años.

Estuvo a punto de no decírselo a nadie de su familia. Desaparecer. Por completo. Para siempre. Cuando por fin llamó a su madre, de las pocas veces que ha sentido la necesidad de hacerlo, y le comunicó su nuevo destino, Ana no podía creérselo. ¿Alaska? Incluso tuvo que fingir un mínimo de alegría para, lo sabía, no decepcionar a su hija. Por la noche, cuando informó a su marido, Miguel ni siquiera levantó la mirada del plato. Ninguno de sus hermanos llamó a M para felicitarla. Ni siquiera para desearle buena suerte. Carlos siempre tenía algo más importante que hacer. Julia, la pequeña, seguía enfadada porque había faltado a su boda con Fernando. Ni siquiera le escribieron un correo electrónico o un mensaje de texto. Han pasado tres años y siguen sin haberlo hecho. M no les guarda ningún rencor por ello. Entiende que su hermana esté resentida. Por lo que sabe, se casó con Fernando porque estaba enamorada. Y quería compartir esa alegría con los suyos. Así de tradicional ha salido su hermana pequeña. Pero M no pudo. Ella no podía asistir a ese casamiento y permanecer en silencio. Nadie sabe la razón de su ausencia, ni siquiera su madre. Ahora M cree que ha llegado el momento de explicarse. Después de nueve años, se cree con el valor necesario para contar lo que sucedió aquel día. Sabe las consecuencias que esta confesión tendrá en su familia. La familia Durán García es una de esas familias en las que nunca pasa nada porque nadie dice lo que piensa. Y en familias así es donde mejor viven los secretos.

En el último momento, decide seguir hacia Lugo. Se tarda más o menos lo mismo y no quiere pasar por Santiago. Betanzos, Coirós, Teixeira, Guitiriz, Baamonde, Rábade y Lugo. Se sabe de memoria los carteles. Todavía los recuerda. Bordea la ciudad amurallada y toma la A-54 y luego la nacional con dirección a Chantada. Según el navegador, treinta y cinco minutos más. En la radio, Amy Winehouse, su *Back to Black*. Le siguen gustando las canciones tristes. El CD se lo regaló Allan nada más salir a la venta. Su relación había florecido escuchando «Frank», el anterior álbum de esa cantante que no tiene ningún pudor en mezclar géneros y expresar sus emociones. La música tiene la capacidad de transportarnos en el espacio y en el tiempo. Eso es lo que está haciendo ella: viajar en el tiempo. Al pasado. Parece que todo sigue igual en esta parte del orbe. Casas de piedra, tejados a dos aguas, hormigón y uralita, somieres y hórreos de piedra con parches de ladrillo. El decorado no ha cambiado. Y sólo puede pensar que, por favor, no sea así. Deja atrás el desvío a Monterroso, llega a Taboada y ya es prácticamente línea recta hasta la entrada al pueblo.

Todo le parece más de lo mismo. Los únicos síntomas del siglo XXI son internet y el calentamiento global. Recuerda perfectamente cada uno de los edificios. La calle principal, de la que salen el resto, desordenadas alrededor de la iglesia, ahora restaurada. Luego, las huertas al final del pueblo y el camino

que primero sube y luego baja. El túnel de árboles continúa impertérrito, algo más viejos, pero ¿qué son once, veinte años para ellos? Sus ramas se siguen juntando sobre el camino, mal asfaltado, lleno de baches como piscinas. Y allí están el pórtico románico y el rosetón del monasterio de Santo Estevo. En la otra ladera, señal de que una vez alguien creyó en algo lo suficiente como para construir allí. Mires donde mires todo es vegetación. Árboles y vides hasta el mismo cauce del río. La niebla no le deja ver el valle al completo. La carretera vuelve a girar hacia el interior, entre árboles centenarios. Tres o cuatro casas permanecen en pie. Aquí sí se hace evidente el paso del tiempo. La imagen que M tenía en su cabeza no se asemeja a lo que ve ahora mismo. Identifica cada una de las construcciones, incluso la que está prácticamente hundida. La casa de la abuela Nina, la de sus veranos, la que fue durante tanto tiempo *la casa*, ahora es una casa vieja, una casa vacía, pero, aun así, es la que mejor resiste. O quizá sea su ilusión.

M aparca junto a la puerta y no llega a llamar. Imagina que, dentro, no hay nadie.

## Heroína

Margarita ha conseguido salir de la casa sin que nadie la descubra. Aprovecha la oscuridad para llegar al arroyo y lavarse la cara. Quiere estar guapa. Quiere gustarle. Se maquilla. Margarita, a sus quince años, ha descubierto el amor. Un amor romántico que se ha apoderado de sus días y de sus noches. De todos sus pensamientos. Cuando menos se lo espera, se descubre pensando en él. Su olor. Eso es algo de lo que no se había dado cuenta antes. Cada uno tenemos un olor, el suyo propio. Ni siquiera lo había imaginado. Como no había imaginado que se pudiera sentir algo así. Tanto. Todo es tan nuevo, tanto, que no se ha atrevido a contárselo a nadie. Ni siquiera a él, claro.

En la periferia del pueblo, hay algunas mujeres sentadas a la puerta de sus casas. Detienen la conversación para saludarla y vuelven a lo que han visto en la tele o lo que ha oído una de otra que ha dicho que ha pasado en el pueblo. No saben muy bien. Porque aquí todo se sabe y nada. Luego, pasada la niña, repasan quién es Margarita y quiénes son sus padres y los padres del padre, que Nina quedó viuda y lo de los cinco hijos. Y unas a otras se preguntan dónde va sola a esas horas. Pero es que los jóvenes, hoy en día... Y una de ellas ha visto por la mañana, en el programa ese nuevo, «Buenos días», que una chica se escapó de su casa porque había conocido un chico. Y que esas cosas pasan porque los ricos también lloran.

Marga, para evitar la plaza de la Constitución, donde estará su padre con sus tíos, tiene que ir por la plaza de la Iglesia. Allí es donde instalan las carpas de las fiestas patronales. El año pasado pusieron también un escenario para un grupo de música y una barra para servir bebidas. Margarita pasó todo el tiempo con su pandilla, alejada de sus padres. Que menuda vergüenza cuando su madre, para hacer la gracia, se acercó para bailar *Paquito el Chocolatero* juntas. Pero este verano ya es mayor. Ha pasado más tiempo con sus primos, Vicente y Julio, su hermano Carlos y Fernando, el hijo del alcalde, el único del pueblo que va con ellos. Es la única chica porque Zara, la otra prima mayor, aunque tiene la misma edad que Vicente, y su hermano Héctor, supermayor, que tiene

diecinueve, suelen escaquearse de estar con ellos.

Margarita se siente eufórica. Lleva unos días como en una montaña rusa. Pletórica y, al rato, asustada. Le duele el estómago y no tiene hambre. En su habitación, se levanta para coger algo y cuando llega a la estantería ya no recuerda lo que busca. Se descubre pensando en el futuro, es decir, el próximo verano, cuando vuelva a verlo. Y en todos los veranos que les quedan. Como si su amor no pudiera tener fin. Un amor romántico que la lleva a cultivar fantasías donde sólo hay una pareja protagonista. Margarita es joven. Sus ojos son jóvenes, su imaginación es joven, tan joven que no conoce el desengaño, ni la traición. Es la primera vez. Y su cuerpo está preparado. Margarita no sabía que se pudiera sentir tanto. Y lo que siente no le cabe en el pecho. Tiene ganas de gritar, de que todo el cosmos se entere. Pero no puede hacerlo. No quiere. Tiene miedo. ¿Y si él no siente lo mismo?

En alguna ocasión, Margarita ha estado a punto de decirle algo, muy bajito, como si estuviera prohibido. Pero ni siquiera llega a empezar la frase. Sólo de pensarlo se ruboriza. Otra vez esa idea. ¿Y si él no siente lo mismo?

Margarita llega a la discoteca. Los chicos colonizan el aparcamiento y el descampado contiguo, donde se arremolinan junto a sus coches. La mayoría visten vaqueros y camiseta de algodón y americana con hombreras, al estilo *Corrupción en Miami*, pero también hay algún grupo de *heavies* con su chupa de cuero, y siniestros con los ojos pintados de negro. Cada uno tiene su propia música. El propietario de un Renault 5 Turbo ha sustituido los altavoces de serie por otros más potentes. Testosterona y decibelios. La discoteca es una especie de nave industrial con un cartel gigante, ESPIRAL, en letras luminosas. Desde su interior llega un bum bum amortiguado y hay un continuo entrar y salir de chicos con vasos en la mano que rellenan junto a sus maleteros. Hay leyes, pero no hay quien obligue a cumplirlas. Los jóvenes tienen la libertad que no pudieron tener sus padres durante la Dictadura. Un efecto rebote les ha traído hasta aquí. El mismo efecto que dentro de unos años, a los supervivientes, les hará fijar unos límites mucho más estrictos. Se convertirán en lo que dijeron que nunca serían.

Margarita busca a alguien de su pandilla en el aparcamiento. Vicente y Julio, los hermanos inseparables, suelen pasar más tiempo fuera que dentro. Siempre se ponen en el mismo sitio, con Héctor y con un grupo de mayores que tienen un Golf abollado. A Margarita no le caen bien. No dejan de llamarla «la niña» y hacer comentarios sobre su cuerpo. Como aquel día que llevaba una falda que no le gustaba, parecida a una que había visto en una revista, de tubo y corta, demasiado ajustada. Por eso se la puso. Héctor la defendió un poco y luego le dijo que fuera dentro, que quería bailar con ella, cuando pusieran las lentas. Y todos se rieron.

—Pero si es una niña, tío.

Estuvo llorando en el servicio. Había un par de chicas y hablaron de lo idiotas que son algunos chicos. No se conocían de nada. Margarita dijo que le gustaba mucho el top que llevaba una de ellas. Sabía que esas chicas lucían lo mejor de su vestuario, ropa barata y falsificaciones bastante burdas compradas en el mercadillo de algún pueblo cercano. Pobres o vulgares, Margarita y ellas conectaron y estuvieron rajando un rato. Le ofrecieron una raya de heroína, pero Margarita dijo que no, que ella no bebía ni tomaba drogas, y la chica del top dijo Mucho mejor, así tocamos a más nosotras, y le preguntó si quería que ellas hablasen con unos amigos suyos para que le dieran unas hostias a quien la había hecho llorar. Ella rio y siguió llorando. Y dijo Bueno, sólo un poco, y esnifó media raya. El chisme era que las chicas habían conocido a tres chicos esa misma noche, en la carretera por la que venían andando desde su pueblo. Ellos se habían ofrecido a llevarlas en su coche y estaban un rato buenos.

—Y nos sobra uno. ¿Lo quieres?

Margarita recuerda que al principio no sintió nada y luego todo era como a cámara lenta y no tuvo sueño en toda la noche y luego mucha sed y luego volvió a sentir ganas de llorar, pero ya no lo hizo. Lo pasaron bien en la pista de baile, pero luego no se atrevió a irse con ellos y volvió con los suyos.

Una montaña rusa.

Por eso Margarita se alegra de no encontrarse a los amigos de Héctor en el aparcamiento.

En la entrada de la discoteca, el portero, un chico grande como un oso, la saluda.

—¿Hoy vienes tú sola?

—Estos me esperan dentro.

—Carné.

—¿Qué dices? ¿Estás de coña?

Margarita sabe de qué va el juego. Remolonea, hace como que se cuele. El chico grande como un oso la retiene por la cintura.

—Está la pasma por ahí. No puedo dejarte pasar sola. ¿Tu hermano no viene contigo?

—Claro, lo que pasa que ahora es invisible, ¿no lo ves?

El chico grande como un oso ríe. Pero no la suelta.

—Eres lista. Eso me gusta. Dame un besito y te dejo entrar.

A Margarita lo que le da es asco. Es un tío mayor y feo. Lleva un traje negro como si fuera un espía de una película barata. Está sentado en un taburete a la puerta de una discoteca. Ha intentado ligar varias noches con ella, siempre cuando está sola. Con ella y con todas.

—Te lo doy a la salida, ¿vale?

—No. Ahora o no pasas.

Margarita finge ser una colegiala en apuros y le lanza una de sus miradas más tiernas.

—Anda...

—Bueno, dame tu teléfono. Pero el de verdad, ¿eh?

El chico, tiene los brazos tan grandes que parecen piernas, le ofrece una libreta. Ya hay anotados varios nombres y números de teléfono. Margarita se inventa el suyo. El chico lo supervisa antes de dejarla entrar.

—¿Y el beso?

Margarita llega a rozarle la mejilla con sus labios y entra en la discoteca. La música está a un volumen imposible. Los cuerpos de casi mil jóvenes se mueven al ritmo de una base de dos tiempos. Bum bum. Cada uno a su manera. Dientes, ojos, camisetas, polos, todo lo que debería ser blanco brilla, de forma intermitente, en violeta. El juego de luces hace que los cuerpos parezcan moverse a intervalos. Una bola de espejos gira en una esquina de la pista, repartiendo brillos de todos los colores. Margarita empieza a pensar que no ha sido buena idea escaparse sola de casa, está a punto de regresar, cuando alguien le toca el hombro. Oscuro. Violeta. La sonrisa violeta de Fernando. Fernando con un vaso de tubo en la mano. Se mueve frente a ella. Baila. Se ha puesto gomina y los vaqueros pesqueros, calcetines blancos. Lleva un polo Lacoste, luce con orgullo el cocodrilo auténtico sobre su pecho izquierdo. Con un gesto de cabeza, le indica que lo siga.

En la barra, si Fernando grita, ella puede oírlo.

—¿Y tu hermano?

Fernando no la oye a la primera. Margarita vuelve a empezar la frase gritando mucho más.

—Castigado. Por llegar tarde a comer.

—¿Y tú?

—Aquí, ¿no lo ves?

Fernando la ve. Cien por cien. ¿Quieres un orgasmo?, le pregunta. Margarita asiente y Fernando habla con el camarero. Licor de melocotón y zumo de piña. Así es como le gusta a esa chica, otras lo toman con refresco de limón, pero la niña de pelo castaño, camisa de hombre y Levi's auténticos lo toma con zumo de piña. El camarero lo sabe y ni siquiera pregunta. Le cobra a Fernando y espera a su próximo cliente.

—No sé cómo te puede gustar eso. Es superdulce —dice Fernando.

—Y tú, ¿qué bebes?

—Ron con cola.

—El de la puerta ha intentado ligar conmigo.

Margarita lo dice con cierto orgullo. Fernando no se atreve a contestar. Piensa que no le extraña lo más mínimo, incluso los ciegos intentarían ligar con ella. Margarita se separa de Fernando para bailar. *Forever Young*, de Alphaville, resuena por encima de sus cabezas. La canción es ya un poco antigua, pero todavía es pronto y el pinchadiscos está probando a su audiencia. Margarita busca un hueco en la pista de baile. Le gusta esa sensación. Su cuerpo al ritmo de la música sin otro objetivo que seguir el ritmo de la música. A veces tiene que apartar algún moscón, pero si alguno de la pandilla está con ella, no suelen molestarla. Podría pasar toda la noche así, sin hacer otra cosa. Ni siquiera beber. Fernando, como la mayoría de los chicos, no empieza a bailar hasta que el alcohol desinhibe su sentido del ridículo. Incluso así, le sigue dando vergüenza y esto le hace parecer todavía más torpe. Pero no hay otra manera de acercarse a Margarita. Bascular a su alrededor, intentando mover los pies al mismo ritmo que ella. Cada vez más cerca. Intentando seguir el movimiento de sus caderas. Margarita no le presta atención. Cuando baila no quiere saber nada de nadie, sólo sentir ese momento, como si estuviera ella sola en la pista de baile. *Forever Young*.

Hasta que llega Vicente, su primo, y le da dos besos a Margarita. Son besos largos. Y se queda mucho tiempo con la boca cerca de su cara. Vicente hace un gesto de desagrado hacia el vaso de ella. ¿Quieres otro orgasmo?, grita. No, gracias, ya tengo uno, contesta Margarita sin dejar de bailar. Pues yo tengo sed, empieza a decir, ¿una ronda de chupitos?

De nuevo en la barra, Vicente utiliza su poder de convicción, en eso ha salido a su tío Ramón, para que el camarero los invite a una ronda de cerebritos, una mezcla de Baileys con granadina que sabe que le gusta a Margarita. Vicente, Julio, Fernando y Margarita brindan y se beben los chupitos de un trago. Gracias, tío, le grita Vicente al camarero, Ponme un mini de leche de pantera. Aquí no ponemos minis, contesta el camarero, hartado de dar la misma explicación cada noche. Pues ponme dos destornilladores. ¿O tampoco tienes caja de herramientas?, bromea Vicente, etílico porque antes de salir han asaltado el mueble bar de su casa.

—Lo que me flipa —dice hacia sus amigos— es que estés aquí tan tranquila.

Margarita y Fernando se esfuerzan en leerle los labios. Algo grave ha sucedido. No entienden muy bien a qué se refiere, pero es algo de un castigo y de que la están buscando. ¿A mí?, pregunta Margarita, como si no pudiera ser. Tu madre ha mandado a tu hermano a buscarte. Acabo de estar con él y con los amigos de Héctor en el aparcamiento.

A Fernando no le cae bien Vicente. Es un año mayor que él, tiene bigote, una pelusa que oscurece su labio superior, y es como si quisiera ser algo más que primo de Margarita. Pero viste como los del pueblo. En eso le lleva ventaja. Fernando tiene su propia teoría. Los que vienen de la ciudad traen ropa de marca y relojes digitales y ese aparato que sirve para escuchar música en todos sitios: el *walkman*. Los que viven en el pueblo no pueden pagar esos objetos.

—¿Quieres que te acompañe? —dice.

Margarita sigue meciéndose, al ritmo de la música, no tan indiferente como parece. Coge el vaso de Vicente y bebe un buen trago. Luego grita algo que ninguno llega a entender. Y sale corriendo. Los chicos, tras la sorpresa inicial, la siguen.

Fernando es el primero en llegar al exterior. La han perdido mucho antes de salir. Ni rastro de Margarita en el aparcamiento. Le preguntan al portero si ha visto a una chica con Levi's. Con el pelo recogido en una coleta. Muchas, es la respuesta del chico que parece un oso. Carlos se encuentra con ellos en la entrada y le cuentan lo que acaba de suceder. Carlos está cansado de este juego. Tiene casi catorce años y está harto de perseguir a su hermana. De tener que cuidar a quien no quiere ser cuidado. Por lo que ha descubierto este verano, a Margarita no le da miedo la soledad. Todo lo contrario, a veces parece buscarla. Es un poco rara. Quizá por eso les gusta tanto a los chicos. Todos quieren saber siempre dónde está su hermana y le hacen un montón de preguntas. Y comentarios. También tiene miedo, mucho, de volver a casa sin ella. Es evidente. Todos saben lo que puede pasar si su padre llega a enterarse. Lo mejor será esperar. Seguro que Margarita acaba volviendo a la discoteca, es lo que piensan todos. O se ha ido directamente a casa, ¿no?, dice Carlos, más para convencerse a sí mismo que porque espere la respuesta del resto.

—Oye, aquí no hay minis de leche de pantera, ¿bajamos?

A Vicente le sigue apeteciendo esa mezcla empalagosa de leche y ginebra. Y los cuatro chicos atraviesan el descampado de la discoteca, suben la cuesta que da al colegio y se dirigen hacia la zona de bares que hay en el centro del pueblo.

## Matrimonio

Marga abre los ojos, se despereza y se queda, sin remordimientos, leyendo en la cama. Los preparativos para la boda de Carlos siguen su curso. Marga —aquí en el pueblo, nadie la llamará nunca doctora Durán, bastante que han dejado de llamarla Margarita— lleva una semana deambulando de un lado para otro intentando ser útil. Sin apenas tiempo para otra cosa. Así que ha decidido dedicarse estos minutos para ella. En su habitación, la de arriba, que está igual que la dejó, sólo se escuchan los pájaros. El trino de las aves por la ventana y esa novela que le ha dejado su madre, *La hija del caníbal*, una novela de iniciación con mucha intriga que acaba de recibir un premio. La puerta cerrada la mantiene a salvo del resto de la casa. Creen que duerme. Es, sin lugar a dudas, el mejor momento del día.

Su padre le dijo Hola y enhorabuena. Ya está. Ni siquiera le preguntó qué planes tenía. Como si no fuera asunto suyo. Sus hermanos hicieron alguna broma. Y Luisa, su futura cuñada, como sus conocidas, ha cumplido con el protocolo. Así lo ha sentido ella. Es la primera mujer del pueblo con un título como este. Para la mayoría, la palabra «doctora» remite a «médico». No entienden qué es eso de la investigación, así que acaba antes diciendo que es profesora en la universidad. ¿En la universidad?, cara de sorpresa, ¿Y de qué das clase? Diversidad genética. La conversación suele terminar en este punto, con desconcierto por parte de la interlocutora o un Mira que se estudian cosas raras. Lo reconoce, a priori no suena muy práctico. Marga cree que en España (¿en el mundo?) no hay interés por el conocimiento, así, en abstracto. Si aprendemos algo, queremos que tenga un uso inmediato. Para la mayoría de las mujeres que habitan este pueblo, la vida ha consistido en levantarse todos los días a primera hora y preparar el desayuno a su marido, llevar los niños al cole. Algunas mujeres del pueblo trabajan. En el supermercado, en una tienda o en la misma guardería. Durante mucho tiempo había sólo una médica. Y era *la médica*. Ha habido panaderas y cocineras, pero no hay *ninguna* taxista. A principios de los ochenta, uno volvió de Cuba con una mulata que fumaba puros. Los dos

fumaban puros. Él y ella. Se sentaban en la terraza de los bares en verano y los niños corrían a su alrededor. Intentaban tocarle la piel y ver si cambiaba de color. Les llamaba la atención lo blancos que tenía los dientes y las palmas de sus manos, rosadas. Los hombres lo único que decían era Cómo fuma la negra. Los más viejos se quedaban hipnotizados cuando la veían aspirar con fuerza. A saber qué se imaginaban. En invierno, la pareja no bajaba al pueblo. Dicen que la negra se quejaba tanto del frío que por eso se acabaron yendo a Cuba. Y ella le dijo que no volvía, que no volvía. Nunca. Él lo vendió todo y se fue para allá con ella. Son historias del pueblo. A Marga le gusta que Nina se las cuente después de desayunar, cuando todavía la mesa está puesta y es la hora del almuerzo. Media tostada que no va a terminarse, los botes de mermelada y miel casera, cajas de galletas y la botella de aceite. Tomates y fruta, como si no fuera a comer nunca más.

—Come, come, *miña filla*, que estás muy delgada.

A Nina, y sus setenta años, parece preocuparle sólo eso. El tiempo aquí tiene otra dimensión. Eso es cierto. Pero no es infinito. Marga se apresura a vestirse y baja al pueblo por el camino de siempre. Han quedado en la vinoteca que han abierto Vicente y Julio, siempre inseparables, ahora hermanos y socios, siempre buscando la empresa que les dé mayor rentabilidad. En eso no se parecen en nada a su padre, el tío Óscar, que desde que se recuperó del préstamo de Miguel, no ha vuelto a arriesgarse. No quiere oír hablar de modernización, expansión ni crecimiento. Menudas peleas con Ramón, el buscavidas, y sus propios hijos. ¿Quién lo va a trabajar, tú o yo? Pues entonces, zanja. Es curioso cómo los hijos se parecen y no a sus padres. Es algo sobre lo que Marga intenta no reflexionar mucho. Por miedo a la conclusión a la que pueda llegar.

El pueblo ha crecido. Durante la licenciatura y el doctorado, sus idas y venidas han sido de compromiso, cada vez menos. Pero está segura de que ahí antes había huertas. Ahora, chalés adosados. Y han construido un puente de madera para cruzar el río. Incluso hay una piscina cubierta, una piscina olímpica con trampolín y todo, le contó Julia, su hermana, a la que le divierte informarle de todas estas novedades como si fuera parte de ello. ¿Lo es? ¿O basta con sentirlo? Lo más divertido de la piscina antigua, al lado de ese cubo de cristal cuyo interior alberga una piscina de lo más moderna y con los últimos adelantos, siempre fueron los vestuarios. Pero entonces Julia era demasiado pequeña. ¿Qué edad tenían? A medida que pasa el tiempo, las evocaciones de Marga se han ido uniendo en un continuo, como si no pertenecieran a años distintos, como si todos formarían un único verano. Sabe que no fue así, pero cuando se recuerda corriendo por el cauce del arroyo o cuando se sorprende evocando el beso en la oscuridad de ese portal, su proyección de sí misma es siempre la misma

Margarita. La memoria, en el mejor de los casos, tiende a idealizar el pasado. Primero, lo simplifica para que podamos retenerlo. Luego, lo moldea para que todo encaje.

Ni esos chalés, ni la piscina cubierta, ni el puente estaban ahí. Eso es seguro. El pueblo ha crecido a lo alto y ancho. La discoteca ahora es un hipermercado al que vienen familias de todo el municipio. Seguramente, esas familias estén formadas por muchos de los chicos y chicas que acudían, como ella, la ahora recién doctorada, a la discoteca. Once años más viejos. Con otras pretensiones. Faltan tres para el año 2000 y, si el mundo no se acaba, las perspectivas son las mejores en mucho tiempo. Empleo y unos tipos de interés bajísimos marcan el final de la recesión. Cualquiera puede conseguir lo que quiera. Los mismos jóvenes que antes sólo querían pasarlo bien, bailar toda la noche, ahora trabajan, compran, viajan y aceptan créditos para poder pagarlo todo.

En el centro del pueblo, también ha habido cambios. Han restaurado uno de los edificios más antiguos y lo han convertido en la Biblioteca Municipal. Acosada por bloques de pisos de tres alturas, de ladrillo, feos, con balcones inservibles y ridículos junto a las casas de piedra que han conseguido sobrevivir. Algunas, de piedra de verdad, Marga ni las recordaba, pero debían de estar ahí. No es un pueblo bonito. Nunca lo fue. En los bajos de los edificios, los más emprendedores han abierto pequeños comercios. Una mujer compra una revista y se para a hablar con otra que lleva una barra de pan. Unos niños juegan a la pelota frente a la cafetería donde desayunan unos padres despreocupados. El televisor de un bar absorbe las miradas de los clientes de toda la vida. Hay una mezcla extraña. Es como si hubiesen actualizado el escenario, pero se hubieran olvidado de algunos figurantes. Muchas de esas personas siguen viviendo, y vistiendo, en el pasado. Como en el pasado. Y eso es lo que les parece tan atractivo a los turistas. Pero es muy peligroso. Por lo que representa. Afortunadamente, este pueblo no se ha convertido en un decorado. Algún pueblo vecino ha convertido sus bajos en tiendas de *souvenirs*, camisetas de recuerdo, imanes. Pueblos que se imitan a sí mismos para sobrevivir, que se congelan en el tiempo, donde incluso sus habitantes llegan a disfrazarse de sus ancestros, recrean sus bailes y otras costumbres a cambio de la limosna del inglés, el alemán o el japonés. Turistas. Turistas invadiendo un país.

Pero esta no es la versión de todos. Algunos habitantes sienten envidia de lo que han prosperado sus vecinos y, manipulados por la oposición, se lo recriminan al alcalde. Podría hacerse esto o lo otro. ¿Dónde van a parar las ayudas? Su única defensa, la verdadera causa de que este pueblo no sea como los otros, es que no se encuentra en una vía principal. Nunca lo estuvo. Y este

aislamiento, esta naturaleza salvaje de la que está rodeado, es su principal valor, pero también puede ser su condena. No es fácil vivir aquí. Por eso sus gentes, gente normal y corriente que tiene vidas normales y corrientes, y las viven lo mejor que pueden, con sus alegrías y sus miserias, juegan las cartas que les han repartido lo mejor que saben.

Marga cruza la calle principal. La vinoteca, le han puesto de nombre Los amigos, ocupa el bajo de un edificio nuevo en el centro del pueblo. Vicente y Julio pagan un alquiler muy elevado, pero al pueblo, igual que llegan las modas, también ha empezado a llegar la burbuja inmobiliaria. Además, los hermanos creen que lo merece. Y si ellos están convencidos, ¿quién puede persuadirlos de lo contrario? Ya les pasó con el negocio del aguardiente. Y estuvo a punto de pasarles con la madera. Vendieron a tiempo.

Marga saluda a todos y no sabe qué pedir. Acaba de desayunar y ya todos están con vino. Hay una pata de jamón sobre la barra y Vicente se esmera en sacar lascas muy finas.

—Vaya horas, prima. ¿Qué apetece?

Marga se sienta sin pedir nada e intenta seguir el hilo de la conversación. Algo sobre la planificación de la despedida de soltero y soltera. La celebrarán juntos para que Luisa no tenga que solicitar tantos días libres en el trabajo. Así dispondrán de más vacaciones y podrán alargar la luna de miel.

—Hay una pareja que hace estriptis y *lo que sea* que les pidas. Yo había pensado traerlos aquí un día para una sesión golfa.

Vicente, físicamente, se parece mucho a su padre, Óscar. Alto, moreno, con los hombros anchos, se ha convertido en un hombre muy atractivo. Habla desde detrás de la barra mientras repasa con su esposa la lista del supermercado.

—No tienes morro —dice Carlos—. Así echas un vistazo por si no merece la pena contratarlos.

—No seas abuela. ¿Tú qué dices, Marga?

¿Qué va a decir? Marga dice a todo que sí. Bastante que irá. Luisa, su futura cuñada, se lo ha pedido. Sabe que Marga preferiría no hacerlo, pero, aun así, insistió. Me hace ilusión, le dijo, Mucha. Luisa siente cariño y admiración por la hermana de Carlos. Piensa que es un poco rara, pero ese punto de sofisticación le dará cierto prestigio a su despedida. Y más conociendo toda la historia. Si hace falta, ya se encargará ella de recordarlo.

La conversación continúa con detalles a los que Marga no puede aportar nada. Aburrida, observa las fotografías que decoran las paredes de la vinoteca. Diferentes momentos de la vendimia, imágenes del pueblo antes y el pueblo ahora, una vista aérea.

—¿Y esta foto? —Marga se sorprende al leer el nombre del autor—.

¿Cómo está hecha?

—El loco de Fernando —responde Luisa—. Ahora le ha dado por hacer fotos desde un ala delta.

—¿A qué estamos? —Carlos, molesto, señala un papel que hay sobre la mesa.

—Que sí, que sí. Yo también creo que es muy caro —dice Luisa volviendo a los preparativos.

Marga nunca se hubiera imaginado a Fernando en un ala delta. Mucho menos haciendo fotos. Desde que ha llegado, ha sido con el que menos tiempo ha podido hablar. Sí, sabe que ahora es ingeniero y que le gusta mucho la fotografía. Ha participado en alguna exposición. Se lo dijo él mismo, con algo de vergüenza, Una exposición colectiva, matizó. Pero de ahí a imaginárselo subido a un ala delta haciendo fotos.

Y no. No se ha casado.

—Incluso va a hacer un libro —añade Carlos—. ¿Adivina quién lo paga? El Ayuntamiento. No hay nada como tener contactos.

—Su padre sigue siendo el alcalde, ¿no?

—Y seguirá. Si nos descuidamos, este se retira y le deja el cargo a su hijo. —Vicente se refiere, con hilaridad, al hermano mayor de Fernando—. Ese lo único que ha hecho en la vida es sacarse el carné del partido. Pero así son las cosas en este país. Unos nacen con cuna y otros tenemos que ir al supermercado. Cariño, ¿quieres que traiga algo más? Esta lista es más larga que los Reyes del año pasado.

El olor a tortilla de patata llena todo el local. No es muy grande, pero han aprovechado el espacio y tiene mucha luz. Mesas altas junto a los ventanales que dan a la calle. Mesas bajas, al fondo. En una de ellas es donde está el grupo de Marga. Carlos levanta una botella de vino hacia la cocina.

—Antes de irte, pon otra.

—¿Del mismo?

—Pues claro. Se entera mi viejo que tomo otro...

—La verdad es que le ha salido bueno. Cada año lo hace mejor. Pero no hace rebaja ni a la familia, menudo cabrón es tu padre.

—¿Y nosotros? ¿No te lo pagamos? Tampoco nosotros te pedimos descuento.

Vicente no tiene más remedio que admitirlo. Impaciente, le vuelve a preguntar a su esposa si necesita algo más. Ella le contesta que se dé prisa, que recoja a la niña de donde su madre y que vuelva antes de que se llene el bar de gente. Todo a gritos por un hueco que hay en la pared que da a la cocina.

La entrada de Julio relaja un poco el ambiente.

—Ya está aquí este —dice Vicente hacia su esposa, mientras se pone la chaqueta. Carlos vuelve a insistir con lo del vino—. Y ponles una botella de Scintilla a los primos. Y una ración de jamón, pero del bueno, que no pasen hambre.

Vicente sale entre gritos de Generoso, a los que él contesta Ya me lo pagaréis, ya. Julio ocupa su lugar detrás de la barra y continúa las tareas que estaba realizando su hermano en el mismo punto donde este las dejó. Sin necesidad de que el otro le haya dicho nada. Julio es el pequeño. No se parecen en nada físicamente. Es bajito, algo regordete, y en el escondite siempre era de los primeros en ser descubierto. Cuando jugaban al fútbol, nadie quería elegir a Julio. Incluso elegían a Marga antes que a él.

—En el pueblo se rumorea que es gay —le explica Luisa—, pero no se atreve a decirlo.

—Eso explicaría muchas cosas —responde Marga, sarcástica.

—Qué quieres, chica, no todos pueden irse a vivir a Madrid. Además, ¿qué daño hace?

## Heroína

Margarita sale de la discoteca Espiral muy enfadada. En el aparcamiento continúa el mismo trasiego de hace media hora. Sólo ha podido bailar una canción. Hasta que ha llegado Vicente con la noticia. Margarita sólo quiere que la dejen en paz. Todos. Incluidos los chicos del Golf abollado que la llaman a gritos.

—Eh, niña, te anda buscando tu hermanito. ¿Quieres que te llevemos a casa?

Margarita le hace un gesto con el dedo corazón. No sabe muy bien lo que significa. Desprecio. Ira. Ganas de desaparecer. Por muy enfadada que esté, ni loca se subiría al coche con ninguno de esos. Vuelven a gritar su nombre. Señalan hacia ella mientras intentan llamar la atención de Vicente y Fernando, que acaban de salir de la discoteca.

—Allí, allí, que se os escapa.

Siguen gritando su nombre, Margarita, cuando la ven salir corriendo, perderse tras la línea de árboles. No dejan de reírse y gritar su nombre. Ahora cantan, compitiendo con el ruido de las conversaciones de los otros chicos, la música de los otros coches. Cantan, desafinando, *Margarita se llama mi amor*. Con tono marcial y moviendo el brazo como si desfilaran.

Margarita huye. Corre arroyo abajo, con cuidado de no torcerse un tobillo, entre piedras y maleza. Corre hasta perder el aliento y perderse por una calle que no la lleva donde ella quería ir y vuelve al pueblo y se encuentra, de frente, a Héctor. Camina despacio, con la cabeza metida entre los hombros, como si estuviera muy cansado. Llegando.

En realidad, está desesperado y de mal humor. Al principio, sólo ve a una niña que corre hacia él. Una niña que no tendrá más de quince y corre hacia él. Cuando se acerca, entonces, puede reconocerla. Su prima. Margarita, ¿qué años tenía? Ahora no lo recuerda. Su cabeza no funciona bien, está de bajón, necesita llegar al descampado de la discoteca. Pronto. La prima se para. Venía corriendo como si la persiguiera la policía y se ha parado junto a él. Sonríe. Héctor

necesita asegurarse:

—Tú eres la de Miguel, ¿no?

—Sí, ¿no me reconoces? ¿Estás bien? —Margarita no puede evitar el dolor en su frase—. Soy yo, estuvimos jugando el otro día en el embalse.

—Claro —miente Héctor—. El embalse, con la familia. Es que he bebido un poco y me ha sentado mal. Oye, la discoteca Espiral, ¿es por aquí?

Margarita sonrío con esa belleza que sólo puede tener un ángel de quince años. Yo también me he perdido, dice, vengo de allí ahora mismo. He visto a tus amigos. El cerebro de Héctor lanza una bengala: amigos. Sus amigos son esos con los que comparte jeringuilla, algodones y filtros contaminados, con los que cortas el caballo con polvo de talco, yeso, polvos de ladrillos o tejas, estricnina, azúcar, cola cao, aspirinas machacadas, cualquier cosa que creas que no va a matar a nadie. Mejor así, muchos no aguantarían un chute de heroína de verdad como la que él se metía al principio. Sí, mis amigos, ¿cómo llego?, pregunta a ese ángel que se le ha aparecido en la noche y le recuerda mucho a alguien que conoció hace mucho, mucho tiempo.

—Si quieres te acompaño. No creo que seas capaz de llegar solo.

—Pero ¿tú no tendrías que estar en casa?

A Héctor lo que menos le apetece es pasearse por el pueblo con una niña. Y mucho menos llegar al descampado, junto a sus amigos, con ese ángel. En el interior de Héctor aún queda alguna luz encendida, un rescoldo de humanidad que lucha por salir a flote. Pero se siente mal, desorientado, necesita llegar pronto o sabe que se pondrá mucho peor.

—No, en serio, voy solo. Dime cómo se llega. —Héctor se apoya en la pared blanca que hay detrás de él—. Eres sólo una niña, deberías estar en casa.

Niña. Lo ha dicho. Margarita recibe la palabra con suficiencia.

—Pues sigues todo recto y cuando veas un barranco, te tiras.

Y el ángel vuelve a alzar el vuelo. Se aleja de él a la misma velocidad que ha llegado. Margarita corre y corre, pone la mano contra la pared blanca de las casas y desliza sus uñas por la fachada sin dejar de correr. Le da dentera, siente dolor, imagina que, si sigue así, se herirá las yemas de los dedos. Podría romperse alguna uña. Sin embargo, sigue corriendo. Atraviesa el pueblo hacia las huertas y llega a la casa de su abuela. La puerta está abierta, la luz de la entrada encendida. El resto de las estancias, en silencio. Margarita cree haber visto la cortina de la habitación de sus padres moverse. Mira su reloj Casio. Héctor lo ha mirado varias veces. Está segura de que él se ha fijado. Es pronto. La hora, piensa, es temprano. Avanza despacio, prudente, y empieza a subir las escaleras hacia su habitación. No se atreve a apagar la luz de la entrada. No se atreve a encender la luz de las escaleras. Arriba, en el rellano, su madre la espera

con una mano en la barandilla.

—A tu cuarto. Tienes suerte. Mucha suerte —dice, contenida.

Margarita agacha la cabeza y pasa al lado de su madre sin levantar la mirada. La puerta hace ruido al abrirse. Y al cerrarse. Demasiado ruido en la soledad de la noche. La madre se sienta en la cama y espera que Margarita se desnude y se ponga la camiseta de dormir y se acueste. No dice nada. Margarita tampoco. Ana la arropa hasta el cuello con la sábana. Dice Luego tendrás frío, o algo parecido que Margarita, ese ángel en plena metamorfosis, no llega a escuchar. Sólo se deja hacer. Escucha ¿Has visto a tu hermano? Contesta No, pero me han dicho. Tu padre no sabe nada, dice la madre. Mejor así. ¿Sabes lo que pasaría si se entera?

Lo sabe. No quiere saberlo. No puede decírselo. Ana lleva el pelo en una coleta muy tirante. Hace poco han empezado a salirle las primeras canas. A la altura de las sienes. Más en la parte derecha. Todavía no ha decidido teñirse. Como si ignorarlas fuera a hacerlas desaparecer. Será lo primero que haga cuando acaben las vacaciones.

—Vamos a hacer una cosa: yo no se lo digo y tú me prometes que mañana haces la cama.

Un castigo demasiado pequeño. Hasta Margarita lo sabe. Si su padre se llega a enterar, no sería tan sencillo. Pero debe de estar todavía con los tíos. En el bar. Alguna vez ha ido con su madre y sus hermanos a buscarlo. Beben mucho, pero a ellos les dicen todo el rato que no beban, que ya beberán cuando sean como ellos. Le hablan a ella igual que les hablan a sus hermanos pequeños. El resto del año, en la ciudad, su padre no sale. Ni siquiera con su madre. Están todas las noches en casa. Siempre.

—Lo siento —dice, en voz baja, todavía con el miedo alojado en su garganta.

—Esta vez, vamos a hacerlo así, ¿vale?

La niña, Margarita, es mínima en la inmensidad de la cama, con la sábana embozada hasta el cuello, aferrada con los puños a ella como si fueran a robársela. Ha perdido toda su determinación y su ego. El cansancio y el miedo han podido con ella. Mañana todo puede volver a explotar. Seguro. Pero ahora mismo sólo hay una niña que recibe la caricia de su madre en la frente. Una mujer atractiva de treinta y cinco años que se levanta y, despacio, intentando que la madera del suelo no despierte a las otras mujeres, avanza hasta la puerta de la habitación, la abre y la cierra, despacio, sin poder evitar el ruido. En la soledad de la noche, cuando los secretos encuentran su significado.

Ana regresa a su cama. Ha optado por la solución más sencilla. Tiene ganas de volver a su casa, a la normalidad, de que los niños vuelvan al colegio; ella, a

sus actividades. Quedará con sus amigas, podrá entrar y salir sin tener que dar cuentas a nadie. Falta poco. Respira hondo y se ordena el pelo. Pensaba que esta noche haría más calor. Todos los veranos lo mismo. Está bien al principio, luego los días se hacen tan aburridos. Son cada vez más cortos, pero cada vez se le hacen más largos. Si aguanta es por lo bien que se lo pasan ellos. Incluido su marido. En casa, es otro. El trabajo. Del trabajo a casa y el trabajo en casa el fin de semana. Fue muy mala idea convertir la habitación que les sobraba en despacho. Es muy complicado organizar algo todos juntos. No recuerda cuándo fue la última vez que fueron los cinco a algún sitio. Tuvo que ser a comer a casa de alguien. Alguien que también tenía niños, claro. Los padres de un compañero de Margarita o de Carlos. Fue en el cumpleaños de un amiguito de Julia, ahora lo recuerda. Pero no lo hace con acritud. Su vida le gusta. Es lo que siempre ha querido: una familia. Y hará lo que tenga que hacer. Se siente orgullosa de lo que ha conseguido. Y de Miguel. Es un buen hombre. Tozudo como un toro, e inflexible. Cuando se casó con él ya lo sabía. Está tan seguro de tener la razón en todo que nunca esconde lo que piensa. Para lo bueno y para lo malo. Sobre todo con Margarita. Ana quiere creer que es una etapa. Que volverán a llevarse bien cuando deje de ser tan adolescente. Ha pasado de ser su dios a ser un don nadie. Ana es optimista. Siempre lo ha sido. Y el sueño se va apoderando de ella como la marea llega a cubrir la parte de la playa más alta y virgen.

## Matrimonio

Son casi las tres de la tarde cuando Marga y Luisa salen de la vinoteca Los amigos. Se dirigen al puesto ambulante que, todos los domingos, instala una *pulpeira* de Melide a menos de doscientos metros, en un cruce de la calle principal. Marga ha perdido a suertes (el palillo más corto) ir a recoger las dos raciones que han encargado. Luisa es la única que se solidariza con ella. El resto se queda sentado en la misma mesa del fondo y, para celebrarlo, piden otra botella de vino y una ración de croquetas de *cogumelos*. La tortilla de patata y los callos estaban riquísimos.

Lo peor es que ha empezado a llover. Otra vez.

Marga se abrocha el forro polar hasta arriba, mientras Luisa ni se inmuta. Lleva un ligero impermeable abierto y, debajo, sólo una camisa. A mediados de junio los termómetros marcan quince grados a esa hora del día, pero no es el frío lo que constriñe a Marga, es el cielo gris que lo envuelve todo, esa nube perpetua que se instala dentro de ti y se convierte en un estado de ánimo. Y la lluvia. Lleva tres días lloviendo. Y la nube no se acaba. Las dos amigas caminan pegadas a las fachadas, aprovechan los salientes de los edificios y los soportales para llegar hasta el puesto de la *pulpeira*. Un toldo de plástico, sujeto por unas barras de acero bien ancladas al suelo para soportar el viento. Los clientes se aprietan para dejar espacio a las dos chicas que acaban de llegar. El calor de la gran olla de cobre, y su olor, reconfortan un poco a Marga.

—La semana pasada estábamos a treinta grados, ¿te lo puedes creer? —se disculpa Luisa.

Claro que puede. En el mismo día pueden sucederse las cuatro estaciones. Es algo a lo que es difícil acostumbrarse. Más difícil de olvidar.

—Y tú, ¿cómo estás?

La pregunta coge desprevenida a Luisa. La otra noche, con el segundo *gin-tonic*, una de sus amigas dijo algo que no debía y Marga no es tonta. Parece que no está, pero sí está. El labio inferior de Luisa empieza a temblar perceptiblemente. Marga sabe, o cree saber, qué es lo que le preocupa. No es una

desgracia, ni siquiera es un problema —dada la situación, la boda inminente—, pero entiende que Luisa esté nerviosa; que no todo sea una fiesta como le gusta aparentar. Para confirmar sus sospechas, lleva toda la mañana fijándose en ella: no ha probado una gota de alcohol.

—¿Estás...?

Pero no llega a decirlo. Hay tantas cosas que no llegamos a decir. Le parece tan evidente. E indiscreto. Si Luisa quisiera que ella lo supiera se lo habría dicho. Se arrepiente de haber empezado esa conversación. ¿No podía, como cualquiera habría hecho, quejarse del tiempo, hacer una broma sobre pulpos que van por el aire o cualquier otra idiotez? No, ha tenido que montar el numerito. No podía conformarse con acompañar a Luisa y dejarla a ella sola en su laberinto. Ella siempre tiene que hablar de cosas importantes. La monarquía impuesta, la financiación de la Iglesia, la educación segregada o que el franquismo siga sin juzgarse veinte años después. Sus críticas siempre son constructivas y fundamentadas. A veces, siente repulsión de ella misma. No le extraña que las mismas amigas de Luisa que hablan de más con el segundo *gin-tonic* la llamen, cuando creen que no puede escucharlas, Doña doctora.

Luisa se sonroja, llega a sonreír de una forma incómoda. Marga no sabe qué pensar, qué hacer. ¿Es ella quien debería decir algo?

—Qué tontería, ¿no? —masculla Luisa—. No sé qué me pasa.

—Bueno, si necesitas hablar. Sé que tienes tus amigas y eso, pero...

—Sí, claro. Ya somos casi cuñadas. Más que amigas.

Marga asiente. Así que es así como se hace. Esto era, piensa, lo que no entendía, la parte que me faltaba. Las dos lo sabemos, suponemos lo que la otra sabe y no es necesario compartirlo en voz alta. Ambas interpretamos el papel que nos corresponde, sin llegar a implicarnos en ningún momento.

El ayudante de la *pulpeira* les pregunta ¿Qué va a ser? Luisa, recuperada, pide las dos raciones que tenían encargadas a nombre de Carlos. Para llevar. La mujer, redonda, flácida, saca un pulpo del agua hirviendo y se lo pasa al chico. El chico, bullanguero, bien parecido, lo corta con unas tijeras para pescado sin dejar de dar conversación a las clientas. Tiene un guante negro, por el que asoma el pulgar, en la mano con la que sujeta el pulpo. Quema. Trocea dos tentáculos sobre un plato de madera y le pregunta a Luisa si le gusta la cabeza. Luisa asiente.

—¿Picante, morena?

Luisa niega. El chico termina de cortar la cabeza del pulpo y le añade sal gorda y pimentón dulce, lo riega bien con aceite y vacía el plato en una bolsa de plástico transparente. La *pulpeira*, mientras, ha llenado otra bolsa con agua de la olla. En esa bolsa, el ayudante introduce la que contiene los trozos de pulpo.

—Dos raciones, ¿verdad? —vuelve a preguntar—. ¿Son todas las mujeres tan guapas en este pueblo?

Las dos amigas vuelven hacia la vinoteca Los amigos esquivando la lluvia. Marga se atreve a preguntar para qué echan agua de la *pota\** y Luisa, sin transcendencia, le explica que es para que no se enfríe. Luego, por un instante, piensa en sincerarse, pero no dice nada más. Marga es la hermana de su futuro marido. Marga es la Doña doctora de la que sus amigas hablan, la niña de mamá que se escapó de casa cuando tenía quince años, la mosquita muerta que hizo que Vicente y Fernando dejaran de hablarse, que Miguel, su futuro suegro, no volviese a hablar a nadie de la familia de José Manuel, su hermano mayor, el padre de Héctor. Luisa no dice ninguna de estas frases. Ninguna de las dos vuelve a hablar en todo el trayecto. Sigue lloviendo en la calle principal. Todavía llueve cuando giran hacia el centro. Continúa lloviendo cuando abren la puerta de la vinoteca y todos gritan sus nombres.

—Ya era hora —vocea Carlos—. Pensé que te habías fugado con mi mujer.

Luisa lo besa en los labios. Se hace un sitio en el banco, junto a él.

—Las ganas que tú tienes. Así te podías buscar otra, ¿no? ¿Quién te iba a aguantar? ¿Qué?, ¿cuántas botellas de vino nos lleváis de ventaja?

—¿Pongo dos copas? —observa Julio desde la barra.

—Yo tengo la mía por aquí —afirma Luisa—. Ponme un caldo, lo que tengo es un frío...

—A mí otro, por favor.

—Por favor —Carlos hace burla a su hermana—. Pero cómo habrás salido tan fina...

Luisa se abraza con fuerza a su futuro esposo, apoya la mejilla en el calor de su pecho. No necesita levantar la vista, siente el peso de la mirada de Marga, cómo la observa. Está tentada de tomar un sorbo, sólo un sorbo de la copa de vino que tiene enfrente. No se atreve.

Julio sirve los caldos.

—Gracias —dicen las dos a la vez.

Todos se miran sorprendidos.

—¿Y estas? ¿No tendrás algo contagioso? —le pregunta, medio en serio, medio en broma, Carlos a su hermana.

Marga no contesta, atenta a la conversación de su derecha, como si en cualquier momento fuera a decir algo. No sabe la hora que es, no sabe qué hará esta tarde, ni lo que hará esta noche. La vida puede ser esto, dejarse llevar. Puede parecer sencillo, lo normal. Para las personas como Marga no lo es. El calor de la vinoteca es agradable, huele a comida casera, a pulpo cocido y madera. Existen, todavía, un millón de temas por los que preocuparse, un millón de

guerras injustas, de causas pérdidas, de injusticias en general. Y todo eso está ahí afuera. Esperando.

Marga toma un sorbo de Scintilla, el vino que hace su padre en la nueva bodega, tres veces más grande que la bodega original, que será el sótano de la casa que está construyendo sin planos. Y, al retirar el cristal de sus labios, hace un leve gesto, casi invisible, hacia Luisa. Es algo que sucede sólo entre ellas. Está segura, nadie se ha dado cuenta. Sólo ellas. Marga siente cierta satisfacción. Su problema de comunicación no es sólo con Luisa. Le sucede con su familia. Con este pueblo. Su forma de ser. Le gustaría pensar que puede solucionarlo. Esta vez intentará hacerlo mejor, hará lo que se supone que una hermana mayor tiene que hacer, y dejará su vida para más tarde.

## Heroína

Margarita despierta en su habitación con los auriculares alrededor del cuello. Se quedó dormida escuchando una recopilación de canciones que le ha regalado Fernando, una cinta TDK de sesenta minutos con un montón de temas tristes, y el *walkman* se ha caído al suelo durante la noche. Menos mal que no se ha roto.

Margarita hace la cama y baja a la cocina. No quedan restos del miedo ni del cansancio de la noche anterior y desayuna de pie, tostadas con mantequilla y azúcar, que la abuela Nina unta sin pausa.

—*Filla*, come despacio.

Carlos ha descansado bastante menos que su hermana, pero llegó, también, antes que su padre. Miguel es el que peor aspecto tiene. A los treinta y nueve años, a su cuerpo le cuesta más recuperarse.

—Ana, dame una aspirina. Tengo un dolor de cabeza...

Un sol tímido intenta alegrar la escena familiar. Se cuela por la ventana de la cocina y dibuja brillos en el acero de la cocina. Julia, la pequeña, protesta en el regazo de su madre. No quiere. Es la que más tiempo lleva levantada y sólo piensa en salir fuera, atosigar a los gatos, perseguir a las gallinas, subir la loma de la huerta y buscar al perro del vecino. Tirarle piedras y ver como intenta morderse el rabo. Ana vuelve a peinarla, con cuidado de que no se le caigan las horquillas. Le ha puesto un peto vaquero, de pantalón corto, y tiene miedo de que no haga suficiente calor. Julia tiene las rodillas llenas de arañazos.

—¿Hoy llueve, abuela?

—Puede.

—Vaya pregunta —dice Miguel—. Ni que mi madre trabajara para el hombre del tiempo.

Miguel está de mal humor. Contesta incluso lo que no va con él. Ana no sabe a qué hora llegó anoche. Muy tarde. Debió de agarrarse una buena. Ana hurga en la bolsa de las medicinas y le ofrece una aspirina y un vaso de agua. Miguel bebe y traga y vuelve a beber.

—Dijimos de ir a Vilachá —dice Ana con cautela—. ¿Vamos a ir?

—¿Tú qué crees?

La respuesta cae sobre la mesa de la cocina sin que Miguel mire a nadie. Sin que Ana se atreva a responder. Habían planeado que hoy irían a las bodegas de Vilachá. Hace dos años que lo han declarado conjunto de interés histórico-artístico y desde entonces Ana lleva queriendo ir. Podrían comer en Monforte y subir a Covos para ver la casa que se acaban de hacer unos amigos de Coruña. La casa está a menos de diez minutos de Vilachá. A Ana le apetece salir, desconectar, ver algo nuevo. Hablar con alguien distinto.

—Habíamos dicho...

Miguel la interrumpe con un chasquido. El resto de las conversaciones también se detienen. Nadie se atreve a levantar la cabeza. Una nube, una nube le resta luz a la mañana.

—Voy a meterme yo cincuenta minutos de coche para hacer turismo. ¿Estás tonta?

Es más la violencia que el insulto. Duele más el tono despectivo que la falta de respeto. A Ana le da igual Vilachá que las Burgas de Canedo, se trataba de hacer algo juntos, salir. Coger a los niños y volver a ser una familia. Aquí, en el pueblo, cada uno va a su aire y ella es la que sale perdiendo. Encerrada todo el día con un grupo de mujeres que sólo la respetan porque es la esposa de Miguel. Sin otra cosa que hacer.

—Podría conducir yo.

—A ver si la que llegó anoche borracha fuiste tú —responde inmediatamente Miguel—. ¿O te has dado un golpe en la cabeza? Sólo faltaba. ¿Qué soy?, ¿paralítico?

Ana permanece junto al fregadero. Ha terminado de aclarar las tazas, pero sigue ahí, indecisa.

—Lo decía...

—Pero ¿qué mosca te ha picado a ti hoy? —Miguel sube el tono de voz—. Con el dolor de cabeza que tengo y no paras de tocarme los cojones. Vamos a ver... ¿de quién es el coche?, ¿quién lleva los pantalones en esta casa? ¿Qué le importará a mi madre nada de estas tonterías? Vamos, que te has levantado mosqueada esta mañana por lo que sea. ¿Vine borracho ayer? Pues sí. Estuve con mis hermanos en la plaza, ¿te parece bien? Pues ya sabes. Tienes mucho que hacer. Ayuda a mi madre a hacer la comida y comemos todos aquí juntos, que para eso estamos. ¿Qué hostias de Vilachá ni bodegas? Con el dolor de cabeza que tengo. Es que manda cojones.

Ana sabe que es mejor no decir nada. Todos los que están en la cocina, por si acaso, callan. Ana vuelve a aclarar las tazas limpias. Le tiemblan las manos y el labio inferior, pero como está de espaldas nadie puede verlo. Traga saliva y es

como si fueran cristales.

—¿Está claro? —repite Miguel desde la mesa.

Ana no se atreve a contestar. Cree que, si lo hace, romperá a llorar.

—Ahora está sorda. ¿Me oyes?

Ana asiente varias veces, pero sin girarse ni atreverse a decir nada. Se imagina en un bosque de arces y robles, en el margen de un arroyo.

—Y tú, ¿qué hacías a las dos en la plaza? ¿Te he dado yo permiso?

Un silencio más profundo se apodera de la cocina. Aterrorizada en su interior, Ana se gira para mirar a su esposo. Miguel observa a Carlos. Está fino como un espagueti. Tiene la barbilla manchada de mermelada, grandes ojeras y el pelo revuelto.

—Eh, te estoy hablando.

Ana siente alivio al ver que se dirige a Carlos. Y que ríe. Miguel se ríe. Carlos no ha tenido fuerzas ni para lavarse la cara antes de desayunar. Debió de pasarlo demasiado bien anoche, cuando le mandó a buscar a su hermana. Catorce años, todavía no cumplidos. Miguel se divierte acosando un poco más a su hijo.

—Pues hay que saber madrugar. Si tienes edad para trasnochar, tienes edad para otras cosas. ¿Vais a jugar hoy al fútbol?

Carlos sigue sin decir nada. Ignora si su madre le ha contado a su padre lo de anoche. ¿Es una trampa? Duda mucho que lo sepa. Su padre ya los habría castigado. Otra vez. En el cielo, las nubes empiezan a agruparse. Una racha de viento agita las ramas de los árboles contra la ventana de la cocina.

—Hoy vamos todos a la cantera —dice Margarita.

—¿Todos? —Miguel siente una curiosidad especial—. Seguro que va el hijo del alcalde. ¿A que sí? Ese sólo se arrima a vosotros.

—Vienen también los primos.

—Otros. Tened cuidado. Y no saltéis al agua. Que no cubre tanto como parece.

## Navidad

A la mañana siguiente de su regreso, los ladridos de un perro despiertan a M en su habitación de la casa nueva. Durante el desayuno, su madre le explica todas las novedades. Las mismas que le ha venido contando en las últimas conversaciones telefónicas, con algún que otro detalle y gesto. También la regaña por no haber avisado de cuándo llegaría. Podían haber ido a recogerla, hubiesen tenido la habitación preparada. Entonces, la madre parece darse cuenta.

—La casa, tú no habías visto la casa terminada, ¿verdad?

—No, mamá —y, con algo de resentimiento, añade—: La última vez que vine fue a la boda de Carlos, papá acababa de empezarla. Le ha quedado muy bien para no tener planos.

—Margarita, no quiero que digas nada delante de él, ¿de acuerdo? ¿Lo has visto esta mañana?

—Pero ¿qué voy a decir? ¿Es o no verdad?

Ana hace como que no ha escuchado a su hija. Deja los platos y las tazas en el fregadero.

—Tú deja aquí todo, que luego lo recoge Encarna.

—¿Quién es Encarna?

—La panadera, ¿no te acuerdas de ella? Tuvo que cerrar, la pobre. Y ahora está sin trabajo. Viene a ayudarnos con la abuela. Y se encarga de las cosas de la casa.

—¿Cómo está la abuela? Tampoco la he visto todavía. Es como si todo el mundo se estuviera escondiendo.

—Pachucha, ¿cómo va a estar a sus ochenta y pico años? Déjala que duerma. Si hubieras dicho que venías... Están todos a sus cosas y comprando los regalos. Con lo desastre que tú eres, ¿has traído algo?

M da una vuelta sobre sí misma: chándal, recién duchada, coleta, pero hace una reverencia como si estuviera vestida de gala.

—¿Te parece poco? —dice, mostrándose como el mejor de los *souvenirs*.

—Anda, payasa. Dile a tu hermana que te ayude a comprar cualquier cosa.

Es la que más tiempo tiene. ¿Te ha dicho algo?

—¿Tú qué crees? Que puedo morirme.

—No viniste a su boda.

—La he llamado veinte veces y sigue sin cogérmelo.

—Pídele perdón.

—¿Cómo? No me contesta a las llamadas.

—Dile por qué no viniste. Dínoslo.

—A eso he venido.

Un dóberman entra y acapara la atención de las dos mujeres. El miedo de M.

—¿Y esto?

Ana lo acaricia con devoción, sin importarle la baba que mancha sus pantalones y su mejilla.

—Este perro guapo es Rastro.

—¿Rastro?

—Cosas de tu padre.

—¿Desde cuándo tenéis perro?

Una voz masculina, agrietada por el tiempo y la enfermedad, irrumpe en la cocina.

—Desde hace dos años.

M, en un acto reflejo, se levanta. Bajo el dintel de la puerta, apoyado en el marco, Miguel observa a las mujeres.

—Hola, papá.

—Hola, Margarita.

Los dos permanecen en su posición. Ninguno avanza hacia el otro, durante un segundo no hay ningún gesto que se pueda interpretar como un acercamiento o una retirada.

—¿Has dormido bien?

—Sí, gracias. Muy bonita la casa.

M se acerca y le da dos besos. Miguel se lleva la mano derecha a la gorra de caza, en una especie de saludo, y habla. Esta vez sólo para su esposa.

—¿Hay algo para almorzar?

Ana se pone en movimiento. Lo hace con una energía que no había mostrado hasta ahora. La relajada ama de casa se transforma en una camarera eléctrica. Abre el frigorífico y saca varios paquetes de papel de estraza, va a la despensa y vuelve con unos tomates y un diente de ajo, corta dos rebanadas de pan sobre la tabla de madera. Mientras, Miguel ha abierto una botella de vino y se ha sentado en la terraza que da al valle. Toda la coreografía sucede sin que el matrimonio intercambie una palabra ni una mirada, como si fuera un paso que

ambos conocen a la perfección.

—Pregúntale a tu padre qué jamón quiere.

M no se mueve de la silla.

—Papá, ¿qué jamón quieres? —grita.

—No empieces, Marga. Bueno, le pongo de los dos, que el médico le ha dicho que tome jamón cocido, pero este hombre sólo quiere ibérico.

—Tonto no es.

Ana, acostumbrada a la ironía de su hija, revisa el contenido de la bandeja. Un plato con chacina, otro con varios tipos de queso, un tomate abierto por la mitad, el salero, las rebanadas de pan con el ajo majado, una botella de aceite de oliva virgen extra y un zumo de naranja que Miguel ni mirará.

—Por favor, vente a la terraza. ¿Te apetece algo?

—No, gracias. Creo que subiré a mi habitación. Estoy cansada.

—Como quieras.

Y Ana sale de la cocina como si, de las dos, fuera ella la mujer más joven. No hay derrota en su actitud, ni humillación, sólo el hábito que se convierte en costumbre y que se acaba imponiendo como norma. Ana nunca entendería que lo hiciera Marga, incluso su hija pequeña, Julia, tampoco. Pero ella no puede dejar de hacerlo. Esa es la dicotomía a la que se ha enfrentado toda su vida. El aire fresco del valle la saluda al salir a la terraza. Sentado, todavía con la chaqueta y la gorra puesta, el perro a sus pies, Miguel disfruta de las vistas.

—Qué día tan bonito —dice Ana—. ¿Fue muy largo el paseo?

—Por este, todavía seguíamos por ahí —contesta Miguel, golpeando la cabeza del dóberman—. ¿Margarita?

—Ha quedado con Julia. Creo que para comprar los regalos. ¿Quieres que la llame? Todavía no se ha ido.

—Lo que me extraña es que haya venido. A verme morir.

—Anda ya, no digas tonterías. Ha venido a estar contigo.

—A asegurarse. —Miguel bebe un buen trago de vino y, como si diera la conversación por terminada, cambia la dirección—. Vas a coger frío así. ¿Quieres que bajemos luego al pueblo? Podríamos comprar lo que falte.

—¿Aprovechamos y bajamos con Marga? Ha alquilado un coche...

—¡Me cago en Dios! ¿Qué falta hace? ¿No puedo conducir yo?

La explosión de su marido ni siquiera inmuta a Ana. Son muchas, en tantos años, las que carga a sus espaldas.

—Te ha dicho el médico que no. Y a mí ya se me ha olvidado conducir. Si no quieres que bajemos con ella, le digo a Carlos que suba. O llamamos un taxi. Pero yo contigo en el coche no voy.

—Pues voy yo solo.

—Pues vale.

—Qué cabezona eres.

—Le dijo la sartén al cazo.

—Estoy hasta los...

—Miguel, yo también estoy cansada. —Ana no levanta la voz. Sin dejar de mirar el valle, continúa—: Pero me gustaría bajar al pueblo contigo.

—Y con tu hija.

Ana claudica.

—Llamo a Carlos y, si no puede, un taxi. ¿Te parece?

—No sé para qué me he comprado el Lexus.

—Cuando lo compraste no sabíamos que todo esto iba a pasar. Y es bonito.

—El color lo elegiste tú.

—Por eso.

Empieza a nevar. Pequeños copos de agua nieve flotan delante de su mirada. No cuajará, ni siquiera manchará las hojas de los árboles. Es como una advertencia, un aviso de que enero será frío. Miguel nunca ha entendido por qué la gente prefiere las casas con vistas al mar. El mar no cambia de color con las estaciones, no juega con las sombras de las nubes ni se mece al compás del viento. Es una alfombra de monotonía hasta el horizonte. Su valle es pura vida, una vida que se manifiesta exuberante y altiva, perenne, que nos restriega nuestra insignificancia. En primavera, en verano, en otoño y en invierno.

—Va a helar —dice Miguel.

Ana no sabe si eso significa que la helada es mala para la uva o que la helada es lo normal en esta época del año. La verdad, le da igual. No le preocupan lo más mínimo el campo, ni las uvas, ni la casa. Esto siempre ha sido el juguete de su marido y, si él no está, duda mucho que regrese a menudo. Al principio, tenía otros planes, pero ya no le compensa el viaje de dos horas. Prefiere su vida en la ciudad, las amistades y su club de lectura, cada quince días, en la Biblioteca Municipal del Fórum. Carlos sabrá qué hacer. Esas son las cosas prácticas que a Miguel le gusta dejar resueltas. Es capaz de hablar de cuando él no esté y de ordenar lo que quiere que se haga. Sin emocionarse. Así, así y así.

Miguel coge sólo la botella de vino y su copa y se marcha hacia el interior de la casa. Rastro, detrás de él.

—Iremos en taxi. Voy a cambiarme.

## Heroína

Carlos es el último en llegar a la plaza. Los chicos forman un grupo heterogéneo. Vicente, el mayor de los primos, tiene dieciséis años, es grande y compacto, tosco; posee la belleza del mármol sin pulir, tan silvestre que intimida a quienes no le dan una segunda oportunidad. Julio, un año menor, más redondo y algo flácido, pero fiel y ladino. Carlos, el más pequeño del grupo, trece años consentidos porque es el hermano de Margarita. Sin él, su padre nunca la dejaría estar con ellos. Para reivindicar su lugar en el grupo se hace el valiente, hasta llegar a lo temerario. Los otros lo saben, lo buscan, lo fuerzan. Luego está Fernando. Como Vicente, una especie de satélite que orbita siempre alrededor de Margarita. Fernando, quince años de hormonas y algún sentimiento, inteligente, pero no tan osado como para ser el líder del grupo. Para ellos, Margarita es el centro de todos los juegos. El trofeo exótico. Vicente o Fernando, ¿quién conseguirá su atención? Lúcida y decidida, segura de sí misma, pero ignorante del poder que tiene sobre estos, todavía, adolescentes. Y del peligro.

—¿Y tu hermana? —pregunta Vicente, descarado.

—Se ha quedado escuchando música. Dice que va para allí sola.

—Pues vaya. ¿No sabes que sin ella no puedes venir?

Julio se hace el fuerte y coge a Carlos por el cuello, lo atenaza con torpeza hasta que escapa.

—Estate quieto, joder. Hueles a sudor.

—¿Será fino?

—Anda, vamos. Tengo una idea.

—¿Y esto? —pregunta Carlos señalando un perro, pequeño, con un parche naranja en el ojo derecho y una pata renqueante.

—Se ha venido con nosotros. Le hemos caído bien —dice Fernando.

El perro, es cierto, por alguna extraña razón, no les tiene miedo. Vicente y Julio, los hermanos, lo han engatusado con algo de comida y luego con un palo. Una golosina y algo de cariño. Los sigue hasta la salida del pueblo. Un poco más allá, entre huertas, hay un terreno baldío, vallado, donde media docena de perros

enloquecen cada vez que ven a otro. Ladran. Sus ladridos son cada vez más fuertes. Histéricos. Meten el morro por la rejilla metálica. El otro, displicente, olisquea desde una distancia prudencial y se retira. Como si no fuera con él. Y lo que sucede a continuación es rápido, preciso: Vicente lo coge y lo lanza por encima del cercado. Al pobre animal apenas le da tiempo a quejarse. No llega a tocar el suelo, cuando le cae la primera dentellada. Y otra. Los perros se cierran sobre su presa y lo único que llega a verse son jirones de pelo blanco con manchas naranjas. De todas formas, los chicos no se quedan para presenciarlo. Corren. Huyen. Ninguno se vuelve, ni un instante. El olor a sangre, a muerte, no les alcanza en su carrera, golfa, despavorida. Sin mirar atrás. Como si no hubieran sido ellos.

Todavía llegan corriendo hasta la cantera, un agujero en el suelo que la lluvia transforma en una pequeña laguna. Allí, tomando el sol y escuchando música en su *walkman*, está Margarita. Los chicos llegan sobreexcitados, la saludan, ella no entiende las bromas, algo sobre un perro. Se quitan la camiseta y se quedan con el bañador y unas sandalias de goma. Y saltan. Su pasatiempo preferido es ese: saltar. Sentir ese segundo, casi dos si te propones llegar más arriba, de ingravidez, el vértigo de la caída, el impacto con el agua y, una vez sumergido, salir rápido a la superficie, a la orilla. Ninguno de los chicos hace pie en la parte más profunda, donde se lanzan desde un risco de cinco metros de altura. Han visto serpientes, incluso alguna rata. También juegan a rescatar tesoros. Bucean entre los restos de varios electrodomésticos. Recogen piezas de metal, las que todavía brillan son las más valiosas. Hay hasta un coche. El esqueleto de un R4, un símbolo para toda una generación, la democratización del automóvil, la movilidad al alcance de todos. Hoy es sólo el esqueleto de un coche viejo, sin puertas, con los asientos descompuestos en el fondo de una cantera abandonada que, cuando llueve, se inunda.

—Mira, mira lo que he pillado —dice Vicente.

Se sienta en la orilla con un volante en las manos y hace como que conduce. Cambia de marchas como le ha visto hacer a su padre.

—¿Dónde queréis que os lleve?

Julio se sienta detrás de él. Carlos les sigue el juego. Desde algún rincón, llega el intermitente croar de las ranas.

—¿Echamos un escondite? —pregunta Fernando.

En pleno agosto, el agua está tan fría que a ninguno le apetece volver a saltar. Todos dicen Sí. Juegan al palo más corto quién la liga, pierde Fernando y falta tiempo para que Vicente coja de la mano a Margarita y se la lleve bosque adentro. Julio y Carlos los siguen. Al principio. Luego, Julio se deshace de Carlos. Carlos, por orgullo, deja de seguir a su hermana. No le importa que

Vicente tenga los mejores escondites. Siempre es el último en aparecer, nunca lo encuentran. Al verse sola con él, Margarita intenta soltarse.

—Suelta, bruto, me haces daño —le grita.

Vicente obedece.

—¿Quieres ganar?

Margarita se toca la muñeca dolorida y lo mira con tirria.

—Si quieres ganar, ven conmigo.

—¿Dónde?

—No tienes lo que hay que tener.

Margarita vacila.

—¿Está muy lejos?

—Tú misma.

—¡Espera!

Vicente vuelve a darse la vuelta.

—¿Qué quieres? ¿Vienes o no?

Margarita sabe, sin necesidad de mirar atrás, que se han alejado del camino. Se debate entre seguirlo o aguantar, cuando vuelvan al pueblo, las burlas de Vicente, las risitas con Julio y Carlos a su costa. La mirada indefensa de Fernando. Todavía, Margarita no está lo suficientemente segura de sí misma como para decir No, mostrarle su indiferencia, regresar y buscar, ella sola, un escondite. Aunque la encontraran la primera. Puede más la aventura, el miedo que nos hace liberar adrenalina, nos atrae y nos repele para experimentar con lo desconocido.

—Voy.

—Perfecto —dice Vicente—. No te quedes atrás.

## Matrimonio

Marga continúa esforzándose por ser útil. Y discreta. Cumple con los encargos con diligencia, como si hubiera nacido para organizar la boda de Luisa y Carlos. Mientras los demás siguen trabajando, redimidos en el discurrir anónimo de sus vidas, ella entrevista a varias empresas de *catering* acompañada por Ana. Creo que esta le va a gustar más a tu hermano, opina, justo después de tragar un canapé de una finísima lámina de carne asada. La única experiencia de Marga son los eventos que ha organizado en la facultad, pero si hay algo que ha aprendido allí es a mostrar seguridad cuando no la tiene. Y tirar para adelante. Sí, yo creo que también, contesta y, dirigiéndose hacia el orondo y barbudo restaurador, le pregunta si podría enviarle el presupuesto a su correo electrónico.

—Pues verá usted —contesta el empresario con una sonrisa infantil que le hace parecer incluso atractivo—, tenemos página web y eso, pero todavía no me controlo yo con los ordenadores. Eso lo lleva mi chico y él, siempre, no puede. Podría llevarlo en un par de días a la oficina de tu padre. Pero yo te digo ahora lo que va a costar.

Acostumbrada a la burocracia de la universidad, Marga no termina de sentirse cómoda con los atajos de la vida real. En la facultad, tendría que pedir varios presupuestos y justificar su elección. Aunque muchas veces esta elección ya hubiese sido tomada antes de empezar. Y no por ella. Pero ahora todo es de palabra. Lo que le dice uno y lo que le dice otro. Y todos quieren llevarse bien con su familia. Marga no se había percatado de ese detalle: que se celebre el enlace en el pueblo supone un orgullo para muchas de las personas con las que ha hablado. Incluso ofrecen su trabajo como regalo de boda. Han sido varios. Gratis. Marga sospecha que este altruismo está salpicado de algún interés que ella desconoce. Como en la universidad, sólo que aquí los donantes son personas con las que Marga ha compartido su infancia y adolescencia.

La siguiente parada de madre e hija es la panadería. Marga ha comprado aquí el pan todos los veranos, ha robado magdalenas y ayudado con el roscón en Navidad. Y, sin embargo, desconfía cuando la panadera le dice que estaría

encantada de hacerlo y que no piensa aceptar una peseta.

—Son muchos panes, Encarna, me quedaría más tranquila.

—Que he dicho que no, niña —le interrumpe la panadera mientras le devuelve el cambio a otra clienta—. Ni tranquila ni *ná*. Esto lo hago yo porque sí. Que os he visto crecer a los tres y estoy muy contenta de que el Carlos se case aquí. Y la tarta, la tarta también te la hago yo.

—Pero serán unos doscientos invitados. —Marga no puede aceptarlo, incluso si fuera una acción totalmente desinteresada, no le parecería moralmente aceptable—. De verdad que...

—Y dale —vuelve a interrumpirla la panadera—. ¿Es siempre así de cabezona?

Esta vez le pregunta a Ana, que sigue la conversación como si fuera un partido de tenis de los que le gusta ver por la televisión.

—Y más, ¿cómo te crees que ha sacado la carrera? Entonces, Encarna, ¿de verdad que lo harías?

Ana mantiene la mirada de la panadera. La panadera, también, la mira directa a ella. Recuerda la primera vez que, mucho más flaca y mucho más joven, entró por la puerta esa mujer. Miguel, a su lado, con una sonrisa de orgullo como el que ha conseguido el primer premio. Encarna, te presento a la que va a ser la madre de mis hijos, dijo el tercero de los Durán. Encarna no pudo más que sonreír, limpiarse las manos en el mandil lleno de harina y estrechar la mano que Ana le ofrecía. Le pareció tan delicada que pensó que nunca volverían a verla. Otra niña bien que venía de excursión al pueblo.

Cómo se alegra de haberse equivocado.

Han pasado casi treinta años de aquel día. Es fácil adivinarlo: Marga llegó con la puntualidad y el deseo de los primogénitos encargados poco antes del matrimonio.

—Me ofendería mucho si no lo hago yo —dice la panadera.

Las tres mujeres están de pie, unas frente a otras. Si Ana y Encarna no se abrazan es porque Ana se pondría perdida de harina. Entra otra clienta, la dueña de la tienda de ropa de un poco más arriba, y Encarna vuelve detrás del mostrador. Mientras prepara el pedido, la otra dice:

—Han liberado a Ortega Lara. Acaban de decirlo por la tele.

Las mujeres tardan en asimilar el mensaje. El silencio da paso a alguna interjección, la clienta recién llegada se santigua.

—A saber lo que ha pasado este pobre. Tenía cara de hambre.

—¿Qué cara iba a tener? —murmura la panadera—. ¿Cuánto tiempo llevaba ya?

—Más de quinientos días en un zulo de esos. A saber lo que ha tenido que

aguantar. Qué locura de mundo, que alguien pueda hacer algo así. Enterrado vivo, así lo han tenido dieciocho meses.

ETA y su sinsentido. Marga recuerda las conversaciones en la facultad sobre la capacidad de nuestro organismo para soportar vejaciones, adaptarse a condiciones infrahumanas y sus secuelas físicas y psicológicas. El dolor, la angustia de las familias. Imagina su alegría en este momento. La necesidad de justicia.

—¿Han detenido a los secuestradores?

—Sí, sí. Eran cuatro.

La panadera entrega la vuelta a la dueña de la tienda de ropa y le dice:

—¿Te has enterado? Se nos casa el Carlos.

—No sabía.

—Pues sí, mira tú —y cambiando de interlocutor, hacia Marga, todavía conmovida por la noticia de la liberación, tan absorta como inocente—. Y tú, niña, ¿cuándo te nos casas?

## Heroína

Margarita no puede creer lo que tiene ante sí: un castaño gigante. Vicente, con afán de propietario, se jacta ante ella. Es sólo un árbol, dice. Solamente un árbol. Margarita nunca ha visto algo así. Es impresionante. Los chicos intentan abrazar el tronco, pero harían falta otros dos como ellos para conseguirlo. La copa es muy frondosa y está cargada de castañas. El tronco, sin embargo, está hueco. Dentro, hay tanto espacio, que pueden tumbarse.

—¿Este es tu escondite?

—¿A que mola?

Es el escondite perfecto. ¿A quién no le gustaría? La verdad es que es el mejor escondite que Margarita haya visto nunca. Puede imaginarse ahí viendo pasar las horas, observando sólo el recorrido de los rayos de sol sobre la copa del árbol, tumbada sin tener que hacer ni decir nada. Vicente tiene otros planes. La mano del chico busca la de Margarita y sus dedos se entrelazan con los de ella. No los aparta. Siguen mirando la copa del árbol. Así. El lento y minucioso camino que describen los rayos del sol hasta atravesarla.

—Hay una cosa que quería decirte —es Vicente quien habla. Margarita sólo escucha—. Este verano, lo he pasado muy bien. Me gustaría... Hay una cosa que me gustaría...

No le salen las palabras. Hay un Vicente dentro de ese Vicente, como una de esas muñecas rusas que tienen infinitas muñecas rusas en su interior y cuando no puede haber una muñeca más pequeña, aún queda otra. Vicente se sienta y ahora acaricia la mano de Margarita con sus dos manos. Los chicos se miran. Margarita se siente intimidada. Intenta incorporarse, pero Vicente se acerca a ella y deja un beso en su boca, un roce de labios contra labios que se cierran como los pétalos de una flor que intenta protegerse. Margarita retrocede contra la corteza del castaño. Ahora le parece que está demasiado oscuro. Y húmedo. La luz llega desde la parte superior como si estuvieran en el interior de una chimenea. Se siente atrapada e indefensa, pero las palabras de su primo evitan el pánico.

—Perdona, yo no quería... Sólo que, este verano... Imagino...

Todas sus frases acaban en puntos suspensivos. Se ha imaginado esa escena varias veces y siempre terminaban besándose. Algo más. Margarita y él se besaban como se besan en esas películas que ponen en la tele, no como en las cintas de vídeo que esconde su padre debajo del mueble del salón.

—Sé que tú también has sentido algo —consigue arrancar—. Lo sé por cómo nos miramos y cuando vamos a la discoteca y bailas, bailamos. Es como si todos los demás desaparecieran y fuéramos solos tú y yo. Sé que tú eres pequeña, pero a mí me da igual. Y quiero que sepas que no pasa nada porque seamos primos, que hay reyes que se casaban entre ellos. Porque me gustas mucho, Margarita, y me gustaría que fueses mi novia.

Lo ha dicho todo en un susurro, con la barbilla pegada al pecho y sin mirarla en ningún momento. Siguen, cada uno, en un extremo del interior del castaño.

Margarita no sabe qué decir. No ha entendido la mitad de lo que ha dicho su primo. Sólo la última frase, la última palabra. Novia. Y el miedo. Hay algo, no sabe definirlo, una intuición o su instinto que le dice que espere, que no diga nada. Silencio. El silencio. La expresión de Vicente cambia. Sus ojos se afilan, la sonrisa que se abre. Exclama ¿Te lo has creído? Un grito demasiado ostentoso para alguien que tiene dieciséis años y acaba de ver cómo su corazón ha sido pisoteado. Margarita no contesta, se sumerge en el silencio, como si creyera que, quedándose allí, al fondo del castaño, puede desaparecer.

—Oye, ¿cómo puedes ser tan creída? Además, te gusta Fernando, ¿a que sí?

Margarita sigue sin decir nada. Si estuvieran en campo abierto, quizá, intentaría correr, alejarse lo más rápido posible, pero ¿allí dentro? La única salida está a la espalda de Vicente. Al otro lado. El chico le enseña una pequeña bolsa. Margarita sabe lo que es. La sonrisa de Vicente se afila todavía más.

—¿Quieres probarlo? —dice agitando la bolsa en el aire—. Me lo ha pasado Héctor. La había comprado para una ocasión especial.

Margarita no ha desaparecido, sigue allí, con la mirada fija en la heroína.

## Matrimonio

Primeros de julio de 1997 y todavía no ha llegado el verano. Abrigada con una chaqueta, Marga cruza la plaza de la Constitución, bajo la innecesaria sombra de los álamos, enjutos y espigados, recortados para la ocasión. El césped conserva su verde radioactivo, delimitado por varios arbustos, entre los que destacan alguna camelia tardía y esas hortensias azul ácido, orgullosas de haber sobrevivido a las heladas del invierno.

A primera hora de la tarde, entre la comida y la merienda, Julio suele estar solo en la vinoteca. Marga y él han cogido confianza y ella suele visitarlo para obtener una versión alternativa a la de su madre. Su crónica de los últimos once años tiene demasiados puntos ciegos. Marga remueve el té rojo con la cucharilla. Un gesto innecesario porque ella, desde que leyó que el azúcar se convierte en un veneno después del refinado y blanqueado, lo desterró de su alimentación. Observa el remolino que se forma en el agua de color casi marrón. Ha dejado mucho tiempo la bolsita en remojo y tendrá demasiado sabor. Estará muy amargo.

Julio termina de contarle a Marga una anécdota de Vicente y sus dos hijas. Vicente, aquel adolescente unicejo, es ahora un marido que hasta hace recados. ¿Sabrá su esposa lo del castaño gigante? ¿La habrá llevado? Marga nunca se hubiera imaginado un Vicente como el actual. Y lo mejor de todo es que parece evidente que disfruta haciendo de padrazo. En eso se parece a Carlos. Su hermano siempre quiso formar una familia, tomar el relevo de su padre y, por sus sospechas, está en el buen camino. Julio y Marga dudan que Fernando tenga la misma pulsión. Parece más volcado en su empresa. Sin ganas de sentar la cabeza.

—Ya tiene a cuatro personas en plantilla. Más tela de la que puede cortar.

Puede que Julio tenga razón y el hecho de que el padre de Fernando, el alcalde, sea muy conocido, respetado e incluso temido en la comarca lo haya ayudado. No se considera una mujer con prejuicios, de hecho, no le gusta cuando alguien hace generalizaciones del tipo «los del pueblo esto» o «los de la ciudad

lo otro», pero tiene que reconocer que Fernando la ha sorprendido. Incluso se ha dejado el pelo más largo.

—Es un poco principito de *Bequelar*. A mí no me gusta —dice Julio.

La puerta de la vinoteca se abre. Dos señoras de la edad de Ana, posiblemente compañeras de bingo, preguntan si ya está abierto y Julio contesta Claro que sí. Entren, entren. Las mujeres se deslizan tímidamente hasta una de las mesas del fondo, siempre se sientan en la misma, y, con las manos sobre su pequeño bolso blanco, ambas llevan el mismo, ríen las gracias de Julio, sus halagos, y le piden una docena de churros y dos chocolates. De nuevo en la cocina, Julio saca los churros del congelador y los mete en la freidora mientras calienta el chocolate en un cazo. Después de servirles, y algún otro piropo, se sienta frente a Marga, al otro lado de la barra.

—Y así —dice mientras mueve los hombros al ritmo del *Barbie Girl* de Aqua.

Marga le contesta con una sonrisa. Y así. Como si no hubiera más sobre lo que reflexionar. Como si ahí afuera la vida no siguiera sucediendo. Como si ya estuviera todo dicho. Algunas veces, Marga ha deseado ser de ese tipo de personas. Esas que están donde están y hacen lo que hacen. No a mil kilómetros de distancia. Siempre *pensando en*. Al menos, por un instante, le gustaría sentir lo que siente una de ellas. Y ahora que está frente a una, no sabe muy bien qué preguntarle. Así que Marga hace lo que la mayoría de las personas hacen cuando no saben qué decir pero se sienten cómodas: sonrío.

—Tienes una sonrisa muy bonita. Deberías usarla más.

—¿Pero tú no eres gay? ¿En qué quedamos?

—Ay, si yo te contara. Ya casi es la hora del *gin-tonic* —bisbisea Julio—. ¿Te preparo uno o prefieres un chocolate con churros como tus amigas?

La sonrisa de Marga reaparece, un poco más amplia.

—¿Ves? No es tan difícil. ¿En serio que no quieres un poco de chocolate? Ha sobrado y voy a tener que tirarlo.

—No, no, gracias. —Marga intenta ser graciosa—. Te lo agradezco, pero voy a esperar a su edad para merendar chocolate con churros. No me imagino las calorías que puede tener eso.

—No me creo que tú estés pendiente de esas tonterías, pero si eres un palillo.

—Por eso —responde airada Marga—, porque no meriendo chocolate con churros.

La última frase, Marga la ha dicho un poco más alto de lo que debería y las dos señoras de la mesa del fondo la llegan a escuchar. Detenida su conversación, miran hacia ellos.

—Pura envidia, te lo digo yo —grita Julio, rápido de reflejos—. ¿O no, señora Eugenia?

La interpelada ni siquiera contesta y, con un gesto de cabeza, le indica a su compañera que la merienda ha terminado. Muy dignas, se levantan, dejan el importe exacto sobre la barra, justo al lado de Marga y, sin decir palabra, salen de la vinoteca. Marga tiene que esforzarse por aguantar la risa.

—Lo siento, lo siento mucho, de verdad.

—Para dos clientas que teníamos. —Julio guarda el dinero en la caja registradora—. Y ahora, ¿qué voy a hacer yo por las tardes?

—Pues no sé, lo que hagan los camareros cuando no hay nadie.

Julio resiste un instante pensativo, con los ojos mirando hacia arriba y los labios apretados.

—¿Cerrar?

—Es lo más interesante que has dicho desde que he venido —contesta Marga en tono irónico—. Podíamos ir a la antigua cantera. Allí sí que lo pasábamos bien.

—Pero ¿cómo?, ¿todavía no te has enterado de que han prohibido el paso? Lo han vallado todo. Dicen que van a volver a abrirla. Pero bueno, vete tú a saber.

—Y ahora, ¿dónde juegan los niños?

—Los chicos ahora no juegan en la calle, Marga, prefieren la consola y esas cosas. Los tienen que llevar los padres, o los tíos, a todos sitios. Anda que no hacíamos gamberradas antes nosotros. Y no teníamos tiempo y bosque para correr. Yo lo sé por mi hermano. Se juntan un grupo de padres y se turnan para llevarlos a la playa del embalse, otra brillante idea del *padre de tu amigo*.

Marga omite la alusión al *padre de su amigo*, el alcalde.

—No entiendo, ¿playa? —y vuelve a preguntar—, ¿el pueblo tiene playa?

—La misma arena que las playas de Portugal —dice Julio marcando mucho la g, casi en j—. *Portujal*, ¿eh? Que dice el señor alcalde que se nos va a llenar esto de turistas. Joder, pues no veo ni uno, pero bien que se ha gastado los dineros en traer camiones y camiones de arena para hacer una puta playa artificial. ¿Qué falta hacía? Ninguna. Pero aquí ya sabes que se hace todo lo que se le ocurre al fulano. Y ha hecho cosas buenas, que sí, pero ya vale, ¿no?

Marga no sabe qué responder. Es evidente la animadversión de Julio por Fernando y su familia. Supone que está condicionado por su hermano Vicente. Le han dicho que siguen sin hablarse. Ella desconoce la labor del alcalde y, sin criterio, prefiere no opinar.

## Navidad

Nueve años después, en las Navidades de 2006, en ese mismo lugar, M llega tarde a su cita con Julia. Deja el Nissan Micra en segunda fila y entra en la cafetería. Lo que fue la vinoteca Los amigos se ha transformado en la cafetería Ulises. Dentro, la única diferencia, es que no sirven comidas. Y el inexorable paso del tiempo. La misma barra, las mismas sillas altas, las mesas de mármol blanco y el mismo agujero en la pared. Faltan las señoras que meriendan chocolate y su hermana, que no ha llegado. M se siente aliviada. No se había imaginado que se pondría tan nerviosa en el reencuentro con Julia.

El camarero, un chico diez años más joven que ella, le pregunta qué va a tomar. Un té con una tostada, por favor, contesta solícita. Cree haberlo visto alguna vez por el pueblo, cuando era más niño y no tenía ni esos tatuajes ni la extensión en la oreja derecha. El chico, se llama Martín, no tarda en contarle su vida. Es dicharachero y confiado, bastante más amable de lo que M había pensado a tenor de su aspecto. Prejuicios. Martín le explica, como a todos los nuevos clientes que quieren escucharlo, que hace poco que terminó Trabajo Social, después recorrió Europa en el Interrail y, desesperado porque no encontraba trabajo en ningún sitio, ni de lo suyo ni de nada, tuvo que volverse al pueblo a vivir con sus padres. Ahora trabaja en la cafetería por turnos. Ni de coña *va a ser* mía, dice con el desparpajo de los que han dormido en un cajero automático en el centro de Europa, Ya me gustaría. A este pueblo lo que le hace falta es alguien que lo quiera. No alguien que sólo quiera hacer dinero con él, sentencia.

M escucha a Martín como escucha la música, quizá demasiado alta, en segundo plano. Hace diez minutos que se ha terminado el té, pendiente de la puerta y los ventanales, no porque esté preocupada por el coche mal aparcado — incluso el camarero se lo ha dicho varias veces Aquí no ponen multas, no te preocupes—, sino por la posibilidad, cada vez mayor, de que su hermana no aparezca.

Julia dejó de hablarle oficialmente en 2001, el mismo día que se casó con

Fernando, ceremonia a la que M le había dicho que no asistiría. Su hermana pequeña intentó convencerla hasta el último momento. Sabía que ella y Fernando habían estado «muy unidos», esas fueron las palabras que utilizó Julia, en una de sus muchas llamadas, para resumir su relación. ¿Bastan esas palabras para referirse a lo sucedido desde el verano de 1986, sin duda, a pesar de todo, el mejor verano de su vida? *Muy unidos* siguieron los años siguientes, aunque sólo se vieran durante las vacaciones escolares, algún festivo. Una relación discontinua, pero intensa, que se fue extinguiendo por la distancia y la desgana de su parte masculina. Una relación tan original que se había terminado dos veces. En 1989, cuando ella decidió estudiar su licenciatura en Madrid y, definitivamente, el día siguiente a que Carlos y Luisa contrajeran matrimonio, en 1997.

Dos años después, cuando su madre la llamó para informarla de que Julia, su hermana pequeña, y Fernando habían empezado a salir, lo único que pudo sentir fueron ganas de vomitar. Incapacitada, escuchó en la distancia, y en ominoso silencio, cómo la bola de nieve seguía creciendo ladera abajo hasta convertirse en matrimonio.

—Tienes que venir. Soy tu hermana pequeña, ¿no vas a hacer esto por mí? —le dijo en una de aquellas interminables llamadas.

Pero ella se negaba. M sabía que sería incapaz de asistir a la ceremonia y aguantar en silencio los «Sí, quiero». De ir, sería para contar por qué no había vuelto a pisar aquel pueblo. Y la boda de su hermana pequeña no llegaría a celebrarse. Estaba segura. ¿Qué era mejor? ¿Que Julia se casara con el hombre al que amaba o que supiera de lo que ese hombre era capaz? Ambas opciones eran incompatibles. Y M no quería ser la responsable de la infelicidad de su hermana. Le preguntó varias veces, directamente, si lo quería. Y también:

—¿Te hace feliz?

Y todas las respuestas de Julia eran irrefutables.

—Mucho. Como nunca lo he sido.

El secreto de M no haría que Julia dejase de querer a Fernando. Sólo levantaría un muro de dolor entre ellos. M decidió unilateralmente que la mejor opción era que su hermana pequeña no lo supiera. Quizá ese hombre no se comportara igual con ella. De hacerlo, ¿cómo iba a estar Julia tan enamorada? Su historia no tenía que terminar de la misma manera. Todos tenemos derecho a equivocarnos. Al menos, una vez. El tiempo pasaba y M decidió sacrificarse antes que desvelar un secreto que arruinaría la felicidad de su hermana. Así que no fue a la boda de Julia. Para eso sí que no tenía fuerzas. Y por eso dejaron de hablarse.

M vuelve a mirar la hora en su teléfono móvil, un Nokia 8250, y comprueba

que no ha recibido ningún mensaje. Lo sabría. Lo tiene delante de ella, en la barra de esa cafetería decadente que antes fue el restaurante de sus primos. No deja de tocarlo con la mano derecha, lo acaricia como si fuera una mascota inerte. Enciende la pantalla. No ha pasado ni un minuto. Treinta y dos desde la hora acordada. Tendrá que pensar en otras alternativas. Ya lo ha hecho, ella es así, siempre tiene un plan alternativo por si todo sale, o nada. Pero tendrá que esforzarse más. No quiere perder a su hermana, mejor dicho, quiere recuperarla. Julia debe de ser poco mayor que el camarero, piensa, y sé mucho menos de ella que de él. Es cierto, pero no es verdad. M sabe de Julia lo que le ha contado su madre en estos años de exilio.

La puerta de la calle se abre y una mujer, Julia, entra con una niña de unos dos años. La niña, dormida en su carro, es Emma, su hija. Su sobrina. Julia lleva una camiseta negra con dibujos psicodélicos y unas mallas ajustadas, también negras. Zapatillas de deporte de marca y un gran bolso en el hombro derecho con el mismo logotipo. Sin ni siquiera saludarla, se instala en una mesa al fondo de la cafetería. M la sigue y se sienta frente a ella, de espaldas a los ventanales que dan a la calle, a su coche estacionado en doble fila.

—No sé por qué hemos quedado en este sitio —dispara Julia—, ¿no podías elegir un bar más cutre? En realidad, había pensado no venir. No sé por qué lo he hecho.

—Gracias —contesta M tomando la mano de su hermana—. Gracias por estar aquí.

Julia retira su mano como si hubiera recibido una corriente eléctrica.

—Vamos a dejar las cosas claras. Estoy aquí porque tu madre, que es la mía, me lo ha pedido. Porque me ha dicho que viniera y porque, si no lo hago, todavía estoy hablando por teléfono con ella. Porque de todos modos te iba a ver en la cena y prefiero decírtelo ahora para que luego no montes una escena. Tú no eres nada mío. Dejaste de serlo hace mucho tiempo. Y ahora no puedes volver como si nada.

Julia no ha necesitado levantar la voz. El rencor impregna cada una de las miradas que, mientras habla, dedica a su hermana. El resto del tiempo se ocupa de su hija. Vuelve a colocarle la manta con la que está, perfectamente, arropada. Se asegura de que el gorro guarde una perfecta simetría a ambos lados de su blanca, pequeña y perfecta frente. Lo único bueno que tiene este bar, piensa Julia, es que es tan cutre que ni tiene televisión. Por si acaso, no piensa beber el agua que le han servido en una botella de cristal de medio litro que el perro flauta, así lo llama su grupo de amigas del pueblo, ha traído abierta.

M observa a su hermana. Su mirada, firme, surge de un par de ojos negros, profundos y algo oblicuos que la dotan de cierta belleza exótica. Sin duda, los

ojos de la abuela Nina. Pero lo que más le llama la atención es su mandíbula, muy marcada, tan varonil como su pose. Fruto de o consecuencia. El eterno debate. ¿Es esta característica una adaptación al medio, una junta de empresa donde su hermana tiene que demostrar todos los días que está ahí por algo más que por ser la hija, subraya el femenino, del jefe? ¿O ha sido esta característica la que le ha permitido triunfar en este ecosistema?

—Así que lo único que te pido es que ni nos hables —dice Julia—. Ni a mí, ni a mi marido. Lo hemos hablado nosotros y ninguno te vamos a dirigir la palabra. Con un poco de suerte no volverás a aparecer en nuestras vidas en los próximos diez años. Por lo menos.

M encaja cada frase con la destreza del *sparring* profesional.

—Nueve —corrige—. La boda de Carlos fue en el 97, cuando lo de ETA.

—Nueve o diez, ¿qué más da?

Julia está a punto de añadir algo, de arrojar allí, sobre la mesa, lo que de verdad le preocupa, pero no lo hace, todavía no. No da igual, dice M lanzando una sonrisa agrisada hacia su sobrina. Sólo hay que verla para saber que no da igual un año más o menos, añade. ¿Qué quieres decir? No te atrevas a meter a mi hija en esto. ¿A eso es a lo que has venido? ¿A romper la familia que tú no tienes? La niña tiene los mismos ojos que Julia, los mismos ojos que Nina, es como una Nina en pequeño. No, Julia, he venido a hacer las paces. A pedirte perdón, a explicarte por qué no vine a tu boda. ¿Y por qué ahora?, se revuelve Julia, Yo no soy la que se muere. Es más, ¿crees que me importaría un bledo que te estuvieras muriendo tú? Eso sería muy de película, ¿no crees? Nos abandonaste, Marga. Te fuiste, elegiste vivir lejos de aquí. Y no volver. Pues bien, nos hemos acostumbrado. La vida sigue. ¿Sabes la de explicaciones que tuve que dar el día de mi boda? El día de mi boda, Marga, me lo pasé entero inventando motivos por los que mi hermana mayor no podía asistir, hay rabia como veneno en sus palabras, pero no me molestaba que me lo preguntasen a cada rato. Lo que más me dolía era no saber la respuesta. Julia levanta, ahora sí, cada vez un poco más, la voz. Emma se ha despertado y mira a su madre sin entender. Agita una excavadora y la termina lanzando contra el suelo. M aprovecha para levantarse y recogerla. Los pocos clientes que hay en el bar las miran. Todos saben quién es la mujer joven, pero no reconocen a la persona con quien está discutiendo. Por si acaso, nadie se acerca ni pregunta.

M está dispuesta a explicarle a su hermana, en ese momento, el motivo por el que no fue a su boda, pero Julia no la deja hablar. Necesita desahogarse, soltar el peso que lleva tanto tiempo dentro de ella. Tanto tiempo que ha echado raíces en sus huesos de cristal. Su rabia, fruto de la inseguridad, del miedo, un miedo que la acompaña desde el día que se dio cuenta de que se sentía atraída por

Fernando, aquel hombre cinco años mayor que ella, que ayudaba a su padre con la bodega y que había sido el novio de su hermana mayor. Que le salvó la vida.

—¿Recuerdas cuando te llamé para contártelo? —pregunta Julia que, al final, bebe el agua directamente de la botella.

M lo recuerda perfectamente. Nunca ha llorado más en su vida.

—Dos años después de la boda de Carlos —dice.

Julia asiente y le sigue contando una historia que M conoce mejor de lo que le gustaría.

—Siempre has sido buena para las fechas. Dos años después de la boda, sí, que te fuiste de aquella manera, como tú sueles irte, y no quisiste saber nada de nadie. Sabía, porque él me lo cuenta todo...

—¿Todo? —M no puede evitar la pregunta.

—Sí, Marga. Sé que os visteis durante los preparativos de la boda de Carlos. Era normal. Después de lo que habíais pasado juntos, algo tenía que quedar. ¿Recuerdas lo de la piscina? Fui yo quien lo hizo posible. Quería que hablaseis. Yo todavía no sentía nada por él. O sí, pero no había pasado nada, entiéndeme. Quería saber si vosotros... Él me dijo que habíais quedado como amigos. Él tampoco se explicaba por qué te fuiste así.

M omite la falacia. Está más preocupada por otro detalle:

—Lo que no entiendo es por qué empezasteis a veros a escondidas.

—No me creo que digas eso. ¿Te imaginas lo que hubiese hecho papá si llega a enterarse? Yo saliendo con el hijo del alcalde, que encima había sido tu novio. Se llevaban muy bien, pero porque papá lo necesitaba, todavía lo necesita. Fernando es el mejor en lo suyo, no es que lo diga yo, es que no paran de llamarlo. Todo el mundo quiere que lo asesore con su vino, que ponga su firma. Yo quería estar segura de lo que sentía, sentíamos, antes de decírselo a nadie. Fuiste la primera en saberlo.

¿Para qué contarle que su madre ya la había llamado para decírselo, que ya lo sabía?

—Lo sé —dice.

—Así que, ahora, sólo te pido que nos respetes. Soy feliz, Marga. Puede que tú no valores esta vida, pero es la que yo tengo. La única. Emma es una bendición. Aquí está. Te lo pido por ella. La empresa de Fernando va muy bien. ¿Qué más puedo pedir? No sé, de verdad, tengo el presentimiento de que has venido para joderlo todo. No dejo de recordar cómo lo mirabas.

Una luz de alarma se enciende entre las dos hermanas. Así que es eso, piensa M, todo se reduce a que Julia tiene miedo de que haya regresado para recuperar a Fernando. Mira directamente a sus ojos y dice:

—Yo no he venido por Fernando. En la boda... Tienes razón, yo sentía algo

por él, pero hace mucho tiempo que dejé de sentirlo, créeme. —Y cambia de opinión—. Este viaje es para despedirme de papá.

M ya no está segura de querer contarle el secreto a su hermana. Julia tiene razón: eligió desaparecer. Y ahora, egoístamente, ha decidido volver. Necesita más datos. Antes de tomar una decisión, necesita saber más sobre esa vida, *la única* que Julia dice tener. No quiere hacerle daño innecesariamente. A veces, sin intención, herimos a nuestras personas queridas y cuanto mayor es el daño que causamos, más difícil se nos hace pedir perdón.

Ahora es M quien conecta el piloto automático. No deja que Julia la interrumpa. Le cuenta, no sabe por qué, los nervios, detalles de aquel verano, el último, el de la boda de Carlos. El ruido del motor de la Harley que tenía Fernando, ¿La sigue teniendo? No, la vendió. El silencio del bosque atravesado por ese rugido, sus paseos, el chalé nuevo. Ahí es donde vivimos ahora. No dice nada del balancín, ni de la pasionaria. ¿Se acordará Julia de que se lo contó la mañana de la boda? Julia estaba guapísima con el traje de dama de honor. Y si alguna vez se casa, asegura, le dará igual la edad que tenga o el protocolo que haya que cumplir porque le gustaría que fuera ella, Julia, su hermana pequeña, la dama de honor. Aquel chico, del que M se enamoró aquel verano que todos recuerdan, y el hombre con el que Julia está casada sólo tienen en común el nombre. Fernando. Te lo aseguro.

—Todo lo demás es historia.

Julia escucha a su hermana al borde del llanto. Su orgullo es lo único que la mantiene erguida. Y un resquicio de esperanza. ¿Por qué no viniste?, dice, ¿por qué? M sopesa contarle la verdad. Ahí y ahora. No, todavía no. Necesita más datos. Pruebas. Y está agotada, quiere salir de ese bar, dejar de ser el centro de todas las miradas.

—Por hoy, ya nos hemos contado demasiado, ¿no crees?

—Siempre se tienen que hacer las cosas como tú dices. —Julia se levanta—. ¿Alguna vez tienes en cuenta los sentimientos de los demás? —Se marcha con el carrito hacia la puerta—. Piensa tú lo que vas a decirle a mamá de los regalos.

—No te preocupes —contesta M desde la mesa—. Yo me encargo.

La puerta se cierra y Julia desaparece de su vista.

## Matrimonio

Marga y Luisa han quedado en la bodega para hablar sobre la decoración del banquete. La celebración será precisamente ahí, en el terreno que le compró Miguel al alcalde, donde ya ha empezado a construir, sin planos, una casa. Es una tarde cálida. Las nubes parece que, por fin, han desertado hacia coordenadas más septentrionales y Marga, lo intenta, se limita a observar esa migración desde el porche de la bodega. Son las mismas vistas que luego tendrá la terraza de la casa nueva.

—Parece que nos va a hacer buen tiempo. Vengo escuchando todo el rato la radio y eso es lo que han dicho. Y lo del zulo de Ortega Lara. Me ha puesto mal cuerpo. ¿Lo has oído? Un agujero de tres por dos cavado en la tierra debajo de una máquina de tres mil kilos. Daba con la cabeza en el techo.

Luisa llega de la ciudad todavía con ese punto de aceleración propio de los que creen estar haciendo algo importante. Ha tenido que pedirse la tarde libre y dejar algo a medias. Algo que no puede esperar, barbullas. Siempre hay algún encargo urgente que impide centrarse en lo importante. Así que Luisa no está tranquila. Ha recorrido los ciento cincuenta kilómetros pensando en una tarea que seguirá en el mismo punto donde ella la dejó, mañana, cuando regrese a la oficina. No hay otra persona que pueda hacerlo. Y eso es bueno, no pueden prescindir de ella. Y malo, no puede delegar en nadie. Marga escucha a su futura cuñada con verdadero conocimiento de causa. No ha estado en la misma situación, pero sí muy parecida. Intentar convencerla de que se olvide es recordarse a ella misma cómo debería comportarse.

—Pero vamos a lo nuestro —dice Luisa alisándose la falda—. No quiero nada complicado, ¿viste la película que te dije?

Marga asiente.

—Pues lo mismo. Quiero unas mesas aquí y podíamos poner unas guirnaldas de lado a lado, ¿qué te parece? Las mesas corridas y, al fondo, la barra libre. Carlos tiene unos amigos que tienen un grupo y se han ofrecido a tocar algo, de esos que hacen versiones. No podíamos entrar en más gastos, que

no sabes lo que piden. Y al final, les hemos dicho que sí. No tengo ni idea de cómo lo hacen, sólo espero que no sean de esos cansinos. Les pasé una lista de las canciones que me gustaría que tocaran y todavía no me han contestado. Pero no sé yo. Nada del otro mundo. Canciones para pasarlo bien, animadas, que le gustan a toda la gente y no esa música que dan ganas de cortarse las venas. Bueno, a lo mejor estoy metiendo la pata y a ti te gusta.

Luisa y Marga recorren la explanada. Hay un cambio sutil en la luz del atardecer, como una nota de piano que mancha el resto de la melodía. Los verdes y amarillos, el magenta del brezo, siguen oscureciéndose mientras Luisa repasa y ordena el encargo.

—También quería darte las gracias por todo lo que estás haciendo.

—No hay de qué. Imagino que si no estuviera yo, te habría ayudado mi madre.

—Gracias, de verdad, no sabes lo importante que es para mí sentirme parte de la familia.

Las mujeres no se miran, continúan andando como si fueran a algún sitio, pero en realidad caminan para no detenerse, para no plantarse una frente a la otra y mirarse a la cara. No hay una confianza natural, esa que florece de forma espontánea entre dos personas. Si Luisa y Marga llegan a hacerse amigas, a confiar una en la otra, será el tiempo quien lo decida. A veces, la necesidad obliga a las personas desconfiadas a aceptar la ayuda de la primera persona que se nos ofrece. Aunque sea la culpa, como en el caso de Marga, el motor de ese ofrecimiento. Y Luisa, con una madre que murió joven, ansiolíticos, y un padre recién jubilado, alcohólico, sólo podía elegir entre Ana o Marga para planificar lo que ella y todas sus amigas denominan *el día más importante de su vida*. No ha sido Luisa quien ha tomado la decisión, sino las circunstancias.

—También quería hablar de lo otro.

—¿Qué otro?

Marga se hace la tonta y Luisa se muerde la lengua. ¿Quiere o no quiere ser su confidente? Marga ha estado a punto de preguntarle a Ana. Seguro que ella sabe algo. De dejarle caer alguna indirecta a Carlos. ¿Es posible que nadie sepa nada? ¿Que sólo ella se haya dado cuenta? Y, si lo saben, ¿por qué no se habla de ello?

—Necesito contárselo a alguien.

Y entonces Luisa le explica que es su segundo embarazo, que ya hubo uno y acabó demasiado pronto. Todos se habían hecho ilusiones. Incluso Miguel, su padre. Él quizá más que nadie. Era su primer nieto. Iba a ser. Pero esas cosas pasan. Por eso es mejor esperar. No decir nada hasta el tercer mes. Vivir como si aquello no estuviera pasando, aunque ella ya haya dejado de hacer todo lo que

podría ser malo para el bebé. Tampoco es que sean tantas cosas, añade. Nunca ha fumado y el trabajo no puede dejarlo. Al menos hasta que el médico le dé la baja o diga que es un embarazo de riesgo. Pero para eso, antes, tendría que ser embarazo. Comunicarlo. Marga, en cada enunciado, asiente. Reafirma todo lo que Luisa dice, como si fuera una verdad absoluta. La única. Son las mujeres quienes traen al mundo los hijos y los hombres quienes los marcan con su primer apellido. Luisa hace una pausa para contemplar el valle. Se ha levantado una niebla densa que crea una cortina entre ellas y el resto de la humanidad. Esto es así, confirma, aunque Marga no sabe si se refiere al clima o a lo de su embarazo o las dos cosas que podrían ser lo mismo. Luisa:

—Tener un hijo es lo que más desea Carlos. ¿Lo sabías?

—No hasta ese punto.

Así es como Marga descubre que a Carlos no le interesan ni la empresa familiar, ni la bodega, ni otras mujeres. Luisa parece saber muy bien de lo que habla. Su discurso es sereno, seguro. Sin melodramas, le cuenta que después del aborto estuvieron un tiempo sin hablarse, sin poder mirarse, y que prácticamente dormían también sin tocarse. Él no tenía fuerzas y yo no tenía ganas de convencerlo, admite. El médico nos dijo que lo mejor es que volviésemos a la normalidad lo antes posible, que en cuanto tuviese fuerzas me reincorporaré al trabajo y que hiciéramos vida *normal*. Pero ellos no querían volver a la normalidad a la que se refería el doctor. Ya se habían imaginado un futuro de tres. Se les había contagiado la alegría de ese microcosmos que los rodeaba, donde el nacimiento del primer nieto de los Durán se había convertido en el centro de todas las conversaciones. Los hicieron sentirse responsables de su felicidad y, al no cumplir sus expectativas, conocieron el sabor de la decepción. A su pérdida tuvieron que sumarle la tristeza y la sensación de fracaso de los demás.

Hace frío. Marga y Luisa dan la vuelta y regresan, por la misma vereda pero en sentido contrario, hacia la bodega, donde ya deben de estar esperándolas. Luisa lo sabe y abrevia.

—Una noche, me desperté con él dentro de mí. Estaba llorando. Podía sentir su respiración en mi cuello, sus lágrimas empapándome el pelo. Decía «Te quiero mucho», lo decía entre sollozos y jadeos y luego yo también me puse a llorar. Seguimos así, sin mirarnos, hasta que terminó, salió de mí y se volvió a su lado de la cama. Lloró hasta quedarse dormido. Yo seguía despierta, inmóvil. A la mañana siguiente, ninguno dijimos nada. Continuamos sin hablarnos, sin ni siquiera mirarnos durante todo el día y, por la noche, volvíamos a hacerlo. Pero esas veces fueron distintas. Fueron, créeme, buenos polvos, pero los más tristes de nuestra vida. Y hace un mes que me hice la prueba. Debo de estar de dos

meses como mucho. Por eso, aunque todos se dan cuenta de que no bebo alcohol ni café, que no como jamón, nadie dice nada. Porque todos tienen miedo de que vuelva a suceder.

Luisa no siente nada especial después de contar su secreto. Ni siquiera sabe por qué se ha explayado tanto en la parte sexual. Quizá la falta de confianza se lo haya permitido. Nunca lo había contado con tanto detalle, ni cree que vuelva a hacerlo. Marga sólo tiene una pregunta:

—Entonces, ¿no le habéis dicho nada a mi padre?

—Esta vez no. —La respuesta de Luisa es sincera, sin ambages—. Tu madre sí que lo sabe, a ella no hay quien le oculte nada. Ya lo sabes.

Las dos mujeres regresan a la explanada, frente al almacén de la casa nueva, y de ahí a la bodega original. Es pequeña, una pequeña construcción de piedra y madera al borde del valle, en la terraza más alta del terreno. Parece todavía más pequeña frente al esqueleto del nuevo edificio. Ya se intuye su dimensión. Miguel planea construir una gran casa que confirme su éxito. El final de un camino. Marga y Luisa parlotean. Es el sueño de una vida, el de muchas personas. Volver al pueblo donde te criaste pobre y construir tu casa de rico. Pocos llegan a conseguirlo.

—Y todavía menos pueden permitirse algo así —sentencia Luisa.

Como advirtió, ya han llegado todos. Lo delata el todoterreno de Miguel, ya un poco anticuado, los Mercedes de Carlos y Julia y una Harley-Davidson negra con alforjas de cuero. Marga no sabe de quién es y Luisa prefiere jugar a las adivinanzas: No creo que haya venido a verte a ti, pero lo conoces muy bien, dice. Fernando. No hay duda, piensa Marga. Y nada más abrir la puerta de la bodega, efectivamente, allí está, Fernando, el ingeniero media melena, aficionado a la fotografía, que vuela en ala delta y, esto no lo sabía, tiene una moto, gastando bromas con el resto de su familia, riendo y bebiendo licor café, brindando con su padre y su hermano.

Carlos, eufórico a causa del alcohol, del inminente matrimonio, saluda a las dos mujeres con besos y abrazos. Aquí está mi hermanita, canta, no sabes lo que estábamos recordando ahora mismo. Mejor que no les hagáis ni caso, informa Julia, Yo me los he encontrado ya en este estado lamentable. Julia, no ha cumplido todavía los veintiuno y su belleza es luz. Está sentada con los hombres, con un vaso frente a ella. Ana, al fondo de la sala, junto a una ventana, hace como que lee una revista.

—Cualquier tontería —dice Luisa mientras llena un vaso de agua.

Los tres hombres dejan de reírse a la vez. Se miran, fingiendo seriedad observan a las mujeres y vuelven a estallar en una gran risotada.

—Vamos fuera mejor —dice Miguel, divertido, contagiado de la emoción y

juventud de su hijo y de Fernando—. Quiero que mires lo que te he dicho, antes de que se vaya la luz.

Salen. Las voces y risas masculinas se alejan mientras Julia apura su bebida de un trago, recoge los vasos y guarda la botella de licor en el mueble bar.

—Y vosotras, ¿dónde habéis ido?

## Heroína

Es la hora de cenar en la casa vieja. Miguel está caliente. Ha escuchado rumores de su Margarita, chicos, drogas. Las tres palabras en la misma frase en un pueblo tan pequeño. Donde todos se conocen y es fácil que uno le diga a otro y todos sepan. En el bar. Miradas. Comentarios. Ella es la única niña del grupo, y el hijo del alcalde y sus primos. Desnudos en la cantera. Jugando a dios sabe qué. Le ha preguntado a Ana. La ha acusado. Y condenado.

—Hasta ahora lo hemos hecho como tú has querido —le repite—, pero ahora me toca a mí. Se acabó salir después de cenar. Y quiero saber dónde vas. Y con quién. Antes de irte se lo dices a tu madre. Prohibido ir a la cantera, ¿entendido? ¿Qué es eso de ser la única niña? ¿Es que no hay chicas en el pueblo?

El padre está sentado en una de las cabeceras de la mesa, frente al televisor. Los titulares del «Telediario» destacan dos noticias. ETA vuelve a asesinar. La víctima, el coronel de Artillería en reserva activa, José María Picatoste González de Echávarri, fue tiroteado por dos jóvenes en su propio vehículo. En el momento del atentado estaban dentro del coche, además de la víctima, su esposa, una sobrina y otro matrimonio. Aumenta el número de fallecidos por sobredosis. Esta madrugada apareció el cuerpo de otro joven en el madrileño barrio de Orcasitas. El gobierno estudia ampliar el Plan Nacional contra la Droga de 1985, relata María Escario.

—Tú puedes hacer lo que quieras —continúa Miguel, hacia Ana, por encima del volumen de las noticias—. Os manifestáis frente a la discoteca o lo que te dé la gana. Pero estos son mis hijos. Mi responsabilidad. Y por mis cojones que no salen.

Nadie se atreve a decir nada. Ni siquiera un amago de sonrisa. Miguel ha decidido instalar la ley marcial y saben que es capaz de cumplirla. Permanecen con la mirada fija en el plato y la boca cerrada.

—¿Tengo razón o no, abuela?

Miguel busca la conformidad de Nina, que asiente varias veces con los

labios fruncidos.

—Cuando esta —dice Miguel hacia Margarita— tenga dieciocho años, que haga lo que quiera. Como si quiere irse de casa. A lo mejor la echo yo antes.

—Miguel...

—Ni Miguel ni hostias. Ya está bien. He dicho que en esta casa se cena a las nueve y a las nueve se cena. Como sigáis así, este curso no vais a tener natación, ni fútbol ni conservatorio —dice, señalando a sus hijos de mayor a menor—, y no lo va a haber. Punto. Que estudien y aprueben. Es lo único que pido. Si quieren estudiar una carrera, bien, y, si no, que se vengán a trabajar conmigo. Que ya les enseño yo lo que es la vida. ¿Me he matado yo a trabajar para que me salga una hija drogadicta? Y tú, Carlos, ¿así es como piensas cuidar de tus hermanas? ¿Así es como piensas hacerlo?

Margarita no puede evitarlo más tiempo. Empieza a llorar, en silencio, sin levantar la mirada del plato. Sus gruesas lágrimas de angustia caen en la superficie líquida de la sopa. Como se contagia la risa, se inocula la pena y, primero Carlos, luego Julia, comienzan a llorar también sin consuelo.

—Venga, ya estamos —dice Miguel—. ¿Ves lo que les estás haciendo a tus hermanos? ¿Lo ves? Así que tienes edad para drogarte y estar con chicos, pero no para acatar las consecuencias. Pues en mi casa, no.

—Miguel...

—Ni Miguel ni hostias. Me vas a borrar el nombre de tanto Miguel. Ya sé cómo me llamo. Porque tú tienes la culpa. —La señala con el dedo índice, conteniendo toda su rabia en el gesto de su brazo y la mandíbula apretada—. La has dejado hacer siempre lo que le ha dado la gana. Se acabó. Y punto.

José Antonio Maldonado cierra el «Telediario» con su predicción meteorológica. En la zona norte, cielos parcialmente nublados con posibilidad de chubascos o tormenta. Temperatura máxima de 22 °C y mínima de 16 °C. Humedad del 90 por ciento.

## Navidad

Después de la desalentadora conversación con su hermana, M regresa en su Nissan Micra alquilado a la casa nueva y sube a su habitación sin hablar con nadie. Cierra la puerta con llave e intenta relajarse. Ahí, en su nueva habitación, la que ha estrenado estas Navidades —que serán las últimas porque su padre padece un cáncer que, según los mejores pronósticos, lo matará en menos de seis meses—, están su colección de *Tintín* —aquellos tebeos con los que compartió tantas siestas—, las cintas de música —las originales y los recopilatorios que le grabó Fernando y que no piensa volver a escuchar—, el *walkman* Sony, el globo terráqueo —que todavía se enciende— que tenía en su habitación, pero de la ciudad, y un ordenador, un Spectrum ZX que en realidad era de su hermano Carlos. Pero todos esos objetos son triviales al lado de esa bufanda rosa y azul con el nombre de su equipo en mayúsculas y un lema: «Mi mamá me hizo guapa, lista y deportivista».

M se imagina a sus padres decorando la habitación. Eligiendo cada detalle, enmarcando su bufanda. ¿Y si ella no hubiera vuelto? ¿Quién contaría esta historia?

Arsenio Iglesias ya entrenaba el equipo. Había conseguido convertir Riazor en una fortaleza, pero como visitantes no pasaban del aprobado. Venían de empatar a cero con el Linares en un partido donde el público llegó a gritar Que se besen, que se besen. El punto dejaba al Deportivo en muy buena posición para la última jornada de la temporada 82-83. El equipo fue recibido con una gran ovación de casi treinta mil personas. No cabía nadie más en las gradas, había gente encaramada a las paredes del estadio. Los que se habían quedado fuera ya empezaban a celebrarlo en la playa. Su padre había comprado las entradas en el último momento, contagiado del ambiente festivo que precedió a la decepción. Pocos días antes, había estado también de celebración: Francisco Vázquez había sido elegido alcalde por mayoría absoluta. Eran las terceras elecciones municipales desde el regreso de la democracia. La ciudad empezaba a despegar. O eso parecía. Hasta el descuento de la primera parte, cuando Pozo marcó para

los visitantes.

El Deportivo y su afición llegaron al descanso sin saber muy bien qué había pasado. El Rayo Vallecano no se jugaba nada. O sí. Entonces ya se hablaba de primas a terceros. Y nada más empezar la segunda parte, el segundo. Un contragolpe, un uno contra uno, gol. Cero, dos. El campo de futbol enmudeció. Nadie se movió de su sitio, incluidos Miguel y sus dos hijos, Margarita y Carlos. Se quedaron allí, sentados, en aquel silencio, uno de los silencios más absolutos que se pueden escuchar: el de la multitud.

El Dépor siguió intentándolo. Con precipitación, víctima de la ansiedad, hasta el gol de Ballesta. Un remate de cabeza en el minuto ochenta y tres. La grada saltó al unísono. Miguel abrazó a sus hijos. Volvían a creer. Así somos los humanos. El resto del partido se jugó en el área del equipo visitante. Sin recompensa. El árbitro fue generoso con el tiempo de descuento: más de siete minutos. Tampoco. El pitido final dejó a Miguel y sus hijos noqueados en sus asientos. Margarita no podía parar de llorar y comer pipas. Comer pipas y llorar. Su padre la abrazó. Carlos miraba el campo fijamente. Tenía diez años. Los jugadores del Rayo salieron rápido del terreno de juego. Antes de llegar al túnel, los deportivistas más fanáticos les tiraron todo lo que tenían a mano. Insultaron al árbitro hasta que se quedaron sin adjetivos.

M revive aquella sensación de impotencia y desconsuelo. Tenía doce años, y el sabor salado de las pipas se mezcla con la sal de sus lágrimas. Siente el calor de la mejilla de su padre contra la suya, el tacto rugoso de su barba incipiente, quizá el calor de alguna lágrima solidaria con su llanto. Miguel ha creado esa habitación para ella. Cuánto tiempo planeando ese momento. Esperándolo. Su nueva habitación, que ya no es nueva, aunque para ella sí lo sea. Avanza unos pasos sin necesidad de encender la luz. Coge la bufanda enmarcada y siente la tentación de estamparla contra la pared. M experimenta lo poco que pesa la memoria. Aquel objeto es sólo eso: un objeto. Tendrá el valor que ella quiera darle. Unos arañazos llaman su atención. Alguien o algo araña la puerta cerrada. Abre. Es Rastro. M lo deja entrar y vuelve a cerrar la puerta. Lo piensa mejor y la deja entornada. Se tumba en la cama y el dóberman hace lo mismo, todo lo largo que es, en la alfombra de piel de oveja.

A pesar de aquella decepción, padre e hija siguieron fieles a su equipo. Carlos los acompañaba, incluso jugaba al futbol y llegó a probar en algún entrenamiento con el filial del Deportivo. Pero ella lo vivía con más intensidad. Miguel estaba entusiasmado con que Margarita sintiera los colores. Cuando el equipo jugaba fuera, escuchaban la retransmisión en el salón de su piso de la plaza de Lugo. Disfrutaban de los comentarios de José María García *el Butano*, o la recién estrenada Radio Galega. Y Margarita, sentada en la alfombra del salón,

jugaba con sus muñecas. Atenta al gol de su equipo. Para Miguel, aquella filia futbolística de su hija resultaba desconcertante. Incluso llegó a comentarlo con Ana, su esposa, para la cual, no tenía mayor importancia y, además, era algo que padre e hija podían compartir.

Así que, cada quince días, cuando el Deportivo de La Coruña jugaba en la ciudad, padre e hija vivían todo el fin de semana esperando el momento del partido. Era todo un ritual que no se limitaba a los noventa minutos de juego. Margarita se ponía la bufanda azul y rosa, que le había regalado Miguel, y los tres salían hacia alguno de los bares de la zona del estadio donde iniciaban el calentamiento con un bocadillo de embutido y un refresco. Ana se quedaba con Julia, todavía demasiado pequeña, y prometía escucharlo por la radio. Como ellos, tuvo que esperar una década para celebrar el ascenso a Primera División.

Fue en junio de 1991.

Margarita ya era Marga y vivía en un piso compartido en Madrid. Había aprobado todas las asignaturas de su segundo año universitario y, como ya no había Fernando que la esperase, ese verano se quedaría en la capital, trabajando. Contra la voluntad de su padre. Fueron conversaciones muy tensas, con Ana como mensajera, que finalizaron unilateralmente con un Aquí mando yo que nada podía hacer a más de seiscientos kilómetros de distancia y ante una mujer de casi veinte años. Ni el enfado ni las amenazas. El dinero no era suficiente chantaje para Marga si eso significaba perder su independencia. Y Madrid tenía una gran oferta de trabajo basura para los estudiantes que quisieran aceptarlo. Además, Ana le seguía enviando a Marga, con o sin consentimiento de Miguel, comida y dinero. No era suficiente, pero nunca se lo diría: Marga prefería sobrevivir en esas condiciones antes que vivir en una jaula de oro. Y tenía de su parte la convicción de quien vive para luchar por sus sueños. Personas que, dotadas con más o menos talento, tienen la persistencia y, sobre todo, la resiliencia necesarias para conseguirlo.

Al poco de terminar aquel partido, con la alegría de que el próximo año su equipo jugaría en Primera División, Marga pidió permiso al encargado del bar para salir un momento. Según sus cálculos, Miguel y Carlos ya habrían vuelto a casa y estarían a punto de cenar, incluso era posible que ya estuvieran todos cenando. Marga conocía muy bien a su familia. Tanto como para saber que su padre no se iría por ahí a celebrar el ascenso; volvería con su esposa y su hija, que tendrían la cena preparada y la mesa puesta. Marga buscó una cabina y llamó a su casa, intercambió con su madre varias frases de alegría y le pidió hablar con su padre. Era la primera vez en mucho tiempo, pero la conversación se desarrolló con la naturalidad del río que vuelve a tener agua en su cauce. Comentaron los goles de Stoja, que podían haber sido tres —le habían anulado

uno por fuera de juego que no era— y el incendio.

—Fue en la cubierta de Preferencia Superior. Dicen que una bengala, pero nadie sabía lo que estaba pasando, que no era sólo humo, había también llamas y la gente saltó al campo. Llevábamos dos minutos de partido y el árbitro tuvo que pararlo. ¡Imagínate que lo suspenden!

Su padre se lo narraba a Marga recordándole aquellas tardes de domingo de los ochenta. En la radio habían dicho que muchos jugadores estaban tan nerviosos que ni siquiera habían dormido la noche anterior. Los espectadores tiraban ajos al campo. Y lo del incendio. Los bomberos llegaron enseguida, ni cinco minutos. Había gente caminando por la pista de atletismo y por el césped. Los jugadores volvieron al vestuario y, tres cuartos de hora después, se reanudó el partido.

—¿Sabes lo que creo? El fuego ahuyentó a las meigas. Pero eso te lo digo ahora, que allí en el campo teníamos miedo de que volviera a repetirse lo del Rayo, ¿te acuerdas?

Miguel seguía hablando sin parar, convencido de que su hija, por lo menos, había escuchado el partido. No podía saber que Marga esa tarde había estado trabajando en un bar de Moncloa. Sirviendo minis de cerveza, y chupitos de ginebra, con una camiseta dos tallas más pequeña de lo que le correspondería. Sí, lo había escuchado, pero entre pedido y pedido y en una radio pequeña que le dejaron poner detrás de la barra. Apenas se oía la narración contra la música del bar. Los goles y poco más. Lo del incendio le había puesto todavía más nerviosa, aunque habían dicho que no había ninguna víctima.

—Y hubo una carga de la policía. En la grada de maratón, los de siempre — resume Miguel—. ¿Qué más podía pasar? En el descanso todavía íbamos cero cero. El resto de los partidos ya habían terminado. Por lo del incendio, el retraso, ya sabíamos que, si ganábamos, jugaríamos en Primera el año que viene.

Marga tiene que volver al trabajo, así que se despide. Antes de colgar:

—¿Cuándo vienes?

—Te quiero, papá.

Y Miguel grita Barça, Madrid, ya estamos aquí sin llegar a imaginarse siquiera que sus deseos se cumplirán once años después, cuando la relación entre padre e hija se haya enfriado aún más y la tibieza de sus diálogos lleguen a un punto sin retorno.

M recuerda aquella llamada telefónica y lo que siente son ganas de llorar. Hay cierta alevosía en la decoración de este cuarto, que también es un museo. Los museos son colecciones de objetos inanimados que cuentan una historia. Allí están. La colección completa de *Tintín*, las cintas TDK, el *walkman*, un ordenador y esa bufanda marcando el abismo, aquí, en su habitación del

presente, en la nueva y gran casa que su padre ha construido.

En 2002, un año después del enlace de Julia y Fernando, al que Marga no llegó a asistir, el Deportivo de La Coruña, que se había convertido en el Superdépór de Mauro Silva y Beбето, jugaba la final de la Copa del Rey contra el Real Madrid. Valerón y Tristán contra Figo y Zidane. Miguel y otros veinticinco mil hinchas botaron al unísono en el Fondo Norte del Santiago Bernabéu, en el minuto seis, cuando Sergio marcó el primero de los goles visitantes. El Dépór había salido en tromba, seguramente para vengar a sus seguidores, que habían tenido que soportar la actuación de Café Quijano y de los ganadores de Operación Triunfo de aquel año. El Real Madrid estaba muy nervioso, sobre todo Raúl, que llegó a tener más que palabras con Mauro Silva y creó una tangana que poco tenía que ver con el fútbol. Fue una primera parte intensa, llena de oportunidades para los dos equipos, en la que Tristán acertó a rematar un pase de Valerón y puso al Superdépór dos cero.

En la segunda parte, más nervios y un oportunista Raúl que marcaba el tanto del honor del Real Madrid. Quedaban más de treinta minutos para el final del encuentro. Miguel creyó que le iba a dar un infarto. Aquello no podía estar sucediendo. ¿Les pasaría lo mismo que con el Rayo? Era el centenario del Real Madrid, estaban en su campo... ¿cómo iban ellos a hacerse con el título? Cuando el árbitro pitó el final del partido, seguía sin creérselo. Campeones.

Eran las once de la noche cuando Miguel sacó su teléfono móvil, un Nokia 3210 que Ana se había empeñado que comprase para aquel viaje, y marcó el número de su hija Margarita. Antes de que diese señal, pulsó la tecla de finalización de llamada.

Si el teléfono de Marga hubiese llegado a sonar, si Marga hubiese descolgado, ¿qué habría pasado? ¿Cómo habría reaccionado Marga al escuchar la voz de su padre? Esta sería otra historia. Somos lo que hacemos y lo que dejamos de hacer.

Marga no estaba viendo el partido de fútbol en ese momento. Ni siquiera el televisor estaba encendido. Estaba en su casa y tenía el teléfono cerca, sí, pero aquel 6 de marzo de 2002, que pasaría a la historia como el Centenariazo, Marga estaba celebrando el cuarto cumpleaños de Alba. Su hija y sus mejores amigas, tres diablitos de la misma edad, habían invadido el pequeño salón de su diminuto piso en Puerta del Ángel para convertirlo en una tienda que se convierte en una peluquería que vuelve a ser una cocina. Palomitas, cortezas, patatas fritas, una gran tarta y restos de plastilina en los lugares más inverosímiles.

## Matrimonio

Marga pide que no le sirvan más. Es la tercera vez que la camarera se acerca a la mesa para rellenar los platos. La carne a la parrilla está exquisita, pero si traga un sólo bocado más, explotará. Luisa y Carlos celebran su cena de despedida en un restaurante del pueblo. Juntos. Son casi treinta personas, más o menos de la misma edad que los anfitriones, casi todos acompañados por su pareja, que también es amigo o conocido. Marga, en uno de los extremos, rodeada de sus primos y sus esposas, escucha lo complicado que ha sido, para la mayoría, dejar a los niños con los abuelos y otros problemas de intendencia a los que no presta demasiada atención. Contra su voluntad, no deja de mirar el televisor. La noticia del día. Vicente le pregunta si no le gusta la comida y ella dice que sí, que mucho, pero que por la noche no suele cenar tanto.

—No te preocupes —contesta, sirviéndose de una fuente de patatas que hay en el centro—. Luego tomamos unos buenos *gin-tonics* para bajarlo. Verás las que le hemos preparado a estos.

Marga no sabe a qué se refiere. Ella ha sido la encargada de los preparativos de la ceremonia en el terreno de la bodega, pero esta noche es cosa de Julia y Zara. Ella, no piensa confesarlo, es la primera vez que está en una despedida de soltera. Ninguno de sus compañeros de la facultad se ha casado aún y duda que, si lo hicieran en breve, la invitasen. Quizá a la boda, pero a la despedida seguro que no.

—¿Y qué habéis planeado? —pregunta, más por cortesía que por interés.

—Ya verás, ya —contesta Vicente, justo antes de atacar un chuletón de carne roja que casi no ha tocado la parrilla.

Es jueves noche, de seguir así, Marga cree que nadie comerá nada el sábado en el banquete. Luisa se acerca a ella por detrás. Lleva una copa de agua en la mano, pero tiene los pómulos rojos del calor y la cantidad de comida ingerida.

—¿Cómo te tratan estos salvajes? ¿Quieres venirte allí con nosotras?

Luisa señala hacia el otro extremo de la mesa, tan larga que no han podido intercambiar una palabra hasta ahora.

—No, estoy bien aquí. No te preocupes.

Luisa no la escucha. Tiene una mano apoyada en el vientre y la mirada en el televisor. En el «Telediario», sin volumen, siguen informando sobre el secuestro de un concejal.

—Venga, no mires eso —dice Vicente—. Hoy es tu día. Toma una copa de vino y deja el agua para los santos.

Fany, su esposa, le lanza una mirada asesina. Lleva un rato intentando que Vicente no beba más. Sin éxito. Y cuanto más bebe, más tonterías dice.

—Deja a la chica que haga lo que quiera. ¿No es su día? Pues que lo celebre como ella quiera.

—Pero ¿qué he dicho? —Vicente sabe que ha hecho algo mal, pero no el qué—. A vosotras no hay quien os entienda. Sólo digo que este chico está condenado a muerte. Esos tíos son unos asesinos y lo que quieren es matarlo. Cuanta más publicidad le den en la tele, peor.

—Han dicho que sus padres son de Orense —apunta Zara, que tampoco ha podido apartar la mirada del televisor durante toda la cena—. Él también se iba a casar, en septiembre. Imagínate cómo tiene que estar su familia.

—El padre se ha enterado por los periodistas. Lo estaban esperando a la puerta de su casa. Albañil, han dicho que es.

La noticia tiñe de agridulce la cena. Luisa no lo puede apartar de sus pensamientos y, aunque intenta distraerse, la idea de ese pobre chico, un poco mayor que Carlos y ella, en manos de esos desalmados vuelve de forma recurrente. El plazo termina el sábado a las cuatro de la tarde. A esa hora estarán todavía en el banquete. Si cumplen con lo que han dicho... Luisa no quiere pensar más sobre ello. Ha sentido una presión en la boca del estómago y por eso ha ido en busca de sus cuñadas.

—¿Me acompañáis al baño?

Marga, y las cuatro mujeres que escuchan la pregunta, Zara, Fany, Julia y la hija del notario, se incorporan de inmediato. Están tan sincronizadas que Julio y Vicente levantan la mirada de sus platos para ver qué sucede.

—Uy, aquí hay trampa, te digo yo... —bromea Julio.

Las mujeres entran en el cuarto de baño y preguntan a la vez, alborotadas, si se encuentra bien.

—Sí, sí, es sólo que he sentido un dolor aquí —dice Luisa tocándose la parte superior del vientre— y no sé si será normal.

El cuarto de baño es demasiado pequeño para todas ellas. Hay dos lavabos pegados a la pared y cuatro excusados bastante sucios. Zara abre la diminuta ventana, sólo hay esa, para que entre algo de aire fresco. Ella y Fany son las únicas que han estado embarazadas, pero todas coinciden en que lo mejor es ir al

Hospital Provincial. Luisa asegura que no se encuentra tan mal.

—No tendría que haber comido tanto —dice.

En realidad, no quiere preocupar a nadie. Todavía. Si decide ir al hospital, entonces sí que lo sabrán todos. Y seguro que la ingresan, aunque sea sólo para prevenir. Y entonces se acabó la despedida. Les pide a las otras que no digan nada y bebe un par de sorbos de agua del grifo.

Cuando sale del cuarto de baño, Luisa se siente bastante mejor. La molestia no ha desaparecido, pero se parece más a una mala digestión. Quiere creer. Pide a la camarera un poco de sal de frutas y, sin que nadie más pueda oírlo, le pregunta a Zara si puede tomar un antiácido. Fany tampoco está segura. Ante la duda, se conforma con la sal de frutas. Cuando llegan los postres, le da todavía más rabia no poder hincarle el diente a la tarta de queso. Marga pide, un día es un día, tarta de la abuela: capas de chocolate intercaladas con galletas de toda la vida. Los hombres piden café y chupitos. Zara y Julia también se animan, mientras Fany, que todavía está dando el pecho, Marga y la hija del notario prefieren compartir el postre.

—Llegar borracha a casa. Sólo faltaba.

Marga no acaba de entender el comentario.

—¿Por? ¿Tus padres?

—No, me casé con Antonio el que ahora tiene la casa rural Los Carballos, ¿te acuerdas?

El alcohol empieza a hacer las conversaciones más íntimas, confesiones que no nos atreveríamos a realizar sobrios a un extraño. Marga no lo recuerda, pero es igual. Se encoge de hombros para que la hija del notario pueda seguir hablando.

—Pues no veas cómo ha cambiado desde que nos casamos. Cosas que antes ni se le ocurrían.

—¿Como qué? —pregunta Zara, sinceramente intrigada.

—Casi he tenido que pedirle permiso para ponerme esto —dice mostrando su vestido escotado.

Todas ríen. Una risa débil, porque sospechan que lo que acaba de decir contiene algo de verdad.

—Como os lo digo.

—Anda ya. —Marga no termina de creérselo. Duda que no sea una broma.

—Desde hace un año vamos un domingo a comer a casa de mis padres y al siguiente donde mis suegros. Todos los domingos.

—No puede ser —ahora es Luisa quien se pronuncia—. ¿Antonio?

Todas miran hacia el final de la mesa, donde está el aludido.

—Las últimas veces que he ido de compras con vosotras, no veas la cara

que me ha puesto.

—Venga ya.

—Te lo juro.

Ninguna tiene motivos para desconfiar de ella. ¿Por qué iba a mentirles? La hija del notario sigue desahogándose.

—Y lo mismo en Navidad. Si vamos en Nochebuena con los suyos, toca Nochevieja con los míos. O al revés.

—Bueno, mujer, eso es más normal —interrumpe Zara—. Y no te digo nada cuando tengáis críos.

—¿Niños? Quitaa, quita. Que se busque a otra.

—Pero, cuando sales, ¿te pregunta dónde vas o cosas así? —Luisa no termina de dar crédito.

—¿Salir? Siempre vamos juntos a todos lados.

El resto de mujeres confirma.

—Pero eso es normal, ¿no? Si estás casada, ¿dónde vas a ir tú sola de discoteca?

—Dónde te dé la gana.

Esta vez es sólo Zara quien se pronuncia. Marga comparte la respuesta, pero no se atreve a sincerarse. El silencio del resto parece indicar que también están de acuerdo. O no. Marga se pregunta si esa es la vida que Luisa o Julia quieren. De casa al trabajo, del trabajo a casa, después de recoger a los niños, cuando estos lleguen. Un acuerdo tácito que parece ir incluido en la letra pequeña del contrato conyugal.

Al otro lado de la mesa, los primos y los amigos de Carlos se lo llevan hacia los baños. Zara y Julia se miran con complicidad.

—Esta es tu última oportunidad para ir al hospital —le dicen a Luisa—. Si quieres seguir con la despedida, tenemos una sorpresa preparada.

El miedo y la diversión a partes iguales se apoderan del rostro de Luisa.

—Creo que voy a arriesgarme.

Entre gritos y risas, todas las mujeres se dirigen de nuevo al minúsculo cuarto de baño. Es más de la una de la madrugada. Mientras las camareras recogen el salón, el televisor narra las últimas noticias. Miguel Ángel Blanco, un joven economista de veintinueve años, concejal en el municipio de Ermua, ha sido secuestrado por ETA pasadas las 15.30 horas. Si antes de las 16.00 horas del sábado 12 de julio, el Ministerio del Interior no ha reagrupado a todos los presos etarras en prisiones del País Vasco, Miguel Ángel Blanco será ejecutado.

## Heroína

Desde que Miguel decretó la ley marcial, Margarita y, sobre todo, Ana tienen cuidado de informarle de las actividades que realiza durante el día. De aquellas que saben que Miguel aprobará. La niña, inevitable, ha vuelto a quedar con sus primos y con el hijo del alcalde para ir a la cantera abandonada. Ahora es un secreto. Si quieren que siga yendo, ninguno, ni siquiera Carlos, puede decir nada. Para la discoteca, han hablado con Zara, la prima mayor, y a ella no le importa decir que está con Margarita. Incluso va a la casa vieja a recogerla y están un rato juntas en Espiral. Luego cada una se va a sus cosas, que son distintas.

—Nos vemos —dice Zara.

Antes de perderse hacia el asiento de atrás de algún coche al final del aparcamiento, donde es fácil encontrar sexo y drogas. Margarita prefiere el interior de la discoteca. A primera hora todavía puedes bailar sin que te moleste nadie, sin el desfile continuo de babosos que quieren invitarte a una copa. Y sus balbuceos para pedirte el número de teléfono.

Fernando, siempre es el primero en llegar, aparece recién duchado. Lleva el pelo distinto. Engominado, de punta. Margarita lo toca con la palma de la mano. Pincha.

—Te queda muy bien —dice.

Fernando zozobra. Tiene que volverse para disimular su embarazo. No está acostumbrado a recibir piropos. Mucho menos viniendo de ella. Contiene las ganas de tocarla, de besarla ahora mismo, en la pista de baile, sin esperar a que apaguen las luces y pongan las canciones lentas. Si tiene paciencia, al final de la noche, llegará ese momento. Le gustaría tanto acelerar el proceso. Pero no se siente autorizado a hacerlo. La respeta, tanto como se siente atraído por ella, por su belleza. Una belleza que reside en gestos que él registra en su memoria y reproduce luego en poluciones nocturnas. Como esa curvatura imperceptible de sus labios, su forma de bailar con los ojos cerrados, la manera de tocarse los antebrazos cuando está nerviosa.

—Gracias —contesta Fernando—. Tú estás guapa siempre.

Margarita sigue bailando. Fernando se sincroniza con ella, intenta que le haga caso.

—Te he grabado una cinta —dice—. ¿Quieres que te la dé ahora? He conseguido la canción esa que tanto te gusta, la de las chicas cocodrilo.

Tiene la cinta TDK en la mano. En la portada se intuyen, la luz estroboscópica no ayuda, dibujos pintados con diferentes colores. A bolígrafo. Los nombres de los grupos y el título de las canciones. En cada una de esas frases hay un mensaje encubierto, y en sus letras una declaración.

—No tengo dónde guardármelo —Margarita señala su minifalda—. ¿Te importa?

—Para nada —Fernando devuelve la cinta al bolsillo trasero de sus Levi's.

—Gracias.

—Oye, ¿es verdad lo de los del barrio de abajo?

Margarita sonríe, gira sobre sí misma. Suena *A Kind of Magic* de Queen.

—Yo flipo —grita Fernando, sin apartar la vista de ella—. No deberías ser tan loca.

—Lo estaban insultando.

—¡Pero eran seis!

—No los había contado. ¿Quién te lo ha dicho?

—Todo el mundo lo sabe.

—Pobre Julio.

—¿Pobre? ¿Tú crees que es...?

—No sé. Si te preocupa, ¿por qué no se lo preguntas?

—Quita quita. Yo en esas cosas no me meto. Si es...

—¿Qué vas a decir? ¿Qué pasa si es marica?

—Nada, supongo. —Fernando sabe que se ha metido en un callejón sin salida—. Pero tirarles piedras a los del barrio de abajo...

—Yo sólo defendí a mi amigo.

—Pues no veas la que se ha liado.

—¿Por?

—Vicente ha reclutado a unos cuantos y se han ido a buscarlos a los *pubs* del centro.

—¿Y tú? ¿Por qué no has ido con ellos?

—Sabía que tú estarías aquí.

—A uno le di en la espinilla —dice Margarita, ignorando la última frase. Ahora The Communards cantan *Don't Leave Me This Way* y ella salta como poseída en la parte del estribillo. Fernando apura su bebida, la primera, mientras observa a su alrededor. Es demasiado pronto para que él se sienta tan

desinhibido.

—¿Quieres algo de beber?

Margarita, al ritmo de la música, niega con la cabeza mientras le coge las manos e improvisa un baile.

## Matrimonio

Luisa sale del minúsculo cuarto de baño disfrazada de conejo. Un conejo gigante hiperrealista y de color rosa chicle, desgastado por la cantidad de usos y lavados indiscriminados a los que ha sido sometido. Esa era la sorpresa, piensa Marga, la penitencia.

—¿Dónde habéis comprado esta aberración? —pregunta, sorprendida y asustada a partes iguales.

Zara y Julia, las responsables, le explican que los disfraces —el de Carlos es un león, gigante y cabezudo, que a Marga le recuerda al personaje de *El mago de Oz*— los han alquilado en A Coruña y ella, Julia, se ha encargado de traerlos hoy en el coche, después de la facultad. A juzgar por la diversión que ha producido en el grupo parece que ha merecido la pena.

El león y el conejo gigantes caminan por el centro del pueblo, rumbo al siguiente bar, recibiendo los saludos y la enhorabuena de la mayoría de las personas con las que se encuentran. El centro histórico es el escenario del botellón. Los adolescentes se mezclan con los no tan adolescentes y hay hasta cuarentones descarriados que mezclan sus danzas anacrónicas con ese grupo dirigido por un león y un conejo gigantes. Es sólo una noche más, la de la despedida de soltero de Carlos y Luisa, la madrugada del 11 de julio de 1997, que ha coincidido con el sinsentido de unos seres que secuestran, torturan y matan a quienes piensan distinto. La memoria, personal e intransferible, se construye a partir de pequeños momentos como este, que no tienen nada especial. Sólo una noche más. Los disfraces ponen el foco en los protagonistas, les señalan que es su momento, y el grupo se divierte, solidario. Ni siquiera es importante que esta situación llegue a convertirse en un recuerdo. A veces, lo que somos incapaces de recordar conscientemente es más importante que nuestra memoria.

Fernando se acerca a Marga y la saluda con un movimiento de su vaso. Hace tiempo que a Marga se le ha terminado el *gin-tonic* y bebe, a sorbitos, el agua de los hielos al derretirse.

—¿Quieres otro?

Marga niega con la cabeza. No quiere beber más, no quiere comer más, dice que no volverá a hacer ninguna de las dos cosas durante mucho tiempo. Están en 1997, la música sigue siendo la del pasado.

—Ahora sí bebes alcohol —continúa Fernando—. Veo que te has sumado a la moda del *gin-tonic*.

—A ti no te pega seguir bebiendo en vaso de tubo.

La conversación fluye como si nunca se hubiera interrumpido. Con la misma confianza de aquellos adolescentes que se creían inmortales, los amos del universo, con todos los derechos y ninguna de las obligaciones. Sólo que ahora tienen veintiséis años, Marga es doctora en Biología y Fernando, ingeniero y empresario.

—No bebo alcohol —dice.

—Venga ya.

—Prueba.

Fernando le ofrece su vaso de tubo. Una rodaja de naranja flota lánguida, entre cubitos de hielo, en un líquido del mismo color.

—Es mi segundo refresco. Tuve un susto con la moto y decidí que era mejor no arriesgar.

Marga se sienta en la escalera de un portal y se quita los zapatos. Hace un buen rato que tenía ganas de hacerlo.

—Es bonita. No sabía que te gustaran. Las motos.

—Bueno, hace tiempo que no hablamos.

—Qué gracioso. No fui yo quien cortó.

—¿No iremos a hablar ahora de aquello? Creí que ya lo habíamos hablado.

—Sí, tienes razón. Es mejor hablar de otra cosa.

El conejo rosa gigante sale a la calle y localiza a Marga. Por la puerta abierta del *pub* escapan las notas de un éxito de los ochenta, *A quién le importa* de Alaska y Dinarama.

—Ah, estás aquí —el disfraz, es como un pijama con orejas grandes, luce varias manchas nuevas en la parte inferior—. Esto está muerto y vamos todos a nuestro piso.

Fernando se pone en pie. Le ofrece la mano libre a Marga para ayudarla, pero ella prefiere apoyarse en la pared y levantarse sola.

—Yo estoy muy cansada, creo que me retiro —dice poniéndose los zapatos.

—¡Pero si es muy pronto! —Luisa, totalmente recuperada del susto, vuelve a disfrutar de su noche. Le apetece compartirla con Marga, pero la expresión de esta la hace desistir—. ¿Quieres que alguien te lleve a casa? ¿Te fías de este?

Hay algo de malicia en el comentario del conejo rosa. Todos saben lo que

pasó entre ellos. Lo recuerdan. Hay historias personales que se convierten en dominio público, aunque el público nunca pueda comprender el cien por cien de la historia.

—Prefiero ir sola. No es la primera vez que lo hago.

Fernando sonríe, se aparta el pelo de la cara.

—Yo voy al piso. Es demasiado pronto para irme a acostar. No bebo, pero me gusta divertirme.

¿Es una indirecta? El conejo rosa está casi seguro.

—Va a empezar a llover. No seas tonta y deja que te lleve alguno de estos. Va a caer una buena.

—No, de verdad. Necesito que me dé el aire. Y me sé el camino de memoria. ¿Qué me va a pasar? ¿Mojarme?

Marga se resigna. Hace media hora que llovizna y ya siente toda la ropa empapada.

—Bueno, yo voy yendo. —Fernando se despide de ella con un simple guiño y le dice a Luisa—: Te veo allí, ¿hace falta que acerque a alguien?

—Está aquí al lado.

Cuando las dos mujeres se quedan solas, el conejo rosa dispara como una metralleta:

—¿Qué ha pasado? ¿He interrumpido algo? Pensé que lo vuestro se había acabado.

Marga no tiene ni fuerzas ni ganas de buscar una respuesta que desconoce. Un sentido Yo también y un par de besos son todo su argumento antes de perderse bajo el orvallo de la madrugada.

## Heroína

Hoy Miguel está contento: ha firmado las escrituras del terreno que quería comprar. El momento ha sido especialmente satisfactorio. La confirmación (ahí estaba, en la mirada del alcalde) de que se ha convertido en una amenaza para el líder de esa pequeña burguesía que se cree aristocracia, temerosa de que los advenedizos como él perjudiquen sus negocios. Y más después de las terceras elecciones generales, donde Felipe González ha vuelto a ganar por mayoría absoluta. A pesar de que dijeron No y luego Sí a la OTAN, sólo han perdido un millón de votos. A los pobres, incluso los que se hacen ricos, no les da pudor decir que son socialistas. Pero él no es como sus hermanos, personas fáciles de satisfacer. A esos, hasta el alcalde, un cacique enano, tirando a déspota, siempre rodeado de candidatas con piernas bonitas, sabe qué darles para tenerlos tranquilos: una mínima estabilidad salpicada de miedo a perder lo que han conseguido. Él se ha acostumbrado a coger lo que quiere. No espera que se lo den. No lo reclama. Porque puede pagarlo. Y ahora el terreno y la bodega son suyos. Lo tiene. E insiste en que vayan todos juntos a verlo.

—Verá, abuela, cómo le va a encantar.

Nina es la madre de Miguel, pero cuando nació su primer nieto, Héctor, se convirtió automáticamente en la abuela de todos. No es tan mayor como para no importarle los problemas que tiene su familia, pero ya no tiene la autoridad suficiente para solucionarlos. Y la nueva bodega es sólo un síntoma más. ¿Para qué queremos nosotros una bodega? ¿Tantas hectáreas? Si te los vende el alcalde será porque no valen. Esas han sido sus advertencias durante todo el verano. Temor al riesgo, a destacar. Una bodega, eso es de ricos. Pero su hijo, más terco que el difunto de su marido, no va a parar hasta conseguirlo. Abuela, porque el alcalde no sabe lo que tengo entre manos. Y hay sitio de sobra para una casa. ¿Qué casa ni qué niño muerto? Nina sabía que si no lo habían convencido sus hermanos, tampoco lo iba a conseguir ella. Y sus sospechas se confirmaron cuando consiguió hablar con Ana: su nuera estaba a favor de aquello. ¿Era un mero consentimiento? ¿Algo más? La idea, en gran parte, era suya.

El terreno que ha comprado Miguel está cerca de la casa donde Nina ha criado a sus cinco hijos, donde todavía vive con los dos más pequeños, Ramón y Daniel, y Virginia, la esposa del primero. Todos salen por la parte de atrás, hacia el valle, y atraviesan el huerto. Un huerto, ahora pequeño, donde todavía quedan tomates y las plantas de judías verdes están altas como un hombre, de un verde lujurioso. Los niños juegan ahí al escondite o van a coger una lechuga durante los preparativos de la comida. Cuatro hileras de pequeños cogollos blanquecinos que luchan por su espacio en la tierra oscura. Entre unas cosas y otras, el huerto se ha convertido más en un adorno que una necesidad, pero Nina no puede faltar a su obligación. Así es Nina. Ese sentimiento del deber, del trabajo como único camino posible, porque las cosas podrán salir bien o mal, pero es mejor algo mal hecho que algo por hacer, es lo poco que le gustaría haber transmitido a sus hijos. Si te esfuerzas, siempre consigues algo. En el campo y en cualquier sitio. Esta disciplina ha calado más en sus hijos mayores. Nacieron sin nada y tuvieron que pelear por todo. En su época, para Nina y Alfonso, todo fue aquella casa y ese diminuto terreno, donde tuvieron animales (hasta un burro que llamaron Paco y que, como represalia, los despertaba de madrugada con sus rebuznos). Ahora, dieciséis años después de la muerte de Alfonso, ese huerto, que tiene que seguir defendiendo del bosque que lo rodea, parece haber perdido su significado. Alguna vez consigue que la ayude Ramón. Pero sobre todo Virginia, su esposa, que, aunque ha crecido en la ciudad, está acostumbrada a trabajar con las manos. Al poco de mudarse con Ramón, ya ayudaba con las bestias, a los vecinos en todo lo que se necesitara, y en verano, con los privilegios que otorga la temporalidad, se encargaba de mantener el orden entre sus sobrinos. Por misterios del destino, o la casualidad que juega a nuestro favor sin decírnoslo, Ramón y Virginia nunca tuvieron hijos, lo que hubiese supuesto una carga de responsabilidad adicional.

Los niños vuelven a pedirle a la abuela que los deje entrar al cobertizo que hay en el extremo del huerto. Tiene una gruesa cadena y un gran candado del que sólo ella tiene la llave. Eso es lo que más les llama la atención: lo prohibido. Dentro sólo hay herramientas y un montón de objetos que Nina se resiste a tirar. No porque tengan un significado romántico. Los pobres tienden a ser prácticos y, si guardan un objeto, no es por cariño a lo que haya podido significar en su vida, sino porque creen que lo necesitarán más adelante. Anda, abuela, insiste Margarita, más zalamera que nunca. Y Nina, como hace siempre que se los quiere quitar de encima, busca en los bolsillos de su bata gris oscuro un caramelo con el que sobornarlos. Últimamente, sólo funciona con Julia.

Pasado el huerto, el grupo sube una pequeña loma que alguna vez se intentó cultivar. Por allí sólo crecen arbustos. La tierra es tan dura que el tojo es el único que puede agarrarse a ella. Nina se rompe la voz para que los tres niños no se metan entre la retama. Miguel y Ana avanzan por una vereda, confiados, uno al lado del otro. Ella, vestida con algo demasiado sofisticado para pasear por el campo. Él, con uno de los dos pantalones que ha usado en todo el verano. Ni siquiera van cogidos de la mano. Caminan uno al lado del otro como compañeros de viaje. Hace mucho tiempo que desapareció la pasión. ¿La hubo alguna vez? Ana es todavía joven, con esa clase que se tiene por naturaleza, y Miguel es uno de esos hombres que se vuelven interesantes con la edad. Como si el éxito le hubiese proporcionado una dosis de paciencia que antes no podía permitirse. Tres hijos, dos chicas y un varón, la pequeña Julia va ahora para once años. Ellos son su proyecto. Darles todas las oportunidades, las mejores oportunidades. Lo mismo que Nina y Alfonso intentaron con sus hijos. A veces funciona. Otras, no. Los padres se esfuerzan igual con toda su descendencia, creen darles la misma educación, los mismos consejos y salen unos de una manera y otros, distintos. Inevitable.

Esa tarde, cuando llegan frente a la cancela del terreno nuevo y Miguel saca las llaves para abrirla y no acierta con la primera y tampoco con la segunda, Nina echa de menos a su Alfonso. Le hubiese gustado compartir con él ese momento. Sabe que a él también le habría hecho ilusión la idea de que su hijo tenga su propio vino. Y que también recelaría. Ellos nunca tuvieron las expectativas tan altas. Para la generación de Nina el objetivo era vivir día a día y dar gracias. Una bodega. Inimaginable.

—Si lo hacemos bien, aquí hay trabajo para todos —dice hacia Ramón y Daniel.

Sólo Virginia asiente, y Miguel explica que ya se ha reunido con varios enólogos, algo sobre la calidad del azúcar de la uva. El tipo de uva de aquí es muy especial, dice, fermentación con levaduras naturales. Claro que necesitarán contratar peones, gente que les ayude en la vendimia, pero antes tendrá que revisar las cubas, quiere comprar unas de madera francesa. Y el terruño. Esa tierra es especial. Tierra como la de todo el valle, piensa Nina. Tierra dura de roer y salvaje. Lo único que quiere es tu sangre.

Miguel es todo planes. Desde que han entrado, no para de contarles a su madre y a su esposa, a sus hermanos y a su cuñada, lo que piensa hacer a partir de mañana mismo. Mientras, sus tres hijos exploran sus nuevos dominios. Son demasiado jóvenes y están demasiado acostumbrados al éxito. Ana observa la luz en los ojos de su marido. Se sabe responsable de esa explosión. Es amor. No hay duda. Las parejas, como las personas, evolucionan durante toda su vida. Lo

importante es que la evolución sea del agrado de ambos. Creemos que siempre pensamos lo mismo, que nuestras preferencias actuales lo han sido siempre, pero es tan sencillo como mirar una fotografía antigua para descubrir que no siempre fuimos la misma persona. Para pensar ¿Seguro que esa de la fotografía soy yo? Las personas cambian de forma continua, es por eso por lo que no nos damos cuenta de los cambios. Como la expansión del universo. Las fotografías son instantes de nosotros mismos congelados en el tiempo. Claro que, a veces, este cambio se debe a un suceso extraordinario, algo puntual. Como el paso de un cometa o un meteorito. Héctor. Siempre habrá acontecimientos que no dependan directamente de nosotros. Por eso, conviene estar preparada. Ana tiene un plan, más o menos. Algún día, Nina no tendrá las fuerzas de ahora mismo. Y sus cuñados, ahí los tienes, mirando todo como si les perteneciera, son como son. Y su marido es como es. Aunque sea el tercero, él querrá hacerse cargo. Se lo echará a su espalda. Cuando eso suceda, necesitarán una casa y la de Nina estará más vieja, ya hace tiempo que ella la habría reformado, pero ellos no tienen —es una batalla que Ana no piensa librar— la autoridad necesaria. Además, a Ana le encanta este valle. Nunca se imaginó que Miguel se hubiese criado en el epicentro de aquella selva primigenia. Y ¿quién se lo iba a decir a ella? Cree que este es uno de esos lugares donde podría levantarse cada mañana y dedicarse, sólo, a vivir. Aunque, para eso, falta mucho tiempo. Y todavía hay mucho trabajo por delante.

## Matrimonio

Marga llega al camino de la cantera. Hay una alambrada. Donde antes no había nada, ahora hay una verja, y un candado y una cadena. No deja de pensar en Fernando. Se lo han dicho todo y quedan muchas cosas por decir. Le gustaría entender por qué la gente es como es. Le sucede desde pequeña. Ella hace y dice lo que siente porque lo siente, con la verdad por delante. El resto, no. Marga zarandea la alambrada. Cada vez llueve más. Ahora no es ese orvallo que parece que no moja y cala hasta los huesos. Llueve, llueve con fuerza. Así que no le queda más remedio que buscar un lugar donde resguardarse. El porche de una bodega, o una marquesina. Cree recordar que el autobús paraba allí cerca. Marga corre por el camino de tierra, esquivando los charcos de mayor tamaño, a punto de resbalar con la hierba que crece en la vereda.

Un relámpago ilumina la noche y Marga se contrae. Deshace el camino hasta la parte asfaltada. Ha sido una mala idea intentar atajar por la cantera, pero ¿cómo iba a saber ella? Se lo dijo Julio. Ahora lo recuerda. Siete, ocho, nueve y el trueno sacude todo el cuerpo de Marga. Se ha desorientado. No recuerda si tiene que ir hacia la derecha o hacia la izquierda. Según vienes del pueblo, la cantera queda a la izquierda, entonces... Su cerebro funciona rápido y mejor que sus pulmones. No puede seguir corriendo. Se dobla sobre sí misma y resuella cuando una luz ilumina la carretera. Tiene que esperar a que el vehículo salga de la curva para averiguar si es un coche o una moto. Un coche. Es, subraya, un coche. Marga no puede dar un paso más. Se hace a un lado de la carretera y confía en que sea alguien conocido. A medida que el coche, oscuro, se acerca, intenta averiguar quién es, pero sólo distingue una sombra en su interior. Por el pelo, parece una mujer. Y esto le produce cierto alivio. El vehículo es un Mercedes de color oscuro. Cree haberlo visto antes, pero no recuerda dónde. Nunca presta atención a los coches, desde el colegio sólo sabe distinguir tres marcas, Mercedes, BMW y Audi, y lo hace por el pomposo logotipo que lucen en la parte delantera (una estrella de tres puntas, un círculo negro con dos triángulos azules y cuatro aros entrelazados). El coche se detiene a su altura y

Marga se asoma prudente a la ventanilla del acompañante. Dentro, la espera la sonrisa de Julia. Su hermana Julia.

—¿Estás pedo? ¿Qué haces aquí sola con la que está cayendo?

Marga entra en el vehículo y sólo acierta a decir Gracias. No puede dejar de mirar sus pies embarrados. Lo va a poner todo perdido. Sostiene los zapatos en la mano, como un pasmarote, sin atreverse a dejarlos en ningún sitio.

—Ponlo ahí detrás, ya lo limpiaremos luego.

Marga deja sus zapatos detrás del asiento del copiloto y se limpia las manos con un pañuelo de papel que le ofrece su hermana.

—Gracias, de verdad, no creí que...

—Venga, va, deja de darme las gracias que te estás rayando —dice mientras vuelve a poner el vehículo en marcha.

Marga mira detenidamente a su hermana. La pequeña. Veintiún años. Se da cuenta de que, al pensar en ella, cuando su madre le comentaba que estaba haciendo o estudiando tal cosa, ella seguía proyectando la imagen de una adolescente, tímida, agarrada a la blusa de su madre. Poco tiene que ver con la mujer que tiene ahora mismo frente a ella. Alta, morena, con la raya verde del ojo que, según le han dicho, es la última moda. Un vestido corto acabado en palabra de honor. Y borracha. Es evidente que ha bebido más de la cuenta. Marga no quiere imaginar qué otras drogas puede haber tomado. El pueblo siempre ha estado bien surtido.

—¿Vas bien? ¿Quieres que conduzca yo?

Julia aparta un momento la vista de la carretera. Lanza una sonrisa ebria a su hermana e, inmediatamente, vuelve a concentrarse en la conducción. Los limpiaparabrisas funcionan a su máxima velocidad y aun así son incapaces de achicar toda el agua que cae sobre ellos. Las gotas de lluvia forman una cortina que refleja las luces del coche que avanza, como mucho, a cincuenta kilómetros por hora.

—¿Por qué te has ido tan pronto? —dice Julia.

Marga ya ha ordenado sus ideas. Mejor dicho, ha recuperado la serenidad. Siempre ha sido un poco romántica de más, pero el sereno análisis de su mente científica está empezando a ganar la batalla. Marga, la sensible, doña causas perdidas, defensora de los perdedores y demasiado idealista tiene los días contados.

—Estaba cansada —responde.

—Podías haberme avisado. Te hubiese acercado sin problema.

—Gracias. No quería cortarte el rollo.

—Qué mal queda —dice Julia, y se vuelve hacia su hermana—. No te pega nada hablar así.

—¿Cómo? ¿Rollo?

—Sí, es como si quisieras parecer otra. Ponerte a nuestro nivel.

—Yo digo palabras así todo el rato.

—¿En serio? Pues la verdad es que me llama mucho la atención. No sé. Tú misma.

Llegan a la casa vieja y Julia aparca junto al coche de alquiler de su hermana. Parece asustada, piensa Julia mientras las dos mujeres corren, descalzas, con el bolso como paraguas, hasta la puerta. ¿A qué tiene miedo?, insiste para sí, asombrada. Su hermana mayor ha vuelto al pueblo para la boda de Carlos. Es una muestra de valor, de seguridad en sí misma. Ojalá ella fuera de esa forma. Desde que se marchó a estudiar, Marga y su padre se han ido distanciando, pero al mismo tiempo, involuntariamente, se ha convertido en un ideal. Algo a lo que ellos, Carlos y Julia, no pueden aspirar. No hace falta que nadie lo verbalice, pero Marga dejó un hueco demasiado grande en el engranaje de esa familia para que pudieran reemplazarla. Marga la autodidacta, la futbolera, la lectora insaciable y egocéntrica incapaz de compartir su colección de *Tintín*, la estudiante número uno que consiguió una beca para estudiar en Madrid y se doctoró, con la máxima calificación, en una especialidad tan rara como ella misma. No es envidia. Después de todos estos años, Julia no envidia a su hermana mayor por haber luchado (¿lo ha conseguido?) por su sueño. Siente, eso sí, todavía el frío del abandono. Le hubiera gustado recibir una explicación, sentir que esa separación también era dolorosa para Marga y no tener que inventar ella los detalles de su vida universitaria en Madrid, lejos de un padre autoritario y machista, de una madre tan taciturna como sagaz. Y ahora ha vuelto. De nuevo, el prototipo de lo que se debe hacer, la mujer que lucha por sus sueños. Julia nunca ha aspirado a ese grado de perfección. Prefiere hacer lo que le place y evitar los enfrentamientos.

—¿Quieres tomar otra antes de acostarte?

—No estaría mal —responde Marga, seducida por la idea de compartir con su hermana ese momento.

—¿Te has enterado de lo del secuestro?

—Sí, pobre chico.

—Yo creo que esto es una venganza por lo del Ortega Lara. Pero a este no lo van a tener dieciocho meses en un zulo. Se lo cargan. Vamos. Hay que ser sádicos para hacerlo de esta manera, pero qué te vas a esperar. Alguien que es capaz de hacer lo que ellos hacen, no sé.

Julia sirve dos chupitos de licor café. Después de un brindis silencioso, el resto de la familia duerme, Marga bebe un sorbo.

—Me has salvado la vida.

Y abraza a Julia espontáneamente, con agradecimiento, algo de culpa por el exceso de responsabilidad y un cariño indeleble. Todo en el mismo abrazo.

—Estás empapada. —Julia escapa—. Deberías darte una ducha caliente o vas a coger una pulmonía.

—Debería.

Marga sigue entre la espada y la pared, atrapada entre lo que quiere hacer y lo que se espera de ella. Vuelve a beber. Esta vez un trago más largo. El licor café ya no le sabe tan áspero. Mírala toda digna, intentando que no se le note la borrachera. Aguantando, empapada, lo que yo tenga que decirle, piensa Julia.

—¿Y no tienes novio? ¿Por qué no lo has traído?

Porque Marga es guapa, siempre se lo ha parecido. Tiene el pelo castaño, casi es pelirroja natural, y la cara fina con los ojos achinados de toda la familia, de la abuela Nina. Es alta, para ser una mujer, y delgada pero con formas. No es de hueso ancho como ella. Seguro que tiene un montón de pretendientes. Se la imagina con unos y con otros, en citas en restaurantes caros de Madrid, conversaciones intelectuales y sexo a la luz de las velas en habitaciones con grandes ventanas que se abren a la ciudad.

—¡No! —responde Marga. Es una exclamación casi de pánico.

—¿No tienes novio o no lo habrías traído?

—Ninguna de las dos cosas.

—Yo tampoco.

—¿Tampoco tienes?

—Y si lo tuviera, no lo habría traído. En este pueblo están deseando enterarse de todo —dice Julia—. ¿Cuánto hace que no venías?

Marga bebe otro sorbo. No lo sabe. Podría esforzarse en recordarlo y obtener un número. ¿Para qué? Lo importante es que ha dejado de hacerlo. Después de aquel verano todo cambió. Lo que ella pensaba que iba a ser el amor de su vida duró cuatro meses. Y nunca pudo rescatarlo. Sí, hubo Navidades y Semana Santa y algún otro verano, festivos. Y lágrimas. Durante cada reencuentro parecía que nunca se hubieran separado. Pero la realidad era que apenas hablaban por teléfono porque Fernando decía que no se sentía cómodo, que su familia podía escucharlo todo. Ella, las semanas que no podían verse, le escribía. Así es mucho más romántico, decía él, y le preguntaba lo que estaba estudiando y lo que leía, y ella le explicaba que prefería quedarse en casa. Si salía con sus amigas, no dejaba de pensar en él. Ahora lo recuerda y no entiende cómo pudo estar tan ciega, ser tan tonta. Ni siquiera le contestaba a la mayoría de las cartas. Estuvieron así hasta los dieciocho. Tres años. Y todavía ella estaba dispuesta a renunciar a Madrid e irse a estudiar a Santiago. Para estar con él.

Aquel fin de semana de 1989, ya sabían las notas de selectividad, habían

quedado en la estación de tren. Como siempre, era ella quien tenía que ir hasta Santiago. Pasearon, pero no bromearon, por la Alameda. Desde el beso en los labios —rápido, fugaz— lo supo. Aquel era el último. Él no quería que renunciase a Madrid, dijo. Para ella, la palabra «renuncia» no tenía sentido en ese contexto. No se lo dijo. Dejó que le explicase que pensaba que eran demasiado jóvenes y que ella tenía mucho talento para desperdiciarlo. Por eso había tomado una decisión. Con todo el dolor de mi corazón, o algo así de melodramático. Lo mejor era tomarse un descanso, que cada uno explorase sus horizontes y, si volvían a encontrarse, es que eran el uno para el otro. Ella no dejó de llorar todo el paseo. Seguía llorando cuando se despidieron, con un abrazo —largo, sentido— en la estación de tren. Lloró los cincuenta minutos que tardaba el tren de entonces en llegar a A Coruña. Lloró mientras caminaba hasta el piso de sus padres en el centro de la ciudad. Se encerró en su habitación y siguió llorando.

Nunca se lo ha contado a nadie.

—Desde que empecé la carrera, más o menos —dice Marga—. Dejé de venir hace unos ocho años.

—Anda ya.

—Creo que volví una Semana Santa. Nada más.

—Normal, Madrid es mucho mejor que esto. Allí siempre hay algo que hacer.

—No te creas. Entre unas cosas y otras no te queda tiempo para nada.

—Seguro que es mejor que aquí. Son siempre los mismos caretos en todos los sitios.

—¿Y en Coruña?

—A ratos. Ahora hay bastante movida. No te aburres.

—Puedes venir a Madrid cuando quieras. Vivo en un piso compartido, pero la cama es grande.

—Molaría. ¿En qué zona vives?

—Por Huertas, cerca de Atocha.

—Qué guay. Pues igual me acerco. A papá le da un chungo.

—Fijo.

Marga tiene, certifica Julia, algo especial. No sabe definirlo. Es su forma de estar, como sin darse importancia, su mirada tímida, algo hosca. Julia la coge de la mano y la lleva hasta el cuarto de baño.

—Vamos, métete en la ducha mientras seguimos hablando. Vas a coger una pulmonía.

—¿Estás loca?

Julia regresa del salón con la botella de licor café y los vasos. Se sienta en

la taza del retrete y brinda con su hermana.

—Por nosotras.

—Por nosotras.

Marga apura el chupito y se mete en la ducha.

—He visto que hablabas con Fernando —dice Julia—. ¿Vais a volver?

—¿Por?

—Pues eso. Lo que sabe todo el mundo. Vuestra historia.

—Me da igual lo que sepa todo el mundo. ¿Qué te han contado?

—¿A mí? Nada. Pero si yo no hablo con él nunca. Viene mucho a la casa nueva para hablar con tu padre. Lo tiene en un pedestal. Mira que se lleva mal con el alcalde, pero con el hijo... Si pudiera lo adoptaba.

—Algo querrá.

—Los dos. ¿No ves que son iguales? Tu padre quiere que dirija la bodega. Le interesa que salga su nombre en la etiqueta.

—¿Y tú cómo sabes tanto?

—Me gusta el mundillo. Creo que papá tiene razón y, en unos años, seremos como Rioja o Ribera del Duero.

—Ojalá.

—Bueno, aquí tenemos mucha menos producción. Y nosotros no queremos mezclar con uva de fuera. Precisamente por eso, creo que tiene más valor.

—Sí que estás puesta.

—Gracias.

Julia le entrega la toalla.

—Me encanta tu tatuaje.

Marga se gira para mostrárselo. Es una carpa japonesa, no muy grande, que ocupa su omoplatto derecho. Yo nunca me atrevería, piensa Julia, a hacerme algo así. Duda que sus padres lo sepan.

Marga ríe con timidez.

—No se lo digas a nadie. A mamá le da un patatús.

Hay una candidez, tal cantidad de inocencia en su requerimiento que, por un momento, Marga parece ser la hermana pequeña. ¿Y si fuera eso? Si su abandono del nido, su huida, se hubiese debido a que renunciaba a llevar la voz de mando y no a todo lo contrario. Julia se cuestiona todas sus teorías hasta el momento. ¿Es Marga una rebelde o sólo una mujer que quiere vivir su vida? Quizá, en esta época, una no pueda existir sin la otra. En ambos casos, tendría que admirar su valentía, aplaudir su coraje para enfrentarse a un padre que, cuando asoma su nombre, siempre en boca de su madre, la tacha de desagradecida para luego recordar que, llegue donde llegue, nunca habría podido conseguirlo si él no le hubiera dado la vida. Un padre tan hipócrita que ha sido

capaz de inculcarles el respeto a su madre por encima de todo y, al mismo tiempo, desacreditar sus opiniones con el argumento más escaso: eres mujer, no puedes entenderlo.

—¿Has visto la casa que se está haciendo papá?

—Para no verla.

—Así vendrás más. Esta está viejita...

—A mí me gusta —dice Marga. Es cierto que el baño necesita una actualización, piensa, pero los azulejos verde botella y la grifería *vintage* tienen su encanto. Lo peor es el espacio—. De todas formas, ¿es legal?

—Legal, legal... Pero si te fijas, verás que la de tu padre no es la única bodega sospechosamente grande. ¿Qué van a decir? Es dinero para el que vende, trabajo para quienes construyen, dinero para el Ayuntamiento y gente que invierte en este rincón del mundo. ¿Te lo puedes creer? Hace seis meses se quemó una de esas bodegas. La había comprado un francés, algo bastante raro. Un gabacho, tía. Y los bomberos dijeron que había sido un cortocircuito en el calentador eléctrico. Algo de que la instalación no era lo suficientemente potente para todo lo que tenía conectado. Se armó un poco de revuelo porque la casa del guiri no tenía licencia de habitabilidad, vamos, que el Ayuntamiento estaba obligado a darle paso y suministro, pero su uso no podía ser para vivienda. Esto lo descubrió el francés, un loco de los vinos que había vendido su piso en París, después del incendio. Todavía están a ver cómo lo arreglan. Creo que le van a poner una multa y que la va a pagar el antiguo propietario. Eso dicen.

—Menudo lío.

—Es el sueño de su vida. De papá, digo. Como vernos a todos juntos el día de la boda.

—¿Y los tuyos?, ¿tus sueños? ¿Te gusta lo que estás estudiando?

—Está bien. Lo que tengo ganas es de ponerme a currar en la empresa y ganar pasta para irme a vivir sola y casarme con un tío bueno.

—Y venirte a Madrid.

—De visita. Que aquello es demasiado grande.

—¡Pero si no has estado!

—Tampoco he estado en la luna y sé que allí no podría respirar. ¿No echas de menos esto? ¿Lacoru?

Marga sirve otros dos chupitos. Hace rato que se ha secado, podrían salir del cuarto de baño y continuar la conversación en otro lugar de la casa, pero no lo hacen. Está a gusto. Por primera vez en mucho tiempo, mantiene una conversación con su hermana. Ojalá, a partir de ahora, hablen con regularidad. Se promete a sí misma que la llamará. Al menos, una vez al mes. Insistirá en que vaya a visitarla a Madrid, por supuesto. Eso es fundamental, que salga de allí y

vea otras formas de vivir, que elija. Aunque ella no necesitó conocer esas otras formas para saber que no se conformaba con aquello. Es igual. Apoyará a su hermana incluso si, como ha dicho, su objetivo es casarse con un tío bueno, tener hijos. Seguro que se le dan bien los vinos. Se le ha iluminado la cara cuando hablaba de ello. La ayudará también en eso. Marga está exultante, se siente capaz de recuperar un vínculo que creía perdido.

—Sin malos rollos. De aquí en adelante, sin malos rollos —repite Julia—. Que el viejo me pone la cabeza...

—¿Sabes el significado del pez koi?

Julia no entiende la pregunta de Marga.

—La carpa —dice, haciendo un gesto hacia su tatuaje.

—Ah, no sabía que se llamaba así.

—¿Y la flor de loto?

—Ni idea. Son chulos.

—Sí, a mí también me gustan, pero no me los tatué sólo por estética. — Marga hace una pequeña pausa para enjuagarse la boca con agua del grifo—. A este licor café le llega de *carallo*.

Julia se limita a servirse otro chupito.

—Hay una leyenda —continúa Marga— que cuenta que los peces koi son capaces de nadar río arriba hasta una gran cascada y remontarla. Cuando lo consiguen, se transforman en un dragón.

—Creo que estás intentando decirme algo y no te entiendo.

—Creo que es demasiado tarde para andarse con metáforas.

—Y demasiado de esto —dice Julia apurando su vaso.

—Lo que quiero decir es que elegí este tatuaje para recordarme a mí misma que sin esfuerzo no voy a conseguir nada en la vida.

—¿Y la flor?

—El loto es una flor muy bella que crece en el lodo.

—Otra metáfora.

Marga no puede evitar una sonrisa.

—Me temo que sí. Los dos símbolos juntos significan que, por muy hostil que sea el entorno, con determinación conseguirás tu objetivo.

—Tú ya eras así antes de hacerte el tatuaje.

—A veces es necesario que te lo recuerden.

—¿Te lo hiciste hace mucho?

Marga responde sin dudar un segundo:

—En el noventa y uno, el primer verano completo que me quedé sola en Madrid. Estuve ahorrando para hacérmelo.

—Encima. Duele, cuesta una pasta y no quieres lucirlo. Eso sí que no lo

entiendo, que no quieras que lo sepan. Mamá ya sabe que eres un dragón. Perdona, se me ha olvidado el nombre del pez ese.

—Koi, es una carpa.

—Pues eso. No creo que a mamá le sorprenda tanto. Y a tu padre no lo vas a matar del susto. Que se joda.

—Bueno, lo tendré en cuenta cuando vayamos a tomar el sol —bromea Marga.

—Podemos ir cuando quieras. Mañana no llueve y la piscina nueva tiene una cubierta. Por si acaso.

—No sería mala idea. Pero ahora vámonos a la cama que mañana vamos a flipar.

Las dos hermanas salen del cuarto de baño y suben las escaleras de la casa vieja haciendo el menor ruido posible. Julia sigue a Marga hasta su habitación y se sienta en la cama. A la luz de la lámpara de la mesilla, observa cómo Marga busca en su maleta un juego de ropa interior limpio y coge el pijama de detrás de la puerta. Hay precisión en sus movimientos, una espeluznante premeditación en cada gesto que convoca el orden y la meticulosidad. Julia no puede evitar comparar sus habitaciones. Tan distintas como su forma de hablar. Su hermana podría ser una psicópata, sin duda. No le sorprendería lo más mínimo. ¿Quién en su sano juicio tendría tan ordenada una habitación de paso? Ni siquiera la suya propia, en la casa de sus padres, está así de recogida.

—Tía, tú estás enferma.

—Sí, soy un poco maniática.

—¿Un poco? Madre mía. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—Es sobre lo del pez ese.

—Koi, el pez koi.

—Ese. Con lo de conseguir tu objetivo, te refieres al curro y eso, pero ¿y el amor? Que a tu edad no tengas novio... porque no me has mentido, ¿verdad? No estás saliendo con nadie, ¿no?

—No.

—¿Ni aquí ni en Madrid?

—Que no, pesada. ¿Qué necesidad hay? Con lo bien que estoy sola.

—Ya, lo que tú quieres decir es que cada fin de semana estás con uno distinto...

—¿Yo? —Marga no puede evitar un grito. Su hermana la reprende—. Qué agotamiento. Quedo con unas amigas de la facultad o voy con mis compañeras de piso al cine.

—Suena a plan de solteronas.

Marga prefiere omitir el adjetivo descalificativo y continúa la conversación.

—¿Y tú? ¿Tienes alguien especial?

—¡Qué cursi te ha quedado eso, hermanita! «Alguien especial.» Estoy loca por un tío, pero no me hace ni caso. Quién sabe, a lo mejor me convierto en un dragón y me lo como.

—Creo que eso no formaba parte de la leyenda, pero estaría bien.

—Sí, claro. El problema es que es un poco mayor que yo.

—¿Y? Mientras no esté casado.

—No, eso no lo tiene.

—Algo es algo. Pues a por él, ¿a qué estás esperando?

—Dicen que en las bodas se liga mucho.

—Ah, así que estará en la boda. ¿Es un amigo de Carlos?

—¿Sabes ya qué vestido te vas a poner?

Marga saca un vestido verde botella del armario. Perfectamente colgado de una percha y dentro de una bolsa de plástico. Julia se fija en el corte de la parte de atrás.

—Creo que deberías ponerte otra cosa. Que se viera el dragón ese.

—¿Cuánto licor café llevas? ¿Te has bebido la botella entera?

—Lo digo en serio —ataca Julia—. A los hombres les gustan los vestidos de gala y los tatuajes.

—No me interesa lo que les guste a los hombres.

—Por eso estás sola. De todas formas, lo haces para que no te critiquen. De alguna manera, es como si no te hubieras tatuado.

—¿Y si no me gusta cómo queda?

—¿Es por eso? —Julia no deja espacio para la respuesta—. Creo que tengo un vestido que podría valerte. Te lo pruebas y, si no te gusta, te pones este de hadas. Seguro que te ha costado una pasta y es el único que tienes. ¿A cuántos saraos lo has llevado?

—A todos. Es lo único de vestir que tengo en el armario. Mi beca no da para más.

—No te preocupes. El mío te va a quedar perfecto.

Marga no sabe si quiere hacerlo. Por otro lado, algo de razón tiene su hermana. ¿Qué sentido tiene tatuarse y luego esconderlo? Es como avergonzarse de ello. Se imagina con un vestido de tirantes y el tatuaje del pez koi y la flor de loto en su espalda. Parece más propio de una cantante pop que de una investigadora respetable. Empieza a hablar como su madre. Lo que faltaba.

—Con una condición —dice Marga.

—¿Cuál?

—Que te ligués al tío bueno ese.

—Puedo intentarlo, pero no depende todo de mí.

—Es sólo un hombre. Seguro que sabes cómo manejarlo...

Marga simula una mirada lánguida, abre y cierra despacio los ojos, deslizando con suavidad sus párpados. Julia simula estar haciendo una felación mientras empuja con su lengua la mejilla derecha. Marga llega a ruborizarse, cierra los ojos y se tapa la boca para contener una carcajada que hubiese despertado a toda la familia.

—Entonces —dice Julia poniéndose en pie—, mañana te pruebas un par de modelitos y decidimos. Vas a ser la tía más maciza de la boda. Cuando nuestro sobrino nazca, se enamora de ti.

—¿Sobrino? ¿Y si es sobrina?

—No sé, me da que va a ser un chico. Le encantaría al viejo. Y Luisa hace todo lo que le pide. Si por ella fuera, hasta le cambiaba el sexo si fuera niña. Seguro.

—No entiendo lo de ocultar el embarazo.

—¿Ocultar? Pero si lo sabe todo quisqui. La única que no quiere hablar del embarazo es ella. —Julia se percata de la mirada de su hermana—. Bueno, tú no cuentas, por lo que veo estás muy desentrenada.

Marga no puede creer que quien esté hablando sea su hermana pequeña. Le encanta su locuacidad, su desenfado. ¿Por qué no lo aplica a todo? ¿Por qué no se muestra así de segura frente a los hombres? ¿Por qué cuando habla de ellos se sitúa en un segundo plano? Especialmente cuando lo hace de su padre.

—Ahora sí que me voy a acostar. —Julia muestra la botella vacía y bromea—. Sin alcohol, no hay quien te aguante.

Las dos hermanas se besan en la mejilla y permanecen unos segundos abrazadas, con sus cuerpos uno muy cerca del otro. Marga está emocionada. Sus ojos brillan en la penumbra de la habitación. No quiere llorar. Se toca los labios y se rasca la nariz. Se limpia el ojo izquierdo. Frota ambos ojos con fuerza sin perder de vista a Julia. Ella acaricia la única lágrima que recorre su mejilla. Aquel gesto en su cara parece una sonrisa. Es demasiado noche cuando Julia sale de la habitación y cierra la puerta.

Marga se introduce en la cama. Se arropa con la sábana y la colcha. Son las cinco y veinte de la madrugada cuando apaga la luz. Ha rescatado el *walkman* Sony de una de las estanterías. Dentro, una TDK con una recopilación que le grabó Fernando. Algunas de las canciones están tomadas directamente de la radio, se escuchan las palabras del locutor sobre los últimos acordes. Había que elegir entre amputar la canción o eliminar al presentador. Marga no puede evitar un brote de melancolía al volver a escuchar a Rick Astley y su *Together Forever*.

Fernando. ¿Por qué todos sus pensamientos terminan en él? Incluso creyó

que sería él quien la rescataría de la tormenta. ¿No es un poco absurdo, a su edad, seguir creyendo en príncipes azules? Bueno, con esa media melena que se ha dejado ahora, se parece un poco más, la verdad. A Marga le cuesta quedarse dormida. Cierra los ojos y todo da vueltas, como si estuviera en un helicóptero que ha perdido el control y cae en picado. Saca una pierna de la cama y la apoya en el suelo. Está frío, pero no sabe a quién le ha escuchado decir que así consigues que el techo deje de moverse. Siente ganas de vomitar. Ha mezclado demasiado y los chupitos de licor café con su hermana han sido el colofón. Los chicos con los que ha salido en Madrid, la verdad, no han significado nada. Al menos, no lo suficiente para renunciar a su independencia. Ese es el problema, ¿por qué tendría que hacerlo? ¿Por tener una pareja? ¿Por el sexo? Sí, lo ha pasado bien —no tan bien como cree Julia—, pero no ha vuelto a sentir aquello. ¿Y si no le vuelve a suceder? ¿Y si no vuelve a enamorarse? ¿Y si sigue enamorada? Eso explicaría muchas cosas. Sería la explicación que la dejaría más tranquila. No tendría que justificarse por no haber vuelto a amar a nadie. Desde entonces. Aclararía el lío de sentimientos, los nervios cada vez que se han encontrado, ella y Fernando, durante la noche. Marga como protagonista de esta historia de héroes vulgares y sentimientos moderados, que tanto detestaría una heroína francesa del siglo XIX. En el fondo, continúa siendo una romántica. Y en la superficie. No podría vivir sin finales felices. Por eso, los domingos de cine, siempre le dejan elegir a ella. Su mente científica, todavía, sólo funciona durante su vida diaria. Odia ese cine que te hace pensar, que te exige seguir alerta incluso en tus ratos de ocio. Evasión, esa es la palabra. Se pierde durante hora y media en la que quiera que sea la propuesta. Sólo pide bonitos paisajes y una historia de amor con buenos diálogos. Nada de versión original. Al cine no se va a leer.

Y, poco a poco, Marga se va quedando dormida. Entre el pasado y el presente, incapaz de distinguir si todo aquello es real o ya está soñando.

## Heroína

—Margarita, ¿dónde vas?

Todo el verano la misma canción. La misma pregunta cuando su madre ve que empieza a arreglarse.

—He quedado. Con unas chicas que conocí en la discoteca.

—¿Va tu hermano?

Margarita sale del cuarto de baño de la casa y sube corriendo las escaleras. Llega tarde. Muy. Y eso que ha empezado a arreglarse después de comer.

—Está con los primos en la cantera. ¿No querrás que vaya con ellos? —e, impostando la voz, añade—: A bañarme desnuda.

Es cierto y no. Su hermano está con el resto de la pandilla, pero ella tiene otros planes. Por eso el maquillaje, los vaqueros recién sacados de la lavadora, la camiseta planchada y el pelo limpio. Nunca le queda como ella quiere, por mucho tiempo que le dedique, no consigue domarlo. No lo tiene ni rizado rizado ni liso liso y se le encrespa como si fuera hilo de cobre. Si se hecha espuma o se pasa el secador queda demasiado de peluquería. No le gusta. Incluso ha probado a alisárselo y se lo ha tenido que volver a lavar. Vuelve a mirarse en el espejo de su habitación. Sigue sin gustarle, pero es demasiado tarde para hacer otro cambio. Margarita coge la mochila que ha preparado a escondidas, baja las escaleras de dos en dos, y sale por la puerta de la casa gritando un adiós de despedida.

Se las encuentra de frente. Su madre y la tía Virginia están haciendo que hablan a la entrada de la casa. Margarita tiene quince años, suficientes para saber que la estaban esperando.

—¿Dónde vas?

—Con unas chicas que conocí en la discoteca.

—¿Dónde?

—Por ahí.

—¿Qué llevas en la mochila?

—Cosas.

—¿Qué cosas?

—Mías.

—¿Quiénes son esas chicas?

—Son de un pueblo de aquí cerca. Muy majas.

—¿Qué vais a hacer?

—Nada.

—Entonces, ¿para qué vas?

—Llego tarde.

—¿Por qué te has arreglado tanto?

El rápido intercambio de frases cortas, tantas veces dichas, se detiene. Margarita llega tarde. Su madre y su tía intuyen con quién, pero nunca conseguirán una confesión.

—Quiero que estés aquí a las nueve. Hoy cenas en casa.

—Mamáaaaaa... —Margarita le añade una cantidad indeterminada de aes para incorporar un tono lastimero a su exclamación.

—Me da igual cómo te pongas. A las nueve.

—Pero...

—Cenas y luego, si te deja tu padre, puedes volver a irte.

Margarita, desde la ley marcial, ha ido ganando terreno, pero no es suficiente. ¿Por qué no pueden dejarla en paz? Están todo el día controlándola como si fuera una niña pequeña.

—¿A las nueve? Es muy pronto —dice.

—Nueve y media.

Margarita besa a su madre en la mejilla. Por compromiso, hace lo mismo con su tía. Coge la bici y, todavía disimulando su prisa, pedalea hasta la curva. Cuando cree que no pueden verla, acelera con todas sus fuerzas. En cada bache, nota los botes de la mochila a su espalda. Sólo espera haber cerrado bien los paquetes.

Cinco minutos después, llega a un puente donde hay un chico esperándola.

—Llevo casi una hora aquí. Muerto de aburrimiento. Estaba a punto de irme —dice algo avergonzado por lo que está a punto de hacer—. Toma, he recogido esto mientras te esperaba.

—¡Guau! —dice Margarita cogiendo el ramo de flores silvestres—. Creo que la próxima vez llegaré más tarde.

Margarita se baja de la bicicleta y besa en los labios a Fernando. Es un beso rápido que él no espera, que ella ha decidido en el último momento. Hasta ahora, cuando se encontraban a solas, nunca se habían besado así. Bastaba con empezar

a hablar, caminar uno al lado del otro. Todavía no se dan la mano, ni se agarran por la cintura. Ninguno sabe todavía a qué sabe la piel del otro, su saliva. El olor del pelo, su tacto. No han explorado sus cinturas y las trabillas de los vaqueros siguen vírgenes. Hay pudor en la distancia, deseo entre palabras, el placer de lo prohibido que está a punto de saborearse. Es un rito desconocido al que se llega por el instinto y la pasión, alimentado por una forma loca de amor que habita en los corazones, escondida, pero que desea ser despertada. Tan quebradiza como un nido, oculta como la cara B de la luna, donde hoy quieren llegar Margarita y Fernando.

—El sitio ese del que me has hablado, ¿está muy lejos?

—Aquí al lado. Parece mentira que nunca hayamos pasado.

—No será tan bonito. Digo yo que Vicente no será el único que lo conoce. Que habrá más gente.

Es la tercera o la cuarta vez que Fernando se queja de que haya sido Vicente quien le ha enseñado el castaño gigante. Margarita deja la bicicleta a un lado del camino. A partir de aquí, tendrán que ir campo a través.

—Pero ¿qué te pasa a ti hoy con Vicente?

—¿A mí? Nada. Tú sabrás lo que te pasa a ti. Yo no desaparezco con él jugando al escondite.

—¿Es por eso? Serás tonto. ¡Pero si es un bruto!

Margarita y Fernando siguen caminando por una pequeña vereda que discurre entre eucaliptos. El bosque cada vez es más denso y oscuro. Margarita camina con el ramo de flores junto al estómago.

—¿Quieres que te la lleve?

Margarita le sonrío y le entrega la mochila.

—Caray, cómo pesa. ¿Qué llevas aquí?

Margarita sigue sin decir nada. Sólo quiere llegar al castaño gigante, encontrarlo. Ahora duda de que sea capaz. ¿Y si no es por aquí? Tiene que estar a las nueve y media en casa. Para cenar. Sabe que, si no lo hace, se acabó el verano. Quedan pocos días para que se marchen y no quiere pasarlos castigada. Ahora no. Con Vicente fue desde la cantera y eso hace que sea más difícil orientarse, pero tiene que ser por aquí. Pasados los eucaliptos, hay un claro y luego otro bosque de pinos. Fernando nota el nerviosismo de Margarita.

—Oye, que si no lo encontramos, no pasa nada. Nada de nada...

Margarita no puede evitar conmoverse. Es tan dulce. Aprieta el ramo contra sí y lanza su mirada en todas direcciones. Tras un pequeño cercado, donde pastan cuatro vacas de ojos oscuros, Margarita distingue el bosque de castaños.

—Tiene que ser allí.

Fernando siente pavor ante la expectativa de tener que cruzar ese prado.

—Eso parecen castaños normales y corrientes —dice, y traga saliva. Sabe que Margarita es muy testaruda y que, como esté convencida de que es ahí, no le va a quedar más remedio.

Margarita se sube a la cerca de madera y mira hacia las vacas. Están como a ochocientos metros. La misma distancia que habrá hasta el otro extremo. ¿Qué velocidad puede alcanzar una vaca?

—No seas loca. Intentemos dar la vuelta. Seguro que no tardamos nada.

Pero Margarita ya no lo escucha. Ha pasado las dos piernas al otro lado, aunque todavía sigue sobre la cerca.

—¿Vienes? —dice.

Las vacas los miran, aburridas, con cierto desinterés. Sin parar de rumiar, una de ellas mueve la cabeza varias veces. Seguramente esté espantando una mosca o liberándose de alguna brizna de hierba seca. Fernando lo interpreta como una advertencia. ¿Cuánto puede correr una vaca como esa? No le da tiempo a contestarse a sí mismo. Margarita salta al prado y galopa con el ramo de flores como si fuera un lazo vaquero, gritando al más puro estilo *cowboy*. Fernando es incapaz de reaccionar. Está petrificado junto a la cerca, en el mismo punto donde arrancó la carrera Margarita. En la misma posición, mochila a la espalda, observa cómo la chica atraviesa el prado, llega al otro extremo, sube primero la pierna derecha y luego la izquierda, pasa su cuerpo, completo, al otro lado y, a salvo, le lanza una carcajada de victoria. Las vacas siguen en el mismo sitio que unos segundos antes. La única diferencia es que todas miran hacia Margarita. Y ahora se giran para mirar hacia Fernando.

—Claro. Ahora están avisadas —dice—. ¿Seguro que es ahí? Podías echar un vistazo y si eso...

—Sí, sí, es aquí, justo aquí detrás.

Ahora Margarita está convencida, pletórica, con una sobredosis de adrenalina que la hace sentirse capaz de cualquier acción. Fernando no está seguro de que tenga razón. Sin embargo, no puede echarse atrás. Si ella ha podido, ¿por qué no va a poder él? Las vacas siguen impertérritas en la parte más alejada del pastizal. Cuando Fernando pisa la hierba del otro lado de la cerca, cree adivinar que una de ellas empieza a acercarse. Ni siquiera vuelve a mirar en esa dirección. Fernando, con los ojos cerrados, corre hacia Margarita. La mochila le golpea la espalda y está a punto de salirse cuando se sube a la cerca de madera. Ella intenta ayudarlo a bajar y los dos acaban en el suelo, cara contra cara. Un segundo, dos, los adolescentes se miran a los ojos hasta que Margarita, es ella la primera en moverse, se zafa del cuerpo de Fernando. Traga saliva y dice:

—Es justo aquí detrás.

Se levantan y caminan unos metros. Fernando no puede creerse lo que ven sus ojos. Nunca se había imaginado que un castaño pudiera alcanzar esas dimensiones.

—Es increíble. De verdad.

Margarita y él caminan alrededor del árbol.

—¿Te imaginas qué edad puede tener? —dice.

—No sé. ¿Mil?, ¿dos mil años?

—¿Hay alguna criatura que pueda vivir tanto tiempo?

—¿Qué edad tiene la Tierra?

—No sé, creo que cuatro mil quinientos millones.

—Entonces no es nada —bromea Fernando mientras recoge una hoja del tamaño de su mano—. ¿Entramos?

La última pregunta la hace sin levantar la mirada de la hoja.

—¿A quién se lo preguntas? ¿A la hoja? —dice Margarita, divertida—. Dame la mochila.

Fernando se la quita de la espalda y se la ofrece. De repente, se ha quedado mudo. Su cerebro no es capaz de construir una frase. Su garganta no es capaz de pronunciarla. Margarita abre la mochila y saca una linterna.

—Sígueme —dice.

Una vez dentro, gracias a la luz de la linterna, pueden ver con nitidez todos los rincones. Hay botellas de litro de cerveza, latas y un montón de porquería. Margarita saca una bolsa de plástico y empieza a recoger. Fernando sigue pasmado.

—¿Me vas a ayudar? —pregunta Margarita.

—Sí, sí, perdona.

Fernando coge la basura con cuidado y la introduce en la bolsa que sujeta Margarita. Cuando han terminado, ella saca de la mochila un mantel de cuadros azules, varias latas de cerveza y dos sándwiches envueltos en papel de aluminio. El ramo de flores silvestres justo en el centro del mantel, en el centro del hueco del castaño, y coloca la linterna en uno de los extremos para que ilumine tenuemente la escena.

—Espero que te guste el jamón. No sé si se habrán calentado las cervezas —dice Margarita.

De nuevo, han vuelto todas sus inseguridades. Aunque ha hecho todo lo que tenía planeado, no se siente como había previsto. Incluso el maravilloso ramo de flores la hace sentirse una impostora. Está incómoda y no sabe por qué.

—Gracias —dice Fernando, todavía más atónito si es posible. Ni en su mayor fantasía hubiese imaginado algo así—. Muchas gracias, de verdad.

Margarita y Fernando brindan con dos latas de cerveza, que ella ha robado

de la nevera de la casa de su abuela, en el interior de un castaño milenario. Ninguno de los dos se atreve a morder primero, ensimismados, tan tímidos de repente, como si lo que está por venir les hubiera paralizado.

—¿No tienes hambre?

Y Fernando muerde el sándwich para no tener que contestar. Con la boca llena no se habla, piensa. Incluso le consuela pensarlo. Más cuando contempla la bolsa que Margarita acaba de sacar del bolsillo pequeño de la mochila. En su interior hay un polvo amarillento. A Margarita no le ha costado mucho conseguirlo. Los dos chicos han bromeado, en esos paseos clandestinos, con saber qué se siente. Ella, por supuesto, no le ha contado que, en ese mismo lugar, con Vicente, lo ha probado tres veces, quizá cuatro. Y le ha gustado. Ahora quiere que lo prueben juntos. Quiere saber si tendrá las mismas sensaciones. Experimentar. Y conseguir la heroína, de verdad, ha sido más sencillo de lo que pensaba. Le sonsacó a Vicente cómo lo hacía él y luego fue a hablar con Héctor. Se puso como un energúmeno. Que ella era una cría, le dijo. Cría, esa fue la palabra que usó el yonqui de su primo. Por eso se fue a hablar con sus amigos, los del coche abollado. Tenía dinero, pero ellos ni siquiera quisieron cobrarle. Y no la llamaron «niña» ni una sola vez. Bueno, sí, a uno de ellos se le escapó un Joder con la niña cuando Margarita les enseñó los billetes que llevaba encima. Pero no los cogieron. Así que lo de hoy les ha salido gratis.

De todas formas, Fernando no pregunta. Tiene la mirada fija en los movimientos, precisos, preciosos, de Margarita. Es su primera vez. Cree que también la de ella. Y eso aumenta su excitación, los nervios. ¿Será verdad todo lo que dicen?

—Yo no me pienso pinchar. Tengo pánico a las agujas —bromea Fernando, intranquilo.

—¡Ni yo! —dice Margarita, como si fuera una experta, y dibuja dos líneas blancas sobre la portada de un libro de *Tintín*, «El cangrejo de las pinzas de oro».

—Y tú, ¿cómo sabes tanto? Pareces muy puesta.

—Tengo ojos.

Es un juego. Como si estuvieran jugando a las casitas o a los médicos. Dos adolescentes que juegan con el peligro en el interior de un castaño milenario. Y el miedo forma parte de ese cóctel, es un ingrediente necesario. Margarita, lo ha visto montones de veces en el descampado de la discoteca, lo ha hecho con Vicente ahí mismo, coge el papel de aluminio del sándwich y pone en él un poco de heroína. Con un mechero, calienta la base y por la cápsula de un bolígrafo aspira el gas. Se le dan bien las prácticas de química. Siente el primer golpe contra la parte frontal de su cerebro. Cierra los ojos e intenta abrirlos. Le cuesta mantener su vista enfocada. Fernando coge los utensilios y se dispone a hacer lo

mismo. Más torpe, más indeciso, vacila antes de inhalar por primera vez. Una cata pequeña que apenas introduce gas en sus pulmones.

—Quería pedirte una cosa —dice—. ¿Vendrías al cine conmigo este sábado? ¿Quieres salir conmigo?

Margarita sonríe. El cuello, desencajado. Los ojos, entreabiertos. Mecida por las palabras de Fernando, con una sonrisa extraña de alguien que no est a, que viaja a millones de kilómetros, espacio y tiempo, cuando aquel castaño no era mías que una semilla y todo un gran desierto donde los camellos de la portada del libro de *Tint n* los llevan, a ella y a Fernando, por un paisaje indeterminado.

— Quieres salir conmigo? —repite Fernando tras una segunda inhalación.

Margarita tiene mucho sueño. Se tumba sobre el mantel de cuadros azules y apoya la cabeza en el muslo de Fernando. Así, haciendo equilibrios entre el sueño y la realidad, sin llegar a distinguir, ni siquiera plantearse, dónde empieza uno y termina el otro, se deja llevar por esa riada que acaba de inundar el desierto.

## Navidad

Miguel la espera fuera, junto a un todoterreno nuevo, grande, de color negro.

—Gracias por llevarme al pueblo. ¿Quieres conducir mi coche nuevo?

Hay orgullo en sus palabras. M no reconoce la marca del vehículo, pero supone que se trata de un último modelo, uno de esos que están pensados más para causar admiración que para ser conducidos. Con los últimos avances y el máximo de accesorios.

—No sabía que te gustaran los coches.

—Un capricho, no te lo voy a negar. Siempre quise tener un Lexus.

—¿De verdad quieres que lo lleve?

—No. Pero creo que yo no puedo hacerlo.

Padre e hija suben al Lexus RX400h, Rastro en la parte de atrás, resignado. El todoterreno es tan grande como dócil. M está acostumbrada a las marchas automáticas, en Alaska tiene un coche eléctrico, automático y cien veces más pequeño. Le sorprende lo fácil, y cómodo, que es llevar un automóvil tan grande. Recorren el camino y luego la carretera secundaria en silencio. Miguel juega con un cigarro en la mano, sin llegar a encenderlo.

—Me gusta el olor a nuevo —dice.

—¿Lo compraste hace mucho?

Con el tiempo, M ha aprendido a charlar. Es fácil mantener una conversación insustancial alrededor de cualquier cosa. Sólo hay que saber hacer las preguntas adecuadas. Y esperar que el otro se explaye en contestarlas. Una nueva pregunta, o un comentario, sobre algún detalle de lo que acaba de pronunciar dará pie a otra línea. Y así. Pero Miguel no habla por hablar. Como ella.

—Donde vives ahora, ¿es tan bonito como esto?

—Tiene su encanto.

—Yo creo que no podría vivir en otro lugar.

—Lo has hecho. Durante muchos años has vivido en la ciudad.

—Sabía que estaba a dos horas. Que volveríamos algún día. Tú, ¿has

pensado en volver?

—No lo sé.

—Te pregunto si lo echas de menos, eso sí que tienes que saberlo.

—¿La verdad?

Miguel se lleva el cigarro a la boca. Ha empezado a caer una lluvia fina. Imperceptible. Los limpiaparabrisas, automáticamente, se ponen en funcionamiento.

—Tengo la sensación, joder con la niña, siempre la he tenido, contigo — Miguel habla despacio, elige cada palabra con precisión, como un cirujano—, de que hemos hecho algo mal. Como si tu madre y yo te *falláramos*. Como si creyeras que no somos... suficiente.

M sigue con la mirada al frente, concentrada en la carretera. Miguel presiona el mechero del vehículo.

—Ahora mismo —continúa—. Sé que no apruebas que me haya gastado el dinero en este coche, que piensas que es un capricho de tu puto viejo que está a punto de morirse y que, seguramente, chochea. ¿Y qué si fuera verdad?

M está a punto de decir algo, pero Miguel no la deja.

—Me gustaría terminar —dice restregándose la cara, como si hablar le costase un gran esfuerzo—. Vas a pensar lo que te dé la gana, pero quiero que me escuches.

—Como siempre.

—Correcto.

Un silencio. Miguel ha perdido el hilo. ¿Por dónde iba? ¿Qué era lo siguiente? Circulan a cien kilómetros por hora, pero es como si no se movieran.

—Desde siempre, me has mirado de esa manera. Cuando tenías cinco años no parabas de hacer preguntas. Daba igual lo que te respondiera, más preguntas. Tenías que saberlo todo. Y tenías que juzgarlo todo, joder. Luego, llegó el silencio. Dejaste de hablarnos, como si hubieras decidido que no merecía la pena. Tus hermanos eran más pequeños, no teníamos experiencia, no sabíamos si aquello era normal. Tu madre y yo no parábamos de trabajar y tú nos mirabas como si lo estuviéramos haciendo todo mal. Debías tener trece años. Salías con tus amigas del cole, volvías a cenar y no abrías la boca.

—¿Mis amigas del cole?

—Sí, esas.

M aparta la vista de la carretera para buscar la mirada de su padre.

—¿Noemí y Montse?

—Supongo.

—Montaban a caballo, ¿lo recuerdas? Me invitaron varias veces a ir a la Hípica.

—Lo único que querían es que nos hiciéramos socios.  
—Podíamos pagarlo.  
—Pero ¿qué pintaba yo allí con esos señoritos? ¿Montar a caballo? ¿Estás tonta?  
—¿Y yo con sus hijas? ¿Recuerdas el coche que teníamos entonces?  
—El Seat Málaga.  
—Odiaba que vinieras a recogerme. No paraban de meterse conmigo por eso. Qué irónico, ¿no?  
—Era un buen coche. El primero que me compré.  
—Sí, lo sé. Y ahora no me importaría, pero entonces... ¡yo era una niña! Ellas tenían Mercedes, BMW, Audi...  
—Este es mejor que todos esos. Es un Lexus.  
M no lo sabe.  
—No creo que me hayas pedido que haga de taxista para recordar el colegio de monjas.  
—Joder con la niña. Tienes razón. Sólo quiero saber que no la vas a joder esta noche.  
—No pensaba.  
—Entonces, ¿para qué has venido? ¿A certificar que se muere tu viejo? No sabía que *eras* rencorosa.  
—Te puedo garantizar que no he venido a pelearme contigo.  
—¿Y qué esperabas? ¿Que estuviese ya en la cama, como una planta? Ahora sé lo que se siente al tomar esa droga de mierda.  
—¿Otra vez con eso? ¡Tenía quince años!  
—¿Y? ¿Sabes lo que se siente al ver una hija así? Al enterarte por la policía de con quién anda tu hija. Eso no puede olvidarse.  
—¿Tu hija? ¿Y si hubiera sido tu hijo? ¿Y si hubiera sido *tu* Carlos?  
—Pues no me hubiera sorprendido tanto. Siempre pensé que tenías dos dedos de frente. ¿Para qué te sirve ser tan lista? Dime, ¿para qué?  
—Para nada. Contigo no sirve nada que tú no quieras.  
—Y punto. ¿Ya está? ¿Eso es todo lo que tiene que decir la doctora?  
—Me das pena.  
—Pensé que era asco. Así que he mejorado.  
—He vuelto, pero no por ti. Sólo quiero que lo sepas.  
—¿Y le importa a alguien más? Si te vas ahora mismo, ¿crees que se darían cuenta? Tuviste una oportunidad, una oportunidad de quedarte con nosotros y no la quisiste aprovechar. Y ellos lo saben.  
—¿Qué has contado?  
Miguel ríe jactancioso.

—Hay cosas que no hace falta hablarlas, Margarita. Sabes que no soy de ir contando secretos por ahí.

—Tú sólo gritas, insultas... —M no se atreve a añadir nada más.

—Cuando me provocan, sí. Tengo sangre en las venas. Soy un hombre y haré lo que tenga que hacer para que esta familia salga adelante.

—¿Morirte? ¿Eso forma parte del plan?

—Por ahora está funcionando. ¿No te parece? Lo único de lo que quiero asegurarme es que esta noche no le jodas la vida a nadie más. Bastante tienes con lo tuyo.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes muy bien. Pasado mañana, cuando me enterréis...

—Pasado mañana, ¿piensas morirte tan pronto? —le interrumpe M.

—O al otro. Día más, día menos... Tú te volverás a Alaska, pero ellos se quedarán aquí. Serán ellos quienes tengan que lidiar con todo: la casa, la empresa, sus matrimonios... ¿O estás pensando en mudarte?

—Ni de coña.

—Me parecía. ¿Y qué piensas hacer? ¿A qué has venido? Eso es lo que no acabo de entender.

—Yo tampoco. Te miro y sé que todo lo que había pensado es una utopía. Pero mi hermana...

—¿Qué le pasa a tu hermana? ¿Estás celosa?

—Sólo faltaba. ¿Qué tal con Fernando?

—Anda, no me jodas, Margarita. ¿Qué te voy a contar yo que no te haya dicho tu madre? Hace cinco años que se casaron, ¿lo recuerdas? Te lo pregunto porque como no viniste a la boda...

—No hace falta que me lo recuerdes. Sólo quiero saber si es feliz.

Miguel no puede evitar una risa de hartazgo.

—Pues pregúntaselo a ella. O a tu madre.

—Ya lo hice.

—¿Y? ¿Tiene premio?

—Parece que sí.

—¿Parece? ¿No será que no era eso lo que querías oír? Tu hermana se casó con Fernando. Punto. Tiene menos títulos que tú, pero es más lista. Y ahora vienes tú con fantasías románticas.

—No es eso.

—¿Entonces?

—Nada.

—¿Entonces?

—Si me voy, todos felices...

—Porque sigues siendo una niña, una niña egoísta. Sigues creyendo que tus actos no tienen consecuencias, que puedes hacer lo que te dé la gana. Y así no se puede ser feliz.

—Si tú lo dices.

—Créeme. Soy tu padre.

—No quiero imaginar cómo sería...

—Créeme.

—Lo que tú digas.

M tiene la sensación de estar hablando en círculos. Su padre habla desde su experiencia. Propia y única. Como si pudiera aplicarse a cualquier ser vivo sobre el planeta. Si a él le ha servido para llegar hasta ahí, no cabe duda, ella no puede hacer nada mejor. Sabe que nunca conseguirá que le dé la razón. Miguel no cree hacer nada malo. Siempre ha actuado según su credo y ha sido ella quien no lo ha seguido. Por lo tanto, se merece que la hayan expulsado de esa jaula de oro. ¿Y? Una jaula de oro sigue siendo una jaula. M no se arrepiente. Ni lo más mínimo. Entonces, no tiene que pedir perdón. Eso es lo importante. Después de todo, como él le enseñó, se ha ganado el dinero con el sudor de su frente. Ha sido capaz de crecer, de conseguir los objetivos que se había marcado siendo fiel a sí misma. A pesar de. Ojalá su hermano, su madre, puedan decir lo mismo. Allá ellos. ¿Y su hermana? Es ella quien ha decidido estar donde está. Es una mujer adulta, fuerte. Lo mejor que puede hacer, se dice a sí misma, es respetar su decisión. Hacerle saber que estará siempre que la necesite. Cuando la necesite. ¿Para eso has venido?, se interroga, ¿para seguir callada?

—En algo sí tienes razón —dice.

—¿Lo dudabas?

—Había otras chicas más normales. Ana, Laura, Carmen... juntarnos era la única manera de sobrevivir; pero incluso estas, las *normales*, pasaban el verano en el pazo de su familia, en la playa, Sanxenxo o, las más pudientes, en el Mediterráneo. Cádiz, Valencia... parecía que estaban en la otra punta del planeta.

—Yo pensé que te gustaba el pueblo.

—Y claro que me gustaba. Lo que no me gustaba era tener que volver a aquel colegio con aquellas niñas pijas.

—Porque queríamos que tuvieras lo que nosotros no habíamos podido tener. Y ese era el mejor. No sabes lo que nos costaba pagarlo. Quizá si no lo hubiera hecho, hubiera cambiado de coche antes —llega a bromear, entre toses, Miguel.

—Con todo lo progre que eras y me llevaste a un colegio privado. —M no espera el impacto de sus palabras—. Había alguna monja que era una zorra, pero cuando llegué a la universidad me di cuenta de todo lo que había aprendido.

—En aquella época estaban muy de moda las escuelas públicas, pero allí te podías encontrar de todo.

—Mis primos fueron a una pública.

—Sí, por eso.

El recuerdo de Héctor sobrevuela el todoterreno negro. Ninguno se atreve a mencionarlo.

—Al menos, no me apuntasteis a ballet o al Conservatorio de Música...

—A ti no te gustaban esos rollos. Tú misma lo dijiste.

—Y es verdad. No me interesaba.

—Te apuntamos a natación. Era lo que tú querías.

M no recuerda exactamente ese momento. A esa edad, no encajaba en ningún sitio. Se sentía una intrusa dentro y fuera de su casa. Aunque insistamos en rememorar nuestro pasado, la memoria es frágil y caprichosa, se evapora, dejando el poso del sentimiento.

—Normal que no lo recuerdes. Nunca llegaste a ir. Fue aquel verano.

M sabe a lo que se refiere su padre. Tampoco recuerda esa escena de su vida, pero se lo han contado tantas veces que ya se ha creado su propia versión.

—Aquella profesora dijo que tenías un corazón fuerte, que servías para nadar. Y eso te salvó la vida.

## Matrimonio

—Parece que volvemos a encontrarnos —dice una voz a su espalda—. ¿Estás sola?

Marga se toma su tiempo para darse la vuelta sobre su toalla extendida en el césped. No ha reconocido la voz y no le apetece interrumpir la lectura. Casi se había quedado dormida, acunada por los escasos rayos de sol que consiguen atravesar la capa de nubes grises, perennes y perezosas, que cubren el cielo.

—Sí —dice.

Y termina de hacerlo, de darse la vuelta. Ahí está Fernando y su media melena, con un bañador de palmeras azules y unas gafas de sol Ray-Ban. ¿Se habrá despertado él con la misma resaca?, piensa. Para Marga lo peor no fue el vino que bebió durante la cena, ni los dos *gin-tonics* de después, lo peor fueron los chupitos de licor café que se tomó al llegar a casa con su hermana. A esto último le achaca el terrible dolor de cabeza que tenía hasta que el ibuprofeno ha empezado a hacer efecto.

—Qué raro —dice Fernando.

—¿Por? —responde Marga.

Fernando estira su toalla al lado de la de ella. Muy cerca, demasiado.

—Me ha llamado tu hermana —dice— para contarme que veníais las dos a la piscina. Que si me apetecía.

Marga no le da mayor importancia:

—Estará al llegar.

Espera la reacción de Fernando. Una risa histérica, un grito de bufón, algo que delate que se trata de una broma. No puede creer que Julia haya hecho algo así. ¿Por qué? ¿Para qué? Estarán escondidos detrás de los setos, riéndose a su costa.

Lo único que sucede es que Fernando se quita la camiseta y se tumba a su lado.

—Es lo que hay —dice—. Y ya que estoy aquí... ¿Te molesta que me quede un rato? Anoche dormí más bien poco. ¿Llegaste bien a casa?

—Soy mayorcita. Hace tiempo que sé cuidarme, ¿no crees?

—No veas la que liaron en el piso. Tu hermano está loco. Se le va mogollón la olla.

¿Carlos, loco? Marga no puede imaginarse lo que sucedió en el piso. La verdad es que se siente violenta teniendo tan cerca a Fernando y no puede pensar con claridad.

—¿Mi hermano? —dice.

Fernando bosteza. A Marga le desagrada su actitud. Esa mezcla de pasotismo y gánster perdonavidas con la que se ha sentado a su lado y se aplica crema solar en sus brazos y torso, modelados en el gimnasio. Ella también está cambiada, y él se ha dado cuenta. Le ha llamado la atención el tatuaje, que asoma de la parte superior del biquini, tan justa y apretada.

—Menos mal que Luisa sabe llevarlo —dice Fernando—. Hacen muy buena pareja.

Fernando se levanta las gafas para mirar directamente a Marga. Ella le mantiene la mirada, pero de una forma extraña, como si no lo reconociera, como si llevase todo ese tiempo preguntándose quién es ese extraño que se ha tumbado junto a ella.

—No te preocupes, no te voy a morder.

Esa es la capacidad que tiene Fernando: es capaz de leer los pensamientos de Marga. Por mucho tiempo que haya pasado, le basta con mirarla para saber lo que está pensando. Por mucho título universitario o muchos novios que haya tenido en la capital, Marga sigue siendo su Margarita. Vuelve al libro, *La hija del caníbal*, de Rosa Montero. Intenta concentrarse.

—Yo no les he puesto una pistola en la cabeza para que se casen. Pero me alegra que estés aquí.

—¿Ahora te vas a poner cariñoso? —dice Marga—. Tú eres idiota.

—Lo soy. Pero no de ahora. Porque dejé escapar a lo mejor que pasó por mi vida.

Marga no tarda en reaccionar.

—¿Ah, sí? Pues todavía estás a tiempo de ir a por ella. Coges la moto y carretera. No hagas esperar más a esa pobre mujer.

—Primero, tendrás que explicarme por qué me ha llamado tu hermana. ¿Se lo has pedido tú?

—Ni de coña, bonito —dice Marga, desdeñosa, condescendiente—. ¿Te crees que voy a estar toda la vida esperándote?, ¿que me voy a seguir quedando en casa los fines de semana por si decides aparecer? Estoy aquí porque se casa mi hermano. Tengamos la fiesta en paz.

—Yo nunca te pedí eso —dice Fernando—. Sigues igual de directa. Me

gusta. No pierdes un minuto.

—¿Y por qué iba a cambiar?

Marga se tumba de espaldas sobre su toalla, desea irse, desea lanzarse sobre Fernando; quiere saltar sobre él y besarlo, quiere saltar sobre él y sacarle los ojos. Una de las peores cosas que nos puede suceder en nuestra corta vida es enamorarnos de la persona equivocada. Marga aprieta los ojos con fuerza e intenta no pensar, olvidarse de todo y de todos. ¿Por qué ha hecho su hermana eso? Quizá dijo algo anoche, ¿algo que no debía? Sería tan fácil darse la vuelta y besarlo. Darse otra oportunidad. ¿Y luego qué? Un revolcón con tu primer novio. Son cosas que pasan. Y más en las bodas. Si sólo quedara en eso... ¿Por qué iban a querer algo más? Ya saben lo que se hacen. Ni siquiera un revolcón merecería la pena. Tendría que tragarse su orgullo. Eso es. Por eso está molesta con él: todavía no le ha pedido perdón.

—Perdona, Marga —dice Fernando.

—¿Cómo?

—Lo siento. Sé que a veces soy un poco capullo.

—Bastante. Un capullo y medio.

—Tú siempre fuiste quien tiró de la relación. No sé. Será eso de que las tías maduráis antes que los tíos. Joder, que contigo he hecho cosas que no he vuelto a hacer con nadie. *Carallo!*

En la exclamación, Marga reconoce al adolescente con el que perdió la virginidad en las entrañas de aquel castaño.

—Yo tampoco he vuelto a hacer algunas cosas...

—¿De verdad?

—Pues sí —dice Marga—. Pero ¿importa?

Fernando suspira y se acomoda sobre el codo izquierdo. Tiene las gafas de sol medio bajadas. Mira a Marga directamente, por encima de ellas, y eso le da un aspecto algo cómico, restándole transcendencia a lo que los dos sienten, cada uno a su manera. Para los dos igual de peligroso.

—Ni se te ocurra jugar conmigo —dice ella.

—Yo no le he dicho a mi hermana pequeña que me llamara.

—Yo tampoco.

—¿Entonces?

—Tendrás que preguntárselo a ella.

—Eso tampoco ha cambiado —dice Fernando—. ¿Sigues echándole la culpa a tu familia?

—¿A mi familia? ¿De qué?

—De todo. De las obligaciones que nadie te impone, de las responsabilidades que sólo tú te buscas.

Marga quiere, necesita, cambiar el rumbo de la conversación.

—¿Es verdad que haces ala delta?

—Sí, cuando quieras puedes venir conmigo.

—Ni loca.

—Me lo imaginaba.

—¿El qué?

—Que no te atreverías. ¿Sabes una cosa?

—No.

—Las conversaciones contigo siempre eran agotadoras. Todo el rato querías saber lo que sentía, lo que pensaba, en lugar de dejarnos llevar. Si eras así con quince años, no quiero saber cómo serás ahora.

Marga cierra el libro, se incorpora y dice:

—Mejor.

—Seguro.

Han quedado frente a frente y ninguno se aparta.

—Mucho mejor.

Fernando no se esperaba esa respuesta. La sorpresa le produce cierto regocijo. Están tan cerca. Le tienta volver a sentir sus labios, el contacto de su piel. Con su mano derecha, coloca un mechón de pelo detrás de la oreja de Marga. Ella tiembla imperceptiblemente. Sin apartarse. Tiene los labios secos, la boca entreabierta, permanece expectante, ella y el resto de su cuerpo.

—Vaya —dice Fernando—. Entonces, ¿cuándo quedamos?

Marga vuelve a tumbarse. De repente, se siente ridícula, estúpida, una niña.

—¿Para qué? Si puede saberse.

Fernando se aplica crema solar en la cara. Ha tenido que hacer un gran esfuerzo; deseaba tanto besar esos labios, abalanzarse sobre ellos, morderlos hasta encontrar su punto de ebullición. Todavía no sabe cómo ha sido capaz. Quiere disfrutar del momento, si vuelve a suceder, en un entorno más privado.

—Me gustaría que vinieses a volar conmigo. Esta tarde —dice Fernando. Lo ha dicho y ahora espera su premio.

Marga se gira hacia él. Once años después (podrían haber pasado cien), Marga vuelve a sentir la efervescencia de la casilla de salida. Ninguno dice nada. De nuevo, tumbados sobre el césped verde radioactivo de la piscina municipal, miran el infinito gris nube que cubre sus cabezas, desde muy lejos, en el tiempo, tan cerca en la distancia.

## Heroína

La abuela Nina lleva un rato en el cobertizo que hay al final del huerto. Lo suficiente para que los niños anden alrededor queriendo saber. Ya lo saben. Sólo quieren certificarlo. Han visto cómo la abuela cogía una gallina y se iba para allá. Aquello sólo significa una cosa. Los tres nietos —Margarita, Carlos y Julia— se debaten entre la curiosidad y el asco. Son demasiado jóvenes para entender que es necesario. Demasiado inocentes. Nunca se habían planteado de dónde provenía la carne que comen. Una cosa es saberlo y otra, verlo.

Julia pregunta dónde mata las gallinas mamá, allí en nuestra casa, dice. La abuela le explica que Ana compra las gallinas en el mercado. Y ya están muertas. Vivo y muerto es algo que los niños entienden pronto. A su manera. Lo que no entienden es el sacrificio. La necesidad de la muerte para que ellos sigan respirando. La vida mancha. Hay que mancharse de sangre, de mierda, de cosas peores para seguir adelante. Hay que levantarse, volver a levantarse y seguir. Hace mucho que Nina no pasa necesidades, pero todavía, en este momento, da gracias por tener a mano esa gallina. No hay trivialidad en ninguno de sus gestos.

Carlos es el que menos atención presta al proceso. Como si su masculinidad le otorgara una posición superior. Él es el hombre, podría hacerlo, parece decir con su altivez. Es sólo una gallina. Y Nina se lanza contra otra, parda, perdida, que picotea el suelo a sus pies. No llega a cogerla, no era su intención. Le basta con asustarla, sentir que el miedo la espolea hacia la otra punta del huerto, junto a la falsa protección del gallo.

Julia, agarrada a la cintura de Margarita, quiere y no quiere mirar. El ave se desangra en un barreño azul, redondo como la boca del pozo. Mira y se esconde en la camiseta de su hermana mayor. Vuelve a mirar.

Margarita no pierde detalle. Creía que la sangre era roja, pero el líquido que sale del cuello de la gallina es negro y espeso. ¿Es siempre así? ¿Por qué? Las respuestas de Nina son crudas, incompletas. Habla la tradición y no la ciencia.

El desplume se alarga en el tiempo. Aburre. Julia escapa a cualquier parte.

Carlos se marcha a la cantera con los primos. Margarita sigue ahí. Hipnotizada. Es un espectáculo desagradable. Y lento. Pero fascinante. Eso le parece. No basta con matar el animal, hay que prepararlo antes de llevarlo a la cocina. ¿Quién lo hubiera imaginado? Acaba de descubrir dónde irán los conejos, los cerdos, las gallinas y el gallo cuando su propietario lo decida. Nina no le da más explicaciones. Las vacas son para leche, pero cuando tienen terneros, se venden. Y eso la llena de tristeza. La postal campestre tiene una cara oculta. Brutal, bárbara. Donde Margarita encuentra crueldad, sólo hay supervivencia. Ella, a sus quince años, no puede justificar el sacrificio de un ser vivo con el que ha convivido un verano. No piensa comer. No piensa probar nada de lo que cocinen hoy. Así lo ha dicho.

Y Nina se limita, mecánicamente, a cumplir con su tarea. No le gusta desplumarlas, es la parte más monótona, pero no saben igual las de la carnicería. Merece la pena. Estas gallinas han comido los restos de su comida, han paseado por su huerto, incluso han echado a perder más de una y dos verduras, y ahora, sin rencor, a la cazuela. Saldrá un buen guiso, está segura e ilusionada. Ni siquiera necesita analizarlo. Ha sido otro verano juntos. Y esa niña, que no deja de mirarla, de acosarla a preguntas, está a punto de florecer. Es lista como un ratón, demasiado, y tan curiosa que no deja de hacer preguntas como si siempre hubiera una respuesta. Entiende que su madre lo quiera todo para ella. Podría tenerlo. Nina espera que así sea. Ojalá. Ojalá su Alfonso estuviera ahí para verlo. No hay un día que no piense en él y en cuánto lo echa de menos. En lo bien que estarían. Y lo cierto es que su realidad sería otra. Sin la necesidad, quizá ninguno de sus hijos hubiera emigrado a la ciudad en un país donde los pueblos se han quedado vacíos. Y quizá ninguno de sus nietos hubiese llegado siquiera a pensar en estudiar en la capital. La vida nos obliga. Aquella moza regordeta que dio su primer beso, al único hombre que la besaría en toda su vida, bajo esa higuera que contempla ahora mismo, nunca imaginó un futuro como este. Sólo sabía que quería una familia, muchos hijos, y que aquel chico que le decía aquellas cosas, también. El resto es la historia de otra vida anónima consagrada a un único objetivo: ellos.

—Acércame —dice— la bolsa esa que tienes ahí.

Margarita obedece. No aparta la mirada ni un instante del cadáver. Desde ahí puede ver sus poros, cómo las plumas se introducen en la piel. La cabeza yace al lado del barreño. Tiene los ojos abiertos, un jirón de piel delata que el corte no ha sido limpio. El aire está cargado, huele a sudor y sangre, pero Margarita no tiene miedo. Nada. Siente pena y lástima. Le sorprende la seguridad de los gestos de su abuela, su rudeza. Esas son las mismas manos que la acarician a ella, que tantas veces la han consolado durante este verano de

enfrentamientos y peleas. Ella y su madre siempre han estado a su lado, turnándose para subir a su habitación cuando estaba castigada. Han sido unas cuantas veces. Su padre, le dicen todos, sólo quiere lo mejor para ella. ¿Y lo que quiere ella? ¿A nadie le importa?

Margarita coge una pluma del suelo y disfruta de su tacto.

—¿Qué es eso de que tienes novio? —espeta Nina.

—¿Qué dices, abuela. ¿Novio?

—Algo hay, ¿no? Tanto arreglarse para ir de paseo... —Nina habla sin mirarla, como si así pudiera ser más sincera—. Lo que no acabamos de saber. El quién de estos. Y tu hermano no suelta prenda.

—Porque no tengo novio —dice Margarita, cordial, coqueta—. Son todos unos críos.

—Pues tú ten cuidado con los críos. Y con los mayores.

Nina se detiene. Margarita no entiende el último comentario y no se atreve a preguntar. ¿Los mayores? Nina, con la muñeca, se rasca la punta de la nariz, y con el antebrazo se restriega los ojos para apartarse el sudor.

—Tú sabes lo que hace el gallo con las gallinas, ¿verdad?

La pregunta de Nina permanece suspendida en el aire viciado del cobertizo. Margarita tiene la mirada clavada en el suelo, en la cabeza de la gallina que yace junto al barreño. Solemne, aguanta el sermón —no sabe a cuento de qué— sobre lo que los chicos quieren y las chicas pueden darles. Porque una vez que lo han tenido, lo normal es que no vuelvan.

—Sobre todo algunos chicos. Tú lo que tienes que hacer es saber a quién puedes dárselo. No como las putas de las gallinas —dice levantando el cadáver—, estas tontas se van con cualquier gallo. Por eso, a ellos, les parecen todas iguales. Ese es el poder verdadero que tenemos todas las mujeres, el poder de aquí abajo. Y tú ya eres una mujer. Con todas sus cosas.

Hay algo sórdido en este momento. No es una abuela advirtiéndole a una nieta, es un general entregando el arma secreta al mejor de sus soldados. Pero ¿cuál es la guerra?, ¿quién el enemigo? Marga suma su desconcierto a las emociones anteriores. Una escena extraña que sucede en el interior de un cobertizo a finales de un verano intenso. Una ligera brisa mueve las plumas de sitio y Margarita no sabe si quiere darle las gracias a su abuela o salir corriendo.

—¿Te queda mucho? —dice.

Nina le devuelve la mirada con ternura. La mezcla de colores en el paisaje ya anuncia el otoño alrededor del cobertizo.

## Matrimonio

Después de la piscina, Marga y Fernando montan en ala delta. El vuelo dura unos cincuenta minutos, bajan por el río Miño, sobrevuelan O Cabo do Mundo hasta llegar a los cañones del Sil y regresan. A Marga, esa nueva perspectiva, le ha permitido reencontrarse con sus recuerdos más olvidados. Excursiones por aquellos bosques, juegos en la cantera abandonada —que ahora vuelve a estar abierta—, fines de semana en el embalse con sus padres, sus hermanos y alguna otra familia. La sobrecogedora naturaleza, la impudicia de ese mar de ramas y hojas y calveros que el hombre se ha empeñado en cubrir de vides hasta el mismo cauce. Esa belleza primigenia. Y salvaje. ¿Por qué no recuerda su infancia en la ciudad? ¿Son los veranos y su incandescente memoria todo su pasado? Miramos hacia atrás y sólo vemos lo que queremos ver. Nos construimos un ayer que justifique nuestro presente y, según nuestro estado de ánimo, nos depare un futuro positivo o negativo.

Nada más tomar tierra, Fernando la invita a su casa, un chalé en las afueras del pueblo, donde antes estaban las huertas. Coqueto, pero con los muebles aburridos que cualquier soltero elegiría para cubrir el expediente de la decoración: práctica y minimalista. Sin libros. ¿Cómo era aquella frase?, bromea Marga, Algo como «si vas a casa de alguien y no tiene libros, no te acuestes con esa persona». Algo parecido. Cuerpo sano y mente sana a todos los niveles. Fernando, seductor, le pregunta por ella y Marga le explica que es de ese tipo de personas que compra libros que nunca leen. Siempre tiene un montón de novelas históricas por casa, la acompañan en sus mudanzas, a la espera de su momento. Cree que ahora, una vez terminada la tesis doctoral, tendrá más tiempo para ello. Pero ni aquí he podido terminar la novela que me prestó mi madre, dice. Abren una botella de vino, la elige él, le explica los matices que tenía que encontrar en aquel líquido oscuro como la sangre de una gallina. Y Marga contesta a todo que sí. Luego, quizá por el alcohol, le cuenta una anécdota que no ha contado a nadie. Al poco de llegar a Madrid, alguien le recomendó *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar. Lo compró, empezó a leerlo, lo perdió en el metro y,

tiempo más tarde, lo encontró en una librería de viejo, estaba segura de que era el mismo ejemplar, para volver a perderlo. Tozuda, ese mismo día lo encargó en la librería de su barrio. Ese ejemplar tampoco consiguió terminarlo. No sabe dónde estará el libro ahora. Marga cuenta el final de su anécdota en el jardín trasero del chalé, mientras comen alguna sobra rescatada del frigorífico. Poco romántico, pero sabroso. Fernando se maneja con soltura cocinando. Se siente cómodo, lo disfruta y se nota que, aun viviendo solo, lo hace con regularidad.

Esa fachada del chalé está cubierta por una enredadera. *Passiflora edulis*, dice Marga, recordando su nombre de las aburridas clases de botánica. Una pasionaria, confirma Fernando. El fruto de la pasión, con sus cinco pétalos como corona de espinas, exuberante como el órgano genital femenino. Se sientan en el pequeño balancín que hay al lado. Fernando dice que nunca lo usa. También dijiste que nunca bebías, insinúa Marga. Imagínate, un enólogo que no bebe vino. Además, hoy no pienso conducir, flirtea él, tan cerca. Terminan la botella de vino entre risas y confesiones, adornando un periodo que ninguno de los dos ha compartido, la universidad, que podría tener otras tantas exégesis. Y aquí estamos. Otra vez, dice, aunque, en realidad, nunca han estado en esa casa, en ese patio, en ese balancín. Sigues siendo preciosa. ¿Recuerdas qué te dije que pasaría si volviéramos a encontrarnos?

Luego, se besaron. Es un beso interrumpido. Un beso que han empezado a darse mucho tiempo atrás. Y ahora retoman. Sienten la electricidad en sus labios. Esa emoción rescatada y los nervios. Marga suelta una carcajada y dice algo sólo para llenar el vacío, para ocupar el espacio, mínimo, que los separa de aquel abismo hacia el que ambos se dirigen. Fernando vuelve a besarla. Una de sus manos se desliza por debajo de la camisa de Marga. Las yemas de sus dedos, después de tanto tiempo, vuelven a tocar aquella piel. No hay mayor placer que el de la reconquista de un espacio que uno mismo ha abandonado. Alimento para el ego. El sexo como manifestación de poder. Fernando le pregunta a Marga si quiere subir a su habitación. Es un susurro, una frase lasciva sin adjetivos malsonantes, el deseo hecho palabra. Y ella dice No. No sabe por qué. Intuición.

Le dice que no, que no quiere subir y Fernando vuelve a besarla, insiste debajo de su blusa y ella se levanta del pequeño balancín que hay al lado de la enredadera, *Passiflora edulis*, que cubre la fachada principal de su chalé. Todavía no, sonrío, inocente.

Se marcha de casa de Fernando y está el resto de la tarde desaparecida. Leyendo. Cuando regresa a su casa, allí están todos, absorbidos por el frenesí de última hora y un oído puesto en las noticias. Nadie se ha dado cuenta de su ausencia. O nadie dice nada. Ignorantes. O cómplices. Cenar, lo mismo, hablando de la boda de Carlos y del secuestro de Miguel Ángel Blanco. En

Ermua han llenado la plaza del Ayuntamiento de velas. Han formado la palabra «Libertad». Familias enteras van a pasar allí la noche. Otras ciudades los acompañarán en la vigilia. Carlos comentó que algunos amigos, que estarán al día siguiente en la boda, le han dicho que también iban a hacerlo. En la plaza de María Pita de A Coruña.

—¿Y si lo cancelamos? —pregunta.

Todos esperan a que hable Miguel. No es un silencio premeditado, sólo la fuerza de la costumbre. Luego, todos podrán expresar sus opiniones.

—No arreglarías nada —dice—. ETA no va a detenerse porque tú lo hagas. Si quieres, vamos a Coruña, todos, a la vigilia esa y volvemos mañana a primera hora. Pero te casas.

Incluso Marga tiene que reconocer que es lo más lógico. No comparte su ilusión respecto a la ceremonia, pero ¿de qué serviría cancelarla? Ana, en una de las cabeceras de la mesa, no puede evitar emocionarse.

—No llores, mamá —dice Julia—. Todo va a salir bien.

—No va a salir bien, Julia, no. Lloro por lo que tiene que estar pasando esa pobre madre que sabe que no va a volver a ver a su hijo. ¿De qué sirve que pasemos la noche en vela, que nos hagamos más de trescientos kilómetros?

—Pues sí que sirve —responde Marga—. Sirve para que mostremos nuestra solidaridad, nuestro apoyo. Para decirles a los de ETA que no pueden hacer lo que les dé la gana.

—Lo van a seguir haciendo —dice Julia—. ¿Te crees que les importa lo que hagamos?

—Pues no sé si a ellos les importa, pero a mí sí. Y por eso tenemos que hacerlo. Puede que no consigamos detenerlos, pero, al menos, que sepan que estamos aquí. Que no estamos con ellos.

—Entonces, ¿propones que cancele la boda? —quiere saber Carlos.

—No —contesta con rapidez Marga, sorprendida de que le pida directamente su opinión—. Yo no soy nadie para decirte que canceles o sigas adelante con tu boda.

Miguel, que ha permanecido en silencio durante el intercambio de opiniones, dobla su servilleta con pulcritud y la deja junto a su plato.

—Tú, ¿qué harías? —dice, mirándola directamente a los ojos, mientras el resto permanece en silencio.

Esta vez Marga sí recapacita su respuesta.

—Casarme, sin duda.

Padre e hija, hombre y mujer se miran.

—Lo sabía —dice Miguel. Y asiente.

Ambas afirmaciones son ciertas. Nadie, ni un grupo de terroristas sumados

a las circunstancias más desfavorables impedirán que Marga actúe como cree que debe actuar. Lo lleva demostrando durante toda su corta vida y todavía tendrá que demostrarlo más adelante. La vida es eso que sucede mientras hacemos otros planes, dijo John Lennon, sólo las personas con determinación consiguen mantenerse en el camino que ellas han elegido, fieles a sí mismas.

## Heroína

Fernando paga los dos refrescos y la bolsa de patatas fritas. Le ofrece uno de los vasos a Margarita y mira a su alrededor. Esta noche no es una noche cualquiera. Es la primera vez que salen. Juntos. No son ellos caminando por el bosque, ni al azar de las calles del pueblo. Es una cita. Son las fiestas patronales y todo el pueblo puede verlos. Engalanados, cogidos de la mano, como por casualidad. Han conocido partes más secretas del cuerpo del otro, pero nunca se han tocado en público. Hay algo de definitivo en esta ceremonia. Para Fernando, una mezcla de orgullo, satisfacción y conquista. En Margarita, dicha, una dicha contenida, sin aspavientos, que puede entenderse con sólo observar su cara.

—Hoy estás guapísima —dice Fernando.

—Gracias.

—¿Quieres otra?

—No, qué va.

La verbena significa el final del verano. Hay familias con niños, parejas de adolescentes, parejas no tan adolescentes que están allí por el cotilleo de quién está con quién y quién se ha puesto qué. No hay maldad. Son acólitos del aburrimiento, la costumbre, la monotonía, que han apagado el televisor para buscar en la realidad los mismos ingredientes.

—Ahí están tus padres. ¿Quieres que los saludemos?

Margarita dice No, tira de la mano de Fernando en sentido contrario y se escabullen. Miguel y Ana los han visto, claro. Sospechas confirmadas. Así que los rumores eran ciertos. Miguel se reprime de ir tras ella. Le pregunta a Ana:

—¿Tú lo sabías?

—Lo mismo que tú, Miguel, he oído. Pero ella no dice nada. Ya sabes cómo es. Por favor, aquí no.

—Luego, en casa.

A Miguel le molesta que su hija haya elegido a ese chico porque su padre y él se odian, primero, y porque es un niño pijo de pueblo, lo peor que hay, después. Le queda el consuelo de que pasado mañana volverán a la ciudad y

aquello será lo que es: un amor de verano. Su hija sobrevivirá. Eso es lo importante. Y Miguel no puede evitar cierta satisfacción al pensar que el alcalde estará igual, o más jodido que él, cuando le vayan con el cotilleo de con quién está saliendo su hijo.

Margarita y Fernando tienen planes mejores que estar toda la noche en la plaza. Faltan dos días para separarse, pero todavía no ha llegado la tristeza, el miedo o la desazón. Ahora mismo sólo piensan en trazar un mapa de sus cuerpos, dibujar constelaciones de besos, volver a vivir ese instante único y fugaz en el que nos creemos el centro del universo.

Llegan al aparcamiento de la discoteca, todavía dados de la mano, borrachos de felicidad. Saludan a Héctor y sus amigos junto al Volkswagen Golf abollado.

—Queríamos pillar algo —dice Fernando.

Pero para él no va a ser barato. Ni fácil.

—La canija se ha liado con el hijo del alcalde. Tiene cojones —dice uno de los otros—. Joder con tu prima, *nenó*.

—¿Tú lo sabías? —dice otro.

—El pijo este maricón.

Son cuatro. Están sentados sobre el capó del coche. Tienen un mini cada uno. Y fuman. Le ofrecen una calada a Margarita. No a Fernando. Ella es de los suyos. Hay un sentimiento de clase, de pertenencia al grupo, de traición. Margarita quiere marcharse. Vámonos, dice, tira de la mano de Fernando. Él la suelta. Dieciséis años. ¿Os pasa algo?, dice. Finge estar tranquilo, tenerlo todo controlado. Cree que no tiembla. ¿A nosotros? Nada, es Héctor avanzando hacia él. Pero puede que a ti sí te pase. Pronto. Margarita se interpone entre ellos. Eso, venga, grita Héctor, Fuera de aquí. No vendemos a pijos de mierda. Para eso está el bar del Paredes, el amigo de tu papá. Y tú, ¿qué te había dicho? Cría, que eres una cría. Se lo pienso contar a tu padre, escupe hacia ella, Verás cuando se entere. Vas a flipar.

Esas palabras resuenan en Margarita, pero no dice nada. Agarra fuerte la mano de Fernando. Siente su sudor. Intenta que no parezca que es ella quien lleva el timón. La pareja se aleja unos pasos.

—Eso, vete con tu papaíto, *hijoputa* —dice otro.

Fernando se da la vuelta y el otro dice Qué miedo y Fernando suelta la mano de Margarita y vuelve donde el otro y lo empuja con las dos manos en el pecho y el otro lo coge del cuello y Héctor los separa y llegan miradas de los coches vecinos. Venga, va. Que te pires. Las caras muy cerca. La yugular hinchada. Los ojos ciegos.

—Hijo de puta lo será tu puta madre —dice Fernando, también escupe—.

¿Eh, gilipollas?

—Que sí, que sí, que eres muy gallito. Pírate ahora, nenaza —insiste Héctor.

Margarita agarra de la camiseta a Fernando, tira de ella hacia atrás, a punto de romperse.

—No me voy hasta que no me vendas lo que hemos venido.

La frase sale así, abrupta, sin preposiciones, con la violencia del miedo. El otro suelta el cuello de Fernando. Le da un par de cachetes en la mejilla y sonrío condescendiente. Todavía se acaricia la perilla antes de decir Claro, aquí estamos para servirlo y se marcha hacia el maletero. Margarita sabe que algo va mal. Cuando ella venía sola, lo que le daban, lo sacaban de la guantera. Los otros tres, incluido Héctor, se despliegan a su alrededor, trazan una especie de círculo alrededor de ellos y el coche.

El otro saca un *linchaco*,\* Margarita grita Corre y consiguen salir del círculo. Fernando detrás, a toda velocidad, camino del arroyo. Los persiguen y los insultan. Gritan sus nombres, ahora indiferentes a llamar la atención, heridos, necesitan resarcirse del agravio. No les importa todo lo demás. Locos.

Fernando se pone en cabeza y tira del brazo de Margarita. Se conocen esa parte del bosque. Aunque sea de noche, aunque no se vea más allá de un palmo de luna, mantienen una buena distancia con sus perseguidores. Hasta que tropiezan. El pie derecho de Fernando golpea una raíz que sobresale del suelo y cae. Y Margarita es arrastrada con él en la caída. Dolor. En las palmas de las manos, en las rodillas. El vestido lleno de tierra, pegado por el sudor. Se levantan e intentan continuar la escapada. Los otros están demasiado cerca. Afortunadamente es de noche, apenas se ve nada. Todo son siluetas grises. Hay alguien donde hay movimiento. Muy quietos, Margarita le explica su plan a Fernando. Se mueven despacio, agachados, intentando no hacer ruido. Contienen la respiración. Ahí está. Están dentro. Del castaño gigante. Ahora se arrepienten. Si los descubren, no tendrán escapatoria. Ni siquiera podrán defenderse. Pueden asegurar la entrada, eso sí. Evitar que alguien entre parece más fácil que continuar huyendo. No tardan en oír sus pasos, sus voces, sus gritos e insultos justo al lado. Primero hacia ellos, luego entre ellos mismos. Se hablan a gritos, se acusan, siempre con el «hijo de puta» en la boca. Se alejan. Margarita y Fernando siguen con la espalda pegada a la corteza del árbol, parapetados, cada uno a un lado del agujero que hace de entrada.

Una piedra, del tamaño de un puño, lo atraviesa. Se desliza hasta el otro extremo del suelo de hojas secas. Margarita y Fernando se miran en silencio. Tragan saliva. ¿Lo saben? ¿Cómo pueden haberlos descubierto?

Otra piedra, del mismo tamaño, hace el mismo recorrido. Fernando coge un

palo. Lo único que tiene a su alcance. No es muy largo, no es ancho, pero acaba en punta. Podría clavárselo a alguien. Aguzan el oído.

—Tú, hijo de puta, ¿dónde te metes? —es la voz del otro, el que sacó los *linchacos*, a grito pelado.

Debe de estar lejos, piensa Fernando.

—Voy, hijo de puta —grita Héctor.

Margarita lo reconoce. Está cerca, aquí al lado, junto al árbol.

Una pequeña bolsa de plástico transparente, con polvo blanco en su interior, atraviesa la entrada del castaño gigante y cae en el suelo de hojas.

—Estos deben estar ya en casa de papi y mami —grita Héctor, alejándose de ellos.

Todas las vidas tienen un instante en el que pueden brillar. Algunas personas, llegado ese momento, no saben qué hacer, otros ni siquiera se percatan de que han tenido su oportunidad. En una sociedad corrupta, el héroe no necesita realizar una gran hazaña, basta con que sea honesto. No es necesario ser valiente, ni ídolo ni famoso, ni dios, semidiós o superhombre. Decente, justo, honrado, pequeños gestos contra grandes hazañas, la persona anodina contra el villano que, por un momento, cambia de idea. Las circunstancias nos ponen a prueba, batalla tras batalla, sin saber si ganaremos la guerra, con la única motivación de seguir nuestros valores y la seguridad del anonimato.

Poco a poco, vuelve a instalarse el silencio en el bosque y los corazones de Margarita y Fernando se calman. Pero Margarita no puede dejar de pensar en la amenaza de Héctor: Se lo pienso contar a tu padre. Verás cuando se entere. Vas a flipar. Busca la mano de Fernando. Siente que siguen ahí, unidos. Para siempre.

## Matrimonio

El día de la boda de Carlos y Luisa, el día que termina el plazo de cuarenta y ocho horas estipulado por los terroristas, Marga y Julia intercambian vestidos, se ayudan con el maquillaje y el peinado hasta convertirse en dos joyas, rubí y esmeralda. La mayor, ilusionada, orgullosa del nuevo giro que ha dado su vida, el reencuentro con el hombre que amó (¿sigue amando?) a los quince años, al que ha pedido tiempo para entender la nueva situación. Julia, la pequeña, igual de brillante, sólo desea que sus temores se hagan realidad.

El vestido de Julia le queda bien a Marga. Quizá, en otras condiciones, no se pondría esa prenda, pero hoy se atreve. Las dos hermanas brillan, cada una a su estilo. Dos joyas que se parecen más de lo que puede observarse a simple vista. Julia reconoce que fue ella quien llamó a Fernando. No se arrepiente. Sólo tiene que mirar la cara de Marga para darse cuenta del resultado. Y le pide detalles sobre ese torrente que arde en su interior. Pero Marga se pierde en vaguedades. Sólo que sí, que luego estuvieron con el rollo ese del ala delta y volvieron y tomaron una copa de vino en casa de Fernando. Pero si no bebe, dice Julia. Eso le dije yo, Marga. ¿Para qué entrar en detalles que ni ella misma sabe lo que significan? Lo relata emocionada, dándose importancia. Más para satisfacer a su hermana pequeña que por sus propios sentimientos. Confusos. Julia se alegra. Le pregunta si van en serio. Y Marga no sabe qué contestar. ¿Van? Le da la impresión de que han llegado al plural demasiado pronto.

—No, qué va. Somos amigos —dice.

—Pues a mí no me ha llevado nunca en ala delta. No debemos ser tan amigos —Julia lo dice como una broma, sin dejar de maquillarse.

Las dos están radiantes, cada una a su manera, unidas por un vínculo invisible que no tiene que ver con su parentesco. Entusiasmadas: se casa su hermano. Hoy. Y van a ser tías. Ninguna acaba de creérselo. Luisa conseguirá así su carné de medio hermana, conseguirá que la admitan en la familia Durán dando a luz al primero de los nietos, que además perpetuará el apellido. Si fuera un varón, la felicidad de Miguel, el páter familias, sería máxima.

—¿Se sabe algo del secuestro? —pregunta Julia, como si de repente se hubiera acordado.

Marga niega con la cabeza. Mientras desayunaba ha hojeado varios periódicos. Han publicado la carta de la madre de un etarra pidiendo a los secuestradores que no cumplan su amenaza, fotos de las vigilias que se sucedieron en todo el país, pero ninguna pista de dónde puede estar retenido Miguel Ángel Blanco. Una bajera, eso dicen, puede estar en cualquier bajera. Marga no conocía esa acepción para la palabra. Es un hueco, un agujero en una pendiente de una cuesta. Hay gente capaz de meter a una persona en un agujero en el suelo y vivir con ello. Marga, doña causas perdidas, está a favor de que cada uno pueda decidir su futuro, que cada cual sea dueño de su destino, pero violencia, cero. Nunca. Marga recuerda una frase que le impresionó mucho, «Se puede morir por las ideas, nunca matar», del anarquista Melchor Rodríguez.

Hoy a las cuatro de la tarde termina el plazo.

—¿Estás preparada? —pregunta Julia.

Marga lanza un último vistazo, una vuelta, última, completa frente al espejo de su habitación.

—Vamos.

12 de julio de 1997, la mañana se abre ante ellas como un campo a la primavera.

Minutos antes del Sí, quiero, Carlos llega a la explanada de la bodega acompañado de Ana, su madre. Lleva un traje negro con un clavel rojo en la solapa y un chaleco gris. Está guapo y elegante. Orgullosa. Recibe las felicitaciones de sus amigos con el pudor del que no está acostumbrado a ser el centro de atención. Después, se dirige hacia uno de los extremos, donde han situado el altar para la ceremonia. Allí, según les han explicado, tiene que esperar a que llegue la novia. Quince, veinte minutos después, Luisa se baja de un Mercedes ML gris escoltada por Miguel. El vestido de novia, color perla, se curva sospechosamente a la altura de la barriga de Luisa.

—El modelo no es muy favorecedor para una embarazada —dice Julia.

Miguel lleva un traje muy parecido al de Carlos y, también, un clavel rojo en la solapa. La tensión le hace parecer aún más circunspecto. Julia parece ser la única que disfruta de la situación. Es, por qué no decirlo, más frívola. Marga recuerda lo nerviosa que estaba el día de la lectura de su tesis doctoral, hace sólo un mes. Nervios que se debían a su inseguridad. No al trabajo realizado. Siempre le sucede en situaciones de protocolo. Cuando se sienta a la mesa, sabe que no recordará qué pan le corresponde, ¿el de la derecha o el de la izquierda? Así que

hará lo de siempre: esperar a que los demás se sirvan primero. Cuando tiene que ir a algún evento, le pasa incluso con la ropa. Nunca sabe qué es lo apropiado para esa situación. Afortunadamente, no tiene muchos vestidos donde elegir y esto limita sus dudas. O vale el verde que ha traído para la boda, aunque al final se haya puesto el que le ha prestado su hermana, o no le vale ninguno de los que tiene. Esos jóvenes, de armarios saturados y modales refinados, ella se los imagina como Fernando: frívolos, con tiempo libre para malgastarlo y dinero para comprarse caprichos. ¿Un ala delta? ¿Cuánto puede costar la cámara réflex que lleva ahora mismo al cuello?

Suena la marcha nupcial hasta que los novios llegan al altar. Hay una luz suave, de terciopelo amarillo que se cuelga entre las ramas de los árboles que rodean la explanada. Comienza el discurso de uno de los amigos, humorista, de Carlos y Luisa. El resto de los invitados, de pie, escuchan, ríen. Alabanzas. Marga se aburre en este tipo de rituales. Ha sido cómplice de este hasta sus últimas consecuencias. Al menos, de la decoración y del banquete. Lo ha hecho por Carlos y por Luisa, aunque no crea para nada en todo esto. ¿No son este tipo de cosas las que se hacen por la familia? Dejamos a un lado nuestras convicciones para ayudar en la felicidad del otro. Marga siente la emoción que la rodea y eso puede llegar a sobrecogerla, pero, al mismo tiempo, no lo ve práctico. Esa es la palabra. Le sucede lo mismo con el resto de efemérides impuestas: los cumpleaños, las Navidades. Si pudiera, las eliminaría de su calendario.

El cómico cede su protagonismo al concejal. Él será el encargado de officiar el casamiento. Carlos llegó a tomarle el pelo a su padre con la noticia de que los casaría el alcalde, que ni siquiera está invitado. Su hijo, Fernando, sí, claro. Incluso, le contó Luisa, les sorprendió su oferta de hacerles el álbum de fotos de boda a sabiendas de que sus padres no irían. Estos eventos, en sitios tan pequeños como este, parafraseó Luisa las palabras de Carlos, sirven para posicionarse dentro del estatus.

Marga escucha las primeras frases del político y vuelve a desconectar. Preferiría estar leyendo. Casi ha terminado el libro que le prestó su madre. Durante el curso, Marga tiene que conformarse con leer en sus desplazamientos en metro o al final del día, cuando, derrotada, llega a la cama y apenas aguanta dos o tres páginas antes de dormirse. Le seduce la idea de leer estos libros, y otros, en tardes exclusivas para esa tarea, después de largas jornadas de investigación. Todo esto lo piensa Marga mientras los novios, Carlos, su hermano, y Luisa, su inminente cuñada, y el resto de invitados fingen escuchar con atención las frases del concejal, rescatadas de algún mitin —seguridad y progreso, economía dinámica y justicia social, porque ellos son la fuerza

renovadora, moderada y populista—, mezcladas con alusiones al secuestro de Miguel Ángel Blanco por parte de ETA, un crimen que, asevera, atenta contra nuestro sistema de derecho. Alguien entre el público finge toser y se escuchan bisbiseos, tímidos, entre el respeto y el hastío. El concejal, aludido, les ordena que se besen y todos los invitados aplauden. Alguien grita Viva los novios y los más sensibles lloran mientras los más mezquinos vuelan hacia las mesas donde se celebrará el convite.

Marga y Julia, hoy las hermanas del novio, llegan a la mesa principal. Desde ahí pueden ver a todos los invitados y todos los invitados pueden verlas a ellas. A Ana se le ha corrido el maquillaje, tanta lágrima, y le pide a Julia que la acompañe al aseo. Marga se queda a solas con su padre mientras Carlos y Luisa siguen saludando a los invitados que todavía no habían besado.

—¿Estás orgulloso? —pregunta Marga.

—Es para estarlo, ¿no crees? Siempre creí que lo harías tú primero. Con ese de ahí —contesta Miguel, haciendo un gesto hacia Fernando, en modo fotógrafo intrépido.

Marga no puede evitar reírse. Lo hace de una manera demasiado forzada, pero Miguel aparenta no darse cuenta.

—Eso fueron cosas de críos. El hijo del alcalde, un buen partido, sí. ¿Te hubiera gustado? Creí que no os llevabais muy bien.

—Perdiste una muy buena oportunidad.

Pues cástate tú. Yo estoy muy bien como estoy, piensa Marga. Ella como ofrenda, como premio a los méritos del varón.

—Soltera. Así te vas a quedar —dice Miguel, sin dejar de sonreír al resto de invitados.

Soltera. No hay violencia en su forma de decirlo, ni siquiera el significado es peyorativo. Quedarse soltera. ¿No es lo mismo que le dijo su hermana? Es el desprecio de su padre a la vida que ella ha elegido lo que hiere a Marga.

—Perdona, tengo que ir un momento al baño.

Marga se disculpa. Aturdida, abandona la mesa principal. Sale en dirección contraria a los aseos y camina, primero entre los árboles y luego entre las vides, alejándose de la algarabía. Respira, respira hondo y se llena los pulmones de aquel paisaje. Verde, que le ha visto crecer, hacerse mujer y volver a cometer los mismos errores. ¿Se puede ser tan tonta?, se pregunta. Una y otra vez. La misma piedra. Y lo peor es que esa piedra depende sólo de ella, de la importancia que ella le otorgue. Está ahí para la boda de su hermano y eso es lo que va a hacer.

—¿Marga?

Alguien grita su nombre. Irremediable. Marga se gira. Fernando. Lo mira sin atreverse a ir hacia él. Incluso levanta una mano, abierta, con los dedos muy

separados, para decirle que se esté quieto, que no siga avanzando hacia ella, que haría mucho mejor yéndose a otro continente, desapareciendo de su vida, de su memoria, de sus recuerdos.

Desde la explanada llega la música de un vals.

—¿Pasa algo? —insiste Fernando, cámara al cuello. Sin moverse—. Te he visto salir corriendo...

Marga empieza a llorar. Es justo lo que no quiere hacer, pero no puede evitarlo. Llora. Y lo primero que piensa es que a ella también se le va a correr el rímel, como a su madre, y que también tendrá que pedirle a Julia que la ayude. Fernando llega hasta ella y la abraza. Y ella no quiere, pero se deja. Es bueno sentir el calor de otro corazón cuando se está hundido. Es necesario que alguien, alguna vez, nos toque. El contacto nos demuestra que seguimos vivos, que podemos sentir. ¿Dónde estuviste todo este tiempo? ¿Por qué ahora?

—¿Qué ha pasado?

Marga no contesta. No hay palabras. Cómo explicar los años de soledad, de angustia, de miedo, de inseguridad. Porque sí, ella lo ha conseguido, se ha licenciado, ha obtenido la mejor nota posible con su tesis doctoral, pero hace mucho tiempo que nadie la abraza de esa manera. Es el precio de la independencia. La soledad. No tener a nadie que, en los momentos de duda, una pareja, una madre, un padre, nos empuje, incluso nos regañe para intentar motivarnos. Extrañamiento. Dependemos de otros, de su apoyo frente al único baremo, fútil recompensa, de una nota a final de curso, un título al final del camino, un salario. No se arrepiente, sin duda, sus decisiones han sido lo mejor para su carrera profesional, porque ella es buena, muy buena en lo suyo y, aunque le falten lecturas de novelas, de filósofos o no sepa quién es quién en el circo mediático, tiene más referencias que la mayoría de sus compañeros del departamento y, todavía mejor, mantiene la misma curiosidad que tenía en el último curso de bachillerato, cuando decidió estudiar Ciencias Biológicas por culpa de aquella profesora que estaba tan loca como para hablar desde la pasión y no desde el programa escolar. Pero ¿y el amor? Porque Marga quiere amar, pero sólo si amar significa volver a sentirse tan libre y tan feliz como aquel verano. Y, sobre todo, independencia.

—¿No vas a decir nada? —insiste Fernando.

—No, perdona —consigue decir—. Vuelve a la fiesta, por favor.

—¿Estás segura?

—Sí, sí, vete.

Y Fernando se da la vuelta y se marcha. Ahí está la prueba. Si Marga no estuviera tan herida, si no fuera un animal renqueante que se conforma con cualquier esquirla de cariño, en ese mismo momento, se daría cuenta. Pero no.

Se limita a dirigirse, en sentido contrario, hacia el final de las vides, donde espera que el aseo esté libre y pueda arreglar, con algo de paciencia, el desastre del maquillaje. Sin molestar a Julia.

## Navidad

Toda la familia cenando alrededor de la misma mesa. Miguel no disimula su orgullo y lanza otro brindis. Grita varias veces el nombre de su esposa para que deje lo que sea que esté haciendo en la cocina y vaya al salón con ellos. Por la mujer que hace lo imposible, dice Miguel levantando su copa. A Nina también le han servido algo de champán, esa bebida con burbujas que le hace cosquillas en el paladar y la aturde un poco. Una de las bandejas de entrantes, canapés de salmón con alcaparras y *mousse* de paté, está casi vacía.

—¿Traigo más ensalada de langostinos? —dice Ana.

Julia niega con aspavientos. Ella y su hija Emma se han sentado lo más lejos posible de M. Fernando todavía no ha llegado. Luisa intenta que sus hijos no se manchen las camisas que han estrenado esa misma noche. Brindan. Todos, en cadena, reconocen su mérito. Miguel, Carlos, Julia, Luisa, ella, hasta los niños le dan las gracias. Y Ana, que lleva un vestido negro, elegante, con escote y el collar de oro que le regaló Miguel en su último aniversario, vuelve a ponerse el delantal y entra en la cocina para terminar de preparar el primer plato: rodaballo salvaje al horno con patatas y cebolla. Añade la fritada de ajos y cayena para darle un toque picante y empieza a servir.

—¡Julia! —grita sin moverse prácticamente del sitio—. ¡Julia! ¿Puedes venir a ayudarme?

Las mujeres, sólo Nina permanece impasible ante la llamada, se levantan de la mesa y acuden a la cocina. M lleva su copa de vino blanco, Luisa a uno de sus hijos, el pequeño, y Julia, la primera en entrar, es también quien primero habla:

—Te dije que no hacía falta que te complicaras la vida. Llevas toda la tarde histérica.

—Hija, sólo quiero que me ayudéis un poco. Nada más. A ver, ¿cuánto quieres? ¿Qué le guardamos a Fernando?

—¿Ha vuelto a llamar? —pregunta Luisa.

—No creo que lo haga. Ya me conozco yo *estas* reuniones de negocios.

—¿En Navidad? —pregunta M, inocente.

Julia hace como que no oye y es Ana quien responde:

—Se encontró con un cliente, lo invitó a una copa y se le ha alargado la cosa. —Ana es también la única que quiere creerse la excusa de su yerno—. Bueno, yo le guardo este trozo y ya veremos. ¿Para los niños?

—Uy, los niños —dice Luisa— comen fatal el pescado. Con tanta espina se pasan todo el rato apartando.

—Pues algo tienen que comer, digo yo.

—Con el cordero a ellos les basta. Se han puesto de langostinos hasta arriba.

Es cierto. Los hijos de Carlos y Luisa sólo han comido langostinos, literalmente. Buceaban en la ensalada a su caza y captura, apartando cualquier ingrediente que no fuera el crustáceo anaranjado. Y cuando han terminado con su plato, y con los pocos que quedaban en la ensaladera, han seguido en el plato de sus padres.

—Y hay pasteles de postre —dice M—. He comprado esos de chocolate que me dijiste.

—Mamá hará sorbete de limón, como todos los años —responde Julia.

—Me encanta el sorbete de limón de mamá. Si quieres, puedo ayudarte. Eso sé hacerlo.

—No te preocupes, hija. Es una cosa muy sencilla.

—No, en serio, me encantaría.

—¿No oyes que te ha dicho que no? —vuelve a atacar Julia.

—Venga va —media Luisa—. Tengamos la fiesta en paz.

—Es que esta tía me saca de quicio. Tiene que ser siempre la *especialista*.

M no responde. Su hermana no ha cumplido su palabra de permanecer en silencio. Y cada vez que habla es para atacarla. Así toda la noche. M huye al salón, sin decir palabra, donde sus sobrinos echan carreras con canapés conducidos por alcaparras. Supone que su madre ha comprado ese mantel especialmente para la cena. Ya está lleno de manchas, un campo de batalla después de la batalla. Y la cena no ha hecho más que empezar.

Miguel y Carlos hablan junto al ventanal del gran salón. Han dejado a la abuela, sola, sentada a la mesa engalanada. M se acerca a ella y se apoya en sus hombros como un pájaro se posa en una rama.

—¿Está bien, abuela?

Nina vuelve de muy lejos. Una sonrisa dulce, como la de un niño recién nacido, la trae de vuelta y abre los ojos. Mastica un trozo de pan. No ha probado ni uno de los aperitivos ni la ensalada, demasiado sofisticado para su paladar. Lleva una bata de cuadros grises, limpia y planchada. No es la que usa todos los días. M está segura de que Ana también se ha encargado de eso. Nina saca un

caramelo del bolsillo y se lo ofrece. Es un caramelo de violetas. Existen los caramelos de violetas. Gracias a la sutileza de un ser humano al que se le ocurrió poner sabor a una flor. Margarita lo toma y siente como el golpe de la emoción asciende hacia su rostro.

—Gracias, abuela —dice.

Y se marcha hacia el ventanal. Es lo suficientemente grande como para que su padre y su hermano continúen hablando en un extremo, ella se sitúe en el otro, y nadie se dé cuenta de que está emocionada. Fuera, la oscuridad se apodera del valle con la ternura de los animales salvajes que se disponen a devorar a su presa.

Llaman a la puerta.

Son Virginia y el tío Daniel. Y Fernando. Han terminado de cenar en la casa vieja y se unen a la fiesta. Fernando se ha encontrado con ellos en el camino, lo cuentan todo de manera atropellada y nadie les entiende. El menú seguro que allí ha sido menos elegante, pero el vino ha tenido más presencia.

—Hala, ya estamos todos —exclama Miguel con mordacidad—. Sólo falta que vengan esos.

—Aquí todavía vamos por el primer plato —se lamenta Ana, intentando tapar el comentario de su esposo.

Hay algo de falsa modestia en el comentario de Ana. M no sabía que sus tíos vivieran en la casa vieja. Así que Virginia, la viuda de su tío Ramón, sigue compartiendo piso, ahora casa, con su tío Daniel. En esa casa que ella creyó deshabitada. Ambos rondan los cincuenta y se han vestido con sus mejores ropas. Un traje, le queda un poco grande, él. Una bata negra, como la de la abuela, quizá de una tela más fuerte, adornada con una rebeca de punto, también negra, ella. El contraste entre los dos sectores de la familia es casi doloroso.

—Tía, siento mucho lo del tío Ramón —dice—. No pude venir.

Besos y abrazos. Sobran las palabras. El verano del año pasado cuando la avisó su madre, ella estaba en Alaska. El entierro sería dos días después. Su tío Ramón se había ido de repente, así se lo explicó Ana. Se había despertado débil, incluso llegó a vomitar. Creyeron que algo le había sentado mal. Le dolía mucho la cabeza. Justo después de comer, dijo que iba a cerrar un poco los ojos y no los volvió a abrir. Un aneurisma. Tenía cuarenta y nueve años. M sabe que la estadística es de apenas diez casos por cada cien mil habitantes, que es más frecuente en mujeres y a partir de los cincuenta, pero este es uno de esos casos donde la científica se limita a levantar acta de lo injusta que es la vida y lo puñeteras que son las excepciones cuando le suceden a uno. ¿Cambiaría las cosas que su tío hubiese pertenecido al grupo de riesgo? Seguro que para Virginia no.

—Qué ibas a venir tú desde tan lejos. No te preocupes, Margarita —la viuda le acaricia la cara como si fuera M quien necesita consuelo—. No imagino lo que puede costar un billete a como está la vida. Se fue sin decir ni pío. Te quería mucho, ¿lo sabes?

Virginia lleva tanto tiempo viviendo en el pueblo que ya tiene la entonación de los de aquí. M sondea su memoria en busca de algún momento significativo de su tío Ramón. Lo recuerda riendo, con un puro en la mano. Era delgado, pero tenía una gran barriga redonda. Todos sus encuentros fueron alrededor de una mesa o por una boda, una comunión, un entierro. Siempre, como escenario, el pueblo, la iglesia o un restaurante, la casa vieja.

—¿Qué tal en Canadá? ¿Qué haces tan lejos? ¿Tienes marido?

La batería de preguntas toma desprevenida a M. Su tía no tiene mala intención, ni siquiera sospecha que ha sido impertinente. Es su forma de manifestar que le importa, con la tosquedad habitual en estas coordenadas, imprecisa y propia del ambiente rústico en el que se encuentran.

—Alaska, soy profesora en la Universidad de Alaska.

M opta por la respuesta sencilla. Termina antes y es fácil de entender.

—Qué lejos. Tu tío siempre supo que lo conseguirías. Pues no discutió con tu padre. ¿Recuerdas el fútbol aquel con el Madrid?

—¿Qué partido?

—Una copa que hubo. Que se fueron todos a Madrid. Y ganaron.

—¿La Copa del Rey? ¿El Centenario?

—Yo no sé cómo se llama, qué voy a saber yo de fútbol ese.

—Tuvo que ser entonces. —M lucha para construir las frases correctamente. Entre el barullo de inglés y español que tiene en su cabeza y ahora su tía destrozando el idioma, ya no sabe en qué habla.

—Pues fue tu tío quien lo convenció para que viajara.

Daniel, el más pequeño de sus tíos, está sentado en el sofá al lado de ellos. Ha escuchado toda la conversación y ahora asiente.

—Eso es cierto. Y que fue tu padre quien pagó el viaje de los dos.

—Eso qué más le da a la chica. —Virginia le habla con el desprecio de los condenados a convivir—. Qué vas a saber tú. ¿Para qué te estaba yo contando esto? Este hombre... Lo raro es que todavía no estés borracho. Anda y vete por ahí.

—En eso tienes razón. ¿Es que en esta casa no hay vino? —dice Daniel levantándose hacia la cocina—. Llevo esperando una copa desde que he entrado por la puerta.

Su tía le explica que fue Ramón quien convenció a Miguel de que fueran a Madrid a la final de la Copa del Rey en 2002. El año lo recuerda muy bien, no

porque ganaran, lo recuerda porque ese mismo año fue cuando entraron en el euro, y eso sí que fue un cambio.

—Es igual. —Virginia hace una pausa y mira hacia Miguel, y en voz baja —: El caso es que tu tío me contó que estuvo todo el viaje intentando convencer a tu padre para que te llamara. Y nada. Ya sabes lo dura que tiene la mollera. ¿Qué llevabais sin veros? Años, digo yo.

M no responde. No se imagina a su padre en Madrid. No se lo imagina con su tío Ramón en el Santiago Bernabéu. De la victoria del Superdépór se enteró al día siguiente. Ni se le ocurrió pensar que su padre pudiera haber estado tan cerca de ella. El Centenario, lo recuerda perfectamente, fue un 6 de marzo, el cumpleaños de Alba, su hija. Casualidades o ironías del destino.

—El tío Ramón y sus cosas —dice.

Virginia suspira y ambas dan la conversación por finalizada cuando Ana entra en el salón con varias copas y un par de botellas de vino tinto.

—Aquí está, aquí está —dice—. Hemos tenido que ir a la bodega a por ellas.

Julia acompaña a su madre.

—En la mesa de comer no hay más sitio. Mamá ha dicho que ponga aquí unos cubiertos.

Y extiende, sobre la mesa de centro, un par de manteles individuales, donde coloca plato y cubiertos.

—No hace falta, hija. Nosotros ya hemos cenado —contesta Virginia, falsamente azorada.

—Pero no vamos a estar nosotros comiendo y vosotros mirando, que aquí todavía vamos para rato.

—Eso —añade M, en solidaridad con Julia—. Además, tenemos comida para un regimiento y lo que no nos cenemos hoy tendremos que comerlo mañana. Ya sabes cómo es mi madre. Aquí no se tira nada.

—Bueno, bueno, pero no echéis mucho que ya os digo que hemos venido cenados. Y vuestro tío, sabéis que sólo bebe, parece que no necesita nada sólido.

—Tú déjalo que él haga lo que quiera —contesta Julia—. Verás qué rico le ha quedado a mamá el pez ese.

—Uy, eso seguro, con la mano que tiene. Siempre le hemos dicho que tenía que poner un restaurante. No sólo lo hace bien, además cosas muy finas.

Fernando se acerca por detrás a su esposa. La besa con dulzura en el cuello. M lo observa, en la distancia, invisible. Es la primera vez, en este viaje, que M y él se encuentran. Los brazos de Fernando se ciñen a la cintura de su hermana.

—Julia, tu madre dice que si puedes venir un momento —suave, cariñoso.

—Deja, deja, que ya voy yo —se ofrece Virginia—. Tan delicada no seré,

pero una sabe algo de ayudar en la cocina.

Las mujeres no pueden detenerla. Se marcha decidida hacia un espacio donde se sentirá más cómoda, útil, y no como una intrusa. Fernando ya se ha unido a la conversación de Miguel, Carlos y Daniel en el ventanal. Sólo queda Julia, con Emma pegada a su muslo derecho, frente a M, todavía sentada en el sillón.

—Mamá, quiero agua —dice la niña—. Quiero mi botella.

—Ahora mismo, hija.

O algo parecido, dice Julia antes de marcharse, y dejar a M sola, sentada en el sillón, con una copa de vino blanco caliente en la mano. Todavía no ha digerido la revelación de su tía. Su padre estuvo en Madrid y no la llamó. ¿Cuántas cosas habrá que no sabe? Y ahí están, su hermana pequeña, Julia, y Fernando, matrimonio, padres. ¿Qué pinta ella ahí? ¿Merece la pena cumplir su propósito? Nadie parece necesitar saberlo. Pero ¿qué esperaba? ¿Fuegos artificiales? ¿Que le estuvieran agradecidos por su regreso? No iba a ser tan fácil como volver desde Alaska. El problema sigue estando ahí. Por muchas veces que vaya y vuelva, la situación no se va a resolver sola. Todo lo contrario. Es como si estorbara, como si ya se hubiesen acostumbrado a vivir sin ella y ya no tuviese un sitio donde acoplarse. Ni ella ni su secreto. Quizá debería cambiarse a la mesa baja con sus tíos, poner otro cubierto para ella. Parece que Julia tiene razón. Sobra.

Ana vuelve a entrar en el comedor. Lleva una gran fuente de porcelana con un pescado enorme que sobresale por los lados. Las patatas están cortadas en láminas y el olor de la ajada con el pimentón es una caricia para el olfato.

—¡Qué bien huele, por Dios! —dice Miguel desde la ventana.

Después, con disimulo, se apoya en Carlos y vuelve a la mesa. No es capaz de andar sin ayuda cinco metros, pero le basta una mirada para que todos obedezcan. La familia Durán es una de esas familias donde parece que nunca pasa nada. Nadie dice lo que piensa o siente. En familias así es donde mejor viven los secretos.

La cena continúa con bromas, risas, otro brindis por la cocinera, llamadas de atención a los niños. De segundo, cordero. También está cocinado al horno, con romero. Delicioso. Sólo un trocito, piden todos. Excepto Miguel. No, no, a mí, échame bien. Y patatas. Es obvio que ha decidido darse un homenaje. Segunda, ¿o será la tercera?, botella de vino que abren. Incluso llega a preguntar a M ¿Qué es eso de investigar la pesca en Alaska? ¿Para qué sirve? Miguel no va a retroceder un solo paso en su actitud. Él no cree que haya hecho nada malo. Al contrario, es su hija quien debería estarle agradecida y la forma de mostrar ese agradecimiento es la obediencia. Es el pago justo. Único. Y ciego. Y mudo. Por

otro lado, Miguel no le guarda rencor a su hija. Por eso Margarita tiene ahí su habitación, a la que puede volver en cualquier momento, cuando ella quiera, cuando se canse de «experimentos», como él los llama.

—Me gustaría proponer un brindis. —M toma su copa y la levanta al frente—. Me gustaría aprovechar que estamos todos juntos...

—Será porque te has dignado a venir —bromea Carlos.

Luisa le da un codazo.

—Calla, que Marga va a decir algo bonito.

—Gracias, Luisa.

M observa los gestos nerviosos de su hermana. Fernando, que no se ha atrevido a mirarla a la cara, ni un saludo, ahora mantiene la mirada, perdida, en su dirección. Sus sobrinos revoloteando sobre los platos, salpicando el mantel de salsa y restos de carne. La abuela Nina, alimentada con cariño y paciencia por Ana.

—Sólo quería daros las gracias por guardarme la habitación. Me ha encantado el detalle de la bufanda enmarcada. Gracias.

Todos chocan sus copas y se miran a los ojos por la creencia, la broma o la ilusión, de que así evitan siete años de mal sexo. Las miradas de Fernando y M se tocan un instante. Julia se demora más. Sé lo que estás haciendo, parece decirle.

—Gracias, Margarita —añade Miguel, ebrio de felicidad y de alcohol—. Todos estamos demasiado alegres de volver a estar juntos, aquí, esta noche.

Ana aprovecha el brindis para recoger algunos platos vacíos. Toma el de Miguel, que todavía tiene una buena porción de carne y patatas.

—¿Dónde vas con eso? —dice Miguel con la mandíbula apretada para no levantar la voz—. Pienso comérmelo todo. Y bebérmelo.

—¿No has terminado? —Ana busca las palabras—. Pensé que...

Miguel clava su mirada en ella y Ana enmudece.

—Creique y Penseque son amigos del Tonteque, ¿lo sabías?

M cierra los ojos y respira profundamente. El resto sigue en su plato. En absoluto silencio. Ni siquiera hay un cuchillo que chirríe contra la porcelana.

—Vaya —dice M, conteniéndose.

¿Por qué no puede dejarlo pasar? Hacer como ellos y terminar la cena. Repartir los regalos que ha comprado. Al final los ha comprado, los tiene en la habitación, exquisitamente envueltos, guardados en una bolsa a la espera de su momento. ¿Por qué tiene que ser ella la única que se enfrente a la situación? Porque el pasado siempre está presente. Nos acompaña, aunque pocas veces seamos conscientes de cómo marca hasta el más inocente de nuestros actos. Y ese señor que tiene ahora frente a ella es su padre. Para lo bueno y para lo malo.

M sabe que ya no va a cambiar, que nunca va a ser la persona que a ella le hubiese gustado que fuera. Creía que le sería más fácil soportarlo. Todo se limita a eso, a este momento de sumisión, el silencio ante cualquier comentario o gesto que pueda realizar Miguel. Su padre es quien es. Ha sido. Y que viva un mes más o menos no lo convertirá en otra persona. Porque él está seguro de que tiene la razón. Completamente seguro. Con la misma arrogancia que lo ha convertido en una de las personas más ricas e influyentes de su entorno. Y ella es su hija. Margarita. Una hija a la que se le ha permitido la excentricidad de estudiar una carrera que no comparte ni entiende y que ha terminado viviendo en un país donde sólo hay nieve.

—Deja, mamá, luego lo recojo yo —dice. Sin dramatismo. Con el cariño que todavía calienta su corazón, ese pequeño artilugio que, en cada latido, nos recuerda de dónde venimos.

Emma, la hija de Julia y Fernando, su sobrina, la mira mientras mastica un trozo de cordero con la boca abierta. Dice:

—Tía Marga, ¿por qué siempre enfadas al abuelo?

Es una pregunta demasiado compleja para una niña de su edad. Algo que sólo se le puede haber ocurrido de oírlo a sus padres. Ahí está la sonrisa, de medio lado, en la cara de Fernando. Finge hablar con Carlos, no darse cuenta.

—¿Te hace gracia? —le pregunta M.

—¿Perdón? —dice volviéndose hacia ella, todavía con la media sonrisa—. ¿Me dices a mí?

—Pensé que no me ibas a dirigir la palabra. Por cierto, no he tenido ocasión de darte la enhorabuena por tu boda...

—Vámonos —dice Julia, levantándose—. Esto es una tontería. Lo ha sido desde el primer momento. Vámonos de aquí...

La voz de Miguel resuena en el salón. Grita ¡Coño! y golpea la mesa con la palma de la mano abierta. Las copas y los platos botan sobre sí mismos sin que ninguno llegue a volcarse.

Y vuelve el silencio.

M mastica un trozo de cordero mientras estudia el salón. Ahora le parece vacío. Todavía sin decorar, como si no les hubiera dado tiempo a ejecutar la última fase. Una lámpara y un mueble —donde se guarda la vajilla— a juego con la mesa. El sillón y la mesa de centro donde comen sus tíos, también con la cabeza agachada. No hay plantas, ni cuadros, sólo ese gran ventanal que se abre al valle y que ahora sólo es un pozo de oscuridad. Y ellos, todos ellos sentados, pequeños e insignificantes, fingiendo que celebran la Navidad, tan concentrados en saborear que tienen que permanecer en silencio. Entonces llega la arcada. M no puede seguir interpretando ese papel. El dilema es que M todavía, a estas

alturas, y después de tantas idas y venidas, de una carrera brillante y de su posición privilegiada, sigue siendo Margarita. Quieren que sea. Y ella hace mucho que dejó de serlo.

—Perdón.

Y se levanta hacia la puerta. Julia también se levanta. Las dos hermanas permanecen de pie unos instantes. Se miran, pero no llegan a hablarse. M se esfuerza por no llorar. Mira a su madre, a su padre. Tiene un nudo en la garganta que le impide respirar. Si dice una palabra más, sólo una, sabe que no podrá contenerse y Alba salpicará a todos los presentes. Incrédulos.

—¿Para esto has venido desde Alaska?

Fernando y Julia están de pie, con Emma en brazos. Ana les pide calma, que no se marchen. Carlos, Luisa y los niños siguen comiendo. Miguel mira al frente, rostro serio.

M se retira de la mesa y camina hacia la puerta. Despacio. Con la poca dignidad que consigue encontrar en su interior. La mirada al frente. Desea que alguien le diga Espera, Quédate, que frene su huida con una sola palabra, un aliento. Aunque sea Virginia, o su tío Daniel. Iría corriendo hacia ellos, caería de rodillas frente al sillón donde están sentados y se abrazaría a sus piernas, lloraría con la cara escondida entre sus muslos. No espera que su hermano diga una palabra. Ni su cuñada. Sabe que su madre subirá luego a su habitación y hablará con ella. Cuando Julia y Fernando se hayan ido. Pero ahora, ahora tampoco dirá nada. Y sus sobrinos, lo que más le preocupa, siguen sumidos en ese terrible silencio, sobrecogidos. ¿Qué pensarán esos niños? ¿Cómo les afectará la escena que acaban de vivir? Son tan jóvenes. Quizá eso los salve. Todavía pueden olvidar, piensa M. Recuerda lo que le dijeron a ella, eso de que el cerebro es capaz de bloquear determinados recuerdos. Y no puede evitar pensar que, también para ellos, estas serán las últimas Navidades con el abuelo. Y no puede evitar, lo reconoce, un ápice de esperanza en su interior. Sobre todo por Emma.

## Matrimonio

El banquete de boda es abundante, excesivo. Sólo con los entrantes podría alimentarse durante una semana a todos los invitados y sus parientes. Marisco fresco, cargado. Nécoras y percebes, golpes de mar, regados con vino de la zona. A Miguel le hubiese gustado que todo perteneciera a su bodega, pero todavía no produce suficiente. De hecho, no quiere crecer mucho más: una cosecha reducida, para que pueda ser selecta y se cotice. Un vino excelente, el que quiera que lo pague. Los mejores vinos de bodegas como la suya se venden en el extranjero a muy buen precio. Allí saben apreciarlo y ahora, con la Comunidad Europea, todo es más fácil.

Carlos y Luisa disfrutaban de la fiesta. Entre bocado y bocado, los gritos Que se besen, que se besen los obligan a hacerlo. Ahí están todos sus amigos, su gente, familia y amigos, reunidos para la ocasión, para compartir con ellos ese momento. Ha merecido la pena el esfuerzo, los desvelos, las discusiones. Carlos era el que se negaba a pasar por todo esto. Ya vivían juntos, compartían hipoteca, pero con el bebé en camino, algo dentro de él ha cambiado. Tiene que reconocerlo. Al menos, ha conseguido que la ceremonia sea civil. Por Luisa se habrían casado por la iglesia, con cura y todo. Pero si no hemos vuelto a pisar una desde la comunión, le dijo. Ella sólo tenía un argumento: la ilusión. Se imaginaba, siempre se lo había imaginado, de esa manera. Y a su madre, que la estará vigilando desde allá arriba, le habría parecido mejor. Costó convencerla. Fue la idea de conjunto y el poco peso que tienen algunos muertos cuando no están.

Ahí están, pletóricos, felices. Transformados en versiones mansas de lo que algún día imaginaron ser, convencidos de que ha sido una gran idea celebrarlo al aire libre, en la bodega de Miguel. Toda la familia, incluso José Manuel y Fina, con los que no se habla desde el 86. Y Zara. Zara, lo que queda de ella, ha venido también. Julio lleva un esmoquin de terciopelo azul y Daniel, el más pequeño de los García Durán, vaqueros. A Ramón le aprieta tanto el cuello de la camisa que hace rato se ha aflojado la corbata. Y han tenido la suerte de que no

ha llovido. Ni una gota. Eso sí que es un milagro. La decoración, el banquete con *pulpeiras*, el grupo de música (Los mecánicos, fue lo único que pidió Carlos), incluso unos amigos los han sorprendido con un baile (estos sí, popular, qué remedio); y no han faltado ni el discurso ¿improvisado? de los más queridos — capitalizado por Vicente que, ha confesado, siempre quiso ser escritor— ni el del cómico, un amigo de Carlos que se gana la vida haciendo monólogos, que ha vuelto a tener su momento durante el banquete, cuando se ha subido al escenario con el grupo de música. Lo del concejal, un trámite inevitable, mejor olvidarlo. Una romería única, creada por ellos para ellos, desde la emoción. Auténtica.

—Muchas gracias —le dice Luisa a Marga—, sin ti no hubiera sido capaz. Muchas gracias.

Varios brindis después, no han terminado de servir los segundos platos, los amigos de Carlos, los que estuvieron en la vigilia, se acercan para despedirse. En toda España, se han convocado concentraciones frente a los ayuntamientos. Falta media hora para las cuatro, la hora a la que termina el plazo impuesto por los secuestradores. El rumor empieza a correr entre los invitados. La mayoría no se pronuncia. Es posible que no vaya nadie. ¿Qué pueden hacer ellos desde este pueblo, tan lejos del País Vasco? Por otro lado, ¿no es eso lo que están reivindicando siempre? Carlos mira a Miguel. Pletórico, bebido, indiferente. Luisa se quita la servilleta del pecho sin apartar la vista de su marido.

—¿Quién se viene? —grita la novia recién casada.

Un clamor ebrio, vikingo, la respalda. No tardan en organizarse con los coches. Los niños también van, dice una madre. Interrumpen sus juegos, sus carreras, dejan el postre para nunca y obedecen sin entender dónde los llevan. La caravana desciende desde la bodega hasta el pueblo con el alborozo propio de una boda, pero a medida que se acercan a la plaza de la Constitución su alegría se vuelve angustia. Los reciben cien personas con velas encendidas y carteles Miguel, te esperamos. Un lazo azul cuelga de la fachada del Ayuntamiento. Los invitados a la boda, más numerosos, visten demasiado elegantes para la ocasión. Alguno, todavía ebrio, es recriminado por el resto. Fernando se quita la corbata y estrecha la mano de su padre. El alcalde y Miguel se saludan desde la distancia, un gesto con la cabeza basta. Luisa, con su traje de novia, blanco, que se arruga con gracia debajo de su pecho, toma una vela de manos de la panadera. Los creyentes, y algunos que no lo son, rezan. Se escucha su murmullo en esa y todas las plazas. El resto, mantiene un respetuoso silencio, con la mirada fija en el reloj. Cuando faltan cinco minutos para las cuatro de la tarde, todos callan.

A las cuatro en punto, una mujer conduce un Seat Toledo, azul con tapacubos blancos, por la pista forestal de un barrio de Lasarte. El vehículo se detiene cerca de un puente y dos hombres sacan a Miguel Ángel Blanco del

maletero. Está maniatado por delante con un cable eléctrico, vendado de ojos y boca. La mujer se queda al volante, con el motor encendido. El camino es tan estrecho que no puede pasar otro coche. Los hombres se alejan doscientos metros. Miguel Ángel Blanco bracea con uno de ellos mientras el otro le dispara por la espalda. La bala entra en la cabeza de Miguel Ángel Blanco y le estalla el oído. Cae de rodillas. En esa postura, recibe un segundo disparo en el centro de la nuca. Miguel Ángel Blanco yace a los pies de un roble hasta que media hora más tarde dos perros descubren su cuerpo. Respira. Avisan a la policía. El moribundo es trasladado en una ambulancia al hospital. Un escáner y una radiografía descartan la operación: los daños cerebrales son irreversibles. Coma profundo. Consuelo Garrido, su madre, se resiste a que le desconecten la respiración asistida.

A las cinco de la madrugada del día siguiente, la dirección del hospital comunica el fallecimiento de Miguel Ángel Blanco.

La plaza de la Constitución grita Asesinos, hijos de puta y Todos somos Miguel Ángel, manos en alto, desnudas, blancas. Luisa llora, desconsolada. Todavía lleva el vestido de boda, pero ahora está sucio, negro, de estar sentada en el suelo. Luto. Se abraza a su marido, Carlos. Marga, Julia, Ana hacen lo mismo. Como si todas hubieran perdido un hijo. Todavía, quedaba esperanza. Miguel está en el bar con sus hermanos. Lo ven todo por la televisión. Sienten, hipnotizados, cómo se desborda el dolor y se transforma en rabia. Otro sacrificio involuntario. La muerte de un inocente que podía ser cualquiera que no piense como ellos. El punto de mira terrorista ha puesto nombre y apellidos a esa persona. La cuenta atrás ha propagado la amenaza por la sociedad. Y la sociedad ha optado por no bajar la cabeza. Millones de manos blancas gritan Basta ya. Sólo faltan ellos. Esa minoría violenta y a la vez cobarde que ha asesinado a sangre fría y contra reloj a Miguel Ángel Blanco. Ha nacido el espíritu de Ermua.

## Heroína

Fernando llega a toda velocidad a la casa vieja. Sólo está Nina, frente al televisor. El sábado por la noche ponen una película española que le gusta porque es de las que entiende, con actores que reconoce y siempre interpretan el mismo papel. Fernando necesita coger aire para hablar. Tiene la camisa rota, la cara llena de arañazos, se dobla varias veces antes de que Nina pueda comprender.

—Marga... Margarita está mal.

Nina se levanta y sale del salón en un mismo gesto. Llama a la puerta de los vecinos hasta que uno abre. Casi no hacen falta palabras. Fernando dice Castaño gigante y ya están en un coche, un Citroën *dos caballos* que bota y rebota en todos los baches de la pista que lleva a la fraga. Desde ahí tienen que ir andando hasta el castaño. Margarita sigue inconsciente. Respira. El vecino, un hombre grande, acostumbrado a llevar pesos mayores, y Fernando llevan el cuerpo de Margarita hasta el coche. La tumban en la parte de atrás y vuelven pista abajo. Fernando se fija en que la palanca de cambios sale directamente de la parte superior del salpicadero. En los bajos del coche, entre sus pies, hay un pequeño agujero y puede verse el firme a través de él. El vecino conduce todo lo deprisa que puede hasta el hospital. En la puerta de Urgencias, una enfermera tira su cigarro y les ayuda.

—¿Qué ha pasado? —dice.

Margarita tiene los ojos abiertos, pero no se le ven las pupilas. El cuerpo laxo, abandonado, sin voluntad. Encuentran las marcas en el brazo, la espuma blanca que sale por su boca.

Sobredosis.

La noticia sorprende a Miguel y Ana en la verbena, bailando *Paquito el Chocolatero*. Miguel conduce su Seat Málaga como un loco. Cuando preguntan a los doctores, no saben qué decirle. No quieren, hasta tener todos los datos, aventurar un pronóstico.

Miguel va hacia Fernando, levanta al chico por las solapas y su camisa

termina de romperse. Cae de rodillas, se lleva las manos a la cabeza, en el suelo brillante, pulido, del pasillo del Hospital Provincial recién estrenado. Fernando tiene los ojos enrojecidos, la boca pastosa, residuos de saliva en la comisura de los labios. No puede dejar de llorar. Miguel lo ha cogido del pelo, le pide una explicación, nombres, necesita saber, ahora, qué es lo que ha pasado. Ana le pide que lo suelte. Se agarra a su brazo derecho y también llora.

—Tranquilo, Miguel, tranquilo.

Miguel empuja a su mujer, suelta al chico, golpea con el puño la pared. Una, dos veces. Siente el dolor, la sangre. Y con el dedo índice martillea su sien derecha mientras se repite a sí mismo Ha sido la puta droga esa. Ha sido la puta droga esa. Se vuelve hacia el chico y lo amenaza:

—Como le pase algo...

## Matrimonio

Desde la notificación, oficial, de que Miguel Ángel Blanco ha fallecido, el dolor se ha transformado en rabia y luego en algo parecido a la impotencia. Los invitados a la boda amanecen en la plaza de la Constitución entre lágrimas, velas encendidas y desilusión. Pero la vida sigue. Y, en lo inmediato, eso significa que Carlos y Luisa tienen que coger un avión. Marga y Julia ayudan a su cuñada a hacer las maletas para su luna de miel en Canarias mientras los hombres esperan en el salón, tristes, bebiendo frente al televisor. En Ermua han intentado quemar la sede de HB. La Ertzaintza ha tenido que apagar el fuego. Una mujer les gritaba No les protegáis, que luego os matarán, y la multitud ¡Asesinos, sin pistolas no sois nada! Un policía se ha quitado el pasamontañas, como si también quisiera dar la cara, como si no le importara que pudieran reconocerlo. Miran el televisor como si fuera una película, sabiendo que no lo es, hasta que alguien apaga el aparato. Otro dice que no se olviden de cortar el agua, la luz. Lágrimas. Carlos y Luisa camino del aeropuerto. Con Julia. Y Marga de regreso a la casa vieja. Con Fernando.

Durante el trayecto, Marga apaga la radio y cierra los ojos. Intenta relajarse, no pensar en nada. Ambos, todavía vestidos con la ropa de la boda, parecen agotados, derrotados emocionalmente por el desprecio de los terroristas. Sin embargo, no estaban solos, por primera vez la gente se ha atrevido a salir a la calle antes, durante y después. Querían socializar el dolor y han propagado la solidaridad. Fernando dice:

—¿Vas a ir a la manifestación de mañana?

—¿Mañana? Dirás dentro de un rato. Claro.

Marga está tan cansada que es incapaz de pensar. Pero irá. Se hace una almohada con la chaqueta y se apoya contra la ventana. Cree que así Fernando se dará cuenta de que no quiere hablar. Se arrepiente de no haber aceptado la invitación de Julia. Habría tenido que ir hasta el aeropuerto con Luisa y Carlos, pero podría haberlo hecho durmiendo en la parte de atrás. Se le escapa una sonrisa al recordar a Luisa, de pie, en el centro del salón de su casa, recién

duchada y cambiada. La barriga de dos meses se le notaba incluso con las mallas negras y la camiseta ancha. Le dijeron todo lo contrario Estás estupenda.

—¿De qué te ríes? —pregunta Fernando.

Marga omite el comentario. Sólo quiere dormir un año, dos. Despertar y descubrir que todo ha pasado. Fernando vuelve a decir:

—Si quieres, podemos ir juntos. A la manifestación.

Marga abre los ojos y lo mira como si estuvieran a años luz, extenuada. Las ojeras han empezado a oscurecerse también en las mejillas de él. A su cansancio, la derrota, se le suma la incertidumbre.

—Sé que no es el momento —dice— para hablarlo, pero si me callo exploto. Me parece que has estado esquivándome toda la boda. Creí...

—Fernando —Marga ordena sus pensamientos—, estoy muy cansada. ¿Podríamos hablarlo mañana o pasado? Estoy agotada, de verdad.

—Lo entiendo. Yo también. Sólo que necesito saberlo. No voy a poder dormir. Entre unas cosas y otras...

—¿Qué quieres saber? —la pregunta de Marga suena más desabrida de lo que ella habría querido, pero, a esas horas, después de tantas emociones es difícil mantener el tono.

—Nada. Es igual. Entiendo que estés cansada.

Ahora Marga no puede dormirse, como si hubiera actuado mal diciendo lo que siente. Conecta la radio. Liam Gallagher canta *Wonderwall* cuando el coche sale de la última curva antes de la bodega. Allí sigue toda la parafernalia de la boda: el escenario de los músicos, el altar improvisado, las mesas para más de cien invitados con sus respectivas sillas cubiertas de tela blanca, los centros florales que Marga eligió ex profeso. Como si hubiera caído una bomba de neutrones, esa que sólo mata a los seres vivos y respeta edificios.

—Para. ¿Quieres que hablemos? Para aquí un momento.

Fernando obedece. Aparca con suavidad en la explanada y sale del coche con la mirada clavada en el suelo, como un niño al que han regañado y castigado sin razón.

Marga dice:

—Necesito agua. Un café, ¿tú quieres algo? Seguro que hay algo.

Fernando encuentra una jarra de agua y sirve un vaso que parece limpio.

—Toma —dice él— Lo siento.

—No, tienes razón. Dime. Mejor que lo dejemos hablado.

Marga hace un esfuerzo por escuchar a Fernando. Sigue sin poder pensar.

—Bueno, nosotros. Ayer me pareció que... no sé cómo decirlo. Todavía... Y hoy, en la boda, pues has estado distante. No digo luego, en la plaza, que puede tener su razón. Me refiero en el banquete, bueno, lo poco que ha durado el

banquete.

Fernando tampoco tiene las ideas claras, pero siente la urgencia de descifrar, aquí y ahora, sus sentimientos. Volver a estar con ella ha sido lo mejor que le ha pasado en mucho tiempo. La posibilidad de retomar su relación lo seduce tanto como le aterra la idea de volver a perderla. La sienta frente a él, coge sus manos con las suyas, y hace lo que sólo un hombre desesperado podría hacer. Dice:

—Cásate conmigo.

A Marga se le escapa una risa incrédula. Una interjección a medio camino entre la derrota y el hastío. Entre otras cosas, no puede creer que Fernando haya usado el imperativo. Se pone en pie. Dice Me voy a casa. La cara de Fernando se contrae, como si Marga le hubiese clavado una estaca en el corazón. Mira fijamente la silla que Marga acaba de abandonar. En el fondo, lo sabía. Nunca fue suficiente para ella, ni siquiera se merece que le dé una explicación. Se siente miserable, vacío como la silla que tiene enfrente. Vuelve aquí, dice Fernando. Pronunciando despacio cada una de las sílabas.

Marga sigue su camino, sin darse la vuelta. Sólo necesitan descanso, piensa. Mañana hablará con él, cuando puedan coordinar dos ideas seguidas. Por su cabeza no dejan de pasar imágenes, como una película en avance rápido. Dice Mañana hablamos, Fernando. De verdad. No creo que ahora mismo podamos dialogar.

—¿Me vas a dejar así? Yo te salvé la vida, ¿no lo recuerdas? No estarías aquí de no ser por mí.

Marga se gira. Fernando tiene los ojos enrojecidos. Sigue sentado, en la misma postura. Herido, un animal salvaje al que no deberías acercarte bajo ningún concepto.

—Y sabes que siempre estaré ahí. Para lo que necesites.

—Gracias. Eres muy amable —dice él, sarcástico.

—No puedo ofrecerte nada más.

—¿Recuerdas las cintas que te grababa?

—Claro. Todavía las tengo.

—Pasaba horas escuchando la radio para hacerlas. Tenía una cadena de doble pletina y compraba cintas TDK, eran las mejores.

—Siempre acertabas.

—Aquellas canciones, escucharlas, era como estar contigo. Siempre hacía dos copias. Una para ti y otra para mí. Me gustaba pensar que cuando yo la estuviese escuchando, tú harías lo mismo, como si estuviéramos conectados telepáticamente. Claro que las mías no tenían los mismos dibujos que las tuyas. Las mías sólo tenían en la portada la lista de las canciones.

—Fernando...

—Me encanta oír mi nombre en tu voz.

—Fernando, estamos cansados. Mañana nos arrepentiremos de esto. Vámonos a casa, nos vemos en la manifestación dentro de un rato y te invito a comer. Hablamos, ¿vale?

—He encontrado una cinta que no llegué a darte. La he llevado conmigo toda la noche.

—Dámela y me marchó, ¿sí?

Marga avanza hacia él. Fernando abre lentamente los brazos y cierra los ojos como entregándose. Un pez sólo pica el anzuelo cuando tiene hambre. Hombre y mujer se abrazan. Fernando se mueve a cámara lenta, deja su cabeza sobre el hombro de Marga. La cubre completamente con sus brazos, desliza sus dedos, muy despacio, por la espalda de ella.

Dice Contigo soy mejor persona. Estar contigo me hace bien. Te necesito. Marga intenta separarse de él. Venga, dame la cinta y nos vemos luego. Fernando la aprieta con más fuerza contra él. Te quiero. Fernando, me haces daño. Suéltame, dice Marga, intentando mantener la tranquilidad. Siempre te he querido, Fernando la besa en el cuello y Marga gira la cabeza hacia el otro lado. Con un movimiento más brusco, intenta zafarse y él sube los brazos a la vez que la comprime contra su pecho. Con las manos, agarra su cabeza hasta que coinciden sus labios. La besa. Marga mantiene su boca cerrada, siente los pinchazos de la barba recién nacida. ¡He dicho que me sueltes!, grita a la vez que intenta darle una patada. Pero están demasiado cerca, no tiene posibilidades. Sus brazos están bloqueados por los de él. Ni siquiera un rodillazo en la entrepierna.

—¿Ahora no te ríes?

—Para, Fernando, me haces daño.

—Yo sé lo que te gusta. ¿A que sí?

Fernando la lleva hasta la mesa y forcejean hasta que él consigue tumbarla bocabajo. Por más que se retuerce, se revela, Marga no logra huir. Chilla. No sirve para nada. No hay quien pueda escucharla. Además, hoy, todavía, todos duermen. Siente los dedos de él, la presión de la costura de sus bragas al romperse, el peso de Fernando contra su cuerpo, aplastado, humillado, violado.

Sus embestidas se detienen siete minutos después.

Marga cierra los ojos y aprieta la mandíbula para no llorar. Vuelve a abrirlos. Se yergue frente a él y recompone su vestido. Aprieta con fuerza los labios y los puños. Fernando, ahora un monigote, la mira desperdigado en una silla. Tiene sonrisa de borracho, mirada traslúcida.

Marga le escupe.

—Eres un hijo de puta. Esto no queda así.

Fernando se pone en pie y se abrocha el pantalón. Sonríe soberbio, como si sólo fuera un niño travieso que acaba de cometer una fechoría.

—¿Qué vas a decir? Tómallo como un polvo de despedida.

Fernando se besa la punta de los dedos y toca con ellos el pelo revuelto de Marga, que se aparta con asco.

—Me gusta mucho tu tatuaje.

Después, entra en su coche y abandona la explanada a toda velocidad.

Marga, todavía incapaz de sentir, con la sensación de que nada de aquello ha sucedido, camina hacia el pueblo. Al cuartel de la Guardia Civil. No llega a salir del bosque. Derrotada, se sienta en medio de la pista de tierra, se quita los zapatos de tacón y golpea con rabia el suelo. Será su palabra contra la de él. ¿Y su familia? Decida lo que decida, piensa, sólo le espera dolor y derrota.

## Navidad

La mañana del 25 de diciembre de 2006, M cree que es la primera en levantarse. La casa nueva continúa en ese silencio virginal que anticipa un nuevo día. En el exterior, también, silencio. M baja las escaleras de la casa nueva sin hacer ruido. Ha dejado los regalos sobre la cama, hecha. No quiere despertar a nadie. Marcharse sin decir adiós. Ese es el plan. No tiene fuerzas, ni valor, para mirar a la cara a su madre y seguir adelante. Ha decidido que lo mejor es no contar que tiene una hija de ocho años, que se llama Alba, y que la está esperando en Alaska.

En la cocina, M se toma un analgésico y bebe un trago de agua directamente del grifo. Sin encender la luz, se sienta a la mesa de la cocina. Es demasiado temprano para tomar una decisión. Ni siquiera ha amanecido. No ha conseguido dormir en toda la noche. Pero está decidida: se marcha. Ha sido un error. Volver. No sabe si ella es el problema o la solución. Pero ha decidido tirar la toalla. Es triste, pero es una solución. Su pensamiento está lleno de peros, no es tan fluido como de costumbre debido al agudo dolor de cabeza que la lleva acompañando toda la noche.

M sale a la terraza que da al valle y se asusta al distinguir una silueta. Enseguida lo reconoce. Es su padre. Iluminado por la brasa del cigarro, todavía en pijama. A sus pies, Rastro se conforma con levantar la cabeza para mirarla.

—Perdona, creí que no había nadie.

—Perdonada. Últimamente no duermo mucho —esa frase, si no la dijera Miguel, sonaría casi a disculpa—. Estoy tomando tanta mierda que no puedo ni pensar ni dormir.

—¿Te duele?

—Siento de todo menos dolor.

Miguel toma un sorbo de su taza, de la que cuelga una etiqueta que M reconoce.

—No sabía que tomaras té.

—Tiene cojones. Pues te voy a decir que me gusta el té este. Lo compró tu

madre en El Corte Inglés cuando me prohibieron el café, ¿te lo puedes creer? Y ahora me gusta tomar una taza por la mañana. Antes de que se levante nadie.

La originalidad es un lujo que dejamos de practicar con la edad y vuelve a aparecer cuando sabemos que no nos queda tiempo. Miguel enciende otro cigarro antes de terminar el que tiene en los labios. El cielo empieza a arrebolarse y las copas de los árboles parecen desperezarse bajo los tímidos rayos del sol. Ahora pueden verse el uno al otro, recién salidos de las sombras. Su padre tiene el pelo revuelto. Se ha puesto una chaqueta fina, acolchada, sobre el pijama. Zapatillas de deporte.

—Vaya pintas —dice Marga—. Sólo te falta la bufanda.

—Por las mañanas tardo en arrancar.

—Lo mejor es que me vaya. No tendría que haber venido —aclarar Marga.

—Como quieras.

—Aquí no pinto nada.

—Tú misma. ¿Te ayudo a hacer la maleta?

—Ya la tengo preparada.

—¿Y los billetes?

—Cogeré un tren hasta Madrid. No creo que haya problema.

—¿No quieres esperar a que se levante tu madre?

Esa ha sido la decisión más difícil. ¿Irse sin decirle adiós? No sabe cuándo volverá, está segura de que no lo hará para el entierro. No tiene sentido marcharse ahora, así, de esa manera, y regresar dentro de un mes o dos. Seis meses. Es mejor dejar pasar el tiempo, esperar. Llevan veinte años así, ¿qué puede pasar si lo alargan un poco más? Siempre se está yendo.

—La llamo esta tarde. Desde Madrid.

—¿Puedo acompañarte?

La pregunta pillar por sorpresa a M.

—¿Adónde? ¿A la estación?

—No, a Alaska. No te jode.

Miguel se pone en pie y Rastro, parecía dormido, se levanta *ipso facto*.

## Heroína

Todavía faltan unos días para que empiece el curso. Margarita y su familia han vuelto a A Coruña y sobreviven en ese limbo, sin compromisos ni tareas, pero sin poder disfrutar de la reticencia de la ciudad a volver a la rutina.

—¿Dónde estabas? —le pregunta su madre.

—En mi parque —la desafía.

Ana contempla a su hija. Desde que han vuelto del pueblo, está más arrogante. Y el mal de amores la pone de muy mal humor.

—Cenamos en cuanto llegue papá. Lávate las manos.

Es cierto que ha estado en el parque de Santa Margarita. Hay un antiguo palacete que es ahora la Casa de las Ciencias, un molino de viento y una bola de granito que pesa más que un coche, pero que puedes hacer girar sólo con un dedo. Sin embargo, lo que a ella más le gusta son los árboles. Algunos, muy raros, tienen un cartel con su nombre. Pinsapo, mimosa, el árbol del cielo, que viene de China, un magnolio, tejos... Margarita se pierde entre ellos, se tumba en el césped y cierra los ojos. En esos momentos es como si volviera a estar en el pueblo. Con él. Sólo escucha el sonido de algún pájaro que, como ella, se esconde. Lo echa tanto de menos. Pasa horas allí escuchando la última cinta que le regaló Fernando. Le ha escrito la letra entera de su canción preferida, *The Final Countdown* de Europe. Y ha llenado la carta de dibujos, incluso se ha atrevido a dibujarlos a ellos dos cogidos de la mano, de espaldas, mirando el valle con el monasterio al fondo. Luego ha metido la hoja en un sobre y ha ido al buzón. Eso es lo que ha hecho toda la tarde. Su madre insiste en que no le gusta que se quede sola en el parque, que es peligroso. Y por eso no se lo cuenta. Sabe que Carlos no dirá nada. Por imposible.

Ana aparece en la puerta del baño.

—No digas nada del parque durante la cena, ¿entendido?

Y es que es tan fácil adivinarlo. No hace falta que Margarita diga nada. La forma en la que mira lo dice todo. Funciona en piloto automático. Es la primera en entrar a la cocina y ayudar a Ana. Juntas, madre e hija terminan de poner la

mesa. Y luego van apareciendo sus hermanos y una vecina que sólo quería saber qué tal andaban, pero se queda tanto tiempo que acaban empezando tarde a cenar. Y su padre regresa más tarde del trabajo y la noche va cayendo sobre el piso de la plaza de Lugo y las mujeres recogen.

Mientras ven la tele, su madre le vuelve a preguntar si le pasa algo, si está triste porque queda poco verano y si hoy no ha quedado con sus amigas.

—Estás muy callada —dice.

—Hemos estado jugando en el parque de Santa Margarita.

Y Margarita sigue taciturna, bajo la atenta mirada de Miguel, que finge mirar el televisor, hasta que llega la hora de irse a la cama y ella es la primera en obedecer. Como un robot. Julia se ha quedado dormida, aun así protesta, igual que Carlos.

—Todos a la cama.

Margarita es la primera en cerrar los ojos. En la parte de arriba de la litera, se imagina que está dentro de un castaño gigante de cien o mil años, que ya estaba allí antes de que llegaran los romanos que, según le cuenta Fernando, fueron los primeros en llegar al pueblo. Ellos hicieron el molino de agua que hay cerca de su casa. Algún día lo restaurará. Y Fernando sigue hablando. Muy cerca de su oído. Y ella puede oler su aliento y sentir su calor aunque Fernando no esté con ella en la habitación y sea sólo un recuerdo porque él nunca entrará por esa puerta ni pisará ese suelo hasta que se case, quince años después, con Julia, su hermana pequeña.

Acostados los niños, Ana regresa al sillón con Miguel y se tumba sobre su pecho. No recuerda, ni le importa, lo que estaban viendo en el televisor. Sólo quiere estar así un momento, lo que tarda en quedarse dormida para que se vayan a la cama y cada uno ocupe su extremo. Pero hoy no.

—¿Ha vuelto a estar en el parque? —dice Miguel enfadado.

—Ya sabes. Van todas sus amigas —dice Ana, y vuelve a buscar la posición.

—Me da igual lo que hagan sus amigas. Si ellas se tiran por un puente, ¿quieres que nuestra hija también se tire, Ana?

Al escuchar su nombre, Ana se espabila, se incorpora y se sienta. Como si ella fuera la chiquilla a la que toca reprender ahora.

—¿Qué quieres que haga? ¿La castigo? ¿Que no salga?

—Lo que tienes que hacer es educar a tu hija.

—Carlos también ha estado. Fueron juntos y volvieron juntos. ¿Qué quieres que te diga?

Miguel no aparta la vista del televisor. Ana no sabe cómo actuar con su marido, lo ha probado todo y nada funciona. No se atreve a hablar, intuye que la

batalla ya está perdida. La media sonrisa de Miguel, esa actitud prepotente con la que, sin decir nada, le restriega que ella pasa todo el día en casa mientras él se ocupa de asuntos mucho más importantes. Asuntos de los que ella no sabe nada. Ana le reconoce ese mérito. Pero educar a los hijos no es lo mismo que mantener a raya a los empleados. A ella también le gustaría trabajar. Ni pensarlo. Ella sólo tiene que encargarse de los niños, de la casa, de que todo esté limpio y en calma cuando él regrese.

—No tiene que ser tan difícil criar a tus hijos. Mi madre lo hizo con cinco varones y mucho menos dinero.

Es la misma discusión de todas las discusiones. Los mismos trapos sucios. Lo mismo echarse en cara esto y aquello para no solucionar nada ni llegar a ningún acuerdo porque la posición de Miguel es inamovible. No puede haber un pacto, sólo rendición. Hay días que Ana tiene más fuerza y pelea hasta el límite. Todavía cree en el cambio. Es una cuestión de fe.

—Mañana vas tú a la oficina —dice Miguel a Ana— y yo me quedo en casa con los niños, de vacaciones. Me gustaría ver cómo lo haces. De qué íbamos a comer.

A Ana le gustaría que esa proposición fuera en serio. No ocupar su lugar en la empresa; volver a la tienda con sus padres. Están mayores y ella quiere ayudarlos para, pasado mañana, quedarse ella en el negocio. Conoce a las tres empleadas de toda la vida, la mercancía y los proveedores, a la mayoría de las clientas. Y le gusta. Y se le da bien. Ya lo han hablado otras veces. Como todo.

—Vaya, ya salió el tema. Llevábamos muchas noches sin que lo dijeras —dice Miguel—. Si las cosas están así contigo en casa, imagina cómo irían si estuvieras trabajando.

—Mi madre podría quedarse con las niñas —dice Ana.

—Ah, muy bien. Está mayor para una tienda de ropa, pero no para cuidar de mis hijos. ¿Eso es lo que quieres? ¿Que te los críen tus padres? Pues yo no quiero. Y supongo que mi opinión cuenta, que en esta casa sirve para algo lo que yo diga. ¿O se va a hacer siempre lo que la señora quiera?

—Siempre se hace lo que tú dices, no sé por qué dices eso.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Pues ya sabes —contesta Miguel—. Es lo que hay. Tú puedes hacer asociaciones y la cena, pero el que trae el dinero a casa soy yo.

—¿También quieres que deje la asociación?

—No, no, es muy importante que vayáis a gritar frente al Ayuntamiento —dice Miguel con displicencia—. Ya veo el caso que os hacen. Van a encerrar a todos los camellos y van a tirar la llave. A estos lo que les hace falta es alguien

que hable su mismo idioma. No hay leyes que puedan pararlos. Y a los otros, les iba a dar yo rehabilitación...

—Estuvimos hablando con un periodista —dice Ana—. Quiere hacer un reportaje sobre las madres que luchamos contra la droga.

—Magnífico. Ahora vas a salir en *La Voz de Galicia* como la madre de una drogadicta.

—Margarita no es...

—¿Entonces? ¿Qué vas a salir tú en ese periódico? ¿Diciendo qué? — Miguel le lanza una mirada de suficiencia—. Es que, a veces, de verdad, no sé por qué me casé contigo. Qué mujer.

Ana acusa el golpe. Ya no desea irse a la cama, ni despertar mañana junto a ese hombre. No hay dolor más grande que el que nos causa un ser querido. La falta de confianza de Miguel, su descrédito, no siempre han estado ahí. O quizá sí. Sólo que ahora, debido a su éxito, se siente reafirmado en sus convicciones, con derecho a pontificar sobre todo y sobre todos. Como si lo único que lo separara de encontrar la solución, a cualquier problema, fuese la falta de tiempo. Ana mira el televisor sin ver. El mueble de caoba ocupa toda la pared. Destaca la vajilla, junto a las fotos de la familia. Los que están y los que se han ido. Incluso con los que han dejado de hablarse este verano, tienen un lugar en el mueble del salón, junto a los recuerdos del viaje de bodas. Todavía. Tuvieron suerte de que Miguel y José Manuel no llegaran a las manos. Hermano contra hermano, cuando Miguel supo que había sido Héctor quien le facilitó la droga a Margarita. Los hombres frente contra frente y las mujeres separándolos de la camisa. Qué locura. Fue Óscar quien consiguió meterse en medio. Cada uno a su casa. Ana piensa que las fotos de José Manuel y Fina y Héctor y Zara siguen ahí porque Miguel no recuerda que están ahí. Forman parte del decorado desde hace tanto tiempo que ya nadie repara en ellas. Sólo un nuevo visitante lo haría. Ana finge escuchar a Miguel mientras recuerda la luna de miel en Madrid. Hotel cerca de Atocha, museos, cenas y esa felicidad iridiscente que irradian todos los enamorados. Música clásica en los pasillos.

—¿Vamos a la cama? —dice Miguel—. Mañana me espera un día muy duro.

—Vamos.

Miguel apaga el televisor y el salón queda en completo silencio. La casa, como un monstruo dormido. Ana todavía permanece un segundo en el sofá, la mirada perdida en el papel pintado, hasta que Miguel apaga la lámpara del rincón, la que ella compró, con tulipa amarilla. Caminan por el pasillo sin encender la luz. Se cambia la ropa interior y se pone el camisón rosa. Ella duerme en el lado derecho, el más cercano a la puerta. Al poco, Ana siente el

aliento de Miguel en su cuello. El cálido beso. Húmedo. Se coloca bocarriba sin intercambiar una palabra. A oscuras, con la mirada fija en el techo.

## Navidad

La cafetería de la estación de Santiago es un cubículo gris empapelado con vinilos, idénticos a los de cualquier cafetería de cualquier otra estación. Suena *Hung up* de Madonna. M pide dos desayunos completos con zumo de naranja y cruasán a la plancha. El próximo Media Distancia con destino a Madrid no sale hasta las diez, y Miguel se ha ofrecido a acompañarla.

—Estás en pijama.

—¿Crees que alguien se va a dar cuenta?

La cafetería está vacía. Helada. El camarero, todavía dormido, se dedica a dar cabezadas sobre el *Marca*. M no cree que haya ningún problema con su vestuario ni con Rastro.

—¿Por qué le pusiste ese nombre?

—Me lo dijo un amigo.

—¿El qué? ¿El nombre?

—Sí. ¿Qué te extraña más? ¿Que tenga un perro o que tenga un amigo?

—Las dos cosas, la verdad.

—Fue Julio.

—¿Julio? —M no es capaz de disimular su sorpresa—. ¿Nuestro Julio?

—Sí, el maricón. Tu primo el maricón. ¿Es eso lo que quieres que diga? Ahora vive en Coruña. Me pidió trabajo y se lo di. Y, poco después, me regaló un perro. Ya venía con el nombre. Al principio, pensé que había dicho Trasto y no me gustó.

M se muerde la lengua. Está a punto de preguntarle si hubiera hecho lo mismo si el gay hubiese sido Carlos, su hijo. Sabe que no. En lugar de eso, pregunta:

—¿Y por qué Rastro?

—Tendrás que preguntárselo a él. Quizá os veáis en mi entierro.

—Deja de bromear con eso, por favor.

—No puedo imaginar el dolor que tiene que sentir un padre que pierde un hijo. Por un capricho. La droga aquella hizo estragos en nuestra familia.

—No sólo a nosotros. Se llevó a toda una generación. Pobres y ricos.

—¿Por qué?

—¿Por qué la probé? No lo sé. Era un juego. Era fácil. No sabría decirte.

—Nunca he visto a tu madre como en aquella época. Yo le di tres puñetazos a la pared y uno a tu tío, pero ella no paró hasta que el alcalde le hizo caso. Cerraron el bar de Paredes y se iban todas las noches a la discoteca, ella y la panadera, que también tenía un hijo metido. ¿Lo recuerdas? —M niega con la cabeza—. Tuvieron que mandar tantas veces a la Guardia Civil que acabaron dejando una patrulla allí. Se lo contamos todo y aun así. Que no podían hacer nada.

Aquel verano dejaron de hablarse. No lo dice, supone que para no herirla, pero M sabe que su sobredosis fue el desencadenante. Miguel retiró la palabra a José Manuel, su hermano mayor, el padre de Héctor, a su esposa y a toda su descendencia cuando supo lo que había sucedido. Sólo Ana y Fina hablan de vez en cuando, a escondidas. Y eso pesa sobre su conciencia.

—¿Seguís sin hablaros? —dice M.

—¿Con esos?

Ahora es Miguel quien niega. Lo hace con indiferencia. Ni la muerte de Héctor, el mayor de los primos, el primero de los nietos de Nina, hizo que rompiera su juramento. Es imposible no recordarlo.

En 1992, el año de las olimpiadas, Héctor fue puesto en libertad provisional. Su última condena había sido por robar chalés vacíos de donde salía con las manos llenas. No tardó en volver a delinquir, meterse de todo, compartir jeringuillas, las lavaba con agua del suelo y ya estaban listas para el compañero. Sólo volvía a casa para pedir y robar, las dos cosas, a sus padres. Con violencia si estaba muy desesperado.

Un día apareció atado a su última jeringa. Se había comido media docena de pastillas de Rohipnol antes de ponerse su último pico de heroína. Murió en el parque de Marte, entre los setos que había cerca de la fuente, desde donde podía escucharse el bullicio del patio de un colegio. Sólo ese año, 1992, el año de las olimpiadas, M conoce muy bien el dato, murieron 1.700 personas por sobredosis. Murieron en la calle, en prisión y, en los hospitales, morían junto a los enfermos psiquiátricos. La heroína arrasó más de la mitad de los compañeros de juegos de Héctor en aquel pequeño barrio de A Coruña, Monte Alto, donde su tío José Manuel, el taxista, celebró sin esconderse el incendio del autobús de la droga que había junto a la Torre de Hércules. Fue en el mes de mayo de 1990, durante las movilizaciones vecinales para protestar contra lo que ya todo el mundo sabía y no quería seguir soportando. Consiguieron echarlos, pero aún habría muchas víctimas en esa guerra y, una de ellas, sería Héctor. Sus otros

amigos, los que sobrevivieron, irónicamente, se convirtieron en policías, militares o bomberos, como si se sintieran culpables de una falta que no habían cometido.

—Pobre Héctor —dice M.

—Al menos, Zara puede contarlo.

Así que no se hablan, pero sabe, piensa M. Igual que Ana le informa a ella, supone que se lo habrá contado. La hermana de Héctor, Zara, se salvó gracias a la cárcel. Lo pasó fatal. La prisión es un mal sitio para un drogadicto. Podías alquilar las jeringas. Una dosis costaba cinco veces más que fuera. Te vendían en el patio, en los vis a vis, en los baños... Zara descubrió lo que es la abstinencia en prisión. Te duele todo, las articulaciones, los músculos... No duermes, estás todo el día moqueando por la nariz y tiritando. Si aguantas, y no te tiras por una ventana, el síndrome de abstinencia te dura quince días, pero tu cabeza sigue enganchada mucho más. Por supuesto, había formas de conseguir caballo, más fácil siendo mujer, pero encontró, sin buscarlo, tiempo para pensar. Y llegó a la conclusión de que si no la barría el sida, lo haría una sobredosis. Así que, con las secuelas de una hepatitis C mal curada, obtuvo la libertad condicional y empezó a colaborar en el Proyecto Hombre para apoyar a los que habían sido capaces de pedir la ayuda que su hermano nunca se atrevió a solicitar.

—Se fue a vivir a Barcelona —añade Miguel.

Conoce la historia mejor que yo, se dice M para sí. Seguro que sabe que tiene una niña y dos niños. Seguro que piensa, sin haberlos visto, que son preciosos. Tras mirar un gran reloj que hay en la pared, dice:

—Es la hora.

Miguel coge la maleta de su hija y, con un gran esfuerzo, la acompaña hasta el andén número dos. El tren tiene que estar a punto de llegar, pero apenas hay nadie esperándolo. Un chico que duerme en un banco y, un poco más allá, una pareja de jóvenes con tanto equipaje como miedo. Es ella quien se marcha. Los dos lloran desconsolados. Son las diez menos cinco de un 25 de diciembre.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —espeta Miguel—. Sin que te enfades.

—Claro.

—¿Tienes novio? Allí, en Alaska.

M sopesa darle una respuesta. Un chirrido agudo anuncia la entrada del tren en la estación. Tiene un foco en la parte central superior, un ojo brillante sobre su nariz afilada. Esa luz amarilla acercándose le trae el recuerdo de otras muchas despedidas en esa misma estación. En dirección contraria. Igual que hay una primera vez, hay una última. Es casi seguro, piensa, que no volverá a ver con vida a este hombre vestido con pijama y chaqueta de cazador. Este hombre es mi padre. Quien me ha dado la vida. El resto, lo ha hecho lo mejor que ha podido.

Lo entiende, pero no lo perdona. M acaricia la cabeza de Rastro y abraza a Miguel. Es un abrazo lento, sentido, de despedida. Ambos son conscientes de lo que significa.

—¿Qué pasó el día de la boda? —insiste Miguel.

—Eso son dos preguntas.

Y M sube al tren, deja la maleta en el portaequipajes superior y se sienta junto a la ventanilla, a la altura donde Miguel sigue clavado. A la espera. El reloj del vagón indica las 9.57 horas. Padre e hija se sonríen a través del cristal. El hombre toca la cabeza del perro, como toma de tierra, para mantenerse sereno. Siente que le fallan las fuerzas, un gemido que se concentra en su pecho. Tiene ganas de soltar un aullido que desborde la estación. Nunca lo hará. Ese hombre en pijama con chaqueta de cazador puede tener los días contados, pero la arrogancia inmaculada.

M no puede mantenerle la mirada. Intenta concentrarse en el tapizado del asiento delantero. Pero ella no es igual que él. Se parecen. Pero ella no es como él. M no es Miguel. Aunque lleve sus genes. Busca en su bolso. De su cartera, saca una fotografía. El tren empieza a moverse. M pone la fotografía contra el cristal. Con la mano libre, la señala, sonríe. Miguel mira la imagen, camina despacio junto a ella hasta el final del andén. Antes de perderlo de vista, M cree adivinar una sonrisa.

## Matrimonio

Marga llega a la casa vieja, descalza, con el vestido que le ha prestado su hermana roto por la espalda. Todos duermen. Excepto Miguel. Está en la cocina, desayunando café y huevos fritos. Lleva un pantalón de pana y una camisa limpia, huele a colonia y desodorante.

—Veo que a los jóvenes os da tiempo a todo —dice.

Marga lo mira, intenta sonreír, su sonrisa se transforma en llanto. Busca su abrazo. Ahí, en la seguridad de ese pecho, reúne fuerzas para contárselo.

—No te preocupes. No le diremos nada a tu madre —bromea Miguel—. ¿Has estado con Fernando? El único defecto que tiene ese chico es ser el hijo del alcalde. Si no llega a ser por él...

Marga se separa del cuerpo de su padre y lo mira fijamente. Miguel es incapaz de descifrar su llanto.

—Vamos, no llores. ¿Es por lo del secuestro? El pobre chico ese estaba sentenciado. Los de ETA lo iban a matar desde el primer momento. Hiciéramos lo que hiciéramos. Y vosotros sois jóvenes. He visto cómo te miraba toda la boda. —Miguel está locuaz, el entusiasmo de casar a su hijo Carlos lo lleva a sobreactuar en su papel de padre moderno—. Seguro que tiene más fotos de ti que de nadie. La vida te acaba de dar una oportunidad. No hay muchos jóvenes como Fernando.

Y Marga, sin decir una palabra, sube a su habitación. Somos una y mil permutaciones de nuestro destino. En cada elección multiplicamos nuestras opciones de dolor y placer en un futuro imperfecto que no terminaremos de escribir. La muerte es la última página de una novela trunca.

## Navidad

M despierta en su cama de Fairbanks, Alaska, recuperada del *jet lag*. Aun así, hoy no irá a trabajar. Falta un día para que termine el año 2006. Se tomará unas vacaciones en compañía de las personas que quiere. De ellos. El amor son esos gestos cotidianos, como dibujar la gráfica que confirma la hipótesis de su artículo. Es lo que ha hecho Allan durante su viaje. Ella la encontró en su lado de la cama, con una nota titulada «Se autodestruirá en treinta segundos» donde le decía que le había enviado el archivo por correo electrónico para que lo añadiera a su artículo. Podría haberla hecho ella, con mucho esfuerzo y tras muchos intentos, pero no habría conseguido ese acabado.

En el piso de abajo se escuchan ruidos. Alguien mueve una silla o algo más pesado. Risas. Sobre la mesilla, la foto de ellos tres, la misma, de nuevo enmarcada, que le enseñó a su padre desde el tren. Allan está sonriente, siempre sonríe, incluso cuando no le hacen fotos. Entre los dos sostienen a Alba. ¿Qué edad debía de tener ahí? ¿Cinco años? Sí, en 2004. Hicieron la fotografía al poco tiempo de empezar a salir. Al poco tiempo de que ellas llegaran a Alaska.

M levanta la persiana de su habitación. Todavía es de noche en una latitud donde sólo hay cuatro horas de luz solar en diciembre. Qué pronto se olvidan determinados detalles, piensa. Allí lluvia, aquí noche. Y nieve. Un paraíso blanco, al menos a ella se lo parece, iluminado por el led de las farolas. Los lugares son lo que nosotros queramos que sean. La familia, un vínculo que se crea y se destruye. Otro invento de los humanos, empeñados en poner nombre a lo que sentimos. Como si supiéramos lo que sentimos.

Mientras se ducha, no puede evitar recordarlo todo. Otra vez. Desde su regreso, ha recibido varias llamadas de su madre. Una de su hermana. Quieren saber quién es esa niña tan guapa. Ha decidido no contar más de lo necesario. Nunca sospecharán nada. Aunque la niña y él se parezcan. Y la edad. Bueno, lo más seguro es que crean que es la hija de Allan, ese chico tan sonriente, rubio, un poco bizco en la imagen, que está a su lado. Lo otro es demasiado complicado. Incluso para ella.

Marga volvió a Madrid al día siguiente de la boda de Carlos. No dijo nada. Ni a su familia, ni a sus compañeras de piso ni en la facultad. Cuando pensó que se iba a volver loca, fue al médico. No sabía qué contar, no sabía si la atenderían. No quería poner una denuncia. El médico, un chico con gafas y demasiado alto, la envió al psicólogo. Había un psicólogo especial para estos casos. El cincuenta por ciento de las agresiones sexuales no se denuncia, la mayoría suceden en el entorno familiar de la víctima y no se denuncian, repitió. Escuchar estas dos palabras en la misma frase le revolvió las tripas. Familia. Víctima. El psicólogo, no llevaba gafas, no era alto ni joven ni guapo como el médico, le preguntó si se había hecho un test de embarazo. No, por supuesto. La vida no podía ser tan retorcida. Positivo. Marga rompió a llorar en la sala de espera. Una chica, estaba allí a su lado, esperando su turno, la abrazó. No recuerda nada más de ella. Sólo el abrazo. No intercambiaron ni una palabra. Aunque hablaban el mismo idioma, no fue necesario. La enfermera dijo que podía entrar y el psicólogo le explicó que, si quería abortar, él firmaría los papeles, que tenía que ser en las primeras doce semanas. Echaron cuentas. Marga pidió cita y el día señalado fue sola a la clínica. Hizo todo el viaje en metro, abstraída, sin ser consciente de dónde se dirigía. No llegó a desvestirse. No pudo. Sentía una bola en el pecho, le faltaba el aire. No había dormido en toda la noche. Podía elegir. Eso era bueno. Ella tenía la última palabra. Gracias a la lucha de otras mujeres antes que ella, no estaba haciendo nada ilegal. Incluso llegó a pensar que las estaba traicionando. Pero no lo hizo. No quería. No quiso. Pensaba que cada vez que mirase a su hijo ¿hija?, se acordaría de aquello. Lo que sucedió en la explanada de la bodega, esa instantánea de la casa, a medio construir, frente a ella, tumbada sobre los restos de comida, el día después de, el día cero. ¿Cómo se puede vivir con un recuerdo así? Te cambia. Pero sigues adelante. Tienes que hacerlo. Tu cerebro lo bloquea. El psicólogo insistía en que era su decisión. Que tenía que estar segura. Que no había una decisión correcta.

—Se trata de sentimientos. Hagas lo que hagas, lo vas a hacer muy bien.

Marga salió del vestuario con su ropa de calle, aquel camisón que le habían dado, en la mano. La auxiliar le preguntó si estaba bien y ella le pidió que le cambiase la cita para la próxima semana. Con el mismo tono profesional, aséptico, le dijo que no pasaba nada, que no era la primera que tenía miedo, que podía llamar a alguna amiga y charlar. Esperarían media hora para la intervención. Era mejor hacerlo en ese momento.

—Aprovecha que ya estás aquí —insistió.

Marga cambió la cita y salió de la clínica. Pasó toda la mañana sentada en

una terraza del centro de Madrid, con el bolso sobre sus piernas, casi abrazada a él.

A la semana siguiente, ni siquiera fue a la clínica. Necesitamos contarnos nuestra propia historia para contársela a los demás.

Alba nació a primeros de marzo de 1998, la primavera decidió adelantarse aquel año. Un parto prematuro al que le siguieron cuarenta y ocho horas, aislada, en aquella habitación, hasta que le dieron el alta. Las enfermeras, sorprendidas. Por lo bien que estaba la niña y porque no tuviera ninguna visita. Hay que estar muy sola. Ahí empezó a darse cuenta de que lo más difícil estaba por llegar: criar a una hija sin el abrigo de la familia. En la facultad nadie había hecho preguntas indiscretas sobre el embarazo. Muchos ni siquiera sabían si tenía pareja. Y sólo alguna compañera de trabajo, también madre, se ofreció a ayudarla.

Ese año, Marga alquiló un estudio de escasos metros cuadrados. Los que podía pagar. Era la primera vez que vivía sola. Bueno, no, allí estaba Alba. Ese ser diminuto que ocupaba casi todo el espacio. La ventaja de que la vivienda fuera tan pequeña es que no la perdía de vista. Desde la cocina se veía la cama, desde la cama, la cocina. Una alfombra ocupaba el espacio central, ahí pasaba Alba las horas durmiendo, jugando, mientras ella seguía con su beca. Pactó con el director del departamento, aquel viejo verde tenía en realidad buen corazón, que trabajaría la mayor parte del tiempo en casa. No incumplió ni un solo plazo. Leía, escribía, cocinaba y comía en la misma mesa, la única. Contrató a una chica, una estudiante extranjera, para cuando tenía que dar clases en la facultad. Su fichaje por el Instituto Español de Oceanografía coincidió con la guardería de Alba. Aquellos años pasaron más rápido de lo que había imaginado. Hubo momentos de desesperación, de sentirse superada. Tres mil noches después, Marga los ha olvidado. El cerebro.

M, todavía con el pelo húmedo, entra en el salón del pequeño adosado que comparte con Allan. Él se acerca para darle un beso. Aspira su olor. Sonríe un Que bien hueles y Hay café hecho. Lo hace en español, esforzándose en cada palabra, en la correcta construcción sintáctica de las frases. Cortas, precisas, directas. Cuando no se conoce un idioma es más difícil mentir en él. Tiendes a utilizar frases de este tipo, las palabras no tienen doble significado. Puedes equivocarse la palabra, conjugar mal un verbo o confundir el género, pero sin mala intención.

—¿Queréis que hagamos tortitas? —dice Marga.

Alba grita Sí y Allan se lanza sobre la cocina. Alba llena de sirope su plato

y pone una tortita recién hecha encima. Aplica una capa de chocolate líquido y otra tortita. Nata montada y la tercera tortita. Es lo que ella llama un *Albacake*. Como un chef ante su mejor creación, Alba gira el plato y se lo ofrece. Hoy le toca a ella probarlo. M odia el dulce, pero ¿defraudarla? Además, esa cantidad de calorías es sólo asimilable por el metabolismo de sus ocho años. Si ella o Allan se tomaran sólo la mitad, tendrían que pasar el día entero en la cinta de correr para quemarlo. Allan, que adivina lo que M está pensando, se ofrece voluntario. Alba insiste en que le toca a su *Mooom*. Lo hace y Allan, más goloso, también.

—*It's very sweet, sweetie* —dice todavía masticando—. M, ¿quieres patinar hielo?

Patinar sobre hielo, lo corrige mentalmente. ¿Qué otra cosa se puede hacer un 30 de diciembre por la mañana en Fairbanks? M es ella. Su forma de llamarla. En boca de un estadounidense, con dos cursos intensivos de español y quince días en Barcelona, Marga suena tan raro que han preferido acortarlo. Le gusta M, pronunciado «eem».

—Claro, iremos a patinar —contesta.

Allan se pone serio. No sabía si decírtelo, arranca, ahora en inglés, grave, pero te vas a enterar de todas formas. M piensa que ya está. Sucedió. No sabe cómo, pero su madre ha conseguido ponerse en contacto con él para decirle que su padre ha muerto. No, no es eso. ¿Entonces? En el aeropuerto de Madrid ha habido un atentado. ETA. ¿Pero no estaban negociando? ¿Muertos? Dos. Ecuatorianos. Y veinte heridos. En estos casos, utilizamos la nacionalidad para esquivar el dolor. Como si, al ser extranjeros, tuviéramos que sentir menos el fallecimiento de un ser humano. M no teme por su familia. Sabe que están todos en el pueblo. Todos excepto ella, claro, celebrando la Navidad o lo que quiera que hagan. ¿Alguien de la facultad? Ojalá que no. M leerá en internet las últimas noticias sobre el atentado. Hará unas llamadas, enviará algunos correos con el ordenador de Allan. Y luego irán a patinar sobre hielo. Aprovecharán, una de las cuatro horas de luz de ese día, para patinar los tres juntos.

## Agradecimientos

Todavía no termino de creerme que este libro lo haya escrito yo. De lo único que estoy seguro es de que *Tres mil noches con Marga* no habría sido posible sin la ayuda de muchas personas. Sin la ayuda de muchas y sin los obstáculos de algunas, nunca habría llegado hasta aquí. Por suerte, tengo facilidad para olvidar a quien no me quiere. Y esto, como casi todo, es un asunto personal. Tres mil gracias a mi madre, sin ella no habría sido adolescente, ni nada. A Lau, mi compañera de viaje y refugio. A Anna, por apostar por esta historia y su autor. A Reina, incombustible emperatriz. A Habi, lectora insaciable. A Lorena, siempre *chochi*. A Alba, que por fin se leerá un libro mío.

Tres mil gracias también a ellos. A Alfonso, Javier, Alfeirán y Antonio, que soportan, ahora incluso todavía, mis dudas y conjeturas sobre lo que sea que estoy escribiendo.

Óscar, un millón de gracias por enseñarme tu Ribeira Sacra.

Al resto de mi familia, la política incluida, gracias por seguir ahí. Aunque a veces yo no esté.

A todos, siempre, gracias.

# Notas

\* En gallego, «olla».

\* Deformación de la palabra china *nunchaku*, que ha derivado en nunchaco y linchaco.

*Tres mil noches con Marga*  
Pedro Ramos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Pedro Ramos, 2018

© Editorial Planeta, S. A. (2018)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© de la imagen de la cubierta, Mohamad Itani - Millenium Images, UK

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-233-5436-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltallerdelllibre.com](http://www.eltallerdelllibre.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**

# NARRATIVA **LITERARIA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**



# Table of Contents

[Sinopsis](#)  
[Portadilla](#)  
[Dedicatoria](#)  
[Citas](#)  
[Navidad](#)  
[Heroína](#)  
[Matrimonio](#)  
[Heroína](#)  
[Matrimonio](#)  
[Navidad](#)  
[Heroína](#)  
[Matrimonio](#)  
[Heroína](#)  
[Matrimonio](#)  
[Heroína](#)  
[Navidad](#)  
[Heroína](#)  
[Matrimonio](#)  
[Heroína](#)  
[Matrimonio](#)  
[Navidad](#)  
[Matrimonio](#)  
[Heroína](#)  
[Navidad](#)  
[Matrimonio](#)  
[Heroína](#)  
[Matrimonio](#)  
[Heroína](#)  
[Navidad](#)  
[Matrimonio](#)  
[Heroína](#)  
[Matrimonio](#)  
[Heroína](#)

[Matrimonio](#)

[Navidad](#)

[Matrimonio](#)

[Heroína](#)

[Matrimonio](#)

[Navidad](#)

[Heroína](#)

[Navidad](#)

[Matrimonio](#)

[Navidad](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)